

**El retorno del pueblo
Populismo y nuevas democracias
en América Latina**

Carlos de la Torre y Enrique Peruzzotti, editores

El retorno del pueblo Populismo y nuevas democracias en América Latina



Índice

© De la presente edición:

FLACSO, Sede Ecuador
La Pradera E7-174 y Diego de Almagro
Quito-Ecuador
Telf.: (593-2) 323 8888
Fax: (593-2) 3237960
www.flacso.org.ec

Ministerio de Cultura del Ecuador
Avenida Colón y Juan León Mera
Quito-Ecuador
Telf.: (593-2) 2903 763
www.ministeriodecultura.gov.ec

ISBN:
Cuidado de la edición: Juan Guijarro
Diseño de portada e interiores: Antonio Mena
Imprenta: Crearimagen
Quito, Ecuador, 2008
1ª. edición: octubre de 2008

Presentación	9
Introducción	
El regreso del populismo	11
<i>Carlos de la Torre y Enrique Peruzzotti</i>	
 EL RESURGIR DEL POPULISMO	
Populismo, ciudadanía y Estado de derecho.	23
<i>Carlos de la Torre</i>	
El resurgimiento del populismo latinoamericano.	55
<i>Kenneth Roberts</i>	
 POPULISMO: DEMOCRACIA, REPRESENTACIÓN, ORGANIZACIÓN Y NACIÓN	
Fisuras entre populismo y democracia en América Latina	77
<i>Francisco Panizza</i>	
Populismo y representación democrática.	97
<i>Enrique Peruzzotti</i>	

La organización populista.	
Los Círculos Bolivarianos en Venezuela	125
<i>Kirk Hawkins</i>	
Sobre alquimistas e imaginadores.	
Populismo y nación.	161
<i>Julio Aibar Gaete</i>	
POPULISMOS RECIENTES EN ECUADOR	
El flautista de Hammelin.	
Liderazgo y populismo en la	
democracia ecuatoriana	189
<i>Flavia Freidenberg</i>	
Bucaram en Panamá.	
Las secuelas del populismo en Ecuador.	239
<i>Catherine Conaghan</i>	
El populismo intermitente de Lucio Gutiérrez	267
<i>César Montúfar</i>	
Colaboradores	299

Agradecimientos

Los autores agradecen a Juan Guijarro por su trabajo en la edición del libro y como traductor de varios textos. Juan, además, dio muchas sugerencias para mejorar los capítulos. También agradecemos a la Coordinación Editorial de FLACSO por su apoyo en esta publicación y a María Fernanda Almeida por su dedicación a este y otros proyectos.

De igual manera, agradecemos a Giuliana Zambrano, Melanie Carrión y a los estudiantes que apoyaron en la organización del congreso.

Presentación

El debate sobre el populismo ha sido un eje central en el desarrollo de las Ciencias Sociales latinoamericanas y otros países de la región. En este contexto, los investigadores de la FLACSO son personajes clave de los debates. Por ejemplo, las críticas a las nociones de carisma y de anomia, ejes centrales en las discusiones previas sobre populismo, fueron impulsadas por sus investigadores.

El Congreso de los 50 años de la FLACSO no podía prescindir de debates sobre populismo. Por un lado este es un tema que no ha perdido actualidad en la región y muestra un renacimiento en lo que alguna literatura ha llamado *populismo nacional-radical del siglo XXI*. Por otro, la discusión sobre el populismo es importante para entender el tipo y la calidad de las democracias en América Latina.

Este libro intenta presentar elementos útiles para analizar las razones que explican la constante emergencia de dinámicas populistas en América Latina y, al mismo tiempo, trata de evitar un acercamiento valorativo sobre el fenómeno. Los artículos estudian las formas de representación y de organización populista, analizan las relaciones entre populismo y nación, así como aquellas que existen entre democracia liberal y populismo. El lector es introducido a trabajos comparativos, aproximaciones teóricas y estudios de caso de experiencias políticas recientes en Ecuador.

Los textos de este libro fueron presentados en el panel de populismo durante el Congreso de Ciencias Sociales Latinoamericanas y Caribeñas que tuvo lugar en FLACSO-Ecuador a finales de octubre de 2007. Las

ponencias fueron después organizadas por los editores del libro. Además de los trabajos de Julio Aibar, Catherine Conaghan, Carlos de la Torre, Kirk Hawkins y Enrique Peruzzotti que fueron reelaborados para esta publicación, también se incluyen textos de Flavia Freidenberg, César Montúfar, Francisco Panizza y Kenneth Roberts.

Adrián Bonilla
Director
FLACSO - Ecuador

Introducción

El regreso del populismo

Carlos de la Torre y Enrique Peruzzotti

El concepto de populismo retorna de nuevo en el lenguaje cotidiano y académico de la región. Si en algún momento se pensó el populismo ligado a una experiencia histórica específica –la incorporación política y social de las masas populares– la reaparición de discursos y proyectos políticos populistas en el actual escenario latinoamericano pareciera indicar que el fenómeno, lejos de estar circunscrito a cierta etapa particular del desarrollo político y económico de América Latina, representa un aspecto recurrente de la vida política de varios países del continente. La irrupción de gobiernos populistas obliga a una reorientación del debate acerca de los logros y limitaciones de las nuevas democracias.

En las últimas décadas, y como consecuencia de la oleada democratizadora que recorrió todo el continente, el análisis académico se había centrado en una calurosa discusión acerca de la naturaleza de las nuevas democracias a fin de determinar cuáles eran los rasgos específicos de la forma democrática en la región. Dicho debate se tradujo en una proliferación de calificativos y conceptos para designar a las nuevas democracias que, si bien incluían en su definición algunos rasgos de los regímenes populistas clásicos, también suponían importantes elementos de novedad que le daban a los actuales sistemas políticos un carácter distintivo. La “democracia delegativa” o el “neopopulismo” compartían ciertos rasgos de familia con la “democracia populista”, pero no podían equiparse a la misma.

Sin embargo, en años recientes algunos observadores comenzaron a pregonar el retorno de formas democráticas propiamente populistas. La irrupción de Hugo Chávez en Venezuela, de Abdalá Bucaram y Rafael

Correa en Ecuador, de Evo Morales en Bolivia, y más recientemente de Cristina Fernández de Kirchner en Argentina, indican la aparición de discursos, comportamientos y políticas que tienen más afinidad con la idea clásica de populismo que con las variantes delegativas de la democracia. Incluso para algunos la aparición del llamado “populismo radical” se concibe como una saludable reacción a las limitaciones políticas y sociales que presentan las actuales democracias delegativas, como un intento de profundizar el proceso democrático a través de un estilo político que tiene aún fuerte arraigo en muchos países de la región y que permanece íntimamente ligado, en la memoria popular, con procesos significativos de incorporación y democratización política. Desde la academia, por ejemplo, un estudioso del fenómeno como Ernesto Laclau considera los populismos actuales como un saludable momento de ruptura política. El populismo radical, en su opinión, traerá vientos de renovación política en el continente, sacudiendo estructuras políticas osificadas y obsoletas para establecer una democracia ampliada.

El presente volumen se concibe como un aporte al debate que tiene lugar en estos días acerca del tema, parafraseando a Hugo Chávez, del “populismo del siglo XXI”. El libro recoge aportes de reconocidos estudiosos del fenómeno populista, quienes exploran la temática del populismo desde la actualidad, centrando la atención fundamentalmente en la contribución a los problemas que los regímenes actuales generan para la tarea de construir democracia y ciudadanía en la región. En este sentido, los diversos capítulos que componen el libro se concentran sobretudo en determinar hasta qué punto ciertas experiencias políticas recientes se corresponden o no con la idea populista de democracia y, en caso de que así fuera, hasta qué punto representa esta forma política un momento de profundización democrática. En síntesis, el centro de atención de este volumen no es el análisis de la experiencia del populismo clásico, sino la expresión contemporánea del fenómeno.

Los ensayos recopilados analizan varios rasgos de los populismos clásicos y actuales latinoamericanos como son el liderazgo político, el discurso populista, su forma de pensar la representación política y la idea de nación, las formas organizativas que asume, así como las relaciones que establece con las instituciones y procedimientos de la democracia repre-

sentativa. Intentando evitar la polarización que el término de por sí conlleva —entre detractores que ligan al fenómeno a masas incultas, liderazgos demagógicos, y políticas fiscales irresponsables, y sus defensores, que lo consideran la expresión más pura del ideal democrático pues devuelve la soberanía usurpada por los políticos al pueblo—, los distintos artículos pretenden entender el porqué de la perduración de dicho fenómeno en ciertas sociedades, qué noción de democracia encierra, cómo se relaciona dicho ideal con otros modelos de democracia y hasta qué punto las actuales experiencias populistas presentan una real solución a los serios problemas que afectan a las democracias de la región.

Los debates sobre el populismo han marcado el desarrollo de las ciencias sociales latinoamericanas. Difícilmente puede analizarse el desarrollo de las ciencias sociales argentinas o ecuatorianas, por ejemplo, sin referirse a las discusiones en torno al peronismo, al velasquismo y a la impronta que dichas experiencias populistas dejaron en la vida política de dichas naciones. Junto a categorías como “dependencia” y “Estado burocrático-autoritario”, el concepto de populismo tiene un profundo sabor latinoamericano.

Desde los trabajos de Gino Germani (1971) sobre los regímenes nacional-populares, pasando por las críticas a su obra que llevaron a la sistematización de las teorías de la dependencia (Ianni, 1975; O’Donnell, 1973), hasta los debates en torno a las teorías del discurso, las reflexiones en torno al populismo clásico fueron principales en la emergencia de la sociología latinoamericana. Las polémicas en torno a la formación de clases en los regímenes nacional-populares también marcaron el desarrollo de la sociología histórica (Murmis y Portantiero, 1971; Torre, 1995). Recientemente, el término surgió de nuevo como referente inevitable en los debates acerca de la naturaleza y peculiaridades de las nuevas democracias, los cuales han sido importantes en la consolidación de la ciencia política como disciplina en la región. Por último, a partir de las discusiones en torno al trabajo pionero de Ernesto Laclau (1977) sobre el discurso populista se desarrolló el análisis del discurso como una contribución teórica y metodológica latinoamericana a la que contribuyeron Emilio de Ípola (1983), Silvia Sigal y Eliseo Verón (1986), así como Ernesto Laclau (2005), entre otros.

El eje temático de este volumen es la forma democrática que está implícita en la idea populista. En este aspecto, el libro aborda el fenómeno desde una perspectiva fundamentalmente política, buscando comprender cómo se generan las identidades políticas, sobre qué tipo de discurso se apoyan, y cómo se estructura la representación política y la organización de los sectores populares en las experiencias populistas recientes. El libro se divide en tres secciones. La primera analiza el resurgimiento del populismo radical en años recientes y busca comprender por qué un fenómeno, que ha sido enterrado tantas veces por los académicos, se niega a desaparecer. En el capítulo 2, Carlos de la Torre argumenta que el populismo emerge constantemente por el tipo de relación entre los Estados y la sociedad en la región. Los Estados latinoamericanos infructuosamente han buscado regular la economía y la sociedad. Los Estados han tratado de regular a sus poblaciones con categorías tales como “invasores de tierra”, “informales”, “ambulantes”, etc. Estas categorías han sido reinterpretadas por los populismos transformando los estigmas con los que se nombra a los pobres en fuentes de dignidad. A través de actos masivos que buscan generar identidades colectivas y de discursos maniqueos, diferentes líderes se han presentado como la encarnación de los verdaderos valores populares. Su trabajo destaca las ambigüedades de la democratización populista que se mueve entre un incremento de la participación y la apropiación de la representación por un líder que dice encarnar la voluntad homogénea del pueblo.

En el capítulo 3, desde una perspectiva histórica, Kenneth Roberts explica el resurgimiento populista como el resultado de las profundas desigualdades sociales y la falta de instituciones políticas sólidas. El autor elabora su aproximación política al populismo comparando las experiencias populistas clásicas con el neopopulismo neoliberal y con el populismo radical de Chávez. Distingue dos coyunturas críticas en las que surgieron los populismos: la crisis del modelo agro exportador que permitió la emergencia de los populismos clásicos de Perón, Vargas, Cárdenas y la crisis de la sustitución de importaciones que sería la base de la irrupción de los neopopulismos neoliberales y de los populismos radicales pos-neoliberales. Por último, compara a Hugo Chávez con Evo Morales a quien no considera un populista pues a diferencia del primero, que utiliza meca-

nismos de movilización desde arriba hacia abajo, Morales basó su elección y gobierno en la fuerza organizativa de los movimientos sociales.

La segunda parte del libro explora desde diversos ángulos las características de la forma democrática populista: su relación con el liberalismo, el nacionalismo, la democracia delegativa, así como las peculiaridades de sus mecanismos de movilización y organización de sus seguidores. En el capítulo 4, Francisco Panizza argumenta que los debates sobre el populismo y la democracia no pueden ser resueltos de manera abstracta. Propone analizar cómo la lógica populista se relaciona con la lógica de los movimientos de base y con la lógica liberal republicana. Si las lógicas de los movimientos sociales y del liberalismo republicano están ausentes o debilitadas primará la lógica populista que pretenderá remplazar a *demos* por la *plebs* y la figura del líder se convertirá en la representación de la voluntad popular vista como un dato homogéneo. Si las tradiciones discursivas del liberalismo republicano y de los movimientos de base están presentes, el populismo será parte constitutiva del proyecto democrático visto como una construcción sin fin. En estas experiencias la figura del líder es un significativo al cual se pueden atribuir múltiples significados. Según Panizza, el populismo no debe ser exclusivamente visto, como señala Laclau, como un momento de ruptura puesto que también incluye una dimensión fundacional. El líder, sostiene el autor, no representa pasivamente una identidad popular homogénea y preconstituida sino que las identidades de representantes y representados se constituyen en el mismo proceso de representación que nunca se termina de completar.

El problema de la representación populista es estudiado por Enrique Peruzzotti en el capítulo 5. El autor sistematiza y teoriza sobre las afinidades que existen entre la visión de Carl Schmitt acerca de la democracia y el populismo. Para Peruzzotti, la concepción schmittiana de democracia en términos de un proceso de identificación no mediado entre líder y pueblo provee un marco teórico imprescindible para comprender la tradición democrática populista que marcó con su impronta a muchos países de la región. El autor, sin embargo, marca una significativa diferencia entre el populismo latinoamericano y la idea democrática schmittiana, en tanto el primero se basa en el reconocimiento de las elecciones como un componente esencial de la democracia. Pero al igual que Schmitt, los

populismos latinoamericanos desarrollan su identidad política en oposición al modelo de democracia representativa que los antecede, buscando reemplazar a la misma por una democracia directa construida fundamentalmente alrededor del lazo plebiscitario que une al líder con el electorado. En esta visión de la democracia, las elecciones aparecen como el mecanismo de certificación del éxito de los esfuerzos por generar un proceso de identificación plebiscitaria. Esta forma de creación de identidad política es intrínsecamente hostil a la presencia de mediaciones representativas y por lo tanto se embarca en un proceso de homogeneización del campo político, cuya finalidad es eliminar cualquier obstáculo político o institucional que atente contra la pureza de una forma de comunicación directa entre la autoridad política y la sociedad.

En el capítulo 6, Kirk Hawkins analiza cómo los rasgos de la organización populista se derivan de su discurso maniqueo y moral que contrapone al pueblo en contra de la oligarquía. Combinando la elaboración de una teoría de la organización populista con un trabajo detallado sobre los Círculos Bolivarianos, como ejemplo de organización populista, señala cuatro rasgos de estas formas organizativas. El primero es su débil institucionalización pues en muchos casos, aunque no en todos, se centran alrededor del líder carismático. Una segunda característica es su poca autonomía y falta de desarrollo de una identidad propia que vaya más allá o que sea distinta que la del líder. Las organizaciones populistas funcionan como redes de seguidores más que como una estructura jerárquica de profesionales. Adoptan tácticas de “todo vale”, en las que las acciones directas beligerantes no son sólo parte del repertorio de acción colectiva de los desposeídos, sino que aparecen como producto de su adherencia a un discurso maniqueo que transforma a los rivales en enemigos del líder y de la nación. Por último, si bien se basan en la organización, no tienden puentes con otras organizaciones de la sociedad civil, por lo que Hawkins las caracteriza como insulares. Es así que si bien el populismo promueve la creación de organizaciones, estas no respetan el pluralismo, ni tejen puentes con otras para constituir sociedades civiles robustas que vayan más allá de los liderazgos populistas.

En el capítulo 7, Julio Aibar, estudia cómo los populismos plantean la centralidad de la cuestión nacional. A través de un recorrido por diferentes interpretaciones del nacionalismo y de una lectura crítica del peronis-

mo y del chavismo, Aibar señala que los populismos politizan el sentimiento de desmembramiento y desintegración de la nación, proponiendo al pueblo como destino último de integración. A diferencia del énfasis liberal en los aspectos procedimentales de la política, las instituciones son vistas por los populistas como medios para alcanzar el “fin supremo que es la Nación”.

La tercera parte del libro se concentra en el caso ecuatoriano. Los autores estudian comparativamente cuatro liderazgos populistas: Abdalá Bucaram, Lucio Gutiérrez, Álvaro Noboa y Rafael Correa. El trabajo de Flavia Freidenberg que compone el capítulo 8, parte de una conceptualización del populismo como estilo político y lo aplica para comparar los liderazgos y estrategias de Bucaram, Noboa y Correa. El estilo de liderazgo populista de acuerdo con Freidenberg tiene las siguientes características: es un modo directo y personalista de relación entre el líder y sus seguidores que tiende a carecer de mecanismos de intermediación, se basa en un discurso que interpela al individuo como parte de una colectividad en oposición a un enemigo, exalta el discurso anti-partidista y por último utiliza mecanismos clientelares. Este texto es una contribución importante para entender las similitudes y diferencias entre los liderazgos populistas. Se reconoce que si bien los populismos incrementan la participación, confunden deliberación con la aclamación plebiscitaria al líder. Además los momentos de cambio institucional promovidos por los populismos no siempre suponen un respeto a la separación de poderes, a los partidos y a los mecanismos de rendición de cuentas. En suma, se considera con preocupación cómo los rasgos anti-individualistas, colectivistas y anti-liberales atentan en contra de las instituciones de la democracia liberal.

En el capítulo 9, Catherine Conaghan estudia qué ocurre cuando los líderes populistas huyen para no enfrentar acusaciones de corrupción. Su estudio detallado de los casos jurídicos de corrupción en contra de Abdalá Bucaram demuestra que, cuando no hay mecanismos legales transparentes e independientes y la justicia está politizada, las instituciones democráticas se deslegitiman aún más. Este trabajo ilustra cómo en ausencia de mecanismos de rendición de cuentas los actores políticos utilizan la justicia y la ley instrumentalmente en sus reyertas personales. Conaghan compara los casos de aprendizaje político de líderes populistas como Alan

García en contraste con Bucaram, que no cambia su estilo ni rectifica sus errores, y demuestra cómo la debacle de Bucaram y el Partido Roldosista Ecuatoriano son parte del hundimiento de un sistema político clientelar, corrupto y que se basó en el uso instrumental de las cortes de justicia.

Finalmente, en el capítulo 10, César Montúfar analiza cómo Lucio Gutiérrez manejó, de manera intermitente, estrategias populistas que aunque le ayudaron a ganar votos, no le permitieron consolidar su gobierno. Este trabajo distingue diferentes fases en la carrera política de Gutiérrez y su capacidad para adoptar diferentes estrategias y discursos políticos. Si bien la estrategia y el estilo populista ayudan a comprender por qué ganó las elecciones, no le permitieron consolidar su liderazgo pese a tratar de llenar las calles con seguidores y de copar las dependencias de todos los poderes del Estado con allegados y simpatizantes.

A diferencia de quienes vieron el populismo como una fase que afortunadamente desaparecería, los textos de este libro demuestran más bien que se trata de un estilo, un discurso y una estrategia que mantiene una fuerte presencia en la región. Sus formas de organización, movilización y representación siguen siendo utilizadas por grupos excluidos para acceder al poder y por lo tanto, la opción populista como estrategia política representa un estilo que probablemente seguirá dando réditos en sistemas políticos poco institucionalizados y donde las relaciones entre los ciudadanos y los Estados no se regulen a través del Estado de derecho. La comprensión del fenómeno populista y su persistencia en la región son aún uno de los principales retos para los científicos sociales latinoamericanos. Esperamos que este volumen sea visto como contribución al debate actual sobre uno de los rasgos más distintivos de la política latinoamericana. Sólo a partir de una cabal comprensión de los alcances y limitaciones del proyecto político populista se podrá avanzar en la búsqueda de mecanismos de democratización de la política, de la economía y de las relaciones jerárquicas en las que se asienta la vida cotidiana.

Referencias

- De Ípola, Emilio (1983). *Ideología y Discurso Político*. Buenos Aires: Folios.
- Germani, Gino (1971). *Política y Sociedad en una Época de Transición*. Buenos Aires: Paidós.
- Ianni, Octavio (1975). *La Formación del Estado Populista en América Latina*. México: ERA.
- Laclau, Ernesto (1977). *Politics and Ideology in Marxist Theory*. London: Verso.
- _____ (2005). *La Razón Populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Murmis, Miguel y Juan Carlos Portantiero (1971). *Estudio sobre los orígenes del peronismo*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- O'Donnell, Guillermo (1973). *Modernization and Bureaucratic Authoritarianism: Studies in South American Politics*. Berkeley: University of California Press.
- _____ (1994). "Delegative Democracy", en *Journal of Democracy*, Vol. 5, N. 1 (enero): 55-69.
- Sigal, Silvia y Eliseo Verón (1986). *Perón o Muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*. Buenos Aires: Legasa.
- Torre, Juan Carlos, ed. (1995). *El 17 de Octubre 1945*. Buenos Aires: Ariel.

El resurgir del populismo

Populismo, ciudadanía y Estado de derecho

Carlos de la Torre*

¿Por qué si tantas veces se ha anunciado su muerte el populismo se niega a desaparecer? ¿Qué factores explican que periódicamente emerjan liderazgos que polarizan profundamente la política utilizando una retórica que opone en una confrontación maniquea al pueblo en contra de la oligarquía? ¿Por qué en ciertos contextos son exitosos los discursos y las estrategias de movilización populista y por qué no funcionan en otros? ¿Cómo puede el populismo ser visto a la vez como la esencia y un peligro para la democracia?

Para responder a estas preguntas este capítulo analiza selectivamente la amplia bibliografía que se ha escrito sobre el populismo.¹ La discusión empieza con una revisión de los debates provocados por la interpretación de Gino Germani (1971). Utilizando trabajos recientes se analizan tres legados de Germani: primero, la visión del populismo como una etapa en la historia de la región; segundo, la explicación que lo asocia con las cri-

* FLACSO-Ecuador. Una versión de este trabajo fue presentada en el Congreso Latinoamericano y Caribeño de Ciencias Sociales, FLACO-Ecuador, Quito, 31 de octubre del 2007. Este trabajo fue discutido en el seminario doctoral de la FLACSO-Ecuador. Agradezco a quienes participaron por sus comentarios. En especial quiero reconocer las sugerencias de Juan Guijarro, Guillaume Long y Enrique Peruzzotti. E-mail: cdelatorre@flacso.org.ec.

1 Para resúmenes recientes sobre los debates conceptuales ver: De la Torre, 2000; Freidenberg, 2007; Knight, 1998; Mackinnon y Petrone, 1998; Panizza, 2005; Roberts, 1995; Weyland, 2004 (2001). En los últimos años hay un renacer de publicaciones sobre el populismo (Laclau, 2005) y en especial sobre el populismo latinoamericano. Véase los libros editados por Aibar, 2007a; Burbano de Lara, 1998; Centro Andino de Acción Popular, 2004; Conniff, 1999; Demmers *et al.*, 2001; Hermes *et al.*, 2001; Mackinnon y Petrone, 1998; Panizza, 2005a.

sis; y por último, la interpretación de los seguidores populistas como masas disponibles y en estado de anomia. Luego de criticar algunos problemas de la bibliografía sobre el populismo se responden tres preguntas: ¿Qué es el populismo? ¿Qué factores permiten que se den fenómenos populistas? ¿Cuáles son las relaciones entre el populismo y la democracia entendida como procedimientos para elegir y alternar mandatarios y negociar pacíficamente los conflictos?

Germani: populismo, masas y anomia

El modelo articulado por Gino Germani (1971) a finales de los años cincuenta continúa siendo uno de los más influyentes. El primer legado de su interpretación es ver el populismo como una etapa en la modernización de la región ligada a la incorporación de masas previamente excluidas de la política. El problema con esta visión es que, a menos que la transición sea un fenómeno de larga duración, es difícil sostener que los populismos clásicos de los años 30 y 40, los neopopulismos de los años 90 y el renacer de los populismos radicales a principios del nuevo siglo sean producto de dicha transición a una modernidad que siempre parece escaparse y que no termina de llegar. Más bien hay que considerar que el populismo es la forma en la cual los sectores excluidos han accedido a la participación política, que se ha basado en discursos que dividen a la sociedad en dos campos antagónicos y en la visión de la democracia como la aclamación plebiscitaria a redentores más que en los modelos idealizados de los teóricos de la modernización de lo que debería ser la democracia (De la Torre, 2000).

Pese a que los críticos marxistas y dependentistas cuestionaron el evolucionismo de la explicación de Gino Germani compartieron su visión historicista. Los dependentistas analizaron el populismo como una etapa ligada a la crisis del modelo agro-exportador y a la industrialización por sustitución de importaciones (Ianni, 1975). Las hipótesis dependentistas han sido analizadas por varios historiadores que han demostrado que el populismo no puede ser reducido a una etapa en la historia de la región. Aunque el populismo antecedió a la sustitución de importaciones en

Brasil, México y Argentina, en países más pequeños como Ecuador y Bolivia poco tuvo que ver con ese modelo de acumulación y, desafiando a las predicciones prematuras, no desapareció de la escena política latinoamericana junto a éste (Weyland, 2003). Al dar demasiada importancia a las transformaciones sociales y económicas se tiende a olvidar y dejar de lado la especificidad de la política. El populismo y la política, en general, no pueden explicarse como el reflejo de fuerzas estructurales supuestamente más profundas tales como la economía, lo que no significa que la política tenga una autonomía absoluta de los procesos económicos y sociales. Una lectura política y discursiva ofrece mejores pistas para comprender por qué perdura el populismo.

Un segundo legado de Germani es la visión del populismo como un fenómeno ligado a las crisis que provoca la transición a la modernidad. Siguiendo sus hipótesis se pueden distinguir tres grandes momentos de emergencia populista: el “populismo clásico” de Perón, Vargas y Cárdenas, que surgió con la crisis del modelo agro-exportador y la industrialización por sustitución de importaciones; el “neopopulismo neoliberal” de Menem, Fujimori y Collor, producto de la crisis de la industrialización por sustitución de importaciones; y el renacer del “populismo radical” de Chávez, Morales y Correa, junto a la crisis de los modelos neoliberales y del resurgir del nacionalismo y del control estatal.

La noción de crisis, sin embargo, no es la única explicación para comprender el continuo atractivo del populismo. En naciones tales como Argentina, Brasil, Ecuador, Venezuela, Bolivia y Perú los políticos populistas desde los años treinta y cuarenta, cuando no lo impidieron los militares, han ganado elecciones a nivel local y nacional. El populismo ha sido la norma en lugar de la excepción que implica la noción de crisis y existe en “tiempos normales como en los de crisis” (Knight, 1998: 227). Debido a que el populismo es visto como la expresión de una crisis, se lo considera como un fenómeno transitorio y excepcional. Resuelta la crisis, se regresa a la política “normal”, esto es a la política no populista. Es así que el populismo aún es visto como una fase que eventualmente desaparecerá. Los críticos de la teoría de la modernización y del marxismo ortodoxo han cuestionado los modelos binarios que artificialmente dividieron a la política y a la acción colectiva entre lo normal y lo anormal. En estas

construcciones el teórico prescribe normativamente lo que considera lo normal y relega lo supuestamente patológico a la condena moral o lo explica como una desviación de un patrón de desarrollo arbitrariamente construido como universal desde una visión eurocéntrica.

Un tercer legado de Germani, y tal vez el más influyente, ha sido su visión de los seguidores populistas como masas desorganizadas o poco organizadas. En sus trabajos pioneros sobre el peronismo, Germani analizó los cambios estructurales rápidos y bruscos que produjeron masas disponibles para la movilización populista. Estos sectores desorganizados o poco organizados no encontraron patrones normativos claros que les permitieran actuar racionalmente, por lo que fueron manipulados por líderes populistas. Pese a las críticas empíricas y conceptuales, las nociones de desorganización siguen reapareciendo en la bibliografía sobre el populismo en sus variantes neoliberal y nacional-radical (Weyland, 1996; 2004).

Trabajos históricos demostraron que los obreros, la base social de los populismos clásicos, no estuvieron desorganizadas y que actuaron racionalmente en el cardenismo, el peronismo y en el varguismo (Knight, 1998; Murmis y Portantiero, 1971; Torre, 2005; Wolfe, 1994). Hay una amplia bibliografía etnográfica que cuestiona las ideas de desorganización y anomia de los informales, que según los teóricos del neopopulismo son su base social. A diferencia de algunos politólogos que los estudian desde arriba, enfatizando su desorganización y sin preocuparse por comprender cómo los pobres entienden y viven la política, trabajos etnográficos han demostrado más bien los altos niveles organizativos de los informales (Auyero, 2001; Barozet, 2006; Burgwall, 1995; Fernández-Kelly y Shefner, 2006). También se ha demostrado que los partidos populistas no se movilizan únicamente desde el carisma del líder, sino a través de sus organizaciones asentadas en redes informales (Freidenberg y Levitsky, 2006; Menéndez-Carrión, 1986). En algunas experiencias recientes de populismo radical, como en el chavismo, los sectores populares, al igual que hicieron en los populismos nacional-radicales clásicos, están utilizando las aperturas del sistema para luchar por agendas que van más allá de los intentos de movilización desde arriba de los líderes (Ellner, 2005).

Las nociones de desorganización y disponibilidad para la movilización desde arriba no ayudan a comprender por qué son exitosas las estrategias

populistas pues se basan en visiones con una fuerte carga normativa que dividen artificialmente la política entre la razón y la emotividad. En lugar de explicar cómo se combinan los argumentos lógicos, en los que se sustentan las propuestas programáticas, con las emociones que provocan las concentraciones masivas y las propagandas en los medios muchos lamentan el uso de las pasiones en la política y escriben obituarios sobre el fin de la política racional y deliberativa (Schedler, 1997).² La asociación de sus seguidores con la emotividad y la sinrazón continúa siendo una de las estrategias más comunes para deslegitimar y satanizar al populismo (Castañeda, 2006).

Las nociones de desorganización tampoco explican por qué los apelativos populistas y no los liberales o los socialistas, por ejemplo, son exitosos en un contexto concreto. Para que funcionen las estrategias populistas deben asentarse en las formas de representación política existentes y en las tradiciones discursivas disponibles. Estas estrategias se basan y hacen uso de marcos discursivos maniqueos (De la Torre, 2000) y de tradiciones culturales particularistas como son las relaciones de reciprocidad del parentesco, del clientelismo y del corporativismo (Prud'homme, 2001: 56-57).

El populismo es una estrategia y un estilo discursivo

Kurt Weyland (2003; 2004) anota que las críticas a los modelos derivativos de la política y el renacer del populismo junto con el neoliberalismo motivaron lecturas eminentemente políticas de éste. En su aporte seminal define populismo como una estrategia política para llegar o ejercer el poder en que líderes buscan el apoyo directo, no mediado ni institucionalizado, de un gran número de seguidores (2004: 36). El populismo visto como una estrategia no está necesariamente asociado a modelos de

2 En un texto reciente, Ted Brader (2006) cuestiona la división de la política entre razón y emotividad. Estudiando los anuncios televisivos en las campañas presidenciales en los Estados Unidos concluye que los políticos buscan convencer tanto al intelecto como al corazón del electorado. Además, desmitifica la idea de que las pasiones movilizan a los pobres y menos educados. Su libro demuestra que los electores estadounidenses con mayores niveles educativos son los más influenciados por los apelativos emocionales.

acumulación específicos. Los conceptos políticos del populismo también ayudan a dar cuenta de su indefinición ideológica, puesto que puede inclinarse hacia la derecha tanto como hacia la izquierda.

La noción de estrategia lleva al estudio de los dispositivos concretos de movilización populista. Éstos, como señala Kenneth Roberts (véase su capítulo en este libro), son mecanismos de movilización desde arriba que se dan en sistemas políticos débilmente institucionalizados. La movilización desde arriba es diferente a la que se da desde las organizaciones sociales por lo que Roberts contrasta el chavismo, como caso paradigmático de movilización populista desde arriba, con las redes de movimientos y organizaciones sociales en las que Evo Morales sustenta su poder.

El populismo además de contar con mecanismos de movilización desde arriba es, sobre todo, un estilo discursivo que produce una “profunda polarización política” (Knight, 1998: 237). El discurso populista se basa en la diferenciación de la sociedad en dos campos que se enfrentan de manera antagónica en una lucha maniquea entre el bien y el mal, la rendición y el vasallaje. Los discursos populistas generan pasiones e identidades fuertes que dividen a la sociedad entre el pueblo virtuoso encarnado en el líder y sus enemigos construidos como la anti-patria.

En su texto clásico, de tendencia estructural-marxista, Ernesto Laclau (1977) investiga la crisis del discurso liberal en Argentina y cómo Perón transformó las críticas al liberalismo en un discurso que confrontó al pueblo en contra del bloque en el poder. La particularidad del populismo radica en la transformación de las diferencias que pueden ser procesadas por el sistema en una ruptura antagónica entre dos bloques que no se pueden reconciliar. En sus textos más recientes (2005a; 2005b), Laclau reelabora una teoría formal lingüística del populismo sin lazos con el determinismo clasista del marxismo. Entiende el populismo como la construcción de un sujeto popular basado en la demarcación de una frontera interna que divide el espacio social en dos campos antagónicos (2005a: 43).³ El populismo es anti-institucional, se basa en la construcción de un enemigo y en una lógica de equivalencias, en la que un signi-

3 Véase la reconstrucción crítica de la última teoría de Laclau en Pereira (2007), así como el capítulo de Francisco Panizza en este libro.

ficante vacío, que es el nombre del líder, expresa la ruptura del sistema de diferencias que no puede procesar las demandas del sujeto popular. Los sectores excluidos y marginados buscan representar a toda la comunidad y lo hacen articulando demandas que no se pueden satisfacer dentro de un orden hegemónico sino a través de la ruptura populista. El nombre del líder termina simbolizando al pueblo y su figura “funciona como un significante al que se le pueden atribuir una multiplicidad de significados” (Panizza, 2005: 19).

El análisis discursivo ha examinado los diferentes grados de polarización y de antagonismo generado en diversas experiencias populistas, que pueden ir desde la polarización política en dos campos antagónicos, como por ejemplo cuando se enfrentan los ciudadanos contra los partidos políticos, hasta la politización de todo el campo social en dos campos irreconciliables que radicalizan la política, la cultura e incluso las diferencias sociales. Los discursos populistas de Perón, por ejemplo, se parecen a los de Chávez por la politización no sólo de dos campos políticos irreconciliables que representan el choque entre el viejo orden político y el nuevo orden porvenir, sino también porque han politizado las diferencias sociales entre campos irreconciliables y antagónicos (De la Torre, 2004; 2007).

Pese a la sofisticación y riqueza, los análisis discursivos tienden a seguir concentrándose en las condiciones de producción de los discursos sin analizar empírica e históricamente cómo han sido recibidos (De Ípola, 1983). De este modo, el análisis discursivo no ha explicado satisfactoriamente cómo se generan identidades y subjetividades populistas. Los discursos populistas se dan en momentos de confrontación política y generan mitos y formas de entender la política (Ostiguy, 2007). Los discursos anti-populistas crean, en gran medida, lo que el populismo representa. Ostiguy analiza cómo los mitos argentinos de la lucha entre la civilización y la barbarie fueron usados por la oposición para construir al peronismo como la encarnación de los bajos valores del barbarismo caudillista. La fuerte polarización que se dio en los orígenes del peronismo a su vez contribuyó a que se revaloricen los desprecios a la gente común que fue construida por los peronistas como la esencia de la nación. De manera similar, los desprecios a la gente común vista como la “chusma” velasquista y las “hor-

das” cefepistas en las décadas de los ‘50 y ‘60 contribuyeron a que el populismo ecuatoriano revalorice la valía de la gente común y los presente como la verdadera nación anti-oligárquica (De la Torre, 2008).

Los discursos populistas históricamente se han dado en eventos masivos y a través de rituales que han posibilitado la generación y regeneración de los lazos e identidades que unen a los líderes con sus seguidores en coyunturas de fuerte polarización política. Para analizar la creación de identidades populistas, para estudiar cuándo los discursos son recibidos exitosamente y para desentrañar la multiplicidad de significados que los convocados otorgan a las palabras, gestos y *performance* de los líderes populistas, se analizará a continuación los rituales discursivos populistas. Se compararán los eventos, mítines y rituales de tres líderes populistas ecuatorianos –Abdalá Bucaram, Álvaro Noboa y Rafael Correa– durante las campañas electorales de 1996 y del 2006 (De la Torre, 1996; 2000; 2006). Este análisis de los actos de masas populistas no desconoce que también y simultáneamente se den populismos mediáticos que también serán analizados.

Elaborando la teoría de los rituales religiosos de Durkheim, Randal Collins (2004) sistematiza los elementos de los rituales de interacción. Estos rituales se basan en altos niveles de inter-subjetividad emotiva que producen sentimientos de solidaridad, en la creación de símbolos cognitivos y en las emociones de los partícipes que generan “sentimientos de confianza, entusiasmo y el deseo de actuar de acuerdo a lo que consideran como el camino moral correcto” (2004: 42). Los rituales se basan, antes que nada, en las reuniones de grupos, congregaciones y audiencias. Estos momentos especiales y extra-ordinarios producen una intensificación de las experiencias compartidas, lo que Durkheim denominó “efervescencia colectiva”. Se crean fronteras entre los que participan en estos rituales y los que no, y se busca que los presentes se sientan parte de una colectividad moral superior.

Se pueden diferenciar las reuniones y concentraciones que se organizan en barrios de las ciudades grandes y en ciudades pequeñas de provincia de los grandes mítines con los que se cierra las campañas electorales. En los primeros los caciques locales tratan de demostrar su fuerza a los liderazgos nacionales, que se evidencia en el número de personas que convocan y en

la organización de los eventos. Los grandes actos de masas están a cargo de las directivas de los partidos. Todos estos rituales se basan en cómo las redes de los partidos políticos movilizan para que participe su gente.

Javier Auyero (2001) contrasta entre los círculos íntimos de los caciques, *brokers* o punteros partidistas, y las personas que ocasionalmente participan en las redes para resolver los problemas de los pobres. Los primeros están envueltos en una serie de relaciones sociales de reciprocidad desigual por la que circulan favores y lealtades. Las personas cercanas a los caciques comparten su visión de qué es la política, sienten gratitud hacia quienes les ayudan a resolver sus problemas y participan en mítines y en eventos políticos por gratitud, lealtad y hasta cariño a sus líderes. A diferencia de las personas cercanas, quienes participan esporádicamente de los intercambios de favores por lealtades tienen relaciones más distantes y cosmovisiones más alejadas de las que tienen los del círculo íntimo: pueden ser llevados a un mitin, pueden ir porque se trata de una obligación o por razones utilitarias. Por último, están los curiosos que se acercan a las concentraciones con espectáculos de música gratis, por la curiosidad de ver al candidato, o por si les regalan una camiseta.

Las personas ligadas a los círculos íntimos de los caciques, los que participan de manera esporádica y los curiosos tienen diferentes niveles de participación, de adhesión a determinadas candidaturas políticas, y de identificación y compenetración con los líderes, los partidos y con los otros militantes. En los mítines políticos se observa cómo la gente se ubica alrededor del escenario donde tendrá lugar el espectáculo. Para los caciques locales y sus bases es muy importante demostrar su presencia. Es por esto que se esfuerzan por estar lo más cerca de la tarima no sólo para ver el show de cerca, sino sobretudo para que los liderazgos de las maquinarias partidistas vean el nombre de su organización o comité barrial que está inscrito en una pancarta. Muchos no asisten por su voluntad, y aprovechan cuando la función está casi acabando para irse. A veces ni se enfocan en lo que ocurre en el escenario y están más interesados en charlar y hacer chistes con sus amigos y parientes que también fueron llevados a estos mítines. Los curiosos se acomodan en los márgenes; pues si bien están presentes, no necesariamente quieren ser identificados con las personas que están participando en rituales que generan adhesiones a determinadas candidaturas.

Estudiosos del populismo han demostrado que el discurso político es diferente del discurso científico. Puesto que el objetivo del discurso político “es impulsar a la acción, son menos útiles las argumentaciones cuidadosamente trabajadas que los efectos estéticos, las imágenes impresionantes y las apelaciones emotivas” (Álvarez Junco, 1990: 234). Los discursos políticos son espectáculos halagadores centrados alrededor de la figura del político y los mítines son espacios de celebración de su liderazgo.⁴ Se busca entretener, divertir y, sobre todo, hacer sentir bien a los concurrentes. Abdalá Bucaram, en la campaña electoral de 1996, combinó su show del “loco que canta y baila”, con la emoción del concierto en que se corean tonadas conocidas. La repetición de las canciones del grupo uruguayo de baladas y música pop retro *Los Iracundos* creó un ambiente de hermandad en las plazas. Los actos de masas de Rafael Correa en la campaña presidencial del 2006 dieron la sensación de que todos los asistentes pertenecían a un proyecto compartido. Con este fin, luego que el candidato manifestara desde la tarima una idea simple y con un efecto movilizador, sus palabras eran interrumpidas con canciones, ya fueran pregrabadas o de un grupo de música protesta, que eran coreadas por el candidato y por el público. Mientras descansaba su garganta y tomaba agua, Rafael Correa no perdía la oportunidad para sonreír a las damas, abrazar a los niños, bailar y divertirse. Luego se paraba la música, y el candidato continuaba con su disertación, que a los pocos minutos era interrumpida de nuevo con la música, los gritos y el baile (De la Torre, 2006). Es así que estos actos de masas se parecían más a una fiesta callejera y a una verbena que a una concentración política. De esta manera se marcaron diferencias con los discursos de los políticos tradicionales. Además, se entretuvo a la audiencia, que percibía la idea de que todos eran parte de un mismo proyecto político: “la revolución ciudadana” que terminaría con la “partidocracia”.

A diferencia de los mítines que condujeron al triunfo de Bucaram y de Correa, los de Álvaro Noboa en la campaña del 2006 sólo tuvieron éxitos en los círculos cercanos a sus redes (De la Torre, 2006). Para los curiosos y los más lejanos se trató de actos aburridos, pese a que el multimillonario a veces contrató a grupos de música de reconocida fama. Noboa repi-

tió un mismo guión en que el mitin político estuvo acompañado de un show artístico y por la entrega de medicinas, computadoras, sillas de ruedas y micro-créditos para que las personas pobres se conviertan en empresarios. Si bien los regalos de Noboa fueron interpretados por los de su círculo íntimo como muestras de su preocupación por los más necesitados, para las personas más lejanas fueron actos desesperados del millonario que trataba de comprar votos.⁵ Además, a diferencia de las emociones fuertes que se vivían cerca de la tarima, para quienes estaban más lejos se trataba de demostraciones largas y aburridas de la caridad de un rico. Es por esto que una vez que terminaban los números musicales, la gente se retiraba mientras Noboa disertaba.

Los rituales políticos producen sentimientos de solidaridad y configuran emblemas y marcadores de identidad partidista y de adhesión a un líder. La intención de los organizadores de estos eventos es que los partícipes se enfoquen en la figura del líder, lo consagren y lo deifiquen como si fuese una persona fuera de lo común (Collins, 2004: 38). Es por esto que el momento culminante del mitin es la aparición del líder luego de que los ánimos ya están caldeados con la música y los discursos de los teloneros.

En la campaña de 1996 el presentador, como si se tratase de un acto de circo, anunciaba la llegada de Abdalá Bucaram: “Ya viene Abdalá, Abdalá, Abdalá”. Entonces, el líder entraba apoteósicamente en compañía de su candidata a la vicepresidencia mientras sonaba la canción emblemática de la campaña, “La fuerza de los pobres”. Desde este momento, durante más de una hora los partícipes se enfocaban en los cantos, bailes y palabras de Bucaram, quien además dialogaba y hacía reír a los asistentes. Álvaro Noboa llegaba a la tarima en su carro alegórico de campaña desde el cual encabezaba caravanas motorizadas y repartía camisetas por las calles de las diferentes ciudades. Una vez en la tarima trataba de ser el centro del acto, y lo fue para quienes vieron de cerca el reparto de sillas de ruedas y computadoras; sin embargo, no sucedió lo mismo para las personas lejanas a sus redes. A través del canto y la música con la que bus-

4 Agradezco a Luis Alberto Tuaza por esta aclaración.

5 Véase el análisis en *Vanguardia*, 17 de octubre del 2006: 40-41; y el editorial de Pepe Laso, “Profetas de la desventura”, *Hoy*, Quito, diciembre 3, 2006.

có crear sentimientos de solidaridad horizontal, Rafael Correa se presentó a la vez como un ciudadano más y como el mejor preparado para terminar con la “partidocracia”. La historia de sus orígenes populares y su superación para alcanzar títulos de postgrado en universidades extranjeras, así como ser un guayaquileño que vive y trabaja en Quito, lo presentaban como la encarnación de los sueños de movilidad social y como el símbolo de la unidad nacional anti-oligárquica.

Los discursos populistas son en gran medida creaciones colectivas en las que intervienen tanto el líder como sus seguidores. “El ídolo de masas se deja conducir por sus oyentes, prestándose a repetir o subrayar aquello que tiene éxito” (Álvarez Junco, 1990: 234). El orador tiende a repetir las bromas que fueron recibidas exitosamente e incorpora las consignas y gritos que fueron usados por quienes asisten a estos eventos colectivos. Por ejemplo, el eslogan de la campaña de Bucaram del ‘96, “¡Un solo toque!”, se trata de un grito que se usa en el fútbol, y fue incorporado a sus discursos luego de que un grupo de jóvenes exaltados lo gritaron. Como la consigna “gustó y pegó”, Bucaram la empleó como eslogan principal de su campaña (De la Torre, 1996).

Los discursos son elaboraciones colectivas también porque los líderes responden a las acusaciones y descalificaciones de sus rivales (Ostiguy, 2007). José María Velasco Ibarra en la campaña electoral de 1960, ante las denuncias de sus rivales de que lo apoyaba la “chusma velasquista”, respondió: “Estáis metidos con la chusma velasquista. Pero digo, con Alessandri, ¡bendita chusma, con vosotros cuento para levantar la grandeza del pueblo ecuatoriano! En esta chusma hay artesanos, mujeres, campesinos, brazos esforzados, grandes almas, nobles espíritus que son el alma de la patria, que redime a la república de la corrupción calculadora” (*El Universo*, Guayaquil, 1 de junio 1960: 23; citado en De la Torre, 2008: 48).

Cuando los discursos son exitosos, y siempre guardando la diferenciación entre los cercanos y los lejanos a las redes, estos mítines producen sentimientos de solidaridad, de identificación en la figura del líder y de ser parte de una comunidad moral superior. Los que se identificaron con Correa, por ejemplo, se imaginaron a sí mismos como parte de la ciudadanía que terminaría con el dominio de los partidos políticos. Se veían como la vanguardia de la revolución ciudadana y consideraban que todos los que

no estaban con ellos buscaban salvaguardar los intereses del viejo régimen basado en el dominio de partidos políticos corruptos. Estos sentimientos de superioridad moral, a la vez que les motivaron a luchar por su líder, les llevaron a calificar a quienes no compartían sus ideales como enemigos.

Las identidades políticas que se generan en los mítines populistas se pueden basar en la politización de los apelativos morales, en la politización de las desigualdades y hábitos de las clases sociales y sobre todo en la creación de dos campos antagónicos que se expresan entre quienes están con el líder-redentor y quienes no lo están, y representan el viejo orden. Estas identidades generadas en los mítines exitosos no se quedan flotando en el aire hasta la próxima reunión pública masiva. Las redes clientelares cumplen un papel fundamental al reproducir lealtades hacia un líder. A través de los contactos cotidianos de los caciques o *brokers*, con quienes se busca resolver problemas, las redes clientelares reproducen identidades de pertenencia a partidos populistas. Como señalan Menéndez Carrión (1986) y Auyero (2001), en los intercambios clientelares no sólo se dan bienes y servicios, sino que se construyen lealtades partidistas, relaciones de gratitud hacia quienes hacen obras y servicios y se reproducen los mitos que deifican a los líderes como redentores.

El estudio discursivo de los rituales políticos ayuda a explicar cómo se reproducen las identidades populistas. Estas se generan tanto en las asambleas y mítines como en los contactos entre *brokers* y la gente común. La intensidad de las mismas varía de acuerdo a la posibilidad de que los *brokers* partidistas puedan solucionar problemas, como en el carisma de los líderes y el contacto directo de éstos con sus seguidores. Ya sea en la constante repetición de actos de masas, en las visitas de los líderes populistas a los barrios, o en las audiencias a los pobres en sus casas se busca crear una comunidad moral basada en la identificación de todos con un político que sintetiza y encarna un futuro mejor.

En los últimos años la tarima se complementa con la televisión. Los organizadores de los actos buscan la coincidencia con los horarios de los noticieros nacionales para ser retransmitidos en vivo. Además, las campañas cada vez invierten más recursos en propagandas de televisión y en cuñas radiales que intentan generar identidades partidistas, adhesiones y miedos ante determinadas candidaturas. Sin embargo, el peso de la tele-

visión en la forma en la que los políticos buscan llegar al poder y ejercerlo no me parece que justifique la escritura de obituarios sobre la política y de su transformación en la pos-política mediática (Sarlo, 1995). Considero que más bien estamos ante una agenda de investigación de cómo se combinan las lógicas de la televisión con las formas tradicionales de buscar votos y ejercer el poder.

El renacer del populismo en los años '90 del siglo pasado fue explicado por varios académicos por el poder de los medios para crear lazos directos de representación entre los líderes y sus seguidores. La televisión tendría un papel muy importante en las elecciones en contextos en que la gente común se encuentre expuesta de manera significativa a su influencia, dependa altamente de la televisión para su información política, este medio tenga alta credibilidad y la población tenga bajos niveles educativos y poco acceso a medios alternativos de información (Lawson, 2002: 201). Taylor Boas (2005) ha sistematizado información de acuerdo con las hipótesis derivadas de los trabajos de los teóricos norteamericanos del populismo como Kurt Weyland (1996; 2004) y Kenneth Roberts (1995), demostrando que la televisión sería el medio a través del cual los líderes neopopulistas se relacionarían con las masas atomizadas y desorganizadas del sector informal. La televisión explicaría no sólo los triunfos de los neopopulistas, sino también sus estilos de gobierno, en que los partidos y las instituciones son reemplazados por las imágenes televisivas que dan una sensación de participación y de representación directa entre el líder y sus seguidores.

En su estudio basado en el análisis estadístico de sondeos de opinión pública en tres elecciones (Brasil 1989, Perú 2000 y Perú 2001) Boas demuestra que si bien la televisión contribuyó a la victoria de Collor en 1989 y de Fujimori en el 2000, no tuvo que ver con la política neopopulista. Más bien la cobertura sesgada de las campañas por los medios explicaría por qué ganaron estos candidatos. El estudio de recepción de Boas cuestiona empíricamente las visiones que asumen que la televisión es el mecanismo más importante para asegurar el triunfo de líderes neopopulistas. Por tanto, la agenda de investigación debe centrarse en cómo se utilizan la televisión y las redes partidistas y en cómo los nuevos medios se combinan con formas tradicionales de hacer política. (Sarlo, 1995; Degregori, 2001)

Inspirándose en el estilo de Carlos Menem (Novaro y Palermo, 1996; Nun, 1994), Abdalá Bucaram representó sus actos de gobierno como un show de televisión en el que el poder se dramatizaba en espacios de la cultura popular como el fútbol y la cultura de masas (De la Torre, 1999; 2000). Al escenificar sus éxitos personales en estos espacios de la cultura de masas, Bucaram representaba los sueños de éxito y de movilidad social de la gente común, como jugar al fútbol con estrellas, bailar con modelos teñidas de rubio o transformarse en animador de un programa de televisión. Estando siempre presente en la televisión, la radio y la prensa, Bucaram trató de construir su figura como el evento político central. Su imagen de triunfador en esferas no-políticas, como los negocios y los deportes, y su nuevo rol como cantante de baladas y presentador de show de variedades de televisión, fueron constantemente retransmitidos a los hogares. Abdalá Bucaram actuaba en la televisión para el público y transformaba los significados de lo que debía discutirse en la esfera pública. Los debates sobre su vida personal y los significados de sus apariciones en la televisión fueron temas tan importantes como las discusiones sobre sus proyectos y programas de gobierno. Al mismo tiempo que defendía su plan económico neoliberal, decidía qué jugadores debían ser contratados por el club deportivo Barcelona, del cual fue electo presidente durante su mandato.

Si bien su intención fue construir eventos mediáticos que atraigan grandes números de televidentes y rompan con las rutinas de la televisión (Dayan y Katz, 1992), estos eventos no fueron interpretados por la opinión pública y por las audiencias de clase media para arriba como representativos de los valores, símbolos y narrativas de la ecuatorianidad. Más bien los periodistas y muchos ciudadanos de clase media los consideraron un peligro para la democracia, como señal de la irrupción de las "chusmas" en el palacio presidencial.

El ejemplo de Bucaram ilustra un patrón más general. Si bien los medios, sobre todo la televisión, han sido usados con la intención de transformar la representación política en un show mediático, los ciudadanos, organizaciones de la sociedad civil, los periodistas y las élites mediáticas no siempre se rinden ante el poder de las imágenes de la televisión. Más bien lo interesante es estudiar tanto los intentos de control autorita-

rio de la esfera pública y de usar la lógica de los videos para gobernar, como la resistencia de múltiples actores y públicos a estos proyectos (Conaghan, 2005).

El populismo, en conclusión, es mejor analizado como una estrategia y como un estilo discursivo que polariza a la sociedad en dos campos antagónicos. El populismo, además, se presenta en diversos grados y puede ser utilizado, como señala César Montúfar en su capítulo en este libro, de manera intermitente. Los discursos populistas circulan en los actos de masas, en los intercambios cotidianos entre caciques políticos y los pobres que buscan resolver sus problemas y por medio de la televisión y de otros medios electrónicos. El análisis del discurso populista debe siempre tomar en cuenta no sólo cómo se produce, sino también cómo es recibido, y explicar bajo qué condiciones funcionan mejor los apelativos populistas que otras formas discursivas.

Instituciones frágiles, Estados fallidos y populismo

Para explicar por qué el populismo resurge constantemente y se niega a desaparecer es importante analizar por un lado, tal como han hecho varios investigadores, la institucionalidad democrática. En contextos de institucionalidad frágil, cuando los excluidos no sienten que pueden usar las reglas del juego electoral para ganar, en ausencia de mecanismos de rendición de cuentas y de sistemas de partidos débiles los populismos constantemente reaparecen (Drake, 1999; Freidenberg, 2007: 46-47).

Además del estudio institucional se puede entender el constante resurgimiento del populismo a través del análisis de las relaciones entre los estados y las sociedades civiles. Los Estados latinoamericanos, como señalan Miguel Ángel Centeno y Alejandro Portes (2006), han intentado regular a la sociedad civil pero no lo han conseguido. “Estos Estados pueden ser descritos como frustrados debido a la contradicción permanente entre las voluminosas regulaciones que producen en papel y la inhabilidad de ejecutarlas en la práctica” (Centeno y Portes: 28). Los “Estados frustrados” provocan la informalidad en la economía y en la política. En estos Estados una minoría se apropia de la protección esta-

tal y de sus recursos, mientras que la mayoría tiene que valerse por sí sola, violando constantemente la ley. De tal suerte, la mayor parte de la población se busca la vida en las actividades informales y accede a la vivienda a través de la toma ilegal de tierras. El Estado de derecho no regula las interacciones entre ciudadanos. Como analizó Roberto da Matta (1991), los poderosos utilizan la ley de acuerdo a su conveniencia y para los pobres la ley es un peso que constantemente amenaza y del cual tienen que escapar a través de la evasión o de las coimas a los agentes estatales.

En los Estados fallidos las formas de autoridad legal están poco desarrolladas. Los aparatos judiciales y administrativos se encuentran politizados, por lo que la ley puede ser utilizada de manera particularista. Este tipo de relación entre el Estado y la sociedad civil provoca el florecimiento del clientelismo y del populismo como formas de acceso a los recursos y al poder (De la Torre, 2000; Prud'homme, 2001). “El clientelismo es una forma de organización social en la cual el acceso a los recursos sociales está controlado por patrones que los dan a los clientes a cambio de la deferencia y de varias formas de apoyo. Es una forma de organización social particularista y asimétrica y contrasta con la ciudadanía en la cual el acceso a los recursos se basa en criterios universalistas y en la igualdad formal ante la ley” (Hallin y Papathanassopoulos, 2002: 184-185). Los intercambios clientelares se apoyan en etiquetas y rituales del intercambio que regulan lo que se entrega y cómo se entrega (Auyero, 2001; Barozet, 2006). Los partidos políticos, ya sean populistas o no, se asientan en estas redes de intercambio (Auyero, 2001; Burgwall, 1995; Barozet, 2006; Gay, 2006). Además, con el tiempo los intercambios han generado una cultura política en la que los mal llamados “clientes” apuestan a varios intermediarios y apoyan a quien tenga las mayores posibilidades de otorgarles recursos. Por su parte los intermediarios apuestan por los políticos que tengan las mayores posibilidades de ganar para poder seguir solucionando los problemas de sus bases. Esta inestabilidad del apoyo popular a los intermediarios y de estos a los partidos políticos da ciertas ventajas a los pobres, que han aprendido a negociar con varios intermediarios y partidos políticos apostando por quien pueda darles más en cada coyuntura electoral (De la Torre, 2004: 58; Gay, 2006).

Las personas que viven de la transgresión constante de la ley, como señala Chatterjee (2004), no son completamente ignoradas por el Estado, que intenta controlarlas y regularlas no como a ciudadanos, sino como a poblaciones a través de una serie de categorías administrativas tales como la de marginados, invasores de tierras, vendedores ambulantes, etc. Estas poblaciones se relacionan con las agencias estatales negociando políticamente el acceso particularista a recursos ya sea a través de la intermediación de partidos políticos, de las ONG o de sus propias organizaciones. Es así que los “clientes”, los “informales”, los “pobres” a los que se refiere la bibliografía, son poblaciones que, a la vez que son invisibilizadas por el Estado, también tienen sobre-visibilidad. Como señala Julio Aibar, son poblaciones marcadas simultáneamente por la falta y el exceso: “Una carencia de atributos y cualidades que conduce a un exceso de presencia y que quiebra o transgrede las normas y ‘las buenas costumbres’” (Aibar, 2007: 33).

El populismo politiza las humillaciones cotidianas a las que son sometidas estas poblaciones transformando los estigmas, con que son nombrados para ser administrados por las agencias estatales y no gubernamentales, en fuentes de dignidad. El populismo hace que estos sujetos utilizados por la administración del Estado dejen de ser meros receptores de ayuda administrativa y que se conviertan en comunidades con características morales superiores. Los marginados, los informales, los invasores, los pobres se transforman en el pueblo, la nación, la verdadera patria. Es así que durante el peronismo los descamisados argentinos se convirtieron en los auténticos representantes de los valores populares y que las “chusmas” de los opositores de Velasco Ibarra y de Gaitán se transformaron en los baluartes de la verdadera nación.

Tanto el clientelismo como el populismo que se asientan en las falencias de un Estado que infructuosamente intenta regular a la sociedad civil son fenómenos modernos y no reliquias del pasado. Se basan en la inexistencia de un Estado de derecho y en el acceso desigual y particularista a los recursos estatales como favores o privilegios pero no como derechos universales. A diferencia de las prebendas particularistas y de los favores, los derechos se caracterizan por ser: “naturales”, inherentes a los seres humanos; “iguales”, los mismos para todos; y “universales”, pues se aplican en toda situación (Hunt, 2007: 20). Los derechos no pueden ser defi-

nidos para siempre y no son estáticos pues “nuestro sentido de quién tiene estos derechos y cuáles son los derechos cambia constantemente” (Hunt, 2007: 29). Es por esto que Lefort (1986: 260) argumentó que “los derechos son uno de los principios generativos de la democracia”. Sin derechos sólo hay un acceso y acaparamiento particularista de prebendas y privilegios, una falla de la democracia que siempre será cuestionada por los excluidos de los derechos que se encuentran interpelados por los populistas como los baluartes de la nación.

Las contradicciones entre Estados frustrados, particularismos y falta de derechos permiten que periódicamente emerja el populismo, que busca regenerar el ideal democrático pero que, como se analizará en la siguiente sección, se mueve en una línea tenue entre incrementar la participación y la no construcción de instituciones que permitan que se establezcan mecanismos de autoridad legal racional. Sin un Estado que regule exitosamente a la sociedad civil y no la ahogue en el papeleo burocrático de leyes que no se cumplirán, o que se utilizarán para atemorizar selectivamente a la población, el populismo y el clientelismo serán los caminos tanto para dar dignidad a los de abajo como para que los excluidos busquen negociar con el Estado.

El populismo y la democracia

Margaret Canovan argumenta que el populismo es un componente esencial de la democracia y que “sus fuentes se encuentran en las tensiones al interior del corazón de la democracia” (1999: 2). Si bien la democracia tiene una fase pragmática y administrativa, también tiene una fase redentora. La crítica populista a las élites, los apelativos y glorificación a la gente común dan vitalidad y renuevan el ideal democrático. La fase redentora del populismo está asociada a la glorificación discursiva del pueblo, a su estilo dirigido a la gente común, y a los fuertes sentimientos que motivan a que gente poco interesada en la política o apolítica participe (Canovan, 1999: 4-6).

Chantal Mouffe (2005b) parte de la concepción de Macpherson según la cual en la democracia conviven los principios liberales de pluralismo y

libertades individuales con los principios democráticos de igualdad y de soberanía popular. La difícil convivencia de estos fundamentos provoca un déficit participativo cuando la gente común no se siente representada en las instituciones liberal-democráticas y cuando no encuentra canales para expresar su voluntad. El populismo, que busca renovar el ideal democrático-participativo, se explicaría por las carencias y las fallas de la democracia liberal. En Venezuela, por ejemplo, muchos ciudadanos sintieron que la democracia pactada del Punto Fijo estaba agotada y que se había convertido en un régimen excluyente (Buxton, 2005). En Ecuador, luego de que tres presidentes electos fuesen destituidos por el Congreso con el uso de artimañas legales, muchos ciudadanos percibieron que la democracia estaba secuestrada por las mafias de los partidos políticos tradicionales y que para regenerarse había que elegir a Rafael Correa, un *outsider* que prometió una asamblea constituyente para refundar la política (De la Torre, 2006).

Apelando a las emociones y a la dimensión antagónica de la política que se basa en la distinción entre un nosotros y los otros, el populismo busca regenerar y dar impulso a la máxima herencia de la revolución francesa: que el gobierno debe legitimarse en la voluntad popular (Chattarjee, 2004: 27). El populismo desenmascara los puntos débiles y los silencios del liberalismo sobre todo cuando este transforma la política en la administración pragmática y tecnócrata de lo público. El populismo expresa los antagonismos y las emociones que constituyen la política. Como ha notado Ernesto Laclau (2005; 2005a), el populismo es lo mismo que la política, pues se basa en la construcción de fronteras sociales en las que el pueblo es interpelado en contraposición a un enemigo. Sin antagonismo la política se desvanece en administración y el populismo se basa en los antagonismos que generan identidades populares y permiten la generación de alternativas al orden vigente.

Siguiendo a Carl Schmitt, el populismo representaría la expresión más pura de lo político pues se basa en la distinción entre amigo y enemigo. “Cualquier antítesis religiosa, moral o ética se transforma en política si es lo suficientemente fuerte como para agrupar a los seres humanos en amigos o enemigos” (Schmitt, 2007: 37). Ya que la lógica amigo-enemigo se basa en la premisa de que no comparten ningún campo en común, sea el acuerdo sobre las reglas del juego de la democracia procedimental o un

espacio simbólico compartido en el que se manifiesta el conflicto, el enemigo es “alguien cuyas demandas no son reconocidas como legítimas y que debe ser excluido del debate democrático” (Mouffe, 2005: 50). La democracia para Schmitt se basa en la existencia de un *demos* homogéneo que no acepta el pluralismo y la diversidad de intereses y puntos de vista de una sociedad moderna. Los populismos se asientan en las tensiones entre esta idea schmittiana de democracia, junto con la imposibilidad de construir a la nación como un ente homogéneo (ver el capítulo de Aibar en este libro).

La representación populista se basa en formas directas de comunicación entre el líder y el pueblo (Peruzzotti, s.d.: 7). Los actos de masas donde se aclama plebiscitariamente al líder y las elecciones son los momentos decisivos del pacto representativo populista. El objetivo de los populistas es ganar elecciones y congregarse a la mayor parte de personas en este tipo de actos. La diferencia entre los populismos de antaño y los actuales, sean estos neoliberales o radical-nacionales, se da en parte por las estrategias con las que se pretende ligar directamente al líder con sus seguidores. Además del uso de técnicas convencionales, como son los actos de masas que buscan que el líder y sus seguidores se encuentren en los espacios públicos, actualmente se recurre a los sondeos de opinión pública y, sobre todo, a la televisión.

En un excelente estudio sobre los medios y la política en Israel, Yoram Peri (2004) analiza cómo las lógicas de la televisión y de la política se han fusionado en lo que llama la *Mediapolitik* neopopulista. La lógica de los medios, sobre todo de la televisión, implica la personalización de la política, da énfasis a los elementos emocionales sobre los que motivan a la reflexión y a los elementos dramáticos sobre los que no se resuelven en oposiciones binarias y simples. Los políticos se han tenido que adaptar a la lógica mediática y han aprendido a manipularla con el asesoramiento de los expertos mediáticos. Los medios, por su parte, se han convertido en actores políticos.

Si bien en muchos países de América Latina la política siempre fue personalista y los programas e ideologías contaron menos que las figuras de los políticos como símbolos, en la era de la *Mediapolitik* la dimensión simbólica adquiere características centrales. El juego político que se da en

los medios, sobre todo en la televisión, se centra en la persona pública del político. Es por esto que se invierten tantos recursos para construir la personalidad como el evento central de la política. La política se transforma en una lucha sobre características personales que opacan la distinción entre lo público y lo privado. Lo privado se politiza y lo público se transforma en peleas sobre las características personales de los políticos o de los personajes mediáticos y periodísticos. Sin embargo, los cambios impulsados por la fusión de la lógica de la televisión con la de la política no significan necesariamente la banalización de la política. En la elección presidencial ecuatoriana del 2006, si bien la disputa se centró en gran medida en la televisión y alrededor de las personalidades de los políticos, la política no se trivializó. Álvaro Noboa y Rafael Correa presentaron opciones de políticas públicas muy diferentes. Mientras Noboa prometió la integración a la globalización, Correa ofreció el “socialismo del siglo XXI”, entendido como una mezcla de políticas distributivas y nacionalistas y un nuevo pacto social a través de una asamblea constituyente que prometía refundar el sistema político.

Ya que la política se basa en las luchas sobre personalidades, los gobernantes se embarcan en campañas permanentes en que cada acto de gobierno es un acto proselitista (Conaghan y De la Torre, 2008.). La lógica de la confrontación reemplaza a la lógica de los pactos que deberían caracterizar las acciones de gobernar. En estas luchas los presidentes tienden a estar siempre presentes en los medios, mientras que los medios luchan por demostrar que el político no es creíble y es un fraude. Estas disputas contribuyen a ilegitimar las instituciones de la democracia representativa.

A diferencia de la democracia liberal, que se basa en el gobierno de la mayoría pero no en la unanimidad de opiniones e intereses, en el populismo no existe un campo reconocido para expresar la disensión. El populismo busca “la unión y la identidad total entre un representante y aquellos que buscan ser representados” (Plotke, 1997: 28). Quienes no son parte de los seguidores que aclaman al líder son invisibilizados, silenciados, no son tomados en cuenta y pueden ser reprimidos (Urbinati, 1998: 116-119). Es por esto que el populismo puede representar la negación de la política, pues imagina una identidad única del pueblo que se expresa en la figura del líder (Panizza, 2005; Urbinati, 1998).

Ya que el pueblo no puede auto-representarse y auto-constituirse, pues no está ahí como un dato empírico, sino que es una relación de posicionamientos construidos, no se puede evitar el supuesto de que siempre se necesitará de expertos o de élites que expresen, articulen, descubran y glorifiquen lo que ellos consideran como la esencia de lo popular. Esta búsqueda del pueblo no sólo da legitimidad a quienes se autoproclaman como sus representantes, también se basa en la exclusión de quienes no son pensados dentro del campo de lo popular y que, por lo tanto, son parte del enemigo, o simplemente no existen para el imaginario y discurso político populista.

Al promover visiones sustantivas de la democracia, entendidas como la expresión de la voluntad homogénea del pueblo, como la expresión de la solidaridad comunal del cuerpo ciudadano o, en la perspectiva de Schmitt, como la identificación total entre el líder y sus seguidores, se desconocen y no se respetan el pluralismo, los procedimientos parlamentarios ni el Estado de derecho (Arato, 2000: 939-941). Las visiones sustantivas de la democracia están relacionadas con formas autoritarias, que a nombre de la legalidad sustantiva de la democracia, destrozan y pasan por alto el marco normativo existente que es visto como un impedimento para que se exprese la voluntad popular encarnada en el líder. Esta actitud instrumental ante las leyes “reduce los mecanismos constitucionales a un medio que sirve al poder político y el uso repetido de medidas y prácticas extra-institucionales debilita la autoridad del Estado y del sistema legal” (Peruzzotti, 1997: 101).

El populismo representa simultáneamente la regeneración de los ideales participativos y de igualdad de la democracia, así como la posibilidad de negar la pluralidad de lo social sin la cual el ideal democrático puede degenerar en formas autocráticas y plebiscitarias de aclamación a un líder construido como la encarnación del pueblo y de la nación. Las ambigüedades del populismo, que van desde la democratización hasta el autoritarismo, son evaluadas, en gran medida, a partir de la posición de quienes analizan estos fenómenos. Es así que, por lo general, quienes escriben sobre el populismo como “redención democrática” lo hacen desde países con instituciones sólidas. La evaluación tiende a cambiar, como anota Jean François Prud’homme (2001: 63), cuando se evalúa la realidad desde países en los cuales los rasgos autoritarios tienen mayores posibilidades de establecerse por la falta de instituciones fuertes que los contrarresten.

Conclusiones

Este recorrido por las diferentes interpretaciones y visiones del populismo permite concluir que el populismo no puede ser visto ni como una etapa en la modernización de la sociedad ni como una anomalía. El populismo es parte constitutiva de la modernidad latinoamericana. Esto significa que las formas de participación y representación articuladas a través de discursos populistas fueron los mecanismos a través de los cuales se dio la primera incorporación de los excluidos a la política. También significa que estas formas discursivas, de representación y de participación han sido los mecanismos utilizados para buscar la incorporación de nuevos ciudadanos. En lugar de buscar una modernidad basada en una idealización de los patrones occidentales me parece que hay que analizar los rasgos de las modernidades populistas latinoamericanas.

El populismo es una estrategia política y un estilo de hacer política que radicaliza las contradicciones sociales entre la élite y “los de abajo”. El nivel de polarización variará en diferentes experiencias, por lo que el populismo se manifiesta en diversos grados de polarización y de creación de antagonismos que van desde lo político hasta lo social. El análisis de los rituales discursivos es fundamental para comprender cómo se generan estas identidades y los niveles de polarización de diferentes experiencias populistas. Analizar los populismos como rituales no significa desconocer sus formas mediáticas. Lo importante es estudiar tanto los discursos de los líderes como los de sus seguidores y opositores. El estudio de los eventos discursivos populistas ayuda a desentrañar su carácter colectivo. Los discursos de los líderes son en gran medida respuestas a los estigmas usados por la oposición para descalificarlos, en medio de coyunturas de fuerte polarización. Los líderes además incorporan en sus discursos las intervenciones y respuestas de sus seguidores.

Las subjetividades e identidades populistas se generan en los rituales políticos de los actos de masas, a través de la repetición de imágenes y eslóganes en los medios electrónicos y de los intercambios clientelares entre las maquinarias partidistas y los pobres. Si bien los medios son cada vez más importantes en las estrategias de los líderes para buscar contacto inmediato con los ciudadanos, esto no nos autoriza para declarar el fin de la polí-

tica deliberativa. Más bien estamos ante una agenda de investigación para entender cómo se combinan las formas tradicionales de hacer política con las formas mediáticas. Se deben estudiar cómo se combinan los apelativos emocionales con los emotivos en coyunturas concretas. Tampoco se puede asumir que las estrategias mediáticas populistas siempre funcionan. Más bien hay que analizarlas en contextos en los cuales son mediadas por las respuestas e iniciativas de las organizaciones de la sociedad civil y de quienes construyen noticias y configuran la opinión pública.

Si bien el populismo motiva para que los excluidos y los apáticos participen, las visiones sustantivas de la democracia, entendidas como la voluntad homogénea del pueblo o como la identificación entre el líder y la nación, desconocen el pluralismo y los procedimientos del Estado de derecho. Es por esto que el populismo es una forma de incorporación política que ha mostrado, al mismo tiempo, rasgos democratizadores y autoritarios. A la vez que regenera la democracia, politiza las desigualdades sociales y las humillaciones cotidianas de los pobres y de los no blancos, el populismo puede generar formas de representación que niegan las diversidades de la sociedad en la anti-utopía de la fusión del pueblo con la voluntad de un líder, reduciendo lo popular a su sola expresión personal. De este modo, el populismo se mueve entre la ambigüedad de pensamiento que imagina la sociedad como una comunidad con intereses homogéneos y la radical politización de las exclusiones.

Mientras los Estados latinoamericanos continúen fallando en sus intentos por regular la sociedad civil, y no se consoliden las instituciones que garanticen un Estado de derecho, el populismo se negará a desaparecer. Los estigmas creados por las agencias estatales y no gubernamentales y la humillación cotidiana de los excluidos podrán ser politizados por líderes populistas. Pero, si es cierto que se busca devolver la dignidad a las poblaciones estigmatizadas, también existe el peligro de construir autoritariamente y desde el poder identidades populares. Los excluidos por su parte pueden presionar para incluir sus propias agendas, que en muchos casos superan las expectativas y las acciones desde el poder (Wolfe, 1994; Ellner, 2005). Si no se construyen instituciones que garanticen la igualdad ante la ley y la creación de ciudadanía el populismo continuará abnando su continua re-emergencia.

Referencias

- Aibar, Julio (2007). "La miopía del procedimentalismo y la presentación populista del daño", en Julio Aibar, ed., *Vox Populi. Populismo y democracia en Latinoamérica*. México: FLACSO: 19-55.
- _____ ed. (2007a). *Vox Populi. Populismo y democracia en Latinoamérica*. México: FLACSO.
- Álvarez Junco, José (1990). *El Emperador del Paralelo. Lerroux y la Demagogia Populista*. Madrid: Alianza Editorial.
- Arato, Andrew (2000). "Good-bye to Dictatorships?", en *Social Research*, Vol. 67, N 4: 925-955.
- Auyero, Javier (2001). *Poor People's Politics*. Durham y Londres: Duke University Press.
- Barozet, Emmanuelle (2006). "Relecturas de la noción de clientelismo: una forma diversificada de intermediación política y social", en *Ecuador Debate*, N. 69 (diciembre): 103-48.
- Boas, Taylor (2005). "Television and Neopopulism in Latin America: Media Effects in Brazil and Peru", en *Latin American Research Review*, Vol. 40, N. 2: 27-50.
- Brader, Ted (2006). *Campaigning for Hearts and Minds. How Emotional Appeals in Political Ads Work*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Burbano de Lara, Felipe, ed. (1998). *El Fantasma del Populismo. Aproximación a un tema [siempre] actual*. Caracas: Nueva Sociedad.
- Burgwall, Gerrit (1995). *Struggle of the Poor. Neighborhood Organization and Clientelist Practice in a Quito Squatter Settlement*. Tesis doctoral no publicada, University of Amsterdam.
- Buxton, Julia (2005). "Venezuela's Contemporary Political Crisis in Historical Context", en *Bulletin of Latin American Research*. Vol. 24, N. 3.
- Canovan, Margaret (1999). "Trust the People! Populism and the Two Faces of Democracy", en *Political Studies*, N. 47: 2-16.
- Castañeda, Jorge (2006). "Latin America's Left Turn", en *Foreign Affairs*. Vol. 85, N. 3: 28-42.
- Centeno, Miguel Ángel y Alejandro Portes (2006). "The Informal Economy in the Shadow of the State", en Patricia Fernández-Kelly y

- Jon Shefner, eds., *Out of the Shadows. Political Action and the Informal Economy in Latin America*. University Park: The Pennsylvania University Press, pp. 23-49.
- Centro Andino de Acción Popular, ed., (2004). *Releer los Populismos*. Quito: CAAP.
- Chatterjee, Partha (2004). *The Politics of the Governed. Reflections on Popular Politics in Most of the World*. Nueva York: Columbia University Press.
- Collins, Randal (2004). *Interaction Ritual Theories*. Princeton: Princeton University Press.
- Conaghan, Catherine (2005) *Fujimori's Peru. Deception in the Public Sphere*. Pittsburgh: The University of Pittsburgh Press.
- Conaghan, Catherine y Carlos de la Torre (2008). "The Permanent Campaign of Rafael Correa: Making Ecuador's Plebiscitary Presidency", en *International Journal of Press/Politics*. (En prensa).
- Conniff, Michael, ed. (1999). *Populism in Latin America*. Tuscaloosa: The University of Alabama Press.
- DaMatta, Roberto (1991). *Carnivals, Rogues, and Heroes. An Interpretation of the Brazilian Dilemma*. Notre Dame: University of Notre Dame.
- Dayan, Daniel y Elihu Katz (1992). *Media Events. The Live Broadcast of History*. Cambridge: Harvard University Press.
- Degregori, Carlos Iván (2001). *La Década de la Antipolítica. Auge y huída de Alberto Fujimori y Alberto Montesinos*. LIMA: IEP.
- De Ípola, Emilio (1983). *Ideología y Discurso Político*. Buenos Aires: Folios Ediciones.
- De la Torre, Carlos (1996) *¡Un Solo Toque! Populismo y Cultura Política en Ecuador*. Quito: CAAP.
- _____ (1999). "Neopopulism in Contemporary Ecuador: The Case of Bucaram's Use of the Mass Media", en *International Journal of Politics, Culture and Society*. Vol. 12, N. 4: 555-571.
- _____ (2000) *Populist Seduction in Latin America*. Athens: Ohio University Press.
- _____ (2004). "Un balance crítico a los debates sobre el nuevo populismo", en Centro Andino de Acción Popular, ed., *Releer los Populismos*. Quito: CAAP. pp. 51-71.

- _____ (2006). “Escenificaciones, redes y discursos en la segunda vuelta electoral”, en *Ecuador Debate*, N. 69: 37-50.
- _____ (2007) “The Resurgence of Radical Populism in Latin America”, en *Constellations*, Vol. 14, N. 3: 384-397.
- _____ (2008) “Populismo y liberalismo: ¿dos formas de entender y vivir la democracia?”, en Carlos de la Torre y Mireya Salgado, eds., *Galo Plaza y su Época*. Quito: FLACSO y Fundación Galo Plaza Lasso, pp. 29-61.
- Demmers, Jolle, Gilberto Fernández y Bárbara Hogenboom (2001). *Miraculous Metamorphoses. The neoliberalization of Latin American Populism*. London: Zed Books.
- Drake, Paul (1999). “Chile’s Populism Reconsidered, 1920’s-1990’s”, en Michael Conniff, ed., *Populism in Latin America*. Tuscaloosa: University of Alabama Press, pp. 63-75.
- Ellner, Steve (2005). “Revolutionary and Non-Revolutionary Paths of Radical Populism: Directions of the *Chavista* Movement in Venezuela”, en *Science & Society*. Vol. 69, N. 2: 160-190.
- Fernández-Kelly, Patricia y Jon Shefner, eds. (2006). *Out of the Shadows: Political Action and the Informal Economy in Latin America*. University Park: The Pennsylvania University Press.
- Freidenberg, Flavia (2007). *La Tentación Populista. Una vía al poder en América Latina*. Barcelona: Síntesis.
- Freidenberg, Flavia y Steven Levitsky (2006). “Informal Institutions and Party Organizations in Latin America”, en Gretchen Helmke y Steven Levitsky, eds., *Informal Institutions and Democracy. Lesson from Latin America*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press, pp. 178-201.
- Gay, Robert (2006). “The even more difficult transition from clientelism to citizenship: lessons from Brazil”, en Patricia Fernández-Kelly y Jon Shefner eds., *Out of the Shadows: Political Action and the Informal Economy in Latin America*. University Park: The Pennsylvania University Press, pp. 195-219.
- Germani, Gino (1971). *Política y Sociedad en una Época de Transición*. Buenos Aires: Paidós.

- Hallin, Daniel y Stylianos Papathanassopoulos (2002). “Political clientelism and the media: Southern Europe and Latin America in comparative perspective”, en *Media, Culture and Society*, N. 24: 175-195.
- Hermet, Guy, Soledad Loaeza y Jean François Prud’homme, eds. (2001). *Del populismo de los antiguos al populismo de los modernos*. México: El Colegio de México.
- Hunt, Lynn (2007). *Inventing Human Rights. A History*. New York: W.W. Norton & Company.
- Ianni, Octavio (1975). *La Formación del Estado Populista en América Latina*. México: ERA.
- Knight, Alan (1998). “Populism and Neopopulism in Latin America, especialmente Mexico”, en *Journal of Latin American Studies*, N. 30: 223-48.
- Laclau, Ernesto (1977). *Politics and Ideology in Marxist Theory*. London: Verso.
- _____ (2005a). *La Razón Populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- _____ (2005b). “Populism: What’s in a name?”, en Francisco Panizza, ed., *Populism and the Mirror of Democracy*. London: Verso, pp. 32-50.
- Lawson, Chappell (2002). *Building the Fourth Estate. Democratization and the Rise of a Free Press in Mexico*, Berkeley: University of California Press.
- Lefort, Claude (1986) “The Image of the Body and Totalitarianism”, en Claude Lefort, *The Political Forms of Modern Society*. Cambridge: MIT Press.
- Mackinnon, María Moira y Mario Alberto Petrone, eds. (1998). *Populismo y neopopulismo en América Latina. El problema de la cenicienta*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.
- Menéndez-Carrión, Amparo (1986). *La Conquista del Voto en el Ecuador. De Velasco a Roldós*. Quito: Corporación Editora Nacional.
- Mouffe, Chantal (2005a). *On the Political*. London: Routledge.
- _____ (2005b). “The ‘End of Politics’ and the Challenge of Right Wing Populism”, en Francisco Panizza, ed., *Populism and the Mirror of Democracy*. Londres: Verso, pp. 50-72.

- Murmis, Miguel y Juan Carlos Portantiero (1971). *Estudio sobre los orígenes del peronismo*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Novaro, Marcos, y Vicente Palermo (1996). *Política y Poder en el Gobierno de Menem*. Buenos Aires: FLACSO-Norma.
- Nun, José (1994). "Populismo, representación y menemismo", en *Sociedad*, N. 5: 93-121.
- Ostiguy, Pierre (2007). "Syncretism in Argentina's party System and Peronist Political Culture", en Dennis Galvan y Rudra Sil, eds., *Reconfiguring Institutions Across Time and Space. Syncretic Responses to Challenges of Political and Economic Transformation*. New York: Palgrave Press, pp. 83-113.
- Panizza, Francisco (2005). "Introduction: Populism and the Mirror of Democracy", en Francisco Panizza, ed., *Populism and the Mirror of Democracy*. Londres: Verso, pp. 1-32.
- _____ (2005a). *Populism and the Mirror of Democracy*. Londres: Verso.
- Pereyra, Guillermo (2007). "La razón populista o el exceso liberal de la teoría de la hegemonía", en Julio Aibar Gaete, ed., *Vox Populi. Populismo y democracia en Latinoamérica*. México: FLACSO, pp. 169-213.
- Peri, Yoram (2004). *Télepopulism. Media and Politics in Israel*. Stanford: Stanford University Press.
- Peruzzotti, Enrique (1997). "Civil Society and the Modern Institutional Complex: The Argentine Experience", en *Constellations*. Vol. 4, N. 1: 88-94.
- _____ (s.d.) "Two Approaches to Representation", en *Cuadernos de Investigación Social. Departamento de Ciencias Sociales*. Perú: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Plotke, David (1997). "Representation is Democracy", en *Constellations*. Vol. 4, N. 1: 19-35.
- Prud'homme, Jean François (2001). "Un concepto evasivo: el populismo en la ciencia política", en Guy Hermet, Soledad Loaeza, y Jean François Prud'homme, eds., *Del populismo de los antiguos al populismo de los modernos*. México: El Colegio de México, pp. 35-65.

- Roberts, Kenneth (1995). "Neoliberalism and the Transformation of Populism in Latin America. The Peruvian Case", en *World Politics*, N. 48 (octubre): 82-116.
- Sarlo, Beatriz (1995). "Argentina under Menem: The Aesthetics of Domination", en Fred Rosen y Deidre McFayden, eds., *Free Trade and Economic Restructuring in Latin America*. Nueva York: Monthly Review Press, pp. 253-263.
- Schedler, Andreas (1997). "Introduction: Antipolitics-Closing and Colonizing the Public Sphere", en Andreas Schedler, ed., *The End of Politics? Explorations into Modern Antipolitics*. Nueva York: St. Martin's Press, pp. 1-21.
- Schmitt, Carl (2007). *The Concept of the Political*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Torre, Juan Carlos, ed. (1995). *El 17 de Octubre 1945*. Buenos Aires: Ariel
- Urbinati, Nadia (1998). "Democracy and Populism", en *Constellations*. Vol. 5, N. 1: 110-125.
- Weyland, Kurt (1996). "Neopopulism and Neoliberalism in Latin America: Unexpected Affinities", en *Studies in Comparative International Development*. Vol. 31, N. 3: 3-31.
- _____ (2003). "Neopopulism and Neoliberalism in Latin America: how much affinity?", en *Third World Quarterly*. Vol. 24, N. 6: 1095-1115.
- _____ (2004). "Clarificando un concepto: el populismo latinoamericano en el estudio de la política latinoamericana", en Centro Andino de Acción Popular, ed., *Releer los Populismos*. Quito: CAAP, pp. 9-51.
- Wolfe, Joel (1994). "'Father of the Poor' or 'Mother of the Rich'? Getúlio Vargas, Industrial Workers, and Constructions of Class, Gender, and Populism in São Paulo, 1930-1954", en *Radical History Review*, N. 58: 80-112.

El resurgimiento del populismo latinoamericano¹

Kenneth M. Roberts*

Aunque el populismo, en sus múltiples formas, ha aparecido en distintas partes del mundo, en ningún lugar ha dejado una huella tan fuerte como en el panorama político latinoamericano. Desde el comienzo de la política de masas, desde el inicio hasta mediados del siglo XX, olas de movilización populista han irrumpido con frecuencia en la región latinoamericana. En algunos países, estas olas mostraron una existencia efímera, pero en otros probaron ser extremadamente fuertes, produciendo legados políticos e institucionales de larga duración. Efectivamente, la región ha constituido un terreno fértil para algunos de los más importantes experimentos políticos populistas del mundo. Líderes como Juan Perón en Argentina y Hugo Chávez en Venezuela son, prácticamente, sinónimos del populismo, apropiándose del concepto con imágenes vívidas de gobiernos carismáticos que vitalizan las masas, desafían a las élites tradicionales e imponen la autonomía nacional sobre la arena internacional.

Incluso en Latinoamérica, el populismo ha presentado un flujo y reflujo en su prominencia política y en sus heterogéneas expresiones políticas, económicas e institucionales. Históricamente, el populismo de América Latina estaba emparentado con el modelo estatal de desarrollo capitalista, conocido como industrialización por sustitución de importaciones (ISI), que permitió a los Estados intervencionistas extender beneficios materiales a sus electores de clases organizadas bajas y trabajadoras. Consecuente-

* Cornell University. E-mail: kr99@cornell.edu. Traducido por Julianna Zambrano.

1 Este artículo apareció en inglés con el título "Latin America's Populist Revival", en *Sais Review*, invierno de 2007; pp. 3-15. Agradecemos al editor por su autorización para publicarlo en este libro.

mente, se supuso que el populismo había terminado cuando la ISI colapsó en la década de 1980, víctima de una crisis de deuda e inflación regional y de presiones en la balanza de pagos que terminaron quebrando los Estados desarrollistas (Kaufman y Stallings, 1991). Esta crisis culminó con la adopción casi universal de programas de austeridad y reformas de libre mercado (o “neoliberales”), mientras los Estados se retiraban de su amplio rango de roles desarrollistas y de bienestar social, históricamente asociados con el populismo. Estrechamente relacionada con la noción de un “Consenso de Washington” regional para el liberalismo político y económico (Williamson, 1990), se encontraba la idea de que el populismo –junto con sus secuelas como el estatismo y el nacionalismo– había sido opacado por una nueva era de democracia, austeridad fiscal y globalización del mercado. A partir de este momento, se pensó que las políticas públicas serían determinadas por tecnócratas responsables que entendieran las leyes del mercado y no por la movilización social o las presiones políticas aplicadas por grupos de poder organizados en busca de rentas.

Sin embargo, la muerte del populismo mostró ser una idea de vida corta. A mediados de los noventa, los académicos empezaron a concentrarse en nuevas formas de liderazgo populista que coexistieron con –o incluso implementaron– políticas neoliberales de ajuste estructural, desafiando el supuesto de que el populismo como fenómeno político iba, necesariamente, a la par de un modelo o etapa particular de desarrollo socioeconómico (Roberts, 1995: 82-116; Weyland, 1996: 3-31). Y, para el final de los años noventa, el surgimiento explosivo de Hugo Chávez en Venezuela mostró que aún las variantes del populismo más tradicionales y estatistas permanecían potencialmente fuertes en la era neoliberal de América Latina. De hecho, en los primeros años del nuevo milenio, varios partidos de tendencia izquierdista y figuras populistas fueron elegidos para los gobiernos de Chile, Brasil, Argentina, Uruguay, Bolivia y Perú (Castañeda, 2006), reabriendo debates históricos sobre modos alternativos de desarrollo que habían sido fuertemente arrinconados durante el apogeo del tecnocrático “Consensus de Washington”. Aunque la categoría de “populista” es poco apropiada para algunos de estos nuevos gobiernos, como se discutió antes, no hay duda de que el populismo ha experimentado un resurgimiento en América Latina después del ajuste.

¿Qué es lo que explica este remarcable florecimiento de un fenómeno político que se pensó moribundo tan sólo unos pocos años atrás? El flujo y reflujo de las olas populistas en la región deberían hacernos cuidadosos de atribuir el populismo a una subyacente –y relativamente constante– influencia cultural. Más bien, el populismo aparece como resultado de la intersección de sistemas socioeconómicos y políticos en extremo excluyentes, con contextos institucionales que abren o cierran el espacio político para *outsiders* que pretenden movilizar sentimientos populares anti-élite o anti-*establishment*. Las olas populistas deberían, entonces, suceder durante períodos de crisis institucionales, ruptura o transición; en los que las instituciones políticas establecidas pierden la capacidad de contener o canalizar la movilización política popular.

Por esto, las olas populistas coincidieron con dos grandes transiciones políticas y económicas –o coyunturas críticas– en el siglo XX latinoamericano. La primera fue la transición, después de 1930, de los gobiernos oligárquicos y las economías agro-exportadoras a la política de masas y la ISI. Los partidos oligárquicos, incapaces de canalizar la movilización política de un proletariado emergente, fueron opacados por líderes y partidos populistas que promovían la incorporación política de las clases bajas y trabajadoras (Collier y Collier, 1991). La segunda gran transición sucedió como consecuencia de la crisis de la deuda en 1982, cuando la ISI decayó y las reformas de libre mercado se extendieron a lo largo de la región. La combinación de la crisis económica y las reformas debilitaron los partidos de masa y las organizaciones laborales de la época de la ISI, abrieron el espacio político para *outsiders* y figuras populistas que apelaban directamente a masas no organizadas. En principio, muchas de estas figuras –como Alberto Fujimori en Perú, Carlos Menem en Argentina y Fernando Collor en Brasil– emparentaron liderazgos de estilo populista con plataformas neoliberales, una novedad política que inspiró un debate académico vigoroso sobre el significado y los atributos del populismo (Lynch, 1999: 63-80; Vilas, 2003: 13-36; Weyland, 2001: 1-22). Más recientemente, mientras el Consenso de Washington empezaba estimular crisis financieras y movilizaciones populares renovadas, las figuras populistas buscaron tomar ventaja del descontento público y el déficit social del modelo neoliberal.

Aunque esta última ola populista difiere en varios aspectos de aquella en la época de la ISI, también se pueden encontrar algunas similitudes. Este trabajo intenta explicar el populismo contemporáneo en América Latina, desde una perspectiva histórico-comparativa de la movilización populista. Este acercamiento sugiere que el resurgimiento del populismo en la región encuentra su origen en las limitaciones de transiciones duales hacia el liberalismo político y económico —con la democracia y el libre mercado— durante los años ochenta. Como se mostró antes, los legados de estas transiciones constituyeron las condiciones estructurales e institucionales más apropiadas para conducir al populismo; específicamente, la exclusión política y económica y la fragilidad institucional. Estas condiciones promovieron el ascenso del populismo clásico durante la época de la ISI en América Latina, y son fundamentales para comprender la economía política del populismo actualmente.

Exclusión, fragilidad institucional y movilización populista.

El populismo es, como enfatiza Kurt Weyland, un concepto fuertemente debatido; especialmente, en la academia latinoamericana (Weyland, 2001). Ha sido empleado para caracterizar un amplio rango de fenómenos empíricos; desde regímenes políticos a partidos, estilos de liderazgo, políticas económicas y patrones de movilización. Debido a la dificultad de encontrar un consenso en el significado, los atributos o las aplicaciones de este concepto, algunos académicos han recomendado incluso su eliminación del léxico de las ciencias sociales (Roxborough, 1984: 14). No obstante, el concepto no estaría tan profundamente arraigado en el discurso académico y popular si no tuviera un significado y peso analítico. De hecho, parece inútil intentar interpretar las dinámicas políticas en América Latina sin recurrir a este concepto.

El populismo, tal y como se aplica aquí, se refiere a la movilización política de masas, de arriba hacia abajo, conducida por líderes personalistas que desafían a los grupos de élite a favor de un pueblo vagamente definido. Esta manera de conceptualizar el populismo se restringe al ámbito político, en la medida en que se enfoca para el análisis en el patrón de movi-

lización que conecta al líder con la masa de seguidores. El contenido de las políticas económicas ha sido deliberadamente dejado al margen. Aunque es posible, y tal vez útil, caracterizar ciertos tipos de políticas económicas como “populistas”, esta denotación se refiere a un dominio empírico distinto. Sin duda, líderes populistas — definidos en sentido político— pueden emplear un conjunto de herramientas y políticas económicas diversas, con niveles variables de centralidad estatal y énfasis en la redistribución. Si bien muchos tipos de movilizaciones populistas se sustentan en los incentivos materiales ofrecidos por determinadas políticas económicas —como intercambios corporativos con partidos de trabajadores o recompensas clientelares a cambio de lealtades individuales—, otros tipos enfatizan cuadros de movilización no materiales —como el nacionalismo o el resentimiento popular en contra de orden político establecido y de las élites culturales—. Estas distinciones analíticas afectan, claramente, la aplicación de la categoría de populista a diferentes tipos de movimientos políticos. Mientras que una definición económica podría agrupar en la misma categoría populista tanto al movimiento liderado por Hugo Chávez como la Bolivia de Evo Morales (Castañeda, 2006), adoptar una definición política implica reconocer las diferencias entre ambos casos por sus distintos patrones de movilización —específicamente, la mayor autonomía de la movilización socio-política de las clases bajas e indígenas en Bolivia—. Morales, como se verá más adelante, fue elegido por un movimiento social que tumbó dos presidentes para luego competir exitosamente en la arena política, introduciendo una dinámica política distinta a la del proceso de movilización populista conducida de arriba hacia abajo por Chávez en Venezuela.

De la misma forma, esta definición política no presupone ningún modo de organización particular —o quizás, de no-organización—. Las figuras populistas movilizan a sus seguidores desde arriba hacia abajo en una variedad de esferas cívicas y políticas. Pero también pueden o no crear intermediarios organizativos para facilitar, institucionalizar o controlar dicha movilización. En consecuencia, el movimiento populista de América Latina ha variado con amplitud sus expresiones organizativas. Algunas figuras populistas, como Víctor Raúl Haya de la Torre en Perú, fundaron partidos de masas altamente disciplinados, demostrando que el

personalismo y la autoridad carismática no son, necesariamente, obstáculos para la institucionalización política. En otros casos, se priorizó la organización de la sociedad civil. Perón, por ejemplo, levantó una confederación de trabajadores mientras mantenía un partido político poco institucionalizado (McGuire, 1997). También otros líderes populistas, como José María Velasco Ibarra en Ecuador o Fujimori en Perú, se inclinaron por una relación directa con sus seguidores y evitaron todas las formas de organización política y social, con excepción de organizaciones transitorias. Chávez, por otro lado, ha apoyado organizaciones de base extensas y fuertemente descentralizadas de varios tipos; algunas de ellas, fuera de los rangos de su partido nacional “oficial”. Comités barriales (conocidos como “Círculos Bolivarianos”), cuadros de partidarios, equipos para campañas electorales y redes organizadas alrededor de distintas “misiones” sociales han jugado un rol central y en permanente cambio para la organización popular del chavismo.

Como las políticas económicas, la organización popular es un instrumento político maleable, que puede adoptar distintas formas y ser empleado en diferentes arenas para propósitos estratégicos amplios. En particular, la organización de masas es un arma empleada por figuras populistas que necesitan movilizar la fuerza de los números para contrapesar los recursos económicos e institucionales utilizados por la oposición. Como consecuencia, la organización de masas tiende a ser una función del conflicto político. Mientras mayor la amenaza de la figura populista para la élite, y mientras más decidida sea la reacción de esta élite, más amplia será la movilización popular (Roberts, 2006).

Considerando estas circunstancias, habría que cuestionar cómo se relaciona la movilización populista con las condiciones estructurales e institucionales en las sociedades latinoamericanas. La primera ola de movilización populista durante las etapas iniciales de la ISI es relativamente lineal en su trayectoria, con los intentos para superar la exclusión política y socioeconómica que prevaleció en la región durante el siglo posterior a la independencia. Esta exclusión tuvo fundamentos estructurales e institucionales. Estructuralmente, la exclusión se basaba en economías preindustriales, sostenidas por la exportación de bienes con patrones de alta concentración en la posesión de la tierra, con la fuerte dependencia de re-

laciones laborales rurales coercitivas y semi-feudales y la ausencia de derechos organizativos para los campesinos o la clase trabajadora incipiente. Institucionalmente, la exclusión se fortaleció por restricciones al sufragio cuando había elecciones; y por formas patrimonialistas o militares de gobiernos autoritarios, cuando no las había.

La modernización socio-económica y la reforma alrededor del sufragio a principios del XX afectaron el orden político oligárquico, creando nuevos sujetos populares —principalmente la clase media y la clase trabajadora industrial y urbana—, que articularon demandas para la incorporación política y la reactivación económica. Sobre todo los trabajadores presentaron demandas materiales urgentes y con el tiempo alcanzaron capacidad para la acción colectiva; sin embargo, permanecieron al margen de las instituciones representativas existentes. Su movilización política terminó con la reproducción de regímenes oligárquicos basados en la exclusión, la pasividad y el control social. Estos acontecimientos configuran “coyunturas críticas” que modelaron profundamente las trayectorias nacionales de desarrollo político durante la época de la ISI (Collier y Collier, 1991).

Estas coyunturas críticas tuvieron sus raíces en las contradicciones estructurales que existieron entre la modernización económica, la formación de las clases y la movilización social, por un lado, y la exclusión político/institucional, por el otro. Tres resoluciones básicas a estas contradicciones fueron posibles, reflejando métodos alternativos para encaminar las tensiones entre la democracia política y la desigualdad social. En varios casos —sobresalen Uruguay y Colombia— los partidos tradicionales de élite encauzaron (y contuvieron) la movilización política inicial de la clase trabajadora, convirtiéndose en partidos “atrapa-todo” con seguidores de varias clases, vinculados por amplias redes clientelares. Sin embargo, en la mayoría de la región, las instituciones oligárquicas fueron menos efectivas en incorporar a los sectores populares y, por eso, fueron relegadas por el surgimiento de la política de masas. En algunos países, especialmente en la región centroamericana (Mahoney, 2001: 236-263), esto provocó que las élites se resguardaran en la protección de crueles regímenes autoritarios para reprimir los desafíos populares al orden social. No obstante, en otros países las élites fueron obligadas a compartir el escenario político con los nuevos líderes y partidos populistas que auspiciaron la incorpora-

ción política de las masas urbanas en ascenso; en ocasiones, también las masas rurales participaron del proceso. En un período muy corto, los países latinoamericanos entraron en la era moderna de la política de masas, con trayectorias de desarrollo que fueron marcadas por la represión, la cooptación o la movilización de las clases bajas de trabajadores, junto con el populismo que dejaría una marca indeleble en la trayectoria posterior.

Aunque el tamaño limitado de la clase trabajadora industrial y la heterogeneidad estructural de los sectores populares militaron en contra de la formación de partidos políticos de clase, altamente institucionalizados (Dix, 1989), las figuras populistas emplearon su carisma para lograr coaliciones socio-políticas y multi-clasistas anti-oligárquicas. Los líderes populistas –como Perón en Argentina, Lázaro Cárdenas en México, Getúlio Vargas en Brasil y Haya de la Torre en Perú– movilizaron a sus seguidores desde arriba hacia abajo, combinando interpelaciones nacionalistas y un discurso anti-oligárquico con un compromiso por la industrialización guiada por el Estado, los derechos laborales y las reformas de bienestar social. Con algunas excepciones, como Velasco Ibarra en Ecuador, los líderes populistas en la época de la ISI fueron creadores de instituciones. Ellos establecieron partidos de masa y/u organizaciones de trabajadores y de campesinos que dominaron la representación política de las clases bajas; en muchos casos, este dominio duró varias generaciones. También, forjaron vínculos corporativos entre estos colectivos sociales y los Estados redistributivos para procesar el intercambio de recompensas materiales a cambio de lealtad política.

En el grado en que los movimientos históricos se institucionalizaron y entraron en la rutina, mientras mantenían el control sobre sus lealtades políticas, impulsaron el crecimiento de proyectos populistas rivales, como también la emergencia de alternativas más radicales de izquierda. De hecho, en países como México, Venezuela y Bolivia, los partidos populistas dominantes se moderaron con el tiempo, convirtiéndose en la columna vertebral de un orden político reconfigurado, un resultado lejano respecto a su origen con *outsiders* explosivos o incluso, insurgentes. En otros países –como Argentina, Brasil y Perú–, los partidos populistas fueron poderosos pero crearon una polarización que provocó la radical oposición de la élite y/o los militares con largos períodos extensos de per-

secución política bajo regímenes autoritarios. En general, el surgimiento de guerrillas de izquierda en las décadas de los setenta y ochenta sucedió en países donde la movilización populista y la reforma social fueron absorbidas por la represión y la cooptación durante la era de la ISI; esto sucedió en Nicaragua, El Salvador, Guatemala y Colombia.¹ Si bien casi todos los países de la región tuvieron algún tipo de guerrilla luego del triunfo de la Revolución Cubana, en los países con una fuerte tradición de movilización populista nunca aparecieron movimientos insurgentes de gran escala.²

Por ello, no puede provocar asombro que la segunda ola de movilización populista comenzara hacia finales del XX, cuando el legado institucional de la primera ola populista empieza a erosionarse. La combinación de exclusión social y fragilidad institucional configuró una estructura de oportunidad política favorable para los nuevos movimientos populistas. Los correlatos socioeconómicos y políticos de esta nueva ola de populismo serán analizados a continuación. El análisis sugiere que el fin de la ISI y la transición al liberalismo de mercado, lejos de convertir al populismo en un pasado obsoleto, de hecho pudieron contribuir para su renacimiento político.

Volver al futuro:

El populismo en Latinoamérica durante la era neoliberal

Durante las décadas finales del siglo XX, las transiciones duales –hacia la democracia política y el liberalismo–, provocaron en Latinoamérica una serie de efectos contradictorios con profundas consecuencias para la representación política. Por un lado, nuevos regímenes democráticos extendieron los derechos ciudadanos básicos, en especial el derecho al sufragio universal y al reconocimiento de la autonomía cultural de los indígenas (Van Cott, 2000). Por otro, derechos civiles más amplios se debili-

1 Para los casos centroamericanos, ver Brockett, 2005.

2 El caso excepcional fue la insurgencia de Sendero Luminoso en el Perú a finales de la década de los ochenta, que surgió en un país que ya tenía un partido populista histórico –APRA de Haya de la Torre– como también una izquierda electoral poderosa.

taron con frecuencia por una aplicación irregular de la ley –tanto social como territorialmente– (UNDP, 2004). Era evidente que amplios sectores de la población en muchos países vivían aún al margen de las estructuras legales y administrativas que refuerzan la igualdad en los derechos de ciudadanía, desde el acceso a las cortes hasta la protección frente a la brutalidad policial.

En no pocas ocasiones, los derechos de ciudadanía social fueron suspendidos cuando la crisis económica y los programas de ajuste estructural basados en el mercado empujaron a los Estados a resignar funciones de regulación, de redistribución y de bienestar social, que habían sido asumidas durante la época de la ISI. Sobre todo la reestructuración económica y la liberalización del mercado de trabajo erosionaron la seguridad de empleo, provocaron la caída o el estancamiento de los salarios mínimos y reales en la mayor parte de la región y aumentaron el rango de sectores con contrato de trabajo informal o temporal, excluyéndolos de redes de seguridad social. Al mismo tiempo, programas de austeridad anti-inflacionaria frecuentemente recortaron el gasto público que había servido, por mucho tiempo, para proteger los estándares de vida populares. De forma deprimente, en el 2004 –unos veinte años después de la crisis de la deuda y la época de reformas de mercado orientadas al crecimiento– más del 40 por ciento de latinoamericanos continuaba viviendo bajo la línea de pobreza, 46.5 por ciento de la fuerza de trabajo cayó en el sector informal y el coeficiente Gini promedio para medir la desigualdad se ubicó en .542, mucho más alto que el promedio mundial de .381 (CEPAL, 2005: 317-318, 336-337; UNDP, 2004: 125).

En el corto plazo, las tensiones entre la expansión del derecho electoral, la profundización de la inseguridad económica y la ciudadanía social en decadencia se pudieron manejar porque las transiciones duales producen, con frecuencia, la desmovilización de los movimientos sociales populares y políticos. En efecto, estas tensiones provocaron caos en los bloques de partidos de trabajadores formados durante la época de la ISI. Los movimientos de trabajadores se dispersaron por la combinación de crisis económicas con reformas de libre mercado. Al mismo tiempo, los sindicatos fueron presionados para organizar una creciente fuerza de trabajo informal, de forma heterogénea y en condiciones precarias. Además, los víncu-

los organizativos y programáticos, que históricamente habían transformado los movimientos de trabajadores en partidos de masas, fueron disputados por las dinámicas políticas del proceso de reforma de mercado. Una de las grandes paradojas de la era neoliberal sucedió en países como Argentina, México, Bolivia y Venezuela, donde las reformas de libre mercado no fueron implementadas por los partidos conservadores pro-mercado, sino por partidos de trabajadores que habían sido los arquitectos de las políticas de desarrollo de la ISI. Como efecto, en gran parte de la región la transición de la ISI al neoliberalismo dejó a los sectores populares y de trabajadores políticamente marginados, e incluso huérfanos, por los cambios dramáticos en las orientaciones programáticas de los partidos.

Sin embargo, el desapego de los votantes hacia los partidos establecidos no fue sólo provocado por la aparición de partidos populistas y de trabajadores. En realidad, se trató de un fenómeno generalizado que refleja de manera vívida la crisis en la región (Mainwaring *et al.*, 2006). Esta crisis sucedió en medio de diversas circunstancias, como las consecuencias políticas del desastre económico, un motivo para votar en contra de los partidos en el poder. También habría que considerar el fracaso del Estado en ciertos sectores como un factor que debilitó las instituciones establecidas y permitió la extensión de campañas mediáticas en las que aventureros políticos interpellaron directamente a los votantes, sin necesidad de la intermediación de los partidos políticos de masa. De hecho, la crisis se manifestó tanto en las conductas políticas como en las actitudes. Respecto a las conductas, aumentó la volatilidad electoral, indicador de débil vinculación dentro de los partidos, que también provocan un electorado móvil. En cuanto a las actitudes, fue evidente en los sondeos de opinión pública la caída en la identificación con el partido; también la baja confianza de la población hacia los partidos, que los colocaba entre las instituciones públicas con menor calificación en este aspecto. A lo largo de la región, sólo el 21.9 por ciento de los latinoamericanos expresaron confianza en los partidos políticos, y menos del 16 por ciento aseguraban encontrarse “muy cercanos” o “más o menos cercanos” a la organización partidista (Payne *et al.*, 2002: 38, 138).

La debilidad de las instituciones de intermediación, tanto de la sociedad civil como de la sociedad política, produjo un vacío en el espacio

público, que se presentaba, a partir de este momento, como un escenario para líderes populistas y otros *outsiders*. De hecho, las nuevas figuras del populismo no sólo aprovechan la caída de las instituciones políticas establecidas, sino que también la provocan con sus ataques verbales a los partidos y, en algunos casos, a los movimientos de trabajadores por considerarlos bastiones no democráticos, corruptos y celosos del fallido *status quo*. Este tipo de discurso populista anti-*establishment* era altamente flexible en términos ideológicos y programáticos. Bajo un líder como Fujimori y en el contexto de una crisis económica y de seguridad como la enfrentada por Perú a inicios de la década de los noventa, la fórmula incluso podía ser atribuida a una agenda conservadora que promovía el proceso de reforma neoliberal. En efecto, Fujimori criticó a la “partidocracia” que había llevado el país a la ruina; hizo lo propio con los movimientos de trabajadores que, supuestamente, sólo representaban los intereses de los líderes de los sindicatos. Con las instituciones representativas tradicionales en declive, y su propio partido funcionando poco más que como una etiqueta de registro, Fujimori pudo promover una mal llamada “democracia directa”, cuando la realidad mostraba un poder autocrático que evitaba toda institución intermediaria y apelaba directamente a los grupos de clases bajas, fuertemente dependientes de los programas sociales del Estado.³

No obstante, como ha demostrado Chávez, un discurso anti-*establishment* puede también relacionarse con una agenda de izquierda, de cambio político y socioeconómico más radical. Mientras Fujimori atacaba a las organizaciones de trabajadores tanto como a los partidos, por obstruir las reformas de mercado, Chávez desafía a quienes apoyan el mismo tipo de reformas. Ciertamente, la elección de Chávez en 1998 simbolizó el resurgimiento de la fuerza histórica nacionalista y anti-mercado del populismo; y, de la misma manera, la capacidad renovada de los sectores populares para movilizarse políticamente en contra de las inseguridades generadas por el mercado. En los años siguientes, movimientos de protesta de grandes masas destituyeron una serie de presidentes pro-mercado en

3 El modo de gobernar de Fujimori no pudo haber sido más lejano de la democracia directa, tal como se entiende en la teoría democrática; esto es, como la participación directa de los ciudadanos en la deliberación, legislación y construcción de políticas públicas.

Ecuador, Argentina y Bolivia, y nuevos gobiernos de centro-izquierda fueron elegidos a lo largo de la mayor parte de América del Sur. De tal modo, y a menudo de manera inesperada, el “Consenso de Washington” se había abandonado, y el proyecto para el desarrollo se politizaba de nuevo como respuesta a la reacción social, semejante a la de Polonia, encauzada por la solidaridad de los grupos, la acción colectiva y la intervención del Estado, que presentaron alternativas frente al individualismo competitivo del mercado (Polanyi, 1944).

La movilización popular renovada condujo al primer plano las contradicciones latentes en las transiciones duales latinoamericanas; particularmente, la tensión no resuelta entre la extensión de los derechos políticos democráticos y la sustracción de los derechos de ciudadanía social. En países como Chile, Brasil y Uruguay, estas tensiones estaban articuladas y manejadas por partidos renovados o por partidos democráticos pos-marxistas que, gradualmente, acumularon apoyo electoral y pudieron ganar el acceso al poder ejecutivo nacional. Con sentido práctico, estos partidos buscaron atenuar el “déficit social” en medio de economías de mercado integradas globalmente. Los canales institucionales de representación política permitieron contener las tendencias populistas en estos países y moderaron su expresión política.⁴ Sin embargo, en gran parte de la región los partidos con bases populares estaban menos institucionalizados o fueron fácilmente capturados por personalidades dominantes. También había un espacio público para que los nuevos movimientos políticos y sociales invocaran al descontento popular. Este descontento se expresó de diversas maneras, aunque no todas apelaron al populismo como solución.

Un nuevo patrón histórico dio lugar al ascenso de los partidos populistas históricos bajo liderazgos más fuertes. Este patrón apareció en Argentina y Perú, donde Néstor Kirchner y Alan García revivieron, respectivamente, las tradiciones populistas del peronismo y del aprismo, mientras conducían sus partidos hacia el poder. En Argentina, Kirchner

4 No obstante, en Brasil, una serie de escándalos políticos movieron al presidente Luiz Inácio da Silva (“Lula”) a distanciarse del partido de trabajadores mientras participaba en su re-elección para el 2006. Esta situación llegó a tal punto que Lula empezó a mantenerse sobre el apoyo de bases personales, al margen de los seguidores del partido organizado. De tal suerte, su estilo de liderazgo asumió más características populistas.

manejó a sus rivales para consolidar un control personal sobre la maquinaria política peronista, grande pero fraccionada; al mismo tiempo dirigió al partido de regreso a sus raíces nacionalistas y estatistas después del colapso financiero del experimento neoliberal empezado por Carlos Menem, el anterior presidente peronista durante los noventa. La crisis financiera argentina y la severa recesión entre el 2001 y el 2002, activaron una explosión masiva de protesta social que depuso al gobierno de Fernando de la Rúa, miembro del Partido Radical. Esta situación devastó el sector no peronista del sistema de partidos. La crisis hizo posible la declaración de la hegemonía política peronista cuando, primero Eduardo Duhalde y luego Kirchner, restablecieron el orden político y operaron una recuperación económica sorprendente y exitosa. En el proceso, los líderes peronistas no pagaron la deuda externa, desafiaron al FMI y a los prestamistas internacionales, absorbieron o neutralizaron la mayoría de los movimientos sociales de protesta y restablecieron el control de precios y otros mecanismos de regulación económica estatal.

El caso peruano ofrece uno de los retornos políticos más asombrosos en la historia de la región, con la victoria de un personaje carismático que había sido muy desacreditado por su gobierno durante el hundimiento de los años ochenta, y luego de pasar una década en el exilio enfrentado cargos por corrupción. El APRA –partido de masas fundado por el legendario líder populista Haya de la Torre y dirigido por García después de su muerte– casi perdió su apoyo electoral a lo largo de la década de los noventa, como sucedió con otros partidos tradicionales opacados por la autoridad de Fujimori. El panorama político, prácticamente desprovisto de instituciones representativas, era propenso para los movimientos electorales basados en la personalidad, creando una lógica de “populismo en serie”, por el cual figuras populistas rivales se alineaban en la competencia para ganar una elección tras otra. Luego del colapso del gobierno de Fujimori en el 2000, García regresó y renovó al APRA, primero articulando el descontento popular por el déficit social del modelo neoliberal en el Perú, y luego –ironía de la política– proponiendo para la campaña de 2006 una alternativa más “segura” frente a la figura nacional-populista más radical de Ollanta Humala. Como Chávez, quien apoyó abiertamente la campaña del candidato radical, Humala venía de una formación

militar e hizo su entrada en la arena política como líder de una rebelión militar. La primera vuelta lo vio como ganador con una campaña típicamente populista, en la que mostraba una personalidad dominante que interpelaba a amplias masas desorganizadas con un mensaje ecléctico, imposible de categorizar ideológicamente: Humala evocaba en el mismo discurso imágenes contradictorias de reivindicación étnica, nacionalismo peruano, militarismo, antiimperialismo, estatismo económico y políticas redistributivas.

Aunque algunos sectores del electorado peruano apoyaron a García en rechazo a Humala, su ascenso imprevisto recordó el de Chávez ocho años antes. Ambos líderes son ejemplos paradigmáticos de un segundo patrón de renacimiento populista: emergencia de nuevos movimientos electorales, con poca organización previa en el sistema de partidos o esferas sociales, que surgen alrededor de personalidades dominantes y carismáticas. Estos movimientos pueden incorporar a grupos de diferente procedencia en sus filas, pero se trata de nuevos actores en la escena política nacional, que son conducidos desde arriba hacia abajo y dependen en gran medida de una personalidad dominante. Antes de 1998, por ejemplo, una variedad de pequeños partidos, uniones disidentes y organizaciones comunales de izquierda resistieron las reformas neoliberales en Venezuela; pero luego, no se unieron en un movimiento nacional, y no se puede suponer que estas organizaciones generaran el chavismo. Los nuevos movimientos populistas aparecieron en los márgenes y absorbieron con rapidez a estas organizaciones de izquierda, al tiempo que Chávez movilizó masas de apoyo electoral entre los pobres que no pertenecían a ninguna organización. En muchos casos, estos sectores fueron incorporados a nuevas organizaciones chavistas basadas en la comunidad, las cuales jugaron un rol central en los programas sociales del gobierno bolivariano. De igual manera, antes de la aparición de Humala, Perú se destacaba por la debilidad para la movilización social de los indígenas y de las clases bajas, en comparación con sus vecinos andinos, Ecuador y Bolivia (Yashar, 2005). Tanto Chávez como Humala se convirtieron en ejes de nuevos movimientos electorales que se formaron bajo su liderazgo y permanecieron bajo su autoridad; en ninguno de estos casos, la dirección fue una expresión orgánica de movimientos sociales y políticos autónomos.

El contraste con la Bolivia de Evo Morales permite marcar las distinciones entre las concepciones política y económica del populismo, antes discutidas. En el caso boliviano, el apoyo a Morales aumentó gradualmente en sucesivas campañas electorales, como extensión lógica de los movimientos sociales de protesta que sacudieron al país después del 2000. Morales empezó su carrera política como líder de una unión de cocaleros que al principio se movilizó en contra de los programas estadounidenses para la erradicación de esta planta. Los sembradores de coca jugaron un rol central en las subsiguientes movilizaciones masivas, que combinaron la reivindicación cultural indígena junto a demandas estratégicas, relacionadas con la tierra y el trabajo. Las protestas masivas durante la “guerra del agua” y la “guerra del gas”, desafiaron con éxito la privatización y desnacionalización de los recursos naturales que eran una condición del modelo neoliberal. Estos movimientos de protesta se extendieron y se mantuvieron hasta forzar la renuncia de dos presidentes, formando la base para luego organizar un nuevo partido de izquierda, que respaldó la elección presidencial de Morales en el 2005.

Es evidente que el caso boliviano es un ejemplo de un movimiento social autónomo, que sería adecuado describir como una red de movimientos aliados, que cuestiona a los partidos tradicionales y participa en la arena electoral de manera efectiva. El liderazgo de Morales en el nuevo partido se relacionó orgánicamente con la amplia movilización social que venía desde abajo, creando una dinámica muy diferente de la movilización de masas conducida desde arriba, un rasgo definitorio del concepto político de populismo. Morales puede alinearse a nivel internacional con Chávez, y también adoptar similares políticas económicas nacionalistas y estatistas; puede, en fin, ser considerado un populista económico. Pero, su liderazgo permanece atado a una lógica distinta movilización social y de autoridad política. Se trata de la lógica propia de una movilización social autónoma de bases que se encamina hacia la arena electoral y se traduce en poder político. De hecho, es la antítesis del populismo.

Esta distinción, sutil pero importante, resalta la diversidad política de las respuestas populares a la liberalización del mercado en la actual América Latina. Así también se evita analizar estas reacciones en categorías simples y dicotómicas como populismo y democracia social —con la

izquierda “responsable” gobernando Chile, Brasil y Uruguay, gobiernos caracterizados como social-demócratas por un lado, y una variedad de alternativas más radicales y menos institucionalizadas, agrupadas en la categoría residual de populismo, por el otro—. Este tipo de generalizaciones carecen de la precisión necesaria para comprender diferentes lógicas de representación política. Las tensiones entre la democracia política y la exclusión social a veces se resuelven mediante la dominación política conservadora o a través de políticas de reforma institucional. En otras ocasiones, estas tensiones generan la movilización política de masas que transcienden las instituciones representativas establecidas. La movilización puede ser dirigida desde arriba por una personalidad dominante, o generada de manera autónoma por diversos movimientos sociales. El primer patrón corresponde al populismo; el segundo, se trata del movimiento, que puede comprenderse mejor mediante herramientas conceptuales y analíticas diferentes.

Referencias

- Brockett, Charles D. (2005). *Political Movements and Violence in Central America*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Castañeda, Jorge (2006). “Latin America’s Left Turn”, en *Foreign Affairs*, Vol. 85, N. 3 (mayo-junio).
- CEPAL (2005). *Social Panorama of Latin America. Statistical Appendix*. Santiago: United Nations Economic Commission for Latin America and the Caribbean, pp. 317-318, 336-337.
- Collier, Ruth Berins y David Collier (1991). *Shaping the Political Arena. Critical Junctures, the Labor Movement, and Regime Dynamics in Latin America*. Princeton: Princeton University Press.
- Dix, Robert H. (1989). “Cleavage Structures and Party Systems in Latin America”, en *Comparative Politics*. Vol. 22, N. 1 (octubre): 23-37.
- Kaufman, Robert y Barbara Stallings (1991). “The Political Economy of Latin American Populism”, en Rudiger Dornbusch y Sebastian Edwards, eds. *The Macroeconomics of Populism in Latin America*. Chicago: University of Chicago Press.

- Lynch, Nicolás (1999) “Neopopulismo: un concepto vacío”, en *Socialismo y Participación*, N. 86 (diciembre): 83-80.
- Mahoney, James (2001). *The Legacies of Liberalism. Path Dependence and Political Regimes in Central America*. Baltimore: Johns Hopkins University Press
- Mainwaring, Scott, *et al.* (2006). *The crisis of Democratic Representation in the Andes*. Stanford: Stanford University Press.
- McGuire, James W. (1997). *Peronism without Perón. Unions, Parties, and Democracy in Argentina*. Stanford, Cal.: Stanford University Press.
- Payne, Mark, *et al.* (2002). *Democracies in Development. Politics and Reform in Latin America*. Washington, D.C: Inter-American Development Bank and the International Institute for Democracy and Electoral Assistance: 38-138.
- Polanyi, Karl (1944). *The Great Transformation*. New York: Farrar and Rinehart.
- Roberts, Kenneth M. (1995). “Neoliberalism and the transformation of Populism in Latin America: The Peruvian Case”, en *World Politics*, Vol. 48, N. 1 (octubre): 82-116.
- _____ (2006). “Populism, Political Conflict, and Grass-roots Organizations in Latin America”, en *Comparative Politics*, Vol. 38, N. 2 (enero): 127-148.
- Roxborough, Ian (1984). “Unity and Diversity in Latin American History”, en *Journal of Latin American Studies*, N. 16 (mayo): 14.
- UNDP (2004). *Democracy in Latin America. Towards a Citizens’ Democracy*. Nueva York: United Nations Development Program.
- Van Cott, Donna Lee (2000). *The Friendly Liquidation of the Past. The Politics of Diversity in Latin America*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.
- Vilas, Carlos (2003). “¿Populismos reciclados o neoliberalismo a secas? El Mito del ‘Neopopulismo’ Latinoamericano”, en *Revista venezolana de Economía y Ciencias Sociales*. Vol. 9, N. 3 (mayo-agosto): 13-36.
- Weyland, Kurt (1996): “Neoliberalism and Neopopulism in Latin America: Unexpected affinities”, en *Studies in Comparative International Development*, Vol. 31, N. 3 (otoño): 3-31
- _____ (2001). “Clarifying a Contested Concept: Populism in the Study of Latin American Politics”, en *Comparative Politics*. N. 34 (octubre): 1-22.

- Williamson, John (1990). “What Washington means by Policy Reform”, en John Williamson, ed., *Latin American Adjustment. How much has happened?* Washington, D.C: Institute for International Economics.
- Yashar, Deborah J. (2005). *Contesting Citizenship in Latin America. The Rise of Indigenous Movements and the Postliberal Challenge*. Cambridge: Cambridge University Press.

**Populismo:
Democracia, representación,
organización y nación**

Fisuras entre populismo y democracia en América Latina

Francisco Panizza*

Dividir los gobiernos de izquierda y centro-izquierda entre populistas y socialdemócratas se ha convertido en lugar común para considerar la diversidad política de América Latina. Pero tal clasificación posee una carga implícita, y no puede tener validez absoluta. Para algunos académicos, el populismo aparece como una enfermedad recurrente del cuerpo político: los líderes populistas corrompen las frágiles democracias de la región, y tienen poco que ofrecer para el crecimiento económico y el desarrollo social.

Jorge Castañeda (2006: 59) pinta, con fuertes contrastes, las diferencias entre socialdemócratas y populistas:

En la actualidad, hay un giro hacia la izquierda en América Latina, pero no es homogéneo. Aquellos partidos de izquierda que surgen de la antigua tradición comunista, socialista o castrista (con la excepción del propio Castro), han cruzado el Rubicón hacia la economía de mercado, la democracia representativa, el respeto a los derechos humanos y una actitud geopolítica responsable. A este grupo pertenecen el chileno Ricardo Lagos y su sucesora, Michelle Bachelet; el brasileño Luiz Inácio “Lula” da Silva y quizás también el uruguayo Tabaré Vázquez. Pero aquellos cuyas raíces se hunden en la tradición populista latinoamericana, como el venezolano Hugo Chávez, el argentino Néstor Kirchner, el [entonces] potencial presidente mexicano Andrés Manuel López Obrador y el boliviano Evo Morales, son de una especie distinta. Ellos se encuentran mucho

* London School of Economics. E-mail: f.e.panizza@lse.ac.uk. Traducido por Juan Guijarro.

menos convencidos de los imperativos de la globalización y la economía ortodoxa, de los valores intrínsecos de la democracia y el respeto por los derechos humanos, y no hacen nada mejor que quejarse del residente de turno en la Casa Blanca.

Otros académicos rechazan que gobiernos como el de Chávez o el de Morales puedan ser descritos con la etiqueta de *populismo*; o, aunque están acuerdo con que se trata de populistas, también consideran que los gobiernos radicales tienen un poder para transformar la democracia. Luego de una investigación empírica sobre la política de bases¹ en Venezuela, Sara Motta (2007) señala que nuevas formas de organización social han roto con la anterior tradición política, tanto de la izquierda como de la derecha, cuando el liderazgo, las tendencias, y la jerarquía eran aspectos dominantes. Partiendo de una concepción del populismo heredada más de la cruda caracterización ideológica de Castañeda que de las complejas elaboraciones de Margaret Canovan y Ernesto Laclau, Motta afirma que una observación realista de la práctica democrática de las bases en el proceso venezolano nos descubre el talón de Aquiles del análisis sobre el populismo como una estrategia para rechazar y deslegitimar al chavismo (Motta, 2007: 30-35). Sin embargo, no todos los académicos que apoyan a Chávez rechazan la etiqueta de populismo; Laclau (2006: 60), uno de los principales investigadores sobre el tema, considera que el fenómeno Chávez tiene todas las marcas de una ruptura populista:

1 Se traduce *grassroots* como «de base». En principio, los términos *grass roots* se utilizaron en el ambiente minero de los Estados Unidos a fines del XIX, para referirse al subsuelo. Parece que adquieren significado político a principios del siguiente siglo. Cuando en julio de 1912 el antiguo presidente Roosevelt se separa del Partido Republicano para empezar una campaña independiente, define su nueva estrategia como “una campaña desde las bases [from the grass roots up]” en que “el votante es el objetivo”. Luego, en un discurso pronunciado por el senador Albert J. Beveridge para referirse al nuevo Partido Progresista durante la convención Bull Moose en agosto del mismo año: “Este partido proviene desde las bases [from the grass roots]. Ha crecido a partir del mismo suelo que las duras necesidades del pueblo”. En 1935, el Partido Republicano organiza una Grass Roots Conference en Springfield, Illinois, para oponerse a Roosevelt. En 1965, cuando el republicano Ray Bliss organiza una conferencia similar, emplea *grassroots* como un solo término. Desde entonces, las *grassroots campaigns* se refieren a campañas electorales en que los candidatos se encuentran directamente con el electorado. En 1962, Robert Kennedy emprende un viaje hacia el Extremo Oriente con el propósito de difundir la política del presidente Kennedy “at the rice-roots level”. Este concepto luego se ha ampliado a otros ámbitos, como se evidencia a lo largo de la presente investigación. [N. del T.]

En el caso venezolano, la transición hacia una sociedad más justa y democrática requería el desplazamiento y la ruptura radical con una élite corrupta y desprestigiada, sin canales de comunicación política con la vasta mayoría de la población. Cualquier avance demandaba un cambio de régimen. Pero para lograrlo era necesario construir un nuevo actor colectivo de carácter popular. Es decir que, en nuestra terminología, no había posibilidad alguna de cambio sin una ruptura populista. Ya hemos señalado los rasgos definitorios de esta última, todos los cuales están presentes en el chavismo [...].

El hecho de que dos académicos que apoyan el régimen de Chávez tengan puntos de vista distintos sobre si se trata o no de un gobierno populista resalta la carga política y, en teoría, la naturaleza problemática del concepto. La discusión sobre si el populismo y la democracia se reafirman o se contradicen ha polarizado a los académicos. Quienes vindican el origen democrático del populismo sostienen que también se basa en el principio de soberanía popular y, por tanto, la distinción entre populismo y democracia sería inútil. Según sus defensores, el populismo tiene una profunda lógica democratizante porque da voz a los excluidos y les promete una participación radical en un nuevo orden en que la *plebs* (los más débiles) se convertirá en *populus* (el *demos*). Sin embargo, no todo movimiento populista cumple necesariamente con esta lógica.

Otros niegan que el populismo, bajo ningún disfraz ideológico, pueda tener esta fuerza democratizante. En un artículo reciente, Koen Abts y Stefan Rummens (2007) sostienen que el populismo es una degeneración patológica de la democracia. Basándose en el argumento de Claude Lefort (1986), según el cual en una democracia el poder es un espacio vacío que sólo puede ser ocupado provisionalmente, Abts y Rummens argumentan que, aunque populismo y democracia comprenden la idea constitutiva de la soberanía popular, sólo la lógica democrática reconoce que la voluntad del pueblo debe ser una construcción mediada y continua, que siempre escapa a una determinación final. Mientras la lógica democrática se refiere al *locus* vacío del poder y la diversidad irreductible de la sociedad moderna, la lógica populista abriga la ficción de la voluntad del pueblo como una identidad homogénea, y por esto apunta a suprimir la diversidad y a cerrar el espacio del poder.

Considero que la discusión sobre las relaciones entre populismo y democracia no se puede resolver en términos abstractos. Quienes sostienen que, por dar voz a los excluidos y reivindicar la soberanía popular, el populismo es fundamentalmente democrático deberían considerar todos los casos en que los movimientos y regímenes populistas no lo han sido. Por otra parte, quienes sostienen que se trata de una degeneración de la democracia, deberían considerar el genuino soporte popular que gozan los líderes populistas y dejar de apelar a argumentos anti-democráticos sobre la ignorancia del pueblo o la sinrazón de las masas. Observando las relaciones entre populismo y democracia, sostengo que estas relaciones se disponen como fisuras en el mapa político, líneas de contingencia que determinan la naturaleza de la propia relación. Estoy de acuerdo con Abts y Rummens en que, bajo ciertas condiciones, el populismo es incompatible no sólo con el componente liberal de la democracia liberal, sino con la democracia como tal; pero no estoy de acuerdo en que populismo y democracia sean siempre incompatibles. Además, sostengo que lo que hace al populismo y a la democracia amigos o enemigos es la articulación populista con otros discursos que también son parte de la tradición democrática.

La lógica populista

En el caso de la actual corriente de populismo en América Latina, considero importante analizar, por un lado, las articulaciones entre los discursos del populismo y aquellos sobre la vida política cotidiana, y por el otro, el discurso liberal-republicano. Como argumenté en otra ocasión (Panizza, 2005a), el discurso de las bases comparte la desconfianza populista en los partidos políticos y en las instituciones liberales; pero, en lugar de privilegiar el vínculo del pueblo con el líder (populista) como encarnación de una voluntad general, este discurso demanda políticas horizontales basadas en nuevos actores sociales. Sin embargo, la lógica de las bases no rechaza las instituciones de representación, sino que intenta profundizar la democracia incorporando nuevas formas de participación que permitan escuchar la voz de organizaciones de la sociedad civil en el proceso

de toma de decisiones. También apoya la descentralización del poder y la institución de mecanismos de consulta, lo que limita y complementa las instituciones de representación y disputa el monopolio sostenido por los partidos políticos.

Por otra parte, el elemento liberal del discurso liberal-republicano (O'Donnell, 1998: 113-115) realza la importancia de los derechos individuales, el control y el equilibrio, la tolerancia de las diferencias y el imperio de la ley. Mientras, el elemento republicano coloca a las instituciones públicas por encima de los líderes individuales; resalta la disposición de los funcionarios públicos para dar forma y señalar los límites de la vida política; también considera los derechos y deberes ciudadanos y la responsabilidad de las figuras públicas como guardianes de los bienes comunes contra los intereses particulares; así como las instituciones representativas, sobre todo el Congreso y los partidos políticos, como lugares privilegiados para la actividad política, porque desconfía de la representación personalista y de las formas de participación que se encuentran fuera del espacio público.

No tengo la intención de retomar aquí la discusión teórica sobre el populismo.² En lugar de eso, observo el populismo de América Latina a través del concepto propuesto por Laclau y otros autores que adoptan una teoría formal discursiva sobre el fenómeno y examinan críticamente sus implicaciones para la democracia en la región. Por eso, entiendo el populismo como un discurso político que, parafraseando a Michael Kazin (1998), se encuentra disponible para cualquier actor político que opera en un campo discursivo en el que la noción de soberanía popular y su inevitable corolario, el conflicto entre dominados y dominantes, son parte central del imaginario. En el nivel más abstracto, la lógica que subyace al discurso populista se define por la dicotomización del espacio social mediante la creación de una frontera interna entre el pueblo (los más débiles) y el orden existente. Aunque la distinción entre lógica e ideología sea cuestionable en este contexto, si entendemos el populismo basado en una lógica política antes que en una ideología sustantiva podemos deducir que la cuestión de si un líder, movimiento o régimen es populista no es una

2 Para una discusión sobre las teorías del populismo, véase Panizza (2005).

cuestión absoluta, sino de grado (Laclau, 2005a: 45). Depende si la lógica populista de dicotomización del espacio social entre el pueblo y el *status quo* domina el discurso político sobre otras, como la lógica de bases de la política desde abajo, la lógica liberal de las diferencias o la lógica republicana de respeto a las instituciones. De aquí se sigue que ningún actor político utiliza una única lógica discursiva en todas sus intervenciones, sino que más bien articula diferentes lógicas de acuerdo a los contextos políticos en que opera.

Todos los políticos tienen una vena populista (Arditi, 2004: 139), y diferentes lógicas discursivas se complementan o subvierten entre sí. El caso de Lula da Silva es ejemplar: cuando enfrentó sospechas de corrupción contra su gobierno durante la campaña electoral del 2006, empleó tanto el discurso populista de los más débiles contra la élite política como el discurso institucional de las diferencias. Durante un recorrido por el Noreste, donde encontraba un fuerte apoyo entre los brasileros más pobres, el Presidente Lula dijo:

La misma élite que llevó a Getúlio [Vargas] a la muerte, que sometió a Juscelino [Kubitschek] al mayor proceso de acusaciones y mentiras, que hizo caer a João Goulart, esa misma élite trató de hacerme caer. Pero la diferencia en mi caso no es que yo sea mejor, sino que tenía algo con que ellos no contaban y descubrieron que existía, llamado pueblo brasiler.³

Sin embargo, al día siguiente el mismo Lula se refería a la corrupción como el elemento estructural de la política brasiler:

No piensen que los males [de la corrupción] son los errores de individuos o partidos. Lo que sucede es el resultado de deformaciones que se originan en la estructura política de nuestro país.⁴

Es evidente que Lula se presenta a sí mismo como parte del *pueblo*, siempre atacado por la élite dominante, que ya habría derrocado a otros presidentes populares; *al mismo tiempo*, presenta la corrupción como un atri-

3 «Lula diz que, sem reforma, novos escândalos surgirão», en Folha de São Paulo, 24 de julio del 2006.

4 *Ibid.*

buto inherente al sistema político del cual su propio partido, el PT, también sería parte. Según el primer discurso, el líder es acusado de corrupción porque se encuentra como un *outsider* bajo el ataque del sistema: en el segundo, el mismo líder —o mejor dicho, su partido— es corrupto porque forma parte del sistema. El acto doble de presentarse, simultáneamente, como *outsider e insider*, marca la estrategia política de Lula: mientras que el discurso populista, en que se exhibe como presidente de la clase trabajadora atacado por la élite, fue y sigue siendo parte importante de su encanto político, todas sus decisiones en el gobierno están determinadas por compromisos, alianzas y pactos con partidos que difícilmente se encontrarían del lado de los más pobres. Esto debilita el elemento populista de su discurso; pero, aunque parezca un caso excepcional, no lo es. Muchos líderes políticos utilizan con éxito no sólo el discurso populista del pueblo contra el sistema, sino que también practican el compromiso y el acomodo como parte de su amplio repertorio. Pero sólo en la medida en que la lógica de dicotomización del espacio social entre el pueblo y sus enemigos es primordial para su atractivo político, podemos decir que líderes como Hugo Chávez, Evo Morales y Rafael Correa son populistas.

No obstante, para Laclau la dicotomización del espacio social y la ruptura con el orden existente son condiciones necesarias pero no suficientes para la identificación populista. Laclau sostiene que, puesto que la unidad simbólica del pueblo requiere homogeneizar identidades heterogéneas, este proceso alcanza un punto en que la función unificadora sólo puede ser cumplida por un puro nombre: el nombre del líder. Es decir, la unidad imaginaria del pueblo heterogéneo sólo puede ser representada si el nombre del líder se convierte en un significante vacío, sin ningún significado: una especie de hoja en blanco que opera como la superficie para inscribir los deseos, afectos y demandas de los diversos miembros del pueblo (Laclau, 2005b: 99).

Hasta aquí, he bosquejado de manera condensada los bloques conceptuales de la teoría de Laclau sobre el populismo: la dicotomización del espacio social mediante la creación de una frontera política entre el pueblo (los más débiles) y sus opresores; la ruptura con el orden institucional actual, y la presencia de un líder que constituye la unidad imaginaria de individuos heterogéneos. Pero aún hay algo que falta: la promesa emanci-

patoria del populismo. Como Gerardo Aboy (2006) señala, el populismo es tanto un discurso de ruptura del orden político como un discurso de re-institucionalización del orden mediante la constitución de una nueva forma de gobierno en que, luego de vencer a los opresores, los más débiles serán los auténticos portadores de la soberanía: la *plebs* se convertirá en *demos*. Privilegiando el momento de ruptura, Laclau se refiere poco a la promesa del populismo de un nuevo orden: de hecho (2005a: 48), advierte la condición ambigua del *demos*, que aunque sigue siendo una parte de la sociedad —la más débil—, se presenta a sí mismo como representante de toda la comunidad. Pero Laclau sólo reconoce dos posibles consecuencias de la ruptura populista: que la frontera interna entre el pueblo y sus enemigos sea anulada por la transformación del antagonismo en relaciones de diferencia —como la integración selectiva del pueblo al orden establecido—, o que el antagonismo populista permanezca activo en la forma, pero cambie su contenido ideológico —como en el cambio del populismo tradicional de Alan García al nuevo populismo de Alberto Fujimori en Perú a principios de los '90—.

El énfasis en el momento de ruptura ignora las aspiraciones fundacionales del populismo. Entender *esto o lo otro*, la institucionalización o la continuidad con un signo ideológico distinto, reduce el populismo a la ruptura que, como tal, no nos permite observar la transición del movimiento en las calles que llega a convertirse en régimen oficial. Esta dicotomía ciertamente no captura las complejas lógicas que juegan en Argentina durante el gobierno de Perón o en Venezuela desde que Chávez llega al poder. Es en la tensión entre la ruptura constitutiva del populismo y su pretensión de devolver soberanía al *demos* donde Gerardo Aboy (2006: 15) localiza la naturaleza específica del populismo como *orden político*:

El populismo es una forma específica de negociar la tensión irresoluble entre una ruptura fundacional y la aspiración de representar al conjunto de la comunidad. Consiste en un movimiento pendular que agudiza las tendencias a la ruptura y las contra-tendencias a la integración del espacio comunitario, incluyendo y excluyendo la alteridad constitutiva del *demos* legítimo; esto es, re-inscribiendo y borrando, a veces alternativa, a veces simultáneamente, su propia ruptura fundacional.

Es cuando se busca instituir un nuevo orden político que se descubren las fisuras entre populismo y democracia. Porque la construcción del orden en que la *plebs* se convierte en *demos* es un proceso de transición: primero no ser nadie, sino un desposeído, y luego representar a toda la comunidad. Este proceso plantea al populismo las cuestiones esenciales de la democracia: quiénes son los miembros legítimos del *demos*, cómo se ejerce la soberanía y cuál es el afuera constitutivo del nuevo orden.

La ruptura populista

Voy ahora a analizar las fisuras entre populismo y democracia en América Latina. En particular, me concentraré en la naturaleza de la ruptura populista, en las aspiraciones fundacionales del populismo y en las relaciones entre el líder, el pueblo y las instituciones políticas. En cada caso, observo cómo el discurso populista se relaciona con el discurso de las bases y el discurso liberal-republicano.

El populismo y la social-democracia fueron los principales relatos sobre la crisis luego del colapso del Consenso de Washington: ambos intentaron comprender las dislocaciones de las sociedades latinoamericanas a finales del XX y principios del XXI. Los dos relatos prometieron cambiar el orden existente; pero los imaginarios eran, en cada caso, distintos.⁵ Una manera de entender el cambio político es asociarlo con un nuevo principio, un evento que represente una completa ruptura con el orden existente. Esta imagen del cambio es característica del populismo como de otros discursos: por ejemplo, aquellos sobre el anti-colonialismo y la revolución. En el discurso populista el cambio, como nuevo principio, significa una ruptura con la condición presente, asociada con graves problemas económicos o crisis políticas, o con gobiernos poco populares o que han perdido su legitimidad. Es decir, para el populismo el “cambio como ruptura” es la promesa de un nuevo orden radical o de re-institución del orden en sociedades que enfrentan graves dislocaciones políticas y económicas.

⁵ Para una discusión sobre los diferentes imaginarios de cambio, véase Panizza (2004).

De inmediato se plantea la cuestión de qué significa tal ruptura, con qué se rompe y en qué términos. Todos los discursos populistas de América Latina comparten su fuerte rechazo contra el neoliberalismo. Sin embargo, la ruptura no sólo tiene sentido económico, sino también político: implica romper con el orden anterior. Cómo definir un orden político: ¿se refiere al gobierno, al sistema político, al modelo socio-económico o se trata de una combinación de los tres? En todos los casos contemporáneos de ruptura populista en América Latina se denuncia la corrupción de los partidos tradicionales, auto-complacientes y responsables por la reforma neoliberal que, se supone, ha reducido el Estado y empobrecido al pueblo. Estas denuncias, acompañadas con discursos populistas de los líderes de los partidos, como el Frente Amplio en Uruguay y el Partido dos Trabalhadores en Brasil, representaron sólo una pequeña ruptura; no obstante, también se han producido grandes rupturas. El discurso populista más radical sostuvo que había una brecha entre legalidad y legitimidad en el orden político: los gobiernos son legales en tanto elegidos por el pueblo, pero ilegales si, en la práctica, no representan a la plebe.⁶ Las multitudes en las calles de Venezuela en 1989, en Argentina entre el 2001 y el 2002, en Ecuador en el 2000 y el 2005, en Bolivia entre el 2000 y el 2006... fueron observadas como la manifestación visible de la pérdida de legitimidad de gobiernos elegidos democráticamente; y eventualmente, también justificaron la caída de estos gobiernos. La brecha entre legalidad y legitimidad se convirtió así en condición para la ruptura y, al mismo tiempo, en la fisura de la relación entre populismo y democracia.

Sería simple negar la legitimidad de un orden político abiertamente opresivo y buscar la ruptura. Pero en América Latina, con todos sus errores, los órdenes políticos eran democráticos, y en una democracia el poder se alcanza mediante elecciones. Si, de acuerdo con el relato populista, la *plebs* tuvo en las calles el derecho de ilegitimar y derrocar a un gobierno, aún nos queda la pregunta sobre cómo legitimar un gobierno que representara al *demos*, para afirmar su derecho al poder soberano. Las denuncias sobre la pobre calidad de la democracia actual fueron parte importante de los discursos populistas de esta época, así como las demandas de que

6 Debo esta formulación a Gustavo Bonifaz.

una democracia real requería no sólo elecciones, sino también la implementación de mecanismos de participación. Pero, a fines del XX y principios del XXI, el entorno político de América Latina que no participa en elecciones también podría impedir la pretensión de los líderes populistas de encarnar al *demos* soberano.

El impulso fundacional del populismo

También los partidos populistas participaron con sus líderes en las elecciones, y alcanzaron el gobierno mediante los votos. Sin embargo, la participación electoral representa un peligro de competencia institucional para los partidos populistas, que decidieron ocupar el rol diferencial de la oposición antes que el rol antagonista de agentes de ruptura. En países como Bolivia, Ecuador, Venezuela y Perú, las desigualdades socio-económicas y la exclusión étnica proporcionan condiciones fértiles para la recepción de discursos que dicotomizan el orden social. La polarización de la sociedad se manifiesta en la división del electorado: los pobres y excluidos votan por los candidatos contra el *status quo*, y las clases medias apoyan a los candidatos identificados con el orden establecido. La polarización política entre el pueblo (los “excluidos”) y el *establishment* político se materializa en la figura de los *outsiders* políticos, candidatos presidenciales que no siempre se sometieron a las reglas del juego electoral en el pasado; o que, cuando participaron, jugaron con reglas propias. El caso de Chávez dirigiendo un fallido golpe militar, Morales como líder de los sembradores de coca y Correa negándose a presentar candidatos para el Congreso, son señales que marcaron el límite que separaba a estos candidatos del orden institucional. Más aún, los candidatos populistas fueron considerados por sus oponentes como herederos políticos de la *plebs* que había roto, en las calles, el vínculo entre legalidad y legitimidad, derrocando a los gobiernos elegidos constitucionalmente en los casos de Bolivia y Ecuador, o permitiendo a su caída en el caso de Carlos Andrés Pérez en Venezuela. Pero también hay que recordar que, con la excepción de Chávez, estos candidatos no eran del todo *outsiders*: Morales ya participaba en política como líder de una asociación legal, los *cocaleros*, y de un

partido, el MAS, que tenía representación en el Congreso; y Correa había sido ministro de economía del régimen saliente. La ambigua condición de los candidatos como *outsiders* con un pie adentro del sistema –o *insiders* con un pie afuera– hace evidente la dialéctica de exclusión e inclusión típica del populismo.

Quizás la forma más profunda de ruptura populista se presenta en el discurso electoral de Evo Morales en Bolivia. A través de su campaña, el MAS construyó un antagonismo en varios niveles, entre el pueblo por un lado y la élite política tradicional por el otro. El relato del MAS representó al pueblo unido en varias formas: protestas masivas contra la privatización del gas y el agua que fueron parte del proyecto neoliberal; los sembradores de coca que fueron prohibidos de cultivar la “hoja sagrada” por la interferencia de los EE.UU.; y los indígenas bolivianos que habían sufrido más de quinientos años de exclusión política, económica y cultural (Harten: 2007). Articulando la oposición contra el neoliberalismo, la intervención extranjera, el control y expropiación de los recursos naturales, junto con la exclusión histórica, el MAS construyó una frontera entre el pueblo y el sistema político, que puso en cuestión la legitimidad de todo el orden social del país, sus instituciones y su historia.

Las convocatorias para asamblea constituyente en Venezuela, Bolivia y Ecuador son la expresión de la promesa fundacional del populismo. En el discurso populista, un nuevo orden constitucional es necesario para suplantar la tensión entre el momento de ruptura –que, si fuera reproducido en el tiempo, conduciría a una política de la revolución permanente–, y la integración al orden institucional existente –que, de completarse, marcaría el fin del populismo–. El constitucionalismo se encuentra en el seno de la tradición republicana, con sus raíces en la Revolución Francesa y en la Revolución de los Estados Unidos, que inspiraron los movimientos de independencia en la América Hispana. La constitución consagra la soberanía de la nación y la supremacía de las instituciones sobre aquellos que sólo temporalmente las hacen operativas. También asegura la unidad histórica y la continuidad de un país más allá de las disputas políticas y cambios en el contenido constitucional. Al mismo tiempo, una asamblea constituyente representa el momento de ruptura radical que significa el ejercicio inmediato de la soberanía por parte del pueblo: como

miembros de la asamblea, quienes integran la *plebs* pueden exigir convertirse en el *demos*. La autoridad política del pueblo es legitimada por la investidura radical del poder soberano en la asamblea constituyente, liberada de cualquier otra fuente de autoridad: con esta base, el pueblo, como portador de la soberanía, no sólo tiene el derecho de decidir las reglas para tomar decisiones en la asamblea, sino también para determinar las reglas del nuevo orden político sin considerar ningún precedente ni convención.

Como se ha mostrado en varios procesos de reforma constitucional, la promesa de un nuevo principio que se invoca para cerrar la fisura entre la *plebs* y el *demos* es al final una ilusión, porque ningún orden social puede existir sin un afuera constitutivo. Las batallas políticas en torno a las reglas de la asamblea, sobre su composición y términos de referencia, así como la lucha por la mayoría requerida para la aprobación de disposiciones constitucionales, hacen más profunda la fisura. También crece el problema que enfrenta el populismo para negociar la tensión constitutiva entre los principios republicanos sobre la primacía de las instituciones y el principio populista del pueblo como soberano. Pero ante todo, las batallas políticas expresan el enfrentamiento por la inclusión y la exclusión, en que se define quién puede ser considerado parte legítima del *demos*, y quién no.

Por eso no es sorprendente que la asamblea en Bolivia, establecida para reconciliar al pueblo y re-fundar una nación contra la historia de exclusión, se convirtiera en un campo de batalla. Los asuntos en cuestión en la asamblea boliviana revelaron las fisuras en el seno de las propias demandas populistas: ¿qué significa la ruptura en un contexto democrático? ¿Cómo se define al pueblo que exige ejercer la soberanía? ¿Cómo reconciliar la heterogeneidad interior entre la comunidad indígena y otros actores del pueblo en el nuevo *demos*? ¿Son democráticas las demandas por autonomías regionales, y por tanto parte del proceso de constitución de un *demos* plural, o son los movimientos autonómicos expresión de un *otro* recalcitrante, ajeno al pueblo? La respuesta a la primera pregunta depende si se acepta la brecha entre legalidad y legitimidad en la definición de democracia. La respuesta a la segunda, define las reglas de legitimación y procedimientos para la elección y el trabajo de una asamblea constituyente. Las tensiones por encontrar una respuesta a la tercera suponen el juego

inestable de las igualdades y diferencias en el centro de las identidades populistas. Las diferentes respuestas políticas a la cuarta definen si la relación entre el pueblo y su otro en el nuevo orden político estará dominada por estrategias de exclusión, regeneración o negociación.

Líder, pueblo e instituciones políticas

La centralidad del líder en los procesos de identificación populista plantea más interrogantes sobre las fisuras entre populismo y democracia. Contra los críticos de la evidente orientación personalista del populismo, Laclau (2006: 60) sostiene que el liderazgo político es central no sólo para el populismo sino también para muchos movimientos democráticos diferentes, y que caracterizar a los líderes populistas como anti-democráticos supone cierta ideología. Aunque esto fuera verdadero, se podría argumentar que las relaciones entre el líder y el pueblo en el populismo son de una naturaleza distinta que en otras tradiciones políticas, y que esta diferencia hace al populismo incompatible con la democracia. Como apunta Ardití (2004: 143), su posición central y su relación directa con el 'hombre común' transforman a los líderes en personajes cercanos a soberanos infalibles, puesto que sus decisiones son incuestionables por el mero hecho de ser suyas. Este argumento es más trabajado por Abas y Rummens en términos de los supuestos populistas: (i) que la voluntad del pueblo se considera transparente y accesible de inmediato a quienes se encuentren dispuestos para escuchar la *vox populi*; y (ii) que la transparencia de la voluntad del pueblo es posible porque el populismo conceptualiza al pueblo como una *unidad homogénea*. Tal como Abas y Rummens explican (2007: 415): "Esto significa que los ciudadanos, como comunidad política, constituyen un cuerpo político homogéneo con una voluntad singular, la *volonté générale*. Es importante recordar que la identidad sustancial de todos los miembros de la comunidad política también abarca a la *identidad de gobernantes y gobernados*" (Énfasis añadido).

Tanto la noción de Laclau como la de Abas y Rummens sobre el liderazgo político son problemáticas. La exigencia del nombre del líder como la única posible superficie de inscripción para una identificación populis-

ta cuestiona la visión de un populismo generado por un vacío histórico e institucional. No se trata de disputar la centralidad de la figura del líder en cualquier proceso de constitución de identidades populistas; pero las organizaciones de base, los partidos, los movimientos y aún los gobiernos han jugado un rol importante en la historia del populismo. Se puede sostener que hay un excedente de significado en los procesos de identificación populista en que los líderes, partidos, movimientos y gobiernos funcionan juntos o alternativamente como superficies de inscripción para identidades populistas. La relación del populismo con las organizaciones sociales y los órdenes institucionales que encuadran demandas de representación determinan si la identificación entre el líder y el pueblo es absoluta y abarcadora, como Abas y Rummens sostienen, o condicional y constitutivamente separada. Organizaciones de base fuertes y marcos institucionales republicanos significan que la persona/nombre del líder no monopoliza la identificación populista y nunca podrá cerrar totalmente la fisura entre la *plebs* y el *demos*. Bajo estas condiciones, las organizaciones sociales retienen grados significativos de autonomía que impedirían la sumisión total a la voluntad del líder. En términos de la relación entre líder y *plebs*, hay una diferencia significativa en los dos procesos de identificación: cuando el líder se dirige a la multitud en la calle y cuando el líder se presenta como cabeza de un partido con complejas estructura de representación.

En fin, cuando se ejerce el gobierno a partir de principios republicanos, la universalidad se funda sólo provisional y temporalmente en el líder populista, en virtud de su investidura institucional. En un marco republicano, un presidente populista puede exigir ser líder de la *plebs*, pero es aún gobernante del *demos*: la esencia de la democracia depende de cómo el líder/presidente atraviese esta fisura. El gobierno de Chávez nos muestra las tensiones entre las formas de identificación republicana y populista que se encuentran en juego en Venezuela. En tanto presidente, Chávez sólo puede presentarse como ocupante provisional y parcial del *locus* vacío del poder: como presidente constitucional elegido democráticamente, su liderazgo en Venezuela se enmarca por su posición institucional. En tanto cabeza del Movimiento Bolivariano, es el líder de una sección de la comunidad: la *plebs*. Pero la representación de toda la comunidad, el *demos*, es

un atributo de la presidencia, y ubicado en esta posición Chávez es también presidente de todos los venezolanos. La escisión constitutiva entre el líder del Movimiento Bolivariano y el Presidente de Venezuela obliga a Chávez a ensayar un acto de equilibrio: escoger entre un cuadro simbólico común para reconocer a los enemigos de la *plebs* como diferencia legítima en el *demos* o negar la posibilidad de todo reconocimiento mutuo entre sus adeptos y sus adversarios, y perpetuar así el antagonismo constitutivo del populismo. En democracia, las elecciones periódicas desnudan la escisión republicana entre la presidencia, como *locus* permanente del poder, y el portador de la presidencia, como su ocupante provisional. La derrota de Chávez en su búsqueda de re-elección indefinida –que fue, con todo, sometida al voto popular–, marcó la tensión entre el republicanism y el populismo en el interior de la democracia venezolana.

¿Cuáles son las condiciones de enunciación y recepción de un discurso populista que permita la identificación/des-identificación entre líder y *plebs*? Si bien la perspectiva de Laclau sobre el liderazgo populista necesita considerar el marco institucional en el cual sucede la identificación, en cambio el argumento de Abas y Rummens sobre la identidad entre gobernantes y gobernados no considera la naturaleza de las relaciones de representación entre el líder y el pueblo. Si Abas y Rummens están en lo correcto sobre la identidad abarcadora del populismo como expresión de la *volonté générale*, la relación entre un pueblo homogéneo y su líder no sólo restaura la cabeza del rey, sino que incluso recompone los “dos cuerpo del rey” (Kantorowicz, 1957). Sin embargo, estos autores se basan en el supuesto de que la identidad de un pueblo homogéneo y la identidad del líder se constituyen plenamente aún antes de relacionarse en el proceso de representación; o incluso, consideran esta representación como una relación transparente, perfecta, directa. En lugar de eso, la representación es una relación en que el rol del representante no se agota sólo en reflejar la voluntad de los representados. El líder no representa pasivamente una identidad popular homogénea pre-constituida, sino que las identidades de representados y representantes se constituyen en el mismo proceso de representación, que nunca se completa del todo ni alcanza un éxito final.

Modificando la definición de Alejandro Groppo (2006), la representación populista tiene lugar en el espacio dislocado entre el intento del líder

de constituir la unidad imaginaria del pueblo, y la imposibilidad última de controlar las reacciones del propio pueblo frente a este intento. Quizás una manera de entender esta relación sea pensar la representación no tanto en términos de la metáfora del nombre del líder como una hoja en blanco en que las identidades se inscriben, sino como un eco que retorna, cuya recepción es distorsionada y trastocada por los ruidos estáticos de múltiples formas pre-existentes de identificación. Esto significa que, durante el proceso, el pueblo no es un receptor pasivo del eco, sino que se involucra activamente en la producción de voces que el líder tiene que re-interpretar y re-dirigir en su intento por mantener la unidad del pueblo. De este modo, no hay una relación entre pueblo devoto y líder adorado; sino una relación en que el líder actúa como un significante al cual se pueden atribuir múltiples significados, y cuya fuerza se siente en la presencia del orador carismático, así como en su ausencia, silencio y ambigüedad.

En términos prácticos, esto significa que el poder del líder para imponer un discurso político con un significado unívoco, efectivo para una audiencia muy diversa, está restringido por las interpretaciones múltiples de esa audiencia. Como resultado, el líder debe limitarse a arbitrar entre diferentes re-enunciaciones político-ideológicas de su propio discurso, buscando apoyos alternativos, sin hacer jamás una adjudicación última. La relación entre Evo Morales y los movimientos de base que sostienen su presidencia nos muestra cómo los líderes populistas, lejos de ser modernos soberanos absolutos que reinan sobre un pueblo homogéneo, son a menudo *bricoleurs* que enfrentan la tarea interminable de reconstituir la unidad del pueblo fragmentado. La dimensión de esta tarea está marcada en el caso de Morales por la naturaleza del MAS como un partido con una fuerte cultura de movimientos de base, lo que condiciona y restringe su capacidad de líder para controlar desde arriba la recepción de su propio discurso.

Conclusiones

En este artículo se ha examinado la lógica populista a la luz del actual resurgir del populismo en América Latina. Se ha considerado la ruptura populista en términos de sus componentes anti-sistémicos y fundacionales, así como la identificación entre el líder y el pueblo.

¿En qué condiciones es el populismo compatible con la democracia o puede, de hecho, ser considerado una fuerza democratizante? Al respecto, no existen respuestas inequívocas que nos permitan resolver la disputa entre populismo y democracia. En conjunto, los asuntos tratados en este artículo nos muestran que la lógica populista conlleva un excedente de significado que no puede someterse a ninguna consideración *a priori* de las relaciones entre ambas lógicas. Por lo que sostienen Abas y Rummens, considero que, llevada al extremo, la lógica populista es incompatible con la democracia.⁷ Pero esto no nos dice mucho; como ambos autores reconocen (2007: 406), la lógica del liberal-republicanismo, llevada al extremo, también resulta incompatible con la democracia. Y no es posible tener un orden democrático basado solamente en formas de participación desde abajo, sin reunir las diversas voces del pueblo en alguna versión provisional de la *volonté générale* y estableciendo instituciones administrativas y representativas para ejercerla.

La democracia es un significativo sumamente complejo, que articula un gran número de lógicas y tradiciones con una tensión inestable entre sí. Es posible concluir que la compatibilidad entre populismo y democracia está condicionada por las relaciones del populismo con otras lógicas que también son parte del imaginario de la democracia. Considero que tanto la tradición liberal-republicana como la tradición de los movimientos de base son constitutivas del imaginario democrático, así como cruciales para hacer al populismo compatible con la democracia. En la medida en que la lógica populista se mantenga en contrapeso con la lógica del liberal-republicanismo y la lógica de movimientos de base, el populismo puede convertirse en una fuerza democratizante. Pero si estas tradiciones están ausentes o muy debilitadas, la demanda populista de abrir la fisura

⁷ Este argumento también ha sido desarrollado en Panizza (2005b).

entre *plebs* y *demos* por medio de la figura del líder constituye un grave peligro para la democracia. Se puede sostener que la tensión entre las tres lógicas se encuentra en el seno de la democracia, y la convierten en una construcción sin fin.

Referencias

- Aboy Carlés, G. (2006). “La Especificidad Regeneracionista del Populismo”, ponencia presentado en el 8º Congreso Chileno de Ciencia Política, Santiago de Chile, noviembre 13-17.
- Abts, K. y S. Rummens (2007). “Populism versus Democracy”, en *Political Studies*. Vol. 55, N. 2: 405-424.
- Arditi, B. (2004). “Populism as a Spectre of Democracy: A Response to Canovan”, en *Political Studies*, N. 52: 135-143.
- Castañeda, J. (2006). “Is Evo Morales and Indigenous Che?”, en *New Political Quarterly*, (verano): 58-60.
- Grosso, A. (2006). “People and Politics: A Post Structuralist Approach to Latin American Populism”, ponencia presentada en el encuentro de la *Latin American Studies Association*, San Juan, Puerto Rico, marzo 15-18.
- Harten, S. (2007). “Imagining the People”, manuscrito no publicado.
- Kantorowicz, E. H. (1957). *The King's Two Bodies. A Study in Mediaeval Political Theology*, Princeton: Princeton University Press.
- Kazin, M. (1998). *The Populist Persuasion. An American History*. Ithaca y Londres, Cornell University Press.
- Laclau, E. (2006). “La Deriva Populista y la Centro Izquierda Latinoamericana”, en *Nueva Sociedad*, N. 205, septiembre-octubre: 56-61.

Populismo y representación democrática

Enrique Peruzzotti*

El debate acerca del populismo no puede disociarse de la discusión acerca de los diversos modelos de democracia existentes (Canovan, 1999; De la Torre, 2000; Peruzzotti, 1997; Urbinati, 1998). El populismo, y en particular la forma que dicha expresión tomó en América Latina, está directamente ligado a una visión específica de lo que la democracia es y, por tanto, es parte de una disputa cuya genealogía puede trazarse hasta los orígenes mismos de la modernidad política acerca de la naturaleza y alcances del ideal democrático. Por eso, la discusión sobre el populismo debe enmarcarse dentro de un debate más general sobre cómo entender la democracia. El ideal populista debe ser confrontado con otras versiones de democracia a fin de determinar cuál de ellas está más cerca de realizar la promesa normativa contenida en la idea misma de democracia. En particular, es importante distinguir y comparar la idea democrática populista con su forma representativa, puesto que la identidad política populista se piensa como una alternativa superadora del déficit de la última.

El populismo implica una clara preferencia por una forma directa de democracia y por lo tanto, rechaza la democracia representativa como inauténtica y artificial. El teórico que mejor expresa la teoría democrática del populismo es Carl Schmitt. Como se verá en la sección siguiente, el concepto schmittiano de democracia se opone a la idea de una construcción mediada de la voluntad popular, proponiendo en cambio un modelo de democracia directa organizada alrededor del proceso de identifica-

* Universidad Torcuato di Tella. E-mail: peruzzot@utdt.edu.

ción no mediada entre pueblo y gobierno. Esta noción de democracia va a tomar forma histórica en América Latina con la emergencia de lo que se ha denominado los regímenes populistas clásicos (Perón, Vargas, Velasco, Cárdenas). A pesar de la distancia temporal que existe con dicha experiencia histórica, el ideal democrático populista no se ha desvanecido sino que continúa marcando con su impronta la vida política de varios países de la región (De la Torre, 2007; Roberts, 2007). Fenómenos como el “chavismo” en Venezuela indican que este modelo democrático aún es visto como una alternativa legítima para un orden representativo en crisis. Es por tanto imperativo confrontar este modelo con otras versiones de democracia para determinar hasta qué punto son válidas no solamente sus credenciales democráticas sino también su presunción de ser una etapa de profundización de la vida democrática.

Este capítulo se divide en cuatro secciones. En la primera, presento la visión de Carl Schmitt sobre la democracia, puesto que sintetiza teóricamente la visión populista de la representación política. En la segunda sección establezco algunas diferencias entre la concepción schmittiana y la forma que asumió la tradición democrática populista en América Latina. La tercera sección presenta algunos argumentos sobre las diferencias y limitaciones de los modelos hegemónicos de democracia en la región: el modelo liberal minimalista, el modelo delegativo y el populismo. Finalmente, el trabajo concluye con un argumento sobre la necesidad de ir más allá de los modelos existentes y repensar la noción misma de representación democrática, proponiendo una noción de democracia representativa basada no simplemente en la existencia de elecciones libres y regulares, sino también en la posibilidad de establecer un amplio campo de mediaciones políticas que permita dar voz efectiva a una pluralidad de actores a fin de establecer una situación de permanente receptividad del sistema político a las demandas de la ciudadanía.

La democracia como identidad entre pueblo y gobierno

En la *Teoría de la Constitución*, Carl Schmitt distingue dos principios opuestos para lograr una forma política: la representación y la identidad (Schmitt, 1982). El primer principio, argumenta, corresponde al univer-

so normativo del liberalismo. El segundo, en cambio, es el principio sobre el cual se asienta la idea moderna de democracia. El ideal democrático, sostiene Schmitt, busca establecer una identidad no mediada entre gobernantes y gobernados. La representación, en cambio, presupone un sistema de mediaciones políticas que hacen imposible dicho proceso de identificación entre gobernantes y gobernados. Para Schmitt, por lo tanto, democracia y gobierno representativo son principios alternativos de formación de la unidad política. Es erróneo considerar, afirma, a la denominada democracia representativa o al parlamentarismo como un subtipo de democracia, pues la mediación parlamentaria introduce un elemento no democrático que conspira contra el logro de una verdadera identidad entre gobernantes y gobernados.

De hecho, Schmitt considera al gobierno parlamentario representativo como un régimen temporal que tiene lugar en el proceso histórico de transición entre dos formas de unidad propiamente políticas: la monarquía y la democracia. En su visión, el gobierno representativo es incapaz de establecer un principio de unidad política, salvo quizá en el período heroico de las luchas burguesas contra el estado absolutista en el cual el parlamentarismo se presentaba como una *complexio oppositorum*, es decir, como un principio de unidad política alternativo al de la soberanía absoluta del monarca. Sin embargo, una vez que el absolutismo monárquico perdió legitimidad, también se resquebrajó la efectividad del parlamentarismo como principio para construir una unidad política alternativa: desaparecida la monarquía absoluta, el principio parlamentario de gobierno indirecto se vio enfrentado a la dificultosa tarea de representar la unidad del pueblo (Schmitt, 1982: 217). La naturaleza misma del gobierno representativo conspira contra el éxito de dicho proyecto. Los prerequisites que deben estar presentes a fin de asegurar el correcto desempeño de un régimen parlamentario –transparencia, deliberación pública, división de poderes, libertad de prensa, etc.–, llevan a la consolidación de un espacio político mediado que evita que se genere una verdadera identidad política entre gobierno y pueblo (Schmitt, 1988: 36). Las elecciones bajo un sistema parlamentario, sostiene Schmitt, producen un comité electivo de representantes autónomos e independientes que elaboran decisiones totalmente desconectadas de lo que Schmitt considera es la auténtica

voluntad popular (Schmitt, 1988: 35). La *ratio* del parlamentarismo es la deliberación pública, la dinámica de argumentos y contra-argumentos en la cual, supuestamente, se forja la voluntad política. Este juego deliberativo da lugar a un tipo de voluntad política que, en su opinión, poco tiene que ver con la noción de voluntad popular. El funcionamiento de la maquinaria del gobierno representativo genera, indefectiblemente, un tipo de voluntad política distinta y autónoma de lo que Schmitt considera es la expresión verdadera (o inmediata) de la voluntad popular (Schmitt, 1988: 34-5). Precisamente, el punto de partida del parlamentarismo –la noción de representación libre– supone, en su opinión, una disociación entre la voluntad popular mediada que se genera en las instituciones representativas y la voluntad no mediada o “auténtica”.

La crítica schmittiana a los principios intelectuales que fundamentan la idea de gobierno representativo se complementa con un diagnóstico sociológico sobre la situación presente del parlamentarismo. Schmitt no solamente rechaza el universo normativo sobre el que se asienta el parlamentarismo sino que sostiene que dichos ideales no tienen ninguna influencia sobre las dinámicas sociales y políticas que acontecen en las sociedades actuales. En su opinión, las circunstancias contemporáneas tienden a convertir al principio intelectual legitimador del parlamentarismo –la deliberación pública– en una mera formalidad. La aparición de partidos políticos de masas subvierte los principios sobre los cuales se basa la idea de gobierno parlamentario:

Los partidos... no se enfrentan entre sí para discutir opiniones, sino como grupos de poder social o económico que calculan sus intereses mutuos, así como sus oportunidades para acceder al gobierno, y establecen compromisos y coaliciones sobre esta base. Las masas son seducidas mediante aparatos de propaganda, cuyo máximo efecto se apoya en su atractivo para presentar los intereses y pasiones de estas masas. Todo argumento, en el sentido real para la auténtica discusión, queda así al margen (Schmitt, 1988: 6; traducción propia).

Según Schmitt, lo que era la instancia crucial de mediación del gobierno representativo –el parlamento– sobrevive en nuestros días como una maquinaria vaciada de contenido. Los parlamentos actuales son carcasas vacías

as sin efectividad política, que simplemente reflejan las coaliciones de intereses socioeconómicos predominantes. Los miembros del parlamento, lejos de ser una clase política de representantes libres, actúan como meros emisarios o agentes de grupos económicos (Kelly, 2004: 118). Detrás de la fachada del parlamentarismo, argumenta, se desarrollan procesos de negociación sectorial por parte de grupos económicos que no pasan por el filtro de la mediación política. El supuesto ámbito en el que se ejerce la representación política ha quedado reducido a la impotencia frente a la presencia creciente de los intereses privados. Es por eso que Schmitt sostiene que, bajo las presentes circunstancias, la noción de “representación política” es reemplazada por la de “representación privada de intereses”.¹ La verdadera representación política implica el acto de representar la unidad de un pueblo y por lo tanto, sostiene Schmitt, debe diferenciarse de cualquier noción de representación de intereses sectoriales. La situación contemporánea del parlamentarismo es analizada en términos de un proceso de colonización de la dimensión pública de la representación por una versión degradada de articulación y representación de intereses privados (Schmitt, 1982: 208).

Schmitt define a la democracia contrastándola con la idea de gobierno representativo. La democracia supone un vínculo directo entre gobernantes y gobernados y por lo tanto se opone a cualquier idea de gobierno indirecto. En el ideal democrático schmittiano está ausente cualquier noción de mediación política: la democracia se define por la presencia de un vínculo plebiscitario entre gobernantes y gobernados, que expresa la inmediata unidad del pueblo. El problema político fundamental que se presenta en un escenario de democracias de masas es el de quién posee los rasgos personales, así como los medios institucionales, para generar dicho proceso de identificación a través del cual se construye la voluntad popular (Schmitt, 1988: 29). Cómo lograr la identificación entre pueblo y líder es

1 Max Weber realiza un diagnóstico similar en su análisis sobre la transformación de la institución parlamentaria en la democracia de masas: “El parlamento se convertiría en un nuevo mercado de compromisos entre intereses puramente económicos, sin ninguna orientación política para agregar los intereses... Un cuerpo ‘representativo’ de este tipo sería el lugar menos propicio para la solución de los problemas sociales de acuerdo a criterios verdaderamente políticos” (Cf. Weber, 1978: 1397; traducción propia). A diferencia de Schmitt, Weber no propone eliminar la mediación parlamentaria sino mantenerla y fortalecerla en su papel de contrapeso institucional al creciente poder del ejecutivo y de la burocracia.

para Schmitt irrelevante: dicha tarea puede requerir el uso de la fuerza y la manipulación, e incluso no descarta que se pueda lograr por medios dictatoriales (Schmitt, 1988: 29). La dictadura, sostiene, no necesariamente es antitética a la democracia, pues una dictadura puede ser exitosa en generar un proceso de identificación democrática entre masa y dictador.

Ante la crisis del parlamentarismo liberal, Schmitt argumenta, se vuelve imperativo reemplazar al mismo por una forma cesarista de democracia que pueda restablecer un principio de unidad propiamente político. La transición hacia una forma de democracia directa requiere de un proceso de homogeneización del campo político. Es necesario remover todas aquellas mediaciones políticas e institucionales que pueden eventualmente interferir con dicho proceso de identificación. El parlamento, la esfera pública, la oposición independiente, la prensa libre, son vistas en esta construcción como obstáculos que conspiran contra el éxito del proceso de formación de una identidad democrática. En esta perspectiva, la formación de la voluntad popular poco tiene que ver con la idea de una construcción mediada y deliberativa característica del ideal democrático-representativo. No es la deliberación sino la aclamación el rasgo distintivo de la democracia de masas:

El pueblo no está capacitado para la consulta, deliberación o discusión. No puede gobernar o administrar, ni tampoco establecer normas. Solamente puede sancionar con un “sí” o un “no” las normas que se le presentan. Ni siquiera puede elevar cuestiones, solo responder un sí o un no a lo que se le proponga (Schmitt, citado por Scheuerman, 1999: 201).

En el modelo schmittiano de democracia, el concepto de pueblo, conceptualizado en términos de masa, suplanta al de ciudadanía. Las masas, por definición, cumplen un papel político pasivo, siendo su acción fundamental el acto de aclamación por el cual un líder es investido como la encarnación del pueblo.² Las masas reaccionan a partir de los estímulos externos que el liderazgo político genera, confirmando o no si determina-

do líder ha sido exitoso en generar una identidad democrática entre gobernantes y gobernados. Conceptos como el de *accountability*, mediación política y deliberación son totalmente ajenos a esta concepción de la democracia.

La tradición democrática populista latinoamericana y el modelo democrático schmittiano

La descripción de Carl Schmitt de la democracia provee un punto de partida importante para entender los fundamentos intelectuales sobre los que se afirma la tradición democrática populista, que ha marcado con su impronta a buena parte de América Latina. El populismo, sosteníamos anteriormente, está indisolublemente ligado a la idea misma de democracia, expresando un modo particular de concebir a la misma. El populismo es una de las múltiples formas específicas que la democracia puede adoptar en las sociedades modernas y en el caso latinoamericano expresa uno de los rasgos característicos que asumió el patrón modernizante en el continente (Peruzzotti, 1999). El populismo se refiere a un fenómeno específico de la modernidad latinoamericana y por lo tanto es erróneo pensarlo como un fenómeno político de sociedades en transición (Germani, 1979).

El populismo señala una vertiente fundamental de la tradición democrática de la región. Dicha tradición desarrolló su identidad política en gran parte a través de la oposición a los regímenes democrático-liberales que precedieron a la experiencia de democratización populista. En este aspecto, la identidad populista se construye en relación y contraposición a la versión de democracia que imperaba en el denominado orden oligárquico. En la región, liberalismo y democracia han estado históricamente imbricados en una relación tensa y conflictiva, lo cual establece un rasgo distintivo de la evolución política del continente frente a otras áreas geográficas. La genealogía del conflicto entre liberalismo y democracia puede rastrearse a los comienzos mismos de la modernidad política latinoamericana. Es que en América Latina, a diferencia de otras regiones, la democracia se constituyó en un problema de la propia génesis del orden políti-

² Para Schmitt, sosteníamos anteriormente, poco importa cómo se forje ese proceso de identificación y por lo tanto la mera aclamación alcanza para investir a un líder como representante del pueblo. De hecho, la aclamación o incluso la tácita aprobación son tan buenos o mejores que el método estadístico de contar votos (Urbinati, 1998: 119).

co moderno, observándose en muchos casos la temprana incorporación de instituciones democráticas (Guerra, 2000; Sábato, 1998). Como sostiene Halperín Donghi, la democracia, más que un punto de llegada, representó una referencia insoslayable y por lo tanto un problema constante para las élites políticas y para el constitucionalismo del siglo XIX y de comienzos del siglo XX. La respuesta al desafío democrático fue el establecimiento de un orden institucional que incorporaba formalmente instituciones democráticas, aunque el desempeño de estas últimas se veía distorsionado en la práctica por el fraude electoral o por otros mecanismos de reproducción de la hegemonía política (Botana, 1979; De la Torre, 2000: 35; Sábato, 1998).³

La irrupción del ideal democrático populista debe ser vista, por lo tanto, como un emergente directo de dicha peculiar dialéctica entre liberalismo y democracia.⁴ En cierta manera, los regímenes populistas representan una reacción política a lo que se considera una tergiversación de la institucionalidad democrática por parte del orden conservador u oligárquico. El populismo se presenta como un proyecto democratizador, organizado alrededor de la demanda por elecciones libres y competitivas a fin de permitir la incorporación política de aquellos sectores que la anterior

3 En muchos casos, la dialéctica polarizante que generan los regímenes populistas termina generando regímenes basados en la instrumentalización política de los mecanismos democráticos a fin de evitar el retorno de la coalición populista al poder, retroalimentando de esta manera la dualidad entre institucionalidad democrática representativa y populista, que dio origen al movimiento populista.

4 Es importante tener en cuenta esta dialéctica para comprender los rasgos diferenciales del modelo democrático populista, dado que se construye como identidad política en gran parte en contraposición a la idea de democracia liberal representativa imperante en el llamado orden oligárquico. En realidad, el populismo como idea democrática aparece íntimamente ligado al concepto de democracia representativa. Como señala Paul Taggart, la paradoja del populismo es que a pesar de su hostilidad hacia la democracia representativa, solamente puede surgir de su seno y como reacción a la misma (Taggart, 2000: 3). Que sea importante considerar el contexto histórico en el que emerge no quiere decir que el fenómeno populista deba ser acotado temporalmente a la experiencia de los populismos clásicos. Mas bien, lo que estamos argumentando es que existe la posibilidad de formación de liderazgos populistas bajo determinadas circunstancias políticas; más específicamente, en aquellos contextos en donde la legitimidad de la democracia representativa se encuentra cuestionada (Panizza, 2005: 11). La reaparición de liderazgos populistas en años recientes en Venezuela, Ecuador y Bolivia, sucede precisamente en países que experimentaron una profunda crisis del sistema representativo que llevó a la desintegración del viejo sistema de partidos.

institucionalidad democrático liberal carecían de presencia política.⁵ Su aparición, por tanto, se explica a partir del descrédito que había sufrido en algunos países del continente la democracia liberal. En contraposición a la misma, el populismo elabora sus credenciales democráticas a partir de su demanda por elecciones libres y transparentes (De la Torre, 2000: 58; Peruzzotti, 1997). Como señalaba Juan Domingo Perón luego de triunfar en las elecciones de 1945:

En la arena política... hemos curado la enfermedad que ha afectado a la nación por más de un siglo, y empezamos por eliminar aquello que le dio a la democracia argentina un viso de nulidad: el fraude electoral, fraude que hacía visible a los ojos de cualquier espectador la terrible mentira que realmente era la democracia en la Argentina (Perón, citado por Peruzzotti 1996: 21).

Esto marca una importante diferencia con el modelo schmittiano dado que el discurso populista latinoamericano adopta, en la mayoría de los casos, formas electorales. Las elecciones son consideradas el mecanismo de certificación del éxito de determinado proceso de identificación.⁶ Si para Schmitt no importaba el método por el cual se expresaba la voluntad popular—fuera a través de la aclamación, la mera aceptación pasiva o por elección—, en el populismo latinoamericano esta última es considerada el medio legítimo para establecer dicha conexión entre gobernantes y gobernados.⁷

La opción por las elecciones, sin embargo, tiene lugar en un marco interpretativo que hace que las mismas sean vistas de manera muy diferente a, por ejemplo, la manera en que se interpreta su papel en las formas representativas de democracia. Si, como sostiene Schmitt, las elecciones “...pueden servir al principio de representación así como al principio de

5 En esto reside la ambigüedad del fenómeno en América Latina, pues a pesar de sus rasgos y prácticas autoritarias supone una forma particular de incorporación política y simbólica de sectores populares a la vida democrática (De la Torre, 2000: 26, 141; Panizza, 2005: 13).

6 Esto por supuesto no implica que reniegue de otros mecanismos de identificación, por ejemplo, la aclamación; pero estos se desarrollan como complemento, no como alternativa, a la ratificación electoral.

7 Este contexto histórico específico de emergencia de regímenes populistas en algunos países de la región sirve también para diferenciar a estos últimos de las llamadas “democracias delegativas” (O'Donnell, 1994). Me detendré en esta distinción en la sección 3.

identificación” (citado por Manin, 1997: 150), bajo la democracia populista las elecciones aparecen como un momento crucial del proceso de identificación política. Las elecciones proveen el canal de comunicación por excelencia entre el ejecutivo y el electorado. A diferencia del papel que le atribuía Schmitt al proceso electoral bajo el parlamentarismo —la generación de una clase representativa política “artificial” cuyo lugar institucional era el parlamento—, en el modelo presidencialista del populismo las elecciones sirven para confirmar empíricamente que se ha establecido exitosamente un vínculo plebiscitario. Dicho vínculo se establece, en muchas ocasiones, de espaldas a las instituciones de mediación política. El parlamento, los partidos políticos, la esfera pública y cualquier otra forma de política mediada, no solamente no cumplen un papel en dicho proceso de formación de una voluntad política sino que son considerados potenciales obstáculos que pueden interferir en el proceso de establecimiento de formas de conexión no mediadas entre liderazgo político y pueblo. La opción populista por una forma directa de democracia se traduce entonces en un constante intento de restringir la autonomía institucional y política de cualquier instancia de mediación que desafíe o cuestione al vínculo plebiscitario sobre el cual se organiza el régimen democrático. Frente al proceso constitucional de agregación y mediación de intereses divergentes y heterogéneos, el populismo contrapone la simplicidad del vínculo directo de comunicación entre líder y pueblo. En palabras de Perón:

Hoy no se puede admitir o tolerar la anárquica conducción de las partes dado que es posible lograr una conducción centralizada a través de métodos novedosos. Así es como hemos prevalecido sobre nuestros adversarios, quienes se aferraron a las viejas formas de comités partidarios y estructuras de mediación. Nosotros en cambio tomamos la radio y dijimos qué es lo que había que hacer. Y así lo hicimos (Perón, 1951: 41).

El concepto de “pueblo” es la piedra angular del ideal democrático populista. Como sostiene Guillermo O’Donnell, en buena parte de la región las identidades de mayoría se forjaron más como pueblo que como ciudadanía (O’Donnell, 1982: 24). La idea de pueblo se encuentra en las antípodas de conceptos como sociedad civil o ciudadanía. Estos conceptos son considerados parte del ideario político liberal, o sea, del engrana-

je ideológico-institucional que ha permitido la exclusión simbólica y política de los sectores populares. El populismo, en cambio, apela a la noción de pueblo a fin de activar al mismo como sujeto político. Pero ¿qué se entiende por pueblo? Juan Domingo Perón define al pueblo como una “masa organizada” (Perón, 1951: 226, 243). En su opinión, el proceso de transformación de una masa amorfa en pueblo es el producto de la acción de liderazgo político. En esta visión, el líder aparece como el elemento central para la formación de la voluntad política de la masa. Según Perón, sólo un liderazgo iluminado puede convertir una masa inorgánica en una masa organizada. En contraste con la idea de autoconstitución pluralista de los sujetos políticos que se encuentra detrás de nociones como la de sociedad civil o ciudadanía, el proceso de formación del sujeto populista es concebido como un acto de identificación que se genera desde arriba.⁸ Es el líder quien da expresión y entidad a la masa, rescatándola del lugar marginal que cumplía en el anterior orden político y poniéndola como eje central del nuevo régimen.

El proceso de construcción de la voluntad popular no se canaliza necesariamente a través del entramado institucional representativo. La esfera pública, el parlamento, el sistema de partidos dejan de ser concebidos como engranajes cruciales para la generación de representación política, y son en cambio percibidos como una presencia molesta que obstaculiza la comunicación entre líder y pueblo. El proceso de formación de la voluntad popular no refiere entonces a un complejo proceso de mediación constitucional de intereses y opiniones sociales antagónicas sino que depende fundamentalmente de las habilidades personales de conducción del líder; más específicamente, de su capacidad de iniciar un proceso de movilización de los sectores populares desde arriba (Roberts, 2007: 6).⁹

8 Esta noción es funcional a la promesa populista de establecer una forma más simple y no mediada de democracia, en la cual el sujeto democrático se presenta como único e indiferenciado.

9 La eliminación de la política mediada no quiere decir que el populismo no introduzca y refuerce ciertas estructuras organizativas como partidos y sindicatos. Sin embargo, estas estructuras no cumplen un papel de mediación, es decir, no se insertan en un complejo horizontal de mediaciones representativas más amplio, sino que se relacionan vertical y subordinadamente con el liderazgo ejecutivo. Estas estructuras organizativas, sin embargo, pueden sobrevivir y actuar como importantes mediaciones políticas en el período posterior a la etapa populista.

Obviamente dicha preferencia por formas directas de democracia implica una reorientación del eje del sistema democrático del poder legislativo al ejecutivo. Es la presidencia el poder institucional que expresa de manera más cabal la voluntad democrática del pueblo. El ejecutivo indica el sitio institucional donde se aloja el principio democrático, mientras que los restantes poderes legislativo y judicial son vistos como eventuales límites contramayoritarios a la voluntad popular. A fin de preservar su sustancia democrática, el poder ejecutivo debe cultivar formas de comunicación directa con el pueblo. Las elecciones, los medios de comunicación masiva y las movilizaciones pasan a ser los canales privilegiados de comunicación entre ejecutivo y pueblo, y juegan un papel primordial en los regímenes populistas.

Las movilizaciones y actos masivos de aclamación del líder son un componente esencial de la relación representativa populista pues sirven para confirmar de manera tangible la particular relación que une al líder con la masa. La movilización del 17 de octubre de 1945, por ejemplo, se convirtió en un evento simbólico fundamental del peronismo que fue recreado anualmente como acto de renovación de la fe y apoyo de la clase obrera en Perón (Plotkin, 1993).¹⁰ Los medios masivos de comunicación aparecen como otra pieza central de la maquinaria política pues proveen un efectivo canal de comunicación entre el líder y el pueblo (Hausen, 2005; 1997). Como señalaba Perón en la anterior cita, nuevas tecnologías de comunicación han hecho posible establecer un vínculo directo y no mediado entre líder y pueblo.

Las elecciones son el tercer canal de comunicación entre líder y pueblo y ocupan un papel central en el imaginario populista. La legitimidad del populismo en América Latina, sosteníamos anteriormente, se encuentra íntimamente vinculada al éxito electoral. Los gobiernos populistas en la región siempre se mostraron muy orgullosos no solo por el hecho de ganar elecciones, sino por hacerlo en condiciones relativamente aceptables de competencia política. En muchos casos, esta opción por las elecciones vino de la mano de significativos procesos de ampliación de la base electoral. La etapa del populismo clásico está asociada generalmente con procesos de in-

10 Para una excelente discusión sobre el significado del 17 de octubre en la identidad política argentina, ver los distintos artículos compilados en Torre, 1995.

corporación política que completan el proceso de democratización fundamental de la sociedad (Collier y Collier, 1991; Germani, 1979). El peronismo, por ejemplo, sancionó una legislación que permitió incorporar al electorado sectores de la población previamente excluidos: la población femenina con la sanción del derecho de la mujer al voto y las poblaciones de los territorios nacionales que carecían hasta ese momento de derecho al sufragio (Little, 1973).¹¹ Bajo el liderazgo de José María Velasco Ibarra, el electorado ecuatoriano se expandió del 3.1 por ciento al 16.83 por ciento de la población. Si bien aún se trataba de un electorado restringido, debido al requisito de leer y escribir que dejaba fuera a gran parte de los sectores populares, el velasquismo se preocupó por incluir simbólicamente a aquellos sectores de la población que no estaban habilitados para votar a través de actos y movilizaciones masivas (De la Torre, 2000: 9).

El acto eleccionario es interpretado en clave decisionista: la elección es vista como la instancia decisiva del contrato representativo, pues representa un pronunciamiento político crucial que no podrá ser sujeto a ningún tipo de desafío o de discusión. Luego de la votación, el electorado debe someterse políticamente al líder. En esta interpretación, la delegación electoral presupone simultáneamente un acto de abdicación política de la ciudadanía, la cual debe aceptar pasivamente el principio de liderazgo político que la elección ha legitimado. La siguiente interpretación por parte de Juan Domingo Perón de su triunfo electoral sirve como ilustración de esta forma de construcción de la voluntad popular frente a un modelo deliberativo de política mediada:

... confrontada nuestra firme e inquebrantable voluntad con la de nuestros oponentes, queda sólo un problema para elucidar: quién tiene razón y quién tiene el derecho de imponer su voluntad. Le hemos dado al pueblo argentino la oportunidad de elegir, en las elecciones más libre y honesta de la historia argentina, entre nosotros y nuestros adversarios. El pueblo nos ha elegido, por lo tanto dicho dilema está solucionado. En la Argentina, se hace lo que nosotros decidimos. (Perón, 1949: 9)

11 El régimen peronista también se preocupó por rediseñar el mapa electoral a fin de fortalecer su posición en aquellos distritos que le habían sido electoralmente adversos, como por ejemplo la ciudad de Buenos Aires (Little, 1973).

Como se sostiene en el discurso, el triunfo electoral confiere el “derecho a imponer” la voluntad mayoritaria. El discurso populista radicaliza la idea de mayoría democrática, entendiendo la elección como un momento decisivo que autoriza la imposición de determinada voluntad sobre el resto de la sociedad. El presidente electo no se percibe a sí mismo como un político ordinario, si no como la encarnación misma del pueblo. Como señalaba Hipólito Irigoyen, al comentar su triunfo electoral, “el pueblo ya no es gobernado, sino que a partir de ahora se gobierna a sí mismo” (Peruzzotti, 1996). El triunfo electoral no es el de una parte de la sociedad, de un partido, sino del pueblo mismo. El populismo se percibe como un movimiento nacional que no puede ser encapsulado en el formato del partido, dado que no representa a una parcialidad del electorado, sino al pueblo mismo (Peruzzotti, 1997: 100-2). La democracia populista defiende, por tanto, el derecho de las mayorías a imponerse políticamente sobre el resto de la sociedad. La decisión electoral preanuncia el inicio de un proceso de homogeneización del escenario político, bajo el cual se pretende acallar cualquier expresión de oposición a la mayoría popular que se ha pronunciado políticamente en las urnas. En esta peculiar interpretación, democracia equivale a homogeneidad, el objetivo último de dicho proceso es la utópica realización de una voluntad unánime:

Nuestra doctrina... es una doctrina patriótica. Por lo tanto, no veo el inconveniente de introducirla en todos lados. Si fuese una mala doctrina, yo sería el primero en desafiarla, pero siendo una doctrina beneficiosa, debemos intentar introducirla en todos los lugares, en cada hombre y mujer, de manera de asegurar el triunfo de una acción colectiva unificada (Perón, 1949: 46).

El populismo se ve a sí mismo como una saludable reacción política orientada a fortalecer el principio democrático mayoritario, embarcándose en una tarea de desmantelamiento del entramado institucional de la democracia representativa que, a sus ojos, encorsetaba constitucionalmente a la voluntad popular, volviéndola impotente. El populismo es hostil a la idea de derechos y de rendición de cuentas, pues dichos instru-

mentos de limitación gubernamental son herramientas que protegen a las minorías, debilitando en cambio a la voluntad popular. Para el populismo, es la mayoría la que está amenazada políticamente por el excesivo celo del gobierno representativo en la defensa y respeto de voces minoritarias, y por lo tanto se hace necesario dismantelar el aparato institucional representativo por medio del cual las minorías mantienen a la mayoría en una situación de impotencia política (Taggart, 2000: 116). Por eso, su énfasis en la necesidad de imponer la voluntad mayoritaria por sobre las minorías políticas aún cuando esto requiera violar la institucionalidad preexistente.

La imposición de la voluntad mayoritaria sobre el resto de la sociedad generalmente acarrea un proceso de homogeneización del escenario político. La democracia populista se convierte, tomando la frase de Alain Touraine, en “el reinado del pueblo” (Touraine, 1989). En este sentido, existe una constante preocupación por reducir la heterogeneidad de la sociedad política, de manera de generar una voluntad común homogénea. Dicho proceso de homogeneización política supone la eliminación de todo aquello que interfiera o conspire contra la efectiva realización de una voluntad política popular concebida en términos monolíticos. Estas acciones homogeneizantes se desplegarán simultáneamente en las principales arenas de mediación entre ciudadanía y sistema político. Tomando nuevamente al peronismo como ejemplo, se observa durante las dos primeras administraciones de Perón el despliegue de acciones homogeneizantes en las tres intersecciones principales de mediación entre Estado y sociedad: la arena de representación de intereses sociales, el complejo parlamentario-partidario y la esfera pública. En primer lugar, el peronismo busca activar al movimiento obrero, pero subordinándolo a la tutela estatal, para lo cual establece un sistema de corporativismo estatal que le permite ejercer un efectivo control político. Para los gremios más combativos, generalmente socialistas y comunistas, el régimen aplicó una política de reemplazo a través de la formación de organizaciones sindicales alternativas, a las que el Estado no sólo otorgaba la personería jurídica, sino también amplios beneficios con el objetivo de lograr el traspaso de afiliados (Torre, 2006a; 2006b: 237). El poder que tenía el gobierno de determinar la legalidad o la ilegalidad de una huelga ponía a los sindicatos crí-

ticos u opositores en desventaja y abrió la puerta para una intervención en los mismos por parte del Estado. Hacia 1954, la mayoría de los principales sindicatos argentinos habían pasado por un período de intervención (Collier y Collier, 1991: 342).

En segundo lugar, el intento de establecer un nuevo tipo de representación política fue llevado a cabo bajo formas de auto-entendimiento *movimentista*, que harán imposible la consolidación de un sistema de partidos ampliado y llevarán a la sobre-politización y fragmentación de la sociedad argentina. Perón modificó la composición de la corte suprema, de manera que pudiera alinearla políticamente con su administración, estableciendo una “constitución justicialista”, y cercena las reducidas voces opositoras en el poder legislativo (Ciria, 1983: 88-89, 94-97), el cual queda fundamentalmente reducido a un papel de receptor de los decretos del poder ejecutivo (Ciria, 1983: 103; López, 1961: 113-114).

Por último, el peronismo busca ejercer la tutela política sobre la sociedad civil a través del establecimiento de una esfera pública manipulada. El gobierno peronista apuntó a debilitar las bases de una esfera pública independiente mediante el uso estatal de nuevos medios masivos de comunicación y del ataque a los medios y grupos sociales opositores. La propiedad de las emisoras radiales se nacionaliza en 1947, alegando “elementales razones de defensa nacional y concepción espiritual”. A su vez, en 1951 se crea el primer y único canal oficial de televisión. Los procesos a periodistas y medios por desacato, calumnias, injurias, instigación al delito, etc., estaban a la orden del día. Otra forma común de presión era el envío constante de múltiples inspecciones, que llevaron a la clausura de diversos periódicos y semanarios. A dichas acciones se sumaron las inspecciones legislativas a cargo de la comisión del diputado Visca, que resultó en el cierre y clausura de numerosas publicaciones. El manejo discrecional por parte del gobierno de la distribución de papel prensa fue otro mecanismo efectivo de control y censura estatal. Por último, el órgano opositor más radical, el periódico *La Prensa*, fue expropiado por el gobierno y su dirección transferida a la Confederación General del Trabajo (Sirven, 1984).

Democracia minimalista, delegativa, populista y representativa

El populismo representa una forma particular de entender la democracia que en gran parte se forja como ideal, en contraposición a la idea de política mediada de la democracia representativa. En el caso de Schmitt, el rechazo a los principios de la democracia representativa está basado en su particular concepto de lo político, que reniega de la naturaleza negociada y deliberativa por medio de la cual se construye la voluntad popular bajo la institucionalidad representativa. El populismo comulga con la idea schmittiana de la política como guerra, pero también representa una reacción a las limitaciones del orden liberal oligárquico que le sirve de espejo y frente al cual desarrolla su propia imagen de la democracia. En esta dialéctica, el populismo termina estableciendo una contraposición tan drástica como la que estableció Schmitt entre democracia y liberalismo, sin percatarse de que ciertos componentes liberales no pueden ser totalmente erradicados del orden político sin que la democracia misma se vea en riesgo de ser eliminada.¹² El problema con los modelos de democracia propuestos por Schmitt y el populismo es que suprimen la tensión que inevitablemente existe entre la lógica liberal y la democrática a través del debilitamiento de la institucionalidad representativa liberal, sin considerar que la misma es indispensable para el correcto funcionamiento de la democracia. El liberalismo facilita el funcionamiento de las democracias contemporáneas porque proveen el cimiento sobre el cual se establece el edificio institucional de las mismas, e impone simultáneamente límites a la voluntad popular (Beetham, 2007: 291). Si bien se puede pensar en democratizar el orden actual, este proceso no puede estar fundado en la supresión unilateral de todos los componentes liberales del orden institucional sin evitar que, independientemente de las intenciones que lo guíen, dicho proceso degenera en autoritarismo electoral.

12 De por sí, esto no representaba un problema para Schmitt, quien abiertamente consideraba la dictadura como una forma legítima de construcción de identidad; pero sí se trata de un problema para el discurso populista latinoamericano, el cual no solamente se presenta como democrático sino también como democratizante, es decir, como un proyecto que profundiza la idea de democracia.

¿Cuáles son los componentes del orden liberal que es necesario preservar para asegurar la supervivencia de la representación democrática? Aquellos que permitieron la limitación y constitucionalización del poder estatal, y que aseguran la autonomía política de la ciudadanía: los derechos fundamentales, el principio de separación de poderes, la existencia de mediaciones representativas como el parlamento y el espacio público, y la separación entre público y privado (Beetham, 2007: 291-2). Dichas instituciones, si bien fueron establecidas antes del proceso de democratización fundamental de las sociedades contemporáneas, sirven como garantías que evitan que la democracia como método de gobierno se convierta —como sucede bajo el populismo—, en la simple decisión de un gobierno electo sobre lo que arbitrariamente supone que el pueblo quiere o necesita. Porque estas instituciones permiten el control ciudadano sobre el proceso de toma de decisiones públicas en un horizonte temporal más amplio (Beetham, 2007: 293).

¿Cuáles son los componentes de la democracia liberal que deben ser cuestionados? Aquellos que limitaron históricamente el control popular del gobierno a través de una definición de la idea de gobierno representativo, que lejos de fomentar la participación y el control ciudadano, buscan aislar el proceso de tomas de decisiones políticas de la influencia ciudadana. Este ha sido el caso del modelo minimalista de democracia —y de su variante local, la democracia delegativa—, que percibe la representación como una actividad fundamentalmente a cargo de las élites políticas. El papel de la ciudadanía en el modelo minimalista se restringe a elegir entre élites que compiten electoralmente por posiciones de liderazgo político. Si bien existen diversas variantes dentro de dicho modelo, que suponen distintas gradaciones de rendición de cuentas, ninguna va más allá del reconocimiento de la necesidad de mecanismos de rendición de cuentas horizontales y verticales electorales. En definitiva, dicho modelo supone una concepción muy restringida de la noción de *accountability* política (Peruzzotti, 2006).

En América Latina, la noción de “democracia delegativa” acuñada por Guillermo O’Donnell busca delimitar un modelo distintivo de democracia que supone un grado de rendición de cuentas aún menor del que están dispuestos a aceptar las variantes más recientes del minimalismo democrático. La rendición de cuentas en la democracia delegativa se reduce

fundamentalmente a la dimensión electoral vertical. Como señala Guillermo O’Donnell, la democracia delegativa se caracteriza por la debilidad o inexistencia de mecanismos de rendición de cuentas horizontales (O’Donnell, 1994: 61). Dado que la noción de representación está íntimamente ligada a la posibilidad de ejercer rendición de cuentas, O’Donnell distingue estos regímenes delegativos de las formas que asume la representación en el minimalismo democrático —en los cuales existe un grado mínimo de *accountability* horizontal—. Las democracias delegativas suponen una forma degradada o no institucionalizada de poliarquía, que se traduce en un déficit del componente liberal de la ciudadanía. Bajo esta forma de democracia, los ciudadanos pueden votar libremente en elecciones justas y transparentes pero, simultáneamente, encuentran sus derechos cívicos repetidamente violados por el comportamiento autoritario y discrecional de ciertos agentes públicos (O’Donnell, 1993: 1361).

La democracia delegativa presenta algunas afinidades con el concepto populista de democracia. De hecho comparte algunas características importantes, como el personalismo y la centralidad del vínculo plebiscitario. Existen, por tanto, ciertos rasgos comunes en la cultura política de ambas variantes democráticas. Es precisamente en aquellos países en los que las anteriores olas democratizantes asumieron una forma populista donde se establece la forma delegativa de democracia (Peruzzotti, 2003). O’Donnell, sin embargo, distingue a los regímenes delegativos de los populistas. En su opinión, un aspecto diferenciador es que el populismo clásico estuvo ligado a un proyecto de incorporación política y social de sectores previamente excluidos, rasgo que no necesariamente comparten las actuales democracias delegativas.¹³ El “buen” funcionamiento de la democracia delegativa se encuentra más bien ligado —como en la variante minimalista— a la presencia de un importante grado de apatía política en la ciudadanía (O’Donnell, 1993: 1367).

13 En realidad, no es que las democracias delegativas no supongan un avance democratizante. Lo que está ausente en este caso con respecto al populismo clásico es un rasgo que le daba importante fuerza al plebiscitarismo presidencial: la presencia de una “masa disponible”, que había sido silenciada o relegada políticamente por mecanismos fraudulentos en el período institucional precedente. Dada la naturaleza represiva de los regímenes burocrático-autoritarios y su radical supresión de todo tipo de mediación política, el retorno a la democracia es percibido como un logro colectivo por parte de la población.

Otra importante diferencia entre democracia delegativa y populista es el contexto histórico en el cual surge cada una de estas expresiones de la democracia, el cual conlleva formas muy distintas de evaluación y apreciación ciudadana de la democracia liberal representativa. En contraste con el populismo clásico –que, como se argumentó antes, aparece como una reacción a un orden representativo osificado o distorsionado–, las democracias delegativas son el producto de una transición desde el autoritarismo militar. La naturaleza que las dictaduras militares asumieron en la región hace que –a diferencia del contexto particular que dio origen al populismo–, las elecciones libres no sean el foco exclusivo de la preocupación ciudadana. Obviamente, la posibilidad de elegir democráticamente a las autoridades en elecciones libres y regulares es vista como un logro fundamental por sociedades que han sufrido la inestabilidad política y el autoritarismo militar. Sin embargo, las demandas ciudadanas no se agotan en dicho reclamo, sino que surge de manera simultánea una fuerte demanda social por derechos y constitucionalismo a raíz de la traumática experiencia de terrorismo de Estado. En este contexto, el llamado a elecciones libres y transparentes, si bien crucial, es insuficiente. La aparición de un movimiento de derechos humanos demandando garantías constitucionales y la limitación del poder estatal representa una importante novedad política, que pone en tela de juicio no solamente al autoritarismo militar sino también a ciertos rasgos de la tradición democrática de la región (Peruzzotti, 2002). En este aspecto, las democracias delegativas pueden compartir algunos rasgos o estilos con el populismo, pero se desarrollan en otro ambiente cultural y social que les impone limitaciones –aunque sean informales– a los eventuales arrebatos discrecionales por parte del ejecutivo. La aparición de una política de derechos y de *accountability social* señala formas de politización cívica novedosas que buscan encarrilar el proceso democrático bajo los rieles de una institucionalidad democrático-representativa (Peruzzotti, 2002; Peruzzotti y Smulovitz, 2003). No es casualidad que los países en los que reaparecen versiones de populismo radical (Ecuador, Venezuela) son precisamente aquellos que no experimentaron la etapa de autoritarismo militar de nuevo cuño. En estos últimos casos, como en el pasado, el populismo radical aparece como consecuencia de la crisis de representación de un modelo de democra-

cia liberal representativa (McCoy y Myers, 2006). El modelo chavista, por ejemplo, defiende sus credenciales democráticas, como en otras experiencias clásicas de populismo, a partir de contraponer un modelo plebiscitario de democracia, que se apoya fuertemente en el vínculo electoral que construyó Hugo Chávez con los sectores populares, frente a lo que considera constituía una fachada partidocrática que impedía al pueblo venezolano expresarse políticamente.

Pero esto no quiere decir que el populismo esté totalmente desterrado del horizonte político en el resto del continente. Las limitaciones de la forma delegativa de democracia puede alimentar el desencanto ciudadano con las instituciones representativas existentes y llevar a una crisis de representación que cree el escenario adecuado para una salida populista. El destino del populismo en la región dependerá de la capacidad de las presentes democracias de establecer instituciones políticas que sean vistas como incluyentes, legítimas y representativas por la mayoría de la población. Esto demanda una tarea de profundización democrática que se traduzca en una transición del actual delegativismo hacia una forma representativa de democracia que, a diferencia del modelo minimalista, no solo establezca mecanismos efectivos de rendición de cuentas horizontales, sino también defina un amplio campo de política mediada a fin de mejorar la receptividad del sistema político a las demandas y preocupaciones ciudadanas.

La profundización de la democracia, por tanto, implica la introducción de un concepto más fuerte de rendición de cuentas, que no se limite solamente a una combinación de *accountability* horizontal y electoral (como en el modelo minimalista) o simplemente a la *accountability* electoral (como en el delegativo), sino que además incluya la noción de *accountability* ciudadana. Sin negar o subestimar la importancia de los mecanismos horizontales y electorales de rendición de cuentas, así como las diversas iniciativas de *accountability* social que se desarrollan en la región a fin de promover la agenda de fortalecimiento de las agencias horizontales de control, es necesario avanzar en la construcción de un campo de política mediada que permita fortalecer los canales de comunicación entre ciudadanía e instituciones representativas. La política de *accountability* social, aunque relevante y novedosa, es insuficiente si pretendemos

una transición no solamente de la democracia delegativa a una minimalista, sino también el establecimiento de un modelo fuerte de democracia representativa. Esto implica desarrollar iniciativas orientadas a fortalecer la dimensión política del concepto de *accountability*, de manera que se cree una alternativa progresista frente a las propuestas populistas de salida a las crisis de representación o al inadecuado desempeño de las instituciones representativas. La reconstitución plebiscitaria de vínculo político solo puede proveer un enmiendo temporal e insuficiente a las deficiencias de la institucionalidad representativa. Esta última respuesta, lejos de mejorar la receptividad del sistema democrático a las demandas ciudadanas, termina profundizando en el largo plazo el déficit de *accountability*. Lo que está ausente en los modelos populistas, minimalistas y delegativos de democracia es lo que considero constituye el elemento crucial para el buen desempeño de la representación política: la existencia de una compleja trama de mediaciones formales e informales que permita procesar la pluralidad y diversidad de voces que caracterizan a las sociedades contemporáneas.

La representación democrática como política mediada

Las limitaciones de los modelos de democracia hegemónicos en la región obligan a reformular la idea misma de representación democrática. En esta última sección presentaré un argumento acerca de la necesidad de pensar la democracia representativa como el modelo de democracia que permite establecer una mayor receptividad del sistema político a las demandas y preocupaciones ciudadanas. Para que esto ocurra, es necesario el desarrollo de un amplio campo de política mediada con el objetivo de rellenar los vacíos de *accountability* que aquejan a los otros modelos de democracia. En este sentido, argumentaré que lo que distingue y da valor a la democracia representativa sobre otras formas de democracia es que permite y asegura la existencia de un vital y extendido campo de política mediada. Esto último implica romper con los modelos meramente electorales de la representación (en cualquiera de sus variantes). Pero esto no significa desvalorizar de las elecciones, pues son un mecanismo importan-

tísimo de comunicación entre la ciudadanía y sus representantes y el logro de elecciones regulares y libres representa un avance histórico fundamental para una región marcada por el autoritarismo y la inestabilidad institucional como lo fue América Latina. Sin embargo, argumentaré, las elecciones no son el rasgo distintivo de la democracia representativa, ya que las mismas pueden convivir con distintos modelos de democracia (minimalista, populista, delegativa, representativa). Precisamente, lo que distingue a la democracia representativa de otras formas de democracia es “el carácter y extensión de su política mediada” (Urbinati, 2002: 71). El concepto de “política mediada” nos obliga a pensar la representación democrática como una institución compleja que involucra distintos niveles de acción política durante los intervalos electorales, y que por lo tanto se prolonga más allá del momento electoral, extendiéndose a lo largo del período de un gobierno. En dicho intervalo se sucede una multiplicidad de iniciativas, por medio de las cuales diversos grupos, organizaciones y públicos buscan influenciar el proceso de toma de decisiones políticas. El rasgo distintivo de la democracia representativa es el establecimiento de un marco institucional, político y cultural que hace posible un rico y activo campo de política mediada en el cual se desarrollan múltiples y variadas formas de comunicación entre representantes y representado.

La política representativa es por lo tanto inherentemente compleja, y cualquier intento de reducir su complejidad a través del establecimiento de un vínculo único y personalizado conspira contra el propio dinamismo de la vida democrática. La idea de política mediada rompe con la visión individualista de la representación en tanto vínculo que se construye entre un principal (el votante individual) y un agente (el representante), o entre el líder y pueblo –pensado este último como un actor único y homogéneo–. La noción de mediaciones políticas subraya en cambio la dimensión asociativa y plural de los procesos políticos democráticos. La tarea de representación democrática no puede ser reducida a un momento específico de agregación electoral de voluntades individuales o a un proceso de identificación de un colectivo con un líder, sino que involucra una variedad significativa de instituciones, organizaciones, arenas e iniciativas. La noción de gobierno representativo se refiere a un proceso público e institucionalizado y por lo tanto no puede comprenderse como una

mera relación entre dos agentes (Pitkin, 1967: 219). La representación política, como argumenta Pitkin, supone el funcionamiento de una maquinaria institucional compleja orientada a establecer una situación de receptividad por parte del sistema político a las demandas e inquietudes de la ciudadanía (Pitkin, 1967: 233). A medida que se expande la democracia y se incorporan nuevos sectores a la vida pública, dicha maquinaria crece en complejidad y densidad. La profundización de la democracia, por lo tanto, no puede ser comprendida como un proceso homogeneizante orientado a establecer un escenario más simple organizado alrededor de una relación personalizada que suplanta la política indirecta. Por el contrario, la ampliación de la representatividad del sistema inevitablemente incrementará la complejidad del sistema de mediaciones a fin de reflejar la creciente heterogeneidad social.

Frente a las carencias democráticas de los regímenes liberales precedentes, los movimientos populistas intentan establecer una forma de vínculo democrático más simple y directa: a las limitaciones del sistema de mediaciones del liberalismo oligárquico, el populismo hace entrar a las masas de la mano del plebiscitarismo. En vez de subsanar el déficit democrático expandiendo, fortaleciendo, y complejizando el sistema de mediaciones políticas, el populismo ataca la idea misma de mediación. Las carencias que presenta la variante delegativa del minimalismo democrático en la región pueden terminar reabriendo la puerta al discurso redentor del populismo. Este llamado a una política más simple y no mediada podrá reconstruir de manera temporal los lazos políticos; pero en el largo plazo, indefectiblemente terminará profundizando el déficit de *accountability*. Las dinámicas de inclusión democrática tienden a expandir la complejidad institucional de la democracia, no a reducirla (Plotke, 1997: 24). En este sentido, la crítica a la idea de representación en nombre de una política directa más simple y democrática, lejos de llevar a una situación de mayor democratización, elimina las condiciones que hacen posible la representación democrática.

La solución a la crisis de representación, por tanto, es el establecimiento de un sistema de mediaciones lo suficientemente complejo con el fin de permitir la expresión de la mayor cantidad de voces posibles –y no la eliminación o degradación plebiscitaria de dichas mediaciones–. Si bien

el populismo puede seducir –capitalizando en la frustración ciudadana contra un orden político marcado por un fuerte déficit democrático o por prácticas que instrumentalizan y tergiversan la institucionalidad representativa– con su propuesta de un orden más simple que permita recrear democracia auténtica, sus acciones sólo llevarán a ahondar el déficit de mediaciones, demorando aún más la ya dilatada empresa de construcción de representación democrática en el continente.

Referencias

- Beetham, David (2007). “Liberal Democracy and the Limits of Democratization”, en *Democracy. Critical Concepts in Political Science*, Michael Saward, ed., Londres y Nueva York: Routledge.
- Botana, Natalio (1979). *El orden conservador*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Canovan, Margaret (1999). “Trust the People! Populism and the Two Faces of Democracy”, en *Political Studies*, N. 47.
- Ciria, Alberto (1983). *Política y Cultura Popular: la Argentina Peronista, 1945-55*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor.
- Collier, David y Ruth B. Collier (1991). *Shaping the Political Arena. Critical Junctures, the Labor Movement, and Regime Dynamics in Latin America*. Princeton: Princeton University Press.
- De la Torre, Carlos (2000). *Populist Seduction in Latin America. The Ecuadorian Experience*. Ohio: Ohio University Press.
- _____ (2007). “The resurgence of radical populism in Latin America”, en *Constellations*. Vol. 14, N. 3.
- Donghi, Tulio Halperín (1987). “Liberalismo argentino y mexicano. Dos destinos divergentes”, en T. H. Donghi, *El Espejo de la Historia. Problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Germani, Gino (1979). *Política y Sociedad en una Época de Transición*. Buenos Aires: Paidós.
- Guerra, François-Xavier (2000). *Modernidad e Independencias. Ensayo sobre las revoluciones hispánicas*. México, Fondo de Cultura Económica.

- Haussen, Doris Fagundes (2005). "Radio and Populism in Brazil. The 1930s and 1940s", en *Television and New Media*. Vol. 6, N. 3.
- Kelly, Duncan (1984). "Carl Schmitt's Political Theory of Representation", en *Journal of the History of Ideas*. Vol. 65, N. 1.
- Little, Walter (1973). "Electoral Aspects of Peronism, 1946-1954", en *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*. Vol. 15, N. 3: 267-284.
- López, Mario Justo (1961). "Poder Legislativo", en Jorge Paita, ed., *Argentina 1930-1960*. Buenos Aires: Sur.
- Manin, Bernard (1997). *Principles of Representative Government*. Cambridge: Cambridge University Press.
- McCoy, Jennifer y David J. Myers (2006). *The unravelling of representative democracy in Venezuela*. Baltimore, John Hopkins University Press.
- O'Donnell, Guillermo (1982). *El Estado Burocrático-Autoritario. Triunfos, derrotas y crisis*. Buenos Aires: Editorial de Belgrano.
- _____ (1993). "On the State, Democratization and Some Conceptual Problems: A Latin American View with Glances at Some Postcommunist Countries", en *World Development*, Vol. 21, N. 8.
- _____ (1994). "Delegative Democracy", en *Journal of Democracy*, Vol. 5, N. 1.
- Perón, Juan Domingo (1949). "Discurso del 25 de julio de 1949". Buenos Aires, s.d.
- _____ (1951). *Conducción Política*, Buenos Aires: Escuela Superior Peronista.
- Peruzzotti, Enrique (1997). "Civil Society and the Modern Constitutional Complex. The Argentine Experience", en *Constellations*. Vol. 4, N. 1.
- _____ (1999). "Modernization and Juridification in Latin America: A Reassessment of the Latin American Developmental Path", en *Thesis Eleven*. Vol. 58, N. 1.
- _____ (2000). "Towards a New Politics: Citizenship and Rights in Contemporary Argentina", en *Citizenship Studies*. 6, N. 1.
- _____ (2006). "Two Approaches to Representation", *Working Paper*, Departamento de Sociología, Pontificia Universidad Católica del Perú.

- Peruzzotti, Enrique y Catalina Smulovitz, eds. (2002). *Controlando a la Política. Ciudadanos y Medios en las Nuevas Democracias Latinoamericanas*. Buenos Aires: Temas.
- Pitkin, Hanna F. (1967). *The Concept of Representation*. Berkeley: University of California Press.
- Plotke, David (1997) "Representation is Democracy," *Constellations. An International Journal of Critical and Democratic Theory*, Vol. 4, N. 1.
- Przeworski, Adam, Susan C. Stokes y Bernard Manin, eds. (1999). *Democracy, Accountability, and Representation*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Roberts, Kenneth (2007). "Latin America's Populist Revival", en *SAIS Review*, Vol. XXVII, N. 1.
- Sábato, Hilda (1998). *La política en las calles. Entre el voto y la movilización: Buenos Aires, 1862-1880*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Scheuerman, William E. (1999). *Carl Schmitt. The End of Law*. Oxford: Rowman and Littlefield.
- Schmitt, Carl (1982). *Teoría de la Constitución*. Madrid: Alianza.
- _____ (1988). *The Crisis of Parliamentary Democracy*. Cambridge-Massachusetts: The MIT Press.
- Schumpeter, Joseph (1950). *Capitalism, Socialism, and Democracy*. New York: Harper and Brothers.
- Sirven, Pablo (1984). *Perón y los Medios de Comunicación (1943-1955)*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Taggart, Paul (2000). *Populism*. Buckingham: Open University Press.
- Torre, Juan Carlos (1995). *El 17 de octubre de 1945*. Buenos Aires: Ariel.
- Touraine, Alain (1989). *América Latina. Política y Sociedad*, Madrid: Espasa Calpe.
- _____ (2006a). *La Vieja Guardia Sindical y Perón. Sobre los Orígenes del Peronismo*. Buenos Aires: Eduntref.
- _____ (2006b). "Interpretando (una vez más) los orígenes del peronismo", en Juan Carlos Torre, *La Vieja Guardia Sindical y Perón. Sobre los Orígenes del Peronismo*. Buenos Aires: Eduntref.
- Urbinati, Nadia (1998). "Democracy and Populism", en *Constellations*. Vol. 5, N. 1.

(2002) *Mill on Democracy. From the Athenian Polis to Representative Government*. Chicago y Londres: The University of Chicago Press.

Weber, Max (1978). "Parliament and Government in Reconstructed Germany", en *Economy and Society. An Outline of Interpretative Sociology*, Berkeley: California University Press.

La organización populista. Los Círculos Bolivarianos en Venezuela

Kirk Hawkins*

Por y para la patria, y con el Presidente Chávez
Lema de los Círculos Bolivarianos

Esta investigación parte de la definición discursiva sobre el populismo, empleada por varios de los autores incluidos en este volumen, con la intención de identificar una de sus consecuencias más importantes: la organización política. Si se define el populismo en términos mínimos como un discurso que, aún siendo democrático, postula una visión maniquea del mundo —que identifica el bien con una voluntad popular hegemónica y el mal con una élite conspiradora—, entonces: ¿tiene el discurso populista consecuencias específicas en el modo en que estos grupos se organizan?

A continuación, se argumentará a favor de esta posición, intentando explicar cómo en el discurso populista se presentan por lo menos cuatro atributos organizativos principales: débil institucionalización, estructura de movimiento, tácticas de "todo vale" e insularidad dentro de la sociedad civil. Muchos de estos atributos se mencionan en investigaciones recientes que emplean una definición institucional para el populismo (Weyland, 2001; Roberts, 2006); sin embargo, tal definición no explica cómo el discurso conduce hacia estas decisiones organizativas. El propó-

* Brigham Young University. Agradezco a mi antiguo co-autor, David Hansen, quien contribuyó con comentarios a una versión previa de este texto. Sin embargo, las conclusiones finales son de mi responsabilidad. E-mail: kirk.hawkins@byu.edu. Traducido por Juan Guijarro.

sito de esta investigación no es sólo demostrar cómo tales prácticas se manifiestan en un movimiento populista actual, sino también cómo se *derivan* a partir del discurso de ese movimiento y su habitual liderazgo carismático.

El conjunto de organizaciones investigadas, los Círculos Bolivarianos, son una vasta red de asociaciones voluntarias que constituyen el mayor componente organizativo del movimiento populista que respalda a Hugo Chávez en Venezuela durante sus primeros años en el poder, involucrando en la cima de su actividad a casi 2.2 millones de personas. Los Círculos juegan un rol clave en la manifestación contra la destitución temporal de Chávez en abril del 2002, y también participan en la organización de comunidades, el acceso a programas gubernamentales de lucha contra la pobreza y en la campaña por el referéndum presidencial en el 2004. Sin embargo, luego de ese año, los Círculos declinan su actividad y son reemplazados poco a poco por otras iniciativas del gobierno. Durante los dos meses anteriores al referéndum, junto con mi colega Hansen, realizamos la presente investigación: mediante datos de encuestas y una serie de entrevistas con los líderes principales, se demuestra cómo los Círculos presentan los cuatro atributos de la organización populista (Hawkins y Hansen, 2006).

Para sostener el argumento, en principio se expone la teoría básica de la organización populista; luego, se describe la historia de los Círculos, para situarlos en el movimiento más amplio del chavismo; finalmente, se presentan los resultados en cada una de las cuatro dimensiones organizativas.

Una teoría de la organización populista

Las primeras investigaciones sobre el populismo no consideran cómo se organizan los casos específicos de populismo. Con pocas excepciones, no sólo se renuncia a explicar la organización, sino que ni siquiera se mencionan sus atributos particulares. Este vacío hace confusas las investigaciones clásicas que parten de la perspectiva de la modernización y también las investigaciones más recientes sobre el populismo en los sis-

temas de partidos de Europa Occidental. Los estudios clásicos sobre el populismo desde la perspectiva de la modernización (Di Tella, 1965; Gemani, 1978), junto con sus descendientes estructuralistas, se limitan a discutir tipos de coalición multi-clasista que caracterizan diferentes movimientos; pero, puesto que las coaliciones populistas varían de acuerdo al momento histórico y al contexto nacional (Conniff, 1999: 14-15), estos estudios no permiten descubrir atributos organizativos específicos. Del mismo modo, los estudios sobre Europa Occidental (Betz, 1994; Kitschelt, 1995) se enfocan sólo en los orígenes y los logros de los partidos populistas, pero omiten toda consideración sobre su organización interna.

Recientemente, esta situación ha cambiado con las nuevas investigaciones que definen el populismo en términos institucionales (Weyland, 2001; Roberts, 2003; 2006). Sobre todo Weyland se refiere al populismo como una estrategia política basada en una relación directa entre el líder carismático y sus seguidores, caracterizada por el desdén hacia las instituciones de la democracia representativa, el apoyo mediante un gran número de votos, el bajo nivel organizativo de sus seguidores y la baja institucionalización. Este estudio resalta algunos atributos organizativos que constituyen una potencial configuración específica para el populismo: se incluye, por supuesto, la institucionalización, pero también las tácticas y la presencia o ausencia de una jerarquía. Se trata de una intuición valiosa, que merece mayor desarrollo. Pero Weyland considera tales atributos como definitorios del populismo, y no como efectos del discurso populista; por eso, no puede identificar la lógica que subyace a estos atributos y les confiere unidad. Otras organizaciones políticas, como partidos obreros o religiosos, así como movimientos milenaristas, también tienen líderes carismáticos y/o bajos niveles de institucionalización temprana en su ciclo organizativo; sin embargo, no se consideran populistas.

En cambio, si se define el populismo como un discurso que postula una visión maniquea, identificando el bien con una voluntad popular hegemónica y el mal con una élite conspiradora, entonces es posible reconocer una serie de ideas y términos que cumplen con una misma lógica. De acuerdo a la perspectiva discursiva (Roxborough, 1984; De la Torre, 2000; Panizza, 2005; Laclau, 2005), no se trata de un conjunto de

características materiales que determinan algo como populista, sino de las ideas y formas lingüísticas que le otorgan tal significado. Puesto que el populismo, en esta perspectiva, es un grupo de ideas poderosas –lo que algunos filósofos denominan *cosmovisión*, un concepto menos específico pero más profundo e inconsciente que una ideología–, tiene la capacidad potencial de dar forma a las elecciones sobre los objetivos políticos, así como sobre las formas más apropiadas de organización. Los actores políticos que creen en la naturaleza dual del mundo y mantienen una fe inmovible en la virtud y la unidad del ‘pueblo’, escogen entre tipos distintos para la decisión social y consideran las formas de organización de otro modo en que lo hacen los actores que creen en una naturaleza pluralista. De tal suerte, no sólo las condiciones materiales, sino también las condiciones culturales orientan la elección de una forma organizativa. Estos procesos causales no son deterministas –los políticos inspirados por el discurso populista no tienen que adoptar necesariamente ciertas decisiones u organizaciones–, pero considerarlos permite explicar por qué ciertos atributos son más aparentes cuando se presenta un fuerte discurso populista.

A continuación, se consideran los cuatro atributos organizativos en su vínculo con el discurso populista. Para cada atributo se intenta no sólo la descripción, sino la explicación sobre cómo resulta a partir del discurso democrático maniqueo del populismo.

Baja institucionalización

La primera consecuencia organizativa del populismo es la baja institucionalización, centrada con frecuencia en torno a un líder carismático. Esta característica se refiere a la poca autonomía relativa para tomar decisiones cruciales sobre metas, tácticas, membresía y selección de líderes, así como el hecho de que falta el desarrollo de una *identidad propia*, que sea distinta respecto de la identidad del líder (Panebianco, 1998; Selznick, 1957).

La institucionalización de las organizaciones políticas, y en especial aquella de los partidos políticos, es una antigua preocupación para la ciencia política, que no se restringe a los estudios sobre populismo.

Huntington (1968) observa que en el desarrollo de instituciones políticas está la clave para un gobierno estable en sociedades que experimentan cambios socio-económicos rápidos, como entonces sucedía en América Latina. Recientemente, Mainwaring y Scully (1995) sostienen que la institucionalización de partidos y sistemas de partidos es una condición necesaria para la consolidación democrática, porque los partidos institucionalizados tienden a tener una orientación electoral pacífica que ayuda a canalizar y agregar las preferencias de los votantes, refuerzan la rendición de cuentas democrática y reducen la incertidumbre social. Tales argumentos han hecho de la institucionalización la preocupación clave para los estudios sobre democratización (Linz y Stepan, 1995; Diamond, 1999) y los estudios sobre partidos, en especial en el mundo en desarrollo (Panebianco, 1988; Levitsky, 2003; Randall y Svasand, 2002).

La baja institucionalización es un atributo de la organización populista, mencionado con frecuencia en los estudios sobre el tema: en las notas de Roxborough (1984: 9), en los trabajos sobre populismo de la tradición clásica e incluso en algunas publicaciones recientes se llega a considerar la baja institucionalización como un atributo definitorio (Taggart, 2000).

Existen dos razones fundamentales por las que la baja institucionalización es común a las organizaciones populistas. Primero, se trata de una condición típica de varias organizaciones políticas en que los miembros confrontan múltiples identidades rivales: en el caso del populismo en particular, si la voluntad del pueblo es la única voz soberana, entonces los casos de movilización siempre se consideran instrumentales. Sería sospechoso que la organización populista adquiriera una identidad propia y permanente, cuando los potenciales miembros sólo creen en la voluntad popular. Además, las organizaciones políticas tradicionales que sí logran altos niveles de institucionalización no pueden incorporar a todos los ciudadanos, ni siquiera a una mayoría, como miembros activos con una base permanente. Los movimientos sociales que invocan la representación de la voluntad popular suelen ser inestables y requieren un esfuerzo exhaustivo de sus miembros, que no puede ser mantenido indefinidamente.

El trabajo de Panebianco sobre la institucionalización de los partidos (1988: en especial cap. 3), revela una segunda fuente de baja institucionalización en los movimientos populistas. No todo movimiento populista

ta tiene un líder carismático –luego se discutirá de nuevo este punto–, pero en donde existe tal líder, juega un rol importante para coordinar la organización. Esto sucede porque el líder carismático es uno de los pocos actores políticos que puede pretender personificar la voluntad popular, transformándose en lo que Laclau denomina un “significante vacío” (2005). En consecuencia, el problema de la institucionalización no es la falta de una identidad única o la capacidad para la toma de decisiones –puesto que el líder carismático es quien decide– sino el hecho de que los miembros del movimiento populista no tienen la capacidad para tomar decisiones independientes. Esto permite que el movimiento tenga un poder tremendo para actuar, en la medida en que el líder mantiene el mandato popular, pero también corroe la identidad, la autonomía y, en última instancia, la permanencia de componentes organizativos particulares del movimiento, cada uno de los cuales se convierte en un instrumento de la voluntad del líder.

Estructura de movimiento

El segundo atributo de la organización populista es que se estructura como un movimiento, es decir, como una red de seguidores más que como una estructura jerárquica de profesionales. Los populistas cambian la racionalidad formal legal de la burocracia por una armada entusiasta de voluntarios, motivados por incentivos solidarios y por la devoción a una causa, evitan los tipos de organización y actividades relacionadas con grupos de interés y asociaciones específicas, y existe gran cautela respecto a los partidos políticos.

Los estudios sobre movimientos sociales han avanzado mucho en este sentido (McAdam, Tarrow y Tilly, 1997). Mientras el análisis de Weber (1946) sobre la organización burocrática tiende a mostrar jerarquías profesionales duraderas como la única forma de organización política moderna, los investigadores actuales resaltan que los movimientos sociales no son menos organizados, sino organizaciones *distintas* de acción colectiva, con una estructura no jerárquica que depende fuertemente de incentivos solidarios y un repertorio de tácticas beligerantes de bajo costo para los activis-

tas. No se trata de cáscaras organizativas vacías, sino de estructuras con altos niveles de involucramiento (McCarthy y Zald, 1977; Tarrow, 1994; McAdam, Tarrow y Tilly, 1997).¹ Las investigaciones también indican que los movimientos sociales no tienen por qué basarse en un liderazgo carismático, como la tipología clásica de Weber sobre la legitimidad política permite suponer. Como implica el adjetivo ‘social’, muchos movimientos actuales no son creados por un líder casi-divino, sino que se manifiestan como fenómenos de base con liderazgos fragmentados. Esto sugiere que la organización del movimiento populista no deriva de un único liderazgo carismático típico, y que también puede ser efecto del discurso.

Muchas investigaciones sobre el populismo se refieren a su objeto como ‘movimiento populista,’ tanto que algunas sostienen que el populismo siempre se manifiesta de esta forma (Minogue, 1969), pero ninguna explica el porqué de esta manifestación. Esta idea sólo encuentra un desarrollo más profundo en el trabajo de McGuire (1995; 1997) sobre lo que denomina ‘movimientos hegemónicos’ en Argentina.

McGuire indica dos motivos por los que el populismo tiene una afinidad con la organización en movimientos. Primero, por supuesto, el movimiento es más compatible con un liderazgo carismático omnipresente: los seguidores buscan una conexión directa con el líder carismático y con aquello que representa, y necesitan entregarlo todo a esta causa. La organización burocrática debilita esta conexión situando múltiples niveles directivos entre el líder y sus seguidores, y desalienta el voluntarismo mediante salarios y otras recompensas materiales, que transforman la acción significativa en una ocupación ordinaria: la profesionalización rompe el vínculo carismático. La organización de un movimiento, al contrario, elimina o el menos reduce estos niveles y facilita una conexión personal y directa, que enfatiza en incentivos no materiales para la participación. Aquí se encuentra la razón para el vínculo ‘inmediato’ entre el líder

1 En especial en América Latina, el término movimiento social se aplica también a cualquier organización de base que nominalmente rechaza estructuras jerárquicas y persigue una vocación ‘popular’. Me resisto a este uso del término aquí, porque tiene a extender el concepto hasta incluir a las que son organizaciones frecuentemente permanentes, y organizadas jerárquicamente, y aplico el concepto sólo para describir fenómenos más extensos, menos jerarquizados, como movimientos de protesta.

populista y sus seguidores, que es resaltado por las nuevas definiciones institucionales sobre el populismo.

Segundo, la organización de un movimiento resulta del mensaje sobre la soberanía popular y la participación que define el discurso populista. Este discurso postula una comunidad de ciudadanos moralmente iguales, cuya voluntad colectiva es soberana. A pesar de que esta comunidad es cerrada y excluyente hacia el exterior, sus miembros se consideran iguales entre sí. Esta ética desafía distinciones de rango y estatus, así como la especialización y división del trabajo. En el populismo, la cercanía con el pueblo y el entrenamiento no profesional son la base del mérito. Del mismo modo, se considera el involucramiento ciudadano en la política y en la toma de decisiones como bienes absolutos. La democracia directa no sólo permite que el gobierno represente en mayor medida la voluntad popular; también evita la corrupción y reduce la alienación y atomización de los individuos, resultado de la modernización en la sociedad industrial, así como de su contraparte política, la democracia representativa. El movimiento populista se proyecta como una enorme asamblea ciudadana que se encuentra en sesión permanente.

Los movimientos populistas y sus organizaciones constitutivas tienen especial cautela hacia los partidos políticos, que consideran no sólo representantes de un viejo orden que debe ser cambiado, sino también como organizaciones con una fuerte tendencia burocrática. Esta postura puede parecer contradictoria con la afirmación de algunas investigaciones que sostienen que los movimientos populistas a menudo crean organizaciones partidarias fuertes (Roberts, 2006). De hecho, los movimientos populistas a menudo incluyen partidos, sea como el resultado inevitable de la competencia necesaria para una campaña electoral –sobre todo cuando la ley requiere un partido registrado–, como artefactos de una ideología particular y de momentos históricos que funcionan como argumentos de apoyo a la virtud de los partidos como vehículos únicos de movilización popular y adoctrinamiento –como sucede en el leninismo–, o como una respuesta frente a la organización de la oposición y las tecnologías de campaña disponibles. Sin embargo, persiste una fuerte ambivalencia sobre el uso de este tipo de organización para cumplir los objetivos del movimiento. Los partidos populistas nunca se sienten cómodos con la denomina-

ción de ‘partido’ en el sentido pluralista del término –esto es, como otro grupo organizado que disiente–; tal como argumenta Panebianco, estos partidos se presentan a sí mismos como una “alternativa frente a los partidos existentes” (1988: 147). Más aún, con frecuencia los partidos populistas son acompañados por otras organizaciones no partidistas, que compiten por la atención del líder carismático y sostienen representar la voluntad popular, tales como uniones laborales, asociaciones vecinales y cooperativas de granjeros.

Los movimientos populistas con líderes carismáticos son también propensos a experimentar una tensión considerable. Los participantes de un movimiento pueden empezar a sentir ambivalencia a medida que intentan reconciliar la autoridad moral del líder carismático con la creencia en que todos los participantes son iguales; en un primer momento, los participantes pueden someterse a esta autoridad, pero luego negarse a la sujeción que esto requiere, intentando encontrar una esfera de actividad autónoma. Estos participantes a veces tratan de evitar esta tensión basándose en la idea de que el líder carismático *personifica* la voluntad popular, pero inevitablemente la voluntad particular del líder choca con la de sus seguidores y organizaciones. Por esto los movimientos populistas son más propensos que otros movimientos carismáticos a experimentar disensos, facciones y heterogeneidad organizativa.

Tácticas de “todo vale”

Un tercer atributo de las organizaciones populistas es que suelen adoptar tácticas en que “todo vale”. Estas organizaciones se apoyan en tácticas disruptivas como movilizaciones masivas, que se oponen a otros tipos de acción, como los grupos de presión o la participación en las elecciones; además, tienden a instrumentalizar los procedimientos democráticos y los derechos de minorías contra sus oponentes.

En general, las investigaciones sobre movimientos sociales consideran la dependencia en tácticas de movilización masiva, denominadas políticas beligerantes –“la petición, la huelga, la demostración, la barricada y la insurrección urbana” (Tarrow, 1994: 19)–, como una alternativa frente a

los escasos recursos de los participantes (McAdam, Tarrow y Tilly, 1997). De acuerdo con esta perspectiva, no se trata de una respuesta a un discurso político. Tales tácticas simplemente son las armas de los pobres y desposeídos, quienes habitualmente se encuentran excluidos de los grupos de interés y la actividad partidista establecida. En el mejor de los casos, la cultura de los participantes define un repertorio de tácticas específicas que traza límites de acción, mas nunca *motiva* estas acciones.

Sin embargo, cuando se regresa a la investigación sobre el populismo, se enfrenta la posibilidad de que estas tácticas beligerantes constituyan también una respuesta natural al discurso maniqueo del movimiento. Esta idea es desarrollada por McGuire en su discusión sobre la “vocación hegemónica” y la actitud de “todo vale” que adoptan los movimientos populistas. McGuire sostiene que tales movimientos en Argentina tienden a creer en una “forma de unidad nacional que hace languidecer a la oposición política”. Los miembros del movimiento confían en que ellos personifican esta unidad. Como consecuencia de esta cosmovisión, desdennan las instituciones formales asociadas con la democracia pluralista e intentan “ganar y retener el poder mediante todos los medios a su alcance, incluyendo, en algunos casos, la violencia” (Mc. Guire, 1995: 200). Estas tácticas se justifican como una manera de enfrentar a la oposición como el enemigo de la voluntad popular unificada, y como una reacción contra las instituciones existentes creadas para destruir esta voluntad. Por el contrario, la presión de los grupos de interés y la actividad de los partidos se interpretan como manifestaciones de una perspectiva pluralista inaceptable, que permite la legitimidad del sistema junto a la presencia de organizaciones y puntos de vista rivales. A fin de cuentas, los movimientos populistas utilizan tácticas beligerantes porque lo desean, y no porque se trate de las únicas armas disponibles. Ningún movimiento populista que, en verdad, crea en su mensaje, se sentirá cómodo con los métodos normales de la democracia pluralista.

Esto no quiere decir que los movimientos populistas son anti-democráticos, al menos en el sentido en que los miembros del pueblo se consideran los principales portadores de la soberanía. Como Canovan (1999) y otros sostienen (Panizza, 2005), el populismo es el “espejo de la democracia”, y ofrece una nueva base para la política democrática. Muchas organizaciones populistas, de manera pública, respaldan en todo a la de-

mocracia, e incluso la emplean como su principio de gobierno interno. Esta es una de las razones más importantes por la que los investigadores y el público a menudo se sienten ambivalentes hacia los movimientos populistas: porque predicán el evangelio del poder popular y la incorporación política, y lo hacen precisamente en zonas donde estas oportunidades están ausentes y el legado de la explotación y la injusticia son mayores. Sin embargo, no se trata de una visión pluralista de la democracia, y las organizaciones populistas pronto excluyen a ciertos grupos de su definición de “pueblo”, colocando a la oposición en una categoría externa a la que se niega legitimidad y ciudadanía.

Insularidad

Un atributo final de las organizaciones populistas es su tendencia a ser altamente insulares, es decir, que se aíslan del resto de la sociedad civil. Las organizaciones populistas, sea en el nivel de los partidos o en el de la sociedad, son un tipo de organización anti-sistema. Aunque permiten construir o reforzar una vasta red de relaciones entre ciudadanos de mentalidad semejante, también erigen una muralla contra otras organizaciones que fallan en mostrar su apoyo por la causa populista. Por supuesto, estos sentimientos son a menudo recíprocos. Las organizaciones tradicionales que no son parte del movimiento se pueden sentir repelidas por estos cuestionamientos sobre la legitimidad del sistema, y con frecuencia consideran a los miembros del movimiento populista como unos ciegos que siguen el culto de un líder, y no como participantes confiables y valiosos para un sistema democrático.

Es cierto que las investigaciones sobre el populismo, incluyendo la perspectiva institucional, raramente consideran la organización en su nivel sistémico; sin embargo, se trata de una extensión natural del trabajo de Sartori (1976) sobre los partidos y sistemas de partidos. Mientras Sartori enfatiza mucho la innovación normativa que representan los modernos sistemas pluralistas de partidos e intenta catalogar los diferentes tipos de sistemas encontrados en esta categoría más amplia, también describe un tipo sugestivo, cualitativamente diferente, que denomina el sis-

tema “pluralista polarizado”. Este sistema se caracteriza por la presencia de una o varias organizaciones que son reacias a la simple disensión dentro de un marco institucional existente y en lugar de esto, buscan la manera de derribar el sistema: no se trata de una “oposición sobre las cuestiones”, sino una “oposición sobre los principios” (1976: 133). Si estas organizaciones se fortalecen lo suficiente para las elecciones, dividen el sistema en dos campos opuestos e inconciliables.

Aunque el populismo nunca es mencionado por Sartori, la aplicación de su tipología parece obvia. Las organizaciones populistas –sean partidos o sociedad civil– se basan todas en una “oposición de principio” que intenta derribar un sistema comprometido con los intereses de las élites. Se trata de organizaciones anti-sistema que polarizan los sistemas políticos, tanto los partidos como la sociedad civil. Este sistema debilita el patrón de afiliaciones transversales, que son el rasgo distintivo del pluralismo. En esta “oposición de principio”, las antiguas organizaciones o bien se realinean con esta nueva dimensión fundamental, o se arriesgan a ser desgarradas en su interior y destruidas desde fuera. El populismo nunca destruye completamente la sociedad civil: su ética participativa puede incluso alentar la formación de muchas asociaciones nuevas, que incrementan la conectividad y el poder de los participantes del movimiento. Sin embargo, se trata sólo de formas asociaciones en el interior del movimiento, no a través de la sociedad civil. Las organizaciones populistas promueven lo que Putnam (2000) denomina “adhesión” de capital social, pero impiden construir “puentes” entre capital social. Es decir, construyen conexiones entre sí, pero destruyen conexiones hacia otros sectores.

Los Círculos como forma de organización populista

El movimiento de Hugo Chávez en Venezuela emplea un fuerte discurso populista que lo convierte en un escenario ideal para estudiar sus efectos en la organización política (Hawkins, 2003). El movimiento se constituye por un gran número de organizaciones con distinto tamaño y distinto grado de autonomía respecto al gobierno, así como una trayectoria organizativa propia. Entre las organizaciones principales del movimiento se encuentran los

Círculos Bolivarianos: durante su época de mayor actividad, se trata de la organización más grande dentro del Movimiento Bolivariano, incorporando cientos de miles de unidades locales. Como otros componentes del chavismo, se trata de una iniciativa del Estado; pero, como se describe a continuación, también llegaron a tener un extraordinario nivel de autonomía, que en general sólo se encuentra en las organizaciones más pequeñas y más antiguas del movimiento. Esta combinación de cualidades convirtió a los Círculos en el foco de la atención internacional y generó muchas expectativas a lo largo de la región. Los Círculos se consideraban un potencial para nuevas formas de sociedad civil y movilización popular.

Auge y caída de los Círculos

Los orígenes de los Círculos pueden rastrearse hasta la primera organización cívico-militar de Chávez, el Movimiento Bolivariano Revolucionario 200 (MBR, 200), en los años inmediatos luego del golpe fallido que lanza a Chávez a la escena pública, el 4 de febrero de 1992. Sin embargo, los Círculos sólo empiezan a asumir proporciones nacionales luego de que Chávez hace un llamado público para reconstituir el antiguo MBR 200 en el 2001. Durante un discurso en abril del mismo año, el líder anuncia la intención de combatir tendencias semejantes a facciones partidistas en el interior del partido oficial, Movimiento Quinta República (MVR), puesto que sentía que se había perdido contacto con la gente en un momento crucial, cuando el gobierno necesita empezar a implementar su programa de reforma socio-económica. La propuesta del nuevo MBR 200 no intenta reemplazar al MVR, pues no se trata de un nuevo partido, sino que tiene el objetivo de fortalecer al MVR (Harnecker, 2002: 160-161).

Los Círculos serían la base de este movimiento renovado o, en palabras de Chávez, una “fuerza popular esparcida en los barrios marginales, en el campo, en los pueblos y en las ciudades, para consolidar, ideologizar y revigorizarse a sí mismo, contribuyendo de esta manera a la Revolución Bolivariana” (citado por García-Guadilla, 2003: 192). Los planes para los Círculos se desplegaron lentamente durante los meses después del anuncio sobre el MBR 200. En principio, cada Círculo contaba hasta

once miembros que juraban defender la Constitución, ser fieles a los ideales de Simón Bolívar y servir los intereses de su comunidad. Las solicitudes para aplicar debían ser enviadas directamente a la oficina de la Presidencia en Miraflores, donde una Coordinación Nacional controlaba la administración de los Círculos (Comando Supremo Bolivariano, s. d.).

Luego de una primera ceremonia de juramento en diciembre del 2001, el movimiento creció con rapidez a medida que las solicitudes llegaban en torrentes a la nueva coordinación a través del fax o mediante correo electrónico (Agence France Presse, 2001; VHeadline, 2001). Luego de pocos años, se estima que existían doscientos mil círculos que contaban con 2.2 millones de miembros (Chávez y Burke, 2003; Gable, 2004). Los Círculos juegan un rol clave en las demostraciones que siguen a la destitución temporal de Chávez en abril del 2002, y durante dos años más permanecen fuertemente involucrados en la organización comunitaria, facilitando el acceso a los programas gubernamentales de lucha contra la pobreza y apoyando la campaña para el referéndum presidencial. Durante esta época, los Círculos se convirtieron en uno de los más importantes componentes organizativos del chavismo.

Sin embargo, luego del 2004 los Círculos experimentan una declinación significativa en su actividad, cuando Chávez y sus seguidores se concentran en nuevos esfuerzos más concretos, tales como las Misiones y los Comités de Tierra Urbana. Para el verano del 2004, los líderes de los Círculos a nivel nacional reportan que tan sólo un tercio, y quizás apenas la vigésima parte de los miembros originales, permanecen aún activos (Hawkins y Hansen, 2006). Y para el 2005, aunque algunos miembros más reacios al cambio sobreviven y luchan por mantener la organización viva, nuevos reportes y entrevistas de seguimiento muestran que los Círculos han dejado de ser parte activa del movimiento chavista (Botía, 2005a; 2005b). Cuando Chávez anuncia la creación de un nuevo partido político unificado luego de la re-elección presidencial del 2006, los pocos Círculos que aún se mantenían se plegaron al nuevo partido y dejaron de existir formalmente (Durango, 2006).

Análisis de los Círculos

Con el objetivo de analizar esta organización, Hansen y yo realizamos una encuesta a 112 miembros de Círculos durante junio y julio del 2004, los dos meses anteriores al referéndum presidencial. La selección se basó en una muestra no aleatoria, y se empleó un cuestionario estándar en cuatro estados diferentes: Aragua, Carabobo, el Distrito Capital (la municipalidad Libertador en Caracas), y en Miranda. Los detalles técnicos sobre el muestreo se encuentran en el informe original (Hawkins y Hansen, 2006). La naturaleza de la muestra necesariamente condiciona nuestros resultados; pero los datos obtenidos constituyen una instantánea valiosa sobre este fragmento del chavismo durante su apogeo, y también nos permite evaluar la teoría sobre la organización populista.

Baja institucionalización

La primera y más obvia cualidad de los Círculos, conforme a la teoría de la organización populista, es su débil institucionalización y su particular conexión con el líder carismático, Chávez. Es necesario reconocer que los Círculos manifiestan autonomía en varias áreas clave. Primero, la membresía es voluntaria en el sentido básico de no estar sujeta a coerción; la decisión de integrar un Círculo siempre pertenece a sus miembros. Segundo, en términos de sus fines sociales, los miembros de los Círculos son bastante independientes: responden a una gran variedad de objetivos, desde la limpieza de los barrios hasta la construcción de cooperativas para el cuidado de ancianos; en cada caso estas metas se generan o, al menos, son elegidas por los miembros del Círculo, y no se coordinan desde arriba. Tercero, la selección de líderes es democrática: del 93 por ciento de los encuestados cuyo Círculo tiene un líder, más de la mitad han escogido a su líder mediante el voto nominal y sólo uno indica que su líder ha sido impuesto por autoridades superiores; otro tercio es elegido por consenso, cuando el líder es uno de los fundadores del Círculo. Finalmente, los Círculos demuestran casi total autonomía en su financiamiento: la mayoría de encuestados reportan poca necesidad de dinero para llevar adelante sus

actividades, y tan sólo el diez por ciento de sus recursos son financiados por el gobierno.

Sin embargo, a pesar de estos rasgos de autonomía, los Círculos incorporan un vínculo carismático con Chávez, que con frecuencia compromete su capacidad de decisión independiente y hace casi imposible la conformación de una identidad propia. Para medir este tipo de vínculo político, se pregunta, casi al principio de la encuesta, sobre el motivo principal para integrarse al Círculo. Las respuestas se dividen en dos grupos: mientras el 41 por ciento indica que su motivo es “trabajar en un proyecto para mejorar la comunidad”, el 42 por ciento señala que su intención es “apoyar al presidente Chávez”. De manera similar, al menos en algunas ocasiones, los miembros de los Círculos expresan su fe en Chávez mediante discursos espontáneos que emplean un lenguaje religioso, y las Casas Bolivarianas que se visitan –casas u oficinas que habían sido arrendadas o donadas para alojar a los Círculos– siempre tienen carteles, poesías y otros mensajes dedicados a Chávez. Aún cuando la confianza y el afecto no siempre se expresan emotivamente, como durante las entrevistas con algunos de los líderes de Círculos a nivel nacional, los encuestados demuestran gran respeto por Chávez y reconocen abiertamente su rol como un punto focal para la organización.

Esta relación con Chávez tiende a reducir la esfera de autonomía de los Círculos. Esto se vuelve más evidente durante el apoyo para la campaña por el referéndum del 2004 para ratificar a Chávez como presidente de Venezuela, precisamente en los dos meses que dura esta investigación. Aunque muchos miembros de Círculos tienen claros objetivos sociales que escogieron por sí mismos, casi todos los encuestados asumen que participar en la campaña tiene prioridad sobre su labor social. Por ejemplo, el 88 por ciento de los encuestados afirma que sus Círculos participan en reuniones, demostraciones o campañas a favor de Chávez al menos un par de ocasiones cada mes y el 44 por ciento lo hace en forma diaria. En respuesta a una pregunta abierta sobre su principal actividad actual, 26 de 109 encuestados mencionan algún aspecto de la campaña, dejando de lado su misión social. A menudo, los encuestados describen cómo ingresan a organizaciones oficiales durante la campaña, vinculadas con el Estado y con comités nacionales designados por el propio Chávez.

Las encuestas se realizaron paralelas a las actividades de campaña, y muchas Casas Bolivarianas que se visitan han sido convertidas en cuarteles para la campaña local. Todas estas actividades fuerzan a los Círculos, aunque sólo sea temporalmente, a reducir o abandonar su actividad social y objetivos originales.

De manera similar, sólo una minoría de los miembros encuestados tiene un sentido de identidad propia, mientras que las identidades rivales se encuentran, en lo esencial, limitadas por dos objetos en estrecha relación: Chávez y el Movimiento Bolivariano. Para evaluar este aspecto de los Círculos, se incluye una pregunta abierta que cuestiona la identidad partidaria primaria: de los 110 encuestados, la mayoría contesta “chavista”, “bolivariano” o “el gobierno/el proceso”, como su identidad primaria. Sólo 18 por ciento menciona una organización específica –como los Círculos, MBR 200 o una organización de izquierda más antigua– como su principal identificación política. También se incluye una pregunta para reconocer con cuál organización se identifican más, si con el movimiento nacional Bolivariano o con el propio Círculo. Sólo el 30 por ciento indica que se identifica más con su Círculo; unos pocos señalan a ambos por igual, y la porción más grande, el 44 por ciento, responde que se identifica con el movimiento nacional. Para finalizar, se pregunta cuál debería ser la relación entre los Círculos y Chávez: todos indican que debe ser ‘positiva’. Sin embargo, entre aquellos que dan una respuesta más específica, el 51 por ciento afirma que esta relación debe ser de dependencia de los Círculos hacia Chávez, mientras que sólo el 31 por ciento considera que debe ser de igualdad; y apenas el 18 por ciento sostiene que los Círculos deben ocupar una posición de soberanía o superioridad.

La demostración final de la débil institucionalización de los Círculos es, por supuesto, su paulatina desaparición luego del 2004. Luego del referéndum presidencial, y probablemente en los meses anteriores, los Círculos experimentaron una fuerte caída de su actividad. En el momento de las entrevistas, los coordinadores a nivel nacional indican que la gran mayoría de los Círculos no se encuentran ya en activo, y para el verano del 2005 este anuncio es compartido por la opinión pública.

Todas las posibles razones para esta desaparición apuntan hacia la baja institucionalización, y en especial la baja institucionalización debida al lide-

razgo carismático. Para empezar, se sabe que los Círculos no son víctimas de una represión de gran escala, tal como la que podría haber sucedido si el golpe del 2002 contra Chávez se hubiera consolidado. De hecho, la popularidad del líder es alta durante el período del referéndum y los dos años siguientes, con niveles de aprobación sobre la gestión presidencial que rebasan el 50 por ciento, y con sólidas victorias electorales durante el período. El chavismo se encontraba en ascenso cuando los Círculos empezaron a decaer. Tampoco sucede alguna catástrofe económica que comprometiera a los venezolanos en esfuerzos desesperados, ocupando su tiempo en buscar empleos y satisfacer necesidades básicas; antes hubo épocas más difíciles, como durante la huelga general entre el 2002 y el 2003, con el recorte de gasolina y alimentos, y aún entonces los Círculos sobrevivieron.

En realidad, la decaída de los Círculos parece estar asociada con otros tres factores. Primero, los Círculos tuvieron una fase crítica compitiendo contra las nuevas organizaciones gubernamentales, sobretudo las Misiones, por la movilización popular y la ayuda para los pobres. Las Misiones en particular cuentan con mejor financiamiento —reciben miles de millones de dólares en rentas petroleras cada año—, tienen objetivos más claros, y ofrecen beneficios importantes y tangibles que satisfacen algunas de las necesidades más acuciantes de los pobres, como la educación, el cuidado de la salud, la alimentación, la vivienda y el empleo. En una serie de entrevistas de seguimiento realizadas durante el 2005, se mencionaron estas razones como un motivo para abandonar los Círculos (González, 2005; Juliac, 2005; Maldonado, 2005).

Segundo, los conflictos por el liderazgo y el descontento con los intentos por imponer el control del gobierno central con mano dura, condujeron a varios activistas a abandonar los Círculos por otras formas de organización chavista aún no afectadas por la corrupción (Botía, 2005a; 2005b). Como se discutirá luego, los miembros de los Círculos luchan contra la tendencia burocrática dentro de la organización, y se enfrentan con los líderes regionales y nacionales que intentan imponer este control. Esta frustración se intensifica en abril del 2005 con las elecciones internas para candidatos a los consejos municipales y asociaciones vecinales, cuando el partido oficial MVR presenta candidatos propios. En varias entrevistas los miembros de los Círculos se muestran molestos con los lí-

deres locales del partido, quienes aplican las antiguas tácticas para asegurar la victoria de sus propios candidatos, desplazando a los candidatos apoyados por los Círculos y otras organizaciones populares (Silva, 2004; Vivas, 2004; Mendoza, 2005; Vivas, 2005).

Tercero, Chávez simplemente descuida los Círculos y el nuevo MBR. Los Círculos fueron, en gran medida, resultado de iniciativas presidenciales; luego siguieron otras iniciativas, como la creación de un partido unificado y la formación de Consejos Comunales a principios del 2007. Por otra parte, Chávez también compartió el disgusto de los miembros de Círculos contra la burocratización, y tuvo una constante preocupación por lograr el ideal de participación popular: en varias entrevistas publicadas, el líder se refiere a la necesidad de permanecer en contacto con la gente (Blanco, 1998; Harnecker, 2002). De hecho, este es el principal motivo que Chávez menciona para re-fundar el MBR 200 y los Círculos. Los Círculos fueron víctimas del constante, aunque bien intencionado, esfuerzo para reformar y revigorizar el movimiento.

Organización de movimiento

Los Círculos también manifiestan el segundo atributo de la organización populista: la forma organizativa de movimiento, que se resiste a la burocratización jerárquica, en especial contra la forma de los partidos políticos. En consecuencia, se escogen formas organizativas heterogéneas, y con frecuencia se presentan conflictos con el liderazgo nacional. Es importante considerar que esta estructura es más que una consecuencia del vínculo carismático de los Círculos con Chávez, pues se presenta como resultado directo del discurso populista, con su énfasis en el igualitarismo y en la democracia participativa.

Esta influencia del discurso se puede observar, a grandes rasgos, en cuatro propiedades específicas. Para empezar, se encuentran varios Círculos más antiguos y más amplios, que tienden a resistir el patrón organizativo oficial impuesto por los Círculos que venían de la Coordinación Nacional. Se entrevista a algunos miembros de un Círculo grande, que se sospecha tenía más de mil integrantes, y también de algunos otros Círculos de hasta

quinientos miembros. Cuando se pregunta a los miembros de estos Círculos más grandes cómo funcionan, se descubre que, con frecuencia, se parecen más a una asociación dispersa de chavistas que a un grupo comunitario unido, como se muestra en las líneas directivas oficiales; también persiste la impresión de que estos miembros no se encuentran registrados formalmente en la Coordinación Nacional. Algunos de estos grandes Círculos existían antes del anuncio oficial del 2001, e incluso hay quienes aseguran que sus orígenes se remontan hasta el primer MBR 200.

Segundo, la mayoría de los Círculos investigados, incluyendo los que siguen líneas directivas oficiales, tienen varios conflictos con la organización central e impulsan facciones o divisiones internas. Los intentos de la Coordinación Nacional por dirigir los Círculos resultan en una disputa constante con los liderazgos locales, de la que surgen organizaciones de Círculos paralelos, que compiten por la legitimidad. A pesar de que aún se reconoce el liderazgo de Chávez, la organización paralela más grande, la Red Nacional de Círculos Bolivarianos, de manera consciente intenta reproducir un tipo organizativo horizontal a través de una asociación flexible de Círculos estatales, divididos en niveles más pequeños. Para principios del 2006, la Red Nacional había tenido tres convenciones nacionales. En algunas zonas de Caracas y el entorno del estado de Miranda, surge una nueva asociación paralela en competencia con la Red Nacional: el Movimiento Bolivariano 4-F –llamado así por la primera organización chavista–, que reúne a miembros de Círculos junto con reservistas militares y antiguos oficiales.

Tercero, aún dentro de estos grupos nacionales alternativos, las relaciones a través de los niveles organizativos provocan a menudo confusión y rivalidad. Los Círculos se agrupan por parroquia, municipalidad y niveles estatales, así como en un nivel conocido como eje, que contiene a varias municipalidades (Silva, 2004; Vivas, 2004; Carreño, 2004; Mendoza, 2004). Cada uno de estos niveles organizativos tiene un cuerpo coordinador, y a veces un director –los cargos son distintos en cada Estado–, que es el responsable visible con los miembros de su zona. Sin embargo, pocos de estos coordinadores han sido formalmente elegidos, y se tiene la impresión, durante las entrevistas, de que varios de estos líderes fueron poco respetados dentro de los Círculos; muchos activistas ope-

ran con independencia del liderazgo regional (Maldonado, 2005). Aparte de la elección del líder de su propio Círculo, los miembros se resisten a la idea de adoptar mecanismos formales de representación.

Finalmente, la complejidad organizativa y las reglas de base en cada Círculo son mínimas. Para las reglas internas y la misión general, la mayoría de los Círculos investigados se guían por un folleto, el *Pequeño Libro Amarillo*, publicado por los líderes nacionales del movimiento. Estas reglas no son demasiado explícitas respecto a ciertas cuestiones, como la toma de decisiones colectivas, la elección de líderes o la división de tareas. Cuando se pregunta si los miembros tienen algún rol específico en el Círculo, sólo el 55 por ciento de los encuestados responde que sí; el resto afirma: “hacemos un poco de todo”.

Aunque una variedad de factores de idiosincrasia también son importantes –por ejemplo, el orgullo que los primeros Círculos tienen en las organizaciones que han creado y sostenido desde la mitad de los noventa, o los errores cometidos por líderes particulares–, la explicación más obvia para estas propiedades apunta hacia el *ethos* participativo e igualitario del populismo, con las tensiones que naturalmente surgen en un movimiento con un líder carismático. Los miembros de un movimiento populista se resisten a la organización jerárquica, y prefieren formas de participación directa que reafirmen la igualdad fundamental de todos los miembros. Aunque son atraídos por el líder carismático que personifica la voluntad popular y desean servirle con fidelidad, también intentan afirmar su soberanía y auto-suficiencia.

De hecho, se mantiene una fuerte aversión contra la jerarquía y la organización burocrática, evidente en el discurso de los entrevistados, aún entre aquellos miembros de los Círculos oficialmente registrados. Varios de los líderes enfatizan la idea de organización ‘horizontal’ (Silva, 2004; Vivas, 2004; Mendoza, 2004), entendiéndolo como tal una forma altamente consensuada de toma de decisiones con una jerarquía mínima y una reducida división del trabajo. Los líderes también insisten en que los Círculos se organizan ‘desde abajo’, refiriéndose al poder de decisión ejercido directamente por los miembros, en oposición a las decisiones que vienen ‘desde arriba’ en los partidos tradicionales y en el MVR. Los miembros prefieren convertir a los Círculos en un movimiento dentro del mo-

vimiento, y la coordinación, donde existe, se realiza en grandes convenciones abiertas y en asambleas populares. Otros estudios también han descubierto este concepto como un fundamento del discurso de los miembros de Círculos; de hecho, se trata de uno de los principales motivos para formar parte de estas organizaciones (Sjöo, 2006).

El rechazo a la organización jerárquica y los políticos profesionales, y la preferencia por la política participativa directa, se manifiestan en otra área importante: la ambivalencia de los miembros de Círculos hacia los partidos. Aunque algunos miembros mencionan el apoyo durante la campaña por el referéndum presidencial como una parte importante de sus actividades, la mayoría no participa con fuerza en ninguna otra forma de actividad política e interacción con el gobierno, e incluso se resiste a ser caracterizada como un partido político y a ser vinculada con los partidos regulares del chavismo. De hecho, sólo el 6 por ciento de los encuestados sostiene que su Círculo ha participado alguna vez en la campaña de algún otro candidato aparte de Chávez.

Esta desconfianza hacia los partidos se extiende aún al MVR. Los encuestados en el 2004 y los entrevistados en el 2005 reconocen que existe un fuerte recelo de los líderes de los Círculos hacia el MVR. En algunos estados, los Círculos llegan incluso a proponer candidatos alternativos para las elecciones locales en octubre del 2004, y organizan nuevos partidos regionales para la campaña en apoyo a estos candidatos, tales como el Movimiento de Concentración Gente Nueva en Guatire-Guarenas, Estado Miranda, o la Unidad Patriótica de Carabobo. Estas organizaciones partidistas –hay que notar cómo se evita en cada caso el término ‘partido’ en su nombre– compiten directamente, y con frecuencia sin éxito, contra los candidatos del MVR y otros partidos tradicionales en la coalición chavista. En la investigación se pregunta si los encuestados son miembros o simpatizan con algún partido político: mientras el 46 por ciento indica su simpatía con el MVR, otro 9 por ciento simpatiza con los nuevos partidos no oficiales, y un 42 por ciento no simpatiza con ninguno.

Tácticas de “todo vale”

El tercer atributo en que los Círculos corresponden al modelo de organización populista se encuentra en sus prácticas políticas. Aunque existe una apertura democrática en muchas actitudes y procedimientos, tales como la organización interna, los Círculos se inclinan por una versión populista de la democracia y tienden al compromiso con actividades que no violan la letra, pero sí el espíritu de los procedimientos democráticos.

Muchos de los primeros resultados de la investigación demuestran las cualidades y actitudes democráticas de los Círculos positivamente. En el nivel más abstracto, por ejemplo, las actitudes democráticas de los miembros entrevistados son ejemplares en relación con las de gran parte de los venezolanos. Para medir estas actitudes, se emplea una pregunta estándar del *World Values Survey* del año 2000 (WVS), sobre los sentimientos de los entrevistados respecto a ciertos tipos de régimen. Las actitudes de la mayoría de venezolanos y votantes chavistas son un poco equívocas: sólo la mitad de los encuestados en cada uno de los grupos siente que los regímenes no democráticos son ‘malos’ o ‘muy malos’, y tan sólo dos tercios sienten que un régimen democrático podría ser ‘muy bueno’. En contraste, casi tres-cuartos de los miembros de Círculos que se encuestaron indican que los regímenes no democráticos son ‘malos’ o ‘muy malos’, y cerca de 80 por ciento dicen que un régimen democrático sería ‘muy bueno’. Los miembros de Círculos parecen afirmar ideales democráticos con mayor fuerza que los venezolanos promedio.

De manera similar, los métodos políticos de los miembros de Círculos son notablemente pacíficos. Por ejemplo, otra pregunta del WVS cuestiona si se acepta la declaración de que la violencia nunca se justifica en política. Casi todos los encuestados rechazan los medios políticos violentos: aunque un 65 por ciento está de acuerdo con esta afirmación, tan sólo el 38 por ciento tiene la convicción absoluta de que la violencia jamás se justifica en política.

Sin embargo, una vez que se profundiza en el significado de estos términos como ‘democracia’ y en las acciones de los miembros de los Círculos, se encuentra señales de que este discurso es populista más que pluralista. Considerando primero el significado de la democracia, la evidencia más relevante viene de una pregunta abierta: “¿Qué necesita un país para ser

democrático?” Esta interrogante es idéntica a una empleada por Collier *et al.* en una encuesta de aproximadamente mil cuatrocientos venezolanos realizada en el 2003, lo que nos permite comparar las respuestas de la población en general con las respuestas de los miembros de Círculos. Para esto, se mide el porcentaje de respuestas que emplean una serie de palabras o términos asociados con el discurso populista de Chávez –tales como ‘pueblo’, ‘popular’, ‘participación’ y ‘protagonismo’–, así como el porcentaje de encuestados que emplean la palabra ‘libertad’, un término que parece asociado con nociones pluralistas de democracia y el enfoque en derechos de minorías. Estas son las palabras o términos que más se mencionaron en ambas muestras, pues aparecen en más de la mitad de las respuestas.

Los resultados en la Tabla 1 muestran que los chavistas en general, y especialmente los encuestados en los Círculos, son más propensos a tener un discurso democrático populista. El patrón es más claro si se considera el uso de términos asociados con la perspectiva pluralista. En la encuesta de Collier *et al.*, mientras casi la mitad de los encuestados de los partidos de oposición Acción Democrática y cerca de dos tercios del otro partido de oposición Primero Justicia mencionaron los términos ‘libertad’, y sobretodo ‘libertad de expresión’, sólo un tercio de los encuestados chavistas mencionaron estas palabras. Así, los chavistas se inclinan menos a definir la democracia en términos liberales. Este patrón se repite en la encuesta de los Círculos, en la que un porcentaje aún más pequeño, sólo un cuarto, menciona estos términos.

Palabra o frase	Encuesta de Collier (% de encuestados)				Encuesta CB (% de encuestados)
	Todos	MVR	AD	PJ	
Libertad	50.7	35.1	56.0	67.9	27.0
Libertad de expresión	43.5	31.8	47.6	59.9	16.0
Pueblo/Participación	4.3	4.8	4.8	2.9	30.0
Empleo/Salud/Educación	10.5	11.1	11.9	9.5	10.0
N	1364	396	84	137	100

Un patrón similar se presenta cuando se consideran términos asociados con la perspectiva populista. En la muestra de Collier *et al.*, sólo alrededor del cuatro por ciento de los encuestados emplearon términos como ‘pueblo’ y ‘participación’ para definir a la democracia. Esta es una proporción relativamente pequeña, a pesar de que los encuestados chavistas tendían a usar estos términos un poco más frecuentemente que los simpatizantes de Primero Justicia –casi un cinco por ciento contra un tres por ciento–. La diferencia es más notoria si se considera a los miembros de los Círculos: el 30 por ciento de los encuestados menciona los mismos términos, convirtiendo esta respuesta en la más común de la investigación. De esta manera, aunque los miembros de los Círculos tienden más que otros venezolanos a apoyar la democracia en abstracto, son menos propensos a hacerlo en términos de libertades civiles y se inclinan por los conceptos populistas.

Otra evidencia sobre el concepto de la democracia para los Círculos se encuentra en una pregunta cerrada que se refiere a las actitudes hacia el cambio social. Esta pregunta se extrae del WVS, y cuestiona si el encuestado siente que la sociedad necesita someterse a un cambio profundo a través de la revolución; o si, en lugar de aquello, la sociedad necesita un cambio gradual a través de reformas; o si la sociedad debe defenderse contra las fuerzas subversivas que buscan el cambio. Los resultados en la Tabla 2 indican que

Pregunta: “En esta tarjeta hay tres tipos de actitudes hacia la sociedad en la que vivimos. Por favor escoja la que se acerque más a su opinión”. (% del total de encuestados)	WVS	WVS (MVR)	Encuesta CB
“La forma en que está organizada la sociedad debe ser cambiada a fondo con acciones revolucionarias”.	12.2	16.8	41.5
“Nuestra sociedad debe ser gradualmente reformada mediante reformas”.	56.4	52.4	26.4
“Nuestra sociedad actual debe ser valientemente defendida de toda fuerza subversiva”.	29.1	29.0	30.2
No saben / No contestan	2.3	1.8	1.9
N	1200	452	106

los miembros de los Círculos tienen visiones mucho más radicales sobre el cambio social, en tanto que el promedio de venezolanos y votantes chavistas (en la Tabla, WVS y WVS [MVR] respectivamente) expresan una fuerte preferencia por el cambio gradual a través de reforma –56 y 52 por ciento en cada caso–, y escogieron el cambio revolucionario al final. Por su parte, la gran mayoría de los miembros de Círculos (en la Tabla, Encuesta CB), prefieren cambios revolucionarios profundos: 42 por ciento, y la opción siguiente es defender las metas alcanzadas; mientras que el apoyo más reducido, 26 por ciento, es para la reforma gradual. Por tanto, los miembros de los Círculos se inclinan a aceptar la consigna del discurso populista, según la cual defender la voluntad popular requiere liberación o revolución.

Este patrón populista en el discurso de los miembros de Círculos también parece caracterizar sus acciones o comportamientos. Por ejemplo, los miembros de Círculos entrevistados mencionan a menudo el rol que juegan en las solicitudes hacia el gobierno para el acceso a recursos y en especial para los nuevos programas sociales, las Misiones. Mientras en algunos de estos programas no existe evidencia potencial de beneficios condicionados por apoyo político, unos pocos programas se ejecutan con el entendimiento implícito de que sólo quienes apoyan al gobierno de Chávez tienen derecho a los beneficios. Esto queda claro en los intentos del gobierno para emitir nuevas tarjetas de identificación antes de la campaña por el referéndum presidencial, una actividad en la que muchos Círculos participan directamente como parte de su trabajo: estas tarjetas son negadas a los ciudadanos que han firmado peticiones de revocatoria. En otros programas, como las Misiones Educativas, al menos un director de programa afirma que sólo quienes apoyan a Chávez son elegibles para participar (Entrevista No. 11, 2004). Y durante el período de campaña, en las Misiones Educativas se espera que los estudiantes participen regularmente en demostraciones a favor de Chávez (Entrevista No. 11; Entrevista No. 13).

Otra evidencia sobre el comportamiento en relación con el discurso populista se encuentra durante la participación de los Círculos en la campaña por el referéndum presidencial. Como se mencionó antes, los miembros de los Círculos se muestran en general contrarios a la participación en partidos políticos tradicionales, e incluso esta hostilidad se dirige contra los partidos chavistas como el MVR; no obstante, casi todos los

encuestados participan en la campaña contra la revocatoria y esta actividad, por lo menos durante un tiempo, tiene prioridad sobre la labor social. Más aún, los miembros de Círculos entrevistados nunca expresan ningún escrúpulo respecto al uso de recursos del Estado para esta campaña, una práctica evidente durante las semanas en que se realiza la investigación. En la medida en que Chávez es considerado como la personificación de la voluntad popular, el apoyo en la campaña es totalmente razonable. Mientras los esfuerzos del MVR y los partidos más tradicionales pueden ser considerados como partidistas, el respaldo a Chávez parece una actividad distinta, puesto que él no representa los propósitos de una facción política, sino la voluntad de la nación entera. Los miembros de los Círculos justifican sus propios esfuerzos electorales como un antídoto popular necesario contra el creciente comportamiento corrupto de los líderes de partidos políticos (Carreño, 2004).

Insularidad.

El último atributo en que los Círculos se corresponden con el modelo de organización populista se encuentra en el nivel sistémico, con su aislamiento en relación a la sociedad civil venezolana. Aunque los Círculos aumentan la densidad y pluralidad de sus miembros, operan sólo hacia el interior del movimiento chavista. Si se considera la sociedad civil como un todo, los Círculos son parte de un proceso que tiende a privar de derechos a los miembros de la oposición y a poner en desventaja las organizaciones que no son parte del movimiento.

Para evaluar si los Círculos aumentan la densidad organizacional del chavismo, se presenta a los miembros de los Círculos una serie de cuestiones estándar del WVS, sobre si son miembros de una lista de organizaciones y actividades posibles; los resultados de ambas encuestas se pueden encontrar en la Tabla 3. Los miembros de Círculos encuestados tienen niveles mucho más altos de pertenencia a asociaciones voluntarias que el resto de simpatizantes de Chávez o que la población venezolana en general.

Sin embargo, los Círculos no parecen reforzar el tipo de relaciones transversales que Putnam (2000) y otros denominan “puentes”, que per-

miten la vinculación de capital social de distintos sectores, y que las investigaciones suelen asociar con la sociedad civil pluralista. De hecho, se descubre que la mayoría de Círculos incorporan capital social mediante adhesión interna, pero conviven de manera incómoda con otras organizaciones tradicionales de la sociedad civil; incluso es frecuente que los Círculos sean utilizados por el gobierno para suplantar estas organizaciones. Aunque muchos Círculos trabajan junto a otras organizaciones en los barrios más pobres, persiste una tensión frecuente con las ONG que tradicionalmente intentan mantener una neutralidad política o se encuentran asociadas con la oposición. Como otros chavistas, los miembros de

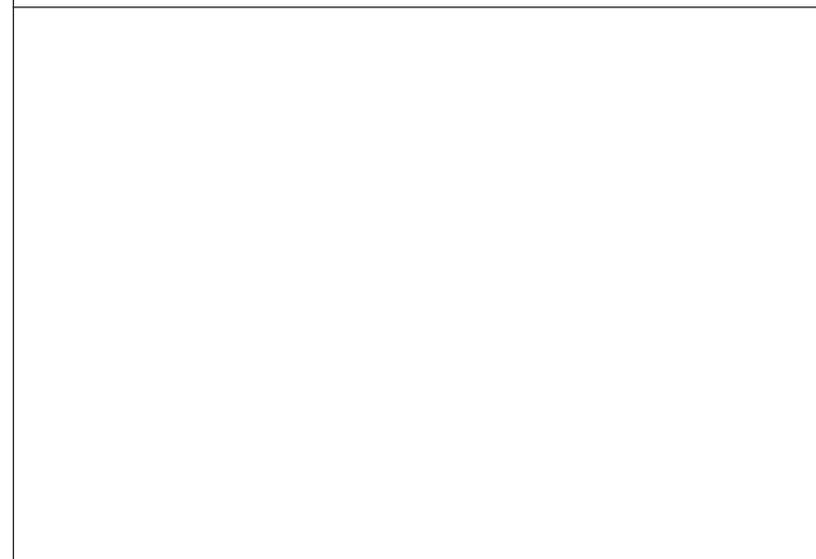
Tabla 3.
Número de miembros en organizaciones y actividades

Organización / Actividad	WVS	WVS (MVR)	Encuesta CB
Servicios de bienestar social para ancianos, discapacitados, o personas de escasos recursos	6.6	7.3	33.0
Iglesia u organizaciones religiosas	22.9	21.5	24.5
Actividades educativas, artísticas, musicales o culturales	17.8	15.9	57.0
Sindicatos	3.0	4.6	8.7
Acción local en su comunidad en asuntos de pobreza, empleo, vivienda, o igualdad de etnias	10.3	11.3	69.2
Derechos humanos	8.9	10.0	37.5
Conservación del medio ambiente, la ecología, y los derechos de los animales	11.9	11.5	33.0
Asociaciones profesionales	9.3	9.5	31.8
Trabajo con jóvenes (como los <i>Boy Scouts</i> , guías, clubes juveniles, etc.)	8.4	10.6	30.8
Deportes o recreación	21.1	21.7	43.0
Grupos de mujeres	5.1	6.2	28.3
Movimiento por la paz	5.8	7.7	27.2
Organizaciones voluntarias relacionadas con la salud	9.8	12.2	63.2
Algún otro grupo	0.7	1.1	14.3
Promedio (sin incluir 'otras')	10.8	11.5	35.8
N	1200	452	107

los Círculos tienden a considerar a los miembros de la oposición como golpistas ilegítimos, y al Movimiento Bolivariano como la verdadera expresión del pueblo de Venezuela. También se reportan casos de negativas del gobierno para financiar y otorgar jurisdicción a organizaciones de caridad existentes, respaldo que luego se entrega a las organizaciones chavistas locales (Peñaloza, 2004: 7).

Para evaluar el grado de insularidad, se continúa la serie de preguntas anteriores respecto a la pertenencia, pidiendo que los encuestados mencionen las organizaciones actuales en las que son miembros. Esto genera un grupo más pequeño de organizaciones, porque en muchos casos las organizaciones mencionadas realizan múltiples actividades y cumplen diversas funciones. Con base en estas respuestas, es posible determinar el grado de clausura o confinamiento de los miembros de los Círculos encuestados dentro de las organizaciones del Movimiento Bolivariano. Los resultados se muestran en el histograma de la Figura 1. Se encuentra que al menos un quinto de los encuestados pertenece sólo a organizacio-

Figura 1.
Participación individual en las organizaciones chavistas



nes chavistas, y que al menos dos tercios son miembros de organizaciones de las que sólo un tercio no son chavistas. Teniendo en mente que estas estimaciones son casi con seguridad bajas –por ejemplo, frente a la incertidumbre sobre la filiación de una organización, se codifica como ‘no chavista’–, estos resultados sugieren un alto nivel de involucramiento exclusivo en la sociedad civil chavista.

También se encuentra evidencia adicional sobre insularidad cuando se examinan los tipos de medios de comunicación en que los encuestados confían. En los años posteriores a la primera elección de Chávez, los medios empiezan a polarizarse, con los canales privados –sobretudo en televisión– convertidos en oponentes de Chávez, y los canales públicos en portavoces del gobierno. Luego del golpe fallido del 2002, cuando los medios privados jugaron un rol importante para proteger las marchas de la oposición, el gobierno invierte en los medios estatales con el objetivo de brindar una programación más sofisticada y un nuevo escenario de opinión, y financió una amplia red de estaciones de radio y televisión comunitaria que se encontraban alineadas con el gobierno (Hawkins, 2006; Schiller, 2006; Fernandes, 2006). Aunque los medios privados moderan su tono luego de la victoria de Chávez en el referéndum contra la revocatoria del mandato en el 2004, los venezolanos que esperan noticias imparciales tienen, en el momento en que se realiza esta investigación, pocas opciones.

Los encuestados expresan su contribución voluntaria a esta polarización mediática. Primero, casi todos confían en los medios estatales como su fuente de información: el 80 por ciento afirma consultar primero fuentes de información afiliadas al Estado, incluyendo los medios comunitarios y también otros miembros del propio Círculo. El 82 por ciento declara que mira el programa *Aló Presidente*, de estilo *talk show*, por lo menos tres veces al mes o más, y la mayoría de los encuestados aseguran ver el programa entero o su mayor parte. Se trata de un acto casi increíble de devoción política, si consideramos que el programa podía durar hasta seis horas por episodio.

Segundo, los encuestados demuestran una particular tendencia a homologar medios comunitarios con medios de propiedad del gobierno. Casi el 68 por ciento indica que ve o escucha regularmente medios comunitarios; cuando se pregunta por la estación de radio o televisión comu-

nitaria preferida, la gran mayoría señala un medio vinculado con Chávez. Esta respuesta es predecible, porque los medios comunitarios habían sido fuertemente promovidos por el gobierno. Lo que resulta confuso es el hecho de que un 35 por ciento de los encuestados sostiene que su medio comunitario favorito es *Radio Nacional*, una estación estatal, y no se menciona ningún medio comunitario.

Existen al menos dos alternativas para interpretar esta respuesta. La primera es que la programación de las estaciones comunitarias de entonces pudo haber confundido a su público, porque las filiales de medios comunitarios incluían re-emisiones de los noticieros de Radio Nacional en su programación, así que se escuchaban referencias continuas a los periodistas de esta emisora. Sin embargo, otra posibilidad es que los radioescuchas chavistas tienden a considerar los ‘medios comunitarios’ como ‘medios populares’; en tal caso, toda la programación del gobierno puede ser considerada comunitaria. Lo que para los extraños parece una tendencia política inapropiada en los medios del gobierno y medios comunitarios, se convierte en la principal cualidad que otorga legitimidad a estos medios frente a su público.

Conclusión

Los Círculos Bolivarianos correspondieron ampliamente al modelo de la organización populista. A pesar de su importante autonomía formal respecto al Estado venezolano, no sólo mostraron niveles débiles de institucionalización, así como un fuerte vínculo con el carismático líder populista, sino que tuvieron una organización similar a un movimiento; también compartieron un fuerte rechazo a la organización jerárquica permanente de entidades tales como partidos; aplicaron tácticas de “todo vale” con marcadas connotaciones populistas; y presentaron un alto grado de insularidad respecto a otros componentes de la sociedad civil.

Pero lo principal no es sólo que los Círculos cumplen con esta configuración de atributos organizativos, sino que estas cualidades parecen derivar directamente del discurso populista del movimiento. No siempre se trata de formas organizativas eficientes desde el punto de vista utilita-

rio, e incluso se generan conflictos con los imperativos del liderazgo carismático del movimiento. Quizás si se hubieran seguido las líneas organizativas del liderazgo nacional, seleccionando representantes a través de medios formales y adoptando una mayor división del trabajo, los Círculos podrían haber cumplido de mejor manera sus objetivos sociales y políticos, y empleando menos recursos materiales. Pero esta eficacia también puede significar la negación de los principios de participación popular democrática que inspiran a los chavistas: también el discurso, y no sólo las restricciones materiales, condicionan las elecciones de los actores.

Referencias

- Agence France Presse–Spanish (2001). “Chávez relanza su Movimiento Bolivariano 2000 y Círculos Bolivarianos”, 17 de diciembre.
- Betz, Hans-Georg (1994). *Radical Right-Wing Populism in Western Europe*. Basingstoke: Macmillan.
- Blanco Muñoz, Agustín (1998). “Venezuela del 04F-92 al 06D-98: Habla el Comandante Hugo Chávez Frías”, en *Testimonios Violentos*, Vol. 12. Caracas: Fundación Cátedra Pío Tamayo.
- Botía, Alejandro (2005a). “Círculos Bolivarianos parecen burbujas en el limbo”, en *Últimas Noticias*, 20 marzo, 20.
- _____ (2005b). “Rollo palaciegos enredaron a los Círculos Bolivarianos”, en *Últimas Noticias*, 21 marzo, 15.
- Canovan, Margaret (1999). “Trust the people! Populism and the two faces of democracy”, en *Political Studies*, Vol. 47, N. 1: 2-16.
- Círculos Bolivarianos. “¿Cuál es la misión de los Círculos Bolivarianos?”, en http://www.circulosbolivarianos.org/inicio_anexos/mision.html. Ingresado el 25 de septiembre del 2004.
- Chávez, Rodrigo y Tom Burke (2003). “The Círculos Bolivarianos”, en *ZNET*, 30 julio., en www.zmag.org. Ingresado el 18 de septiembre 2004.
- Comando Supremo Revolucionario Bolivariano (s.d.). *Círculos Bolivarianos*.

- Conniff, Michael L., ed. (1999). *Populism in Latin America*. Tuscaloosa, AL: University of Alabama Press.
- De la Torre, Carlos (2000). *Populist Seduction in Latin America. The Ecuadorian Experience*. Athens, Ohio: Ohio University Center for International Studies.
- Di Tella, T. S. (1965). “Populism and reforms in Latin America”, en Claudio Véliz, ed., *Obstacles to change in Latin America*, Nueva York: Oxford University Press, pp. 47-74.
- Diamond, Larry (1999). *Developing Democracy: Toward Consolidation*. Baltimore, MD: The Johns Hopkins University Press.
- Durango, Hernán (2006). “Congreso ideológico de Círculos Bolivarianos ratifica ingreso al PSUV”, 12 de diciembre, en www.aporrea.org.
- Fernandes, Sujatha (2006). “Radio Bemba in an age of electronic media. The dynamics of popular communication in Chávez’s Venezuela”, ponencia presentada en el XXVI Congreso de la Asociación de Estudios Latinoamericanos, San Juan, Puerto Rico, 15-18 marzo.
- García-Guadilla, María Pilar (2003). “Civil society: Institutionalization, fragmentation, autonomy”, en Steve Ellner y Daniel Hellinger, eds., *Venezuelan Politics in the Chávez Era: Class, Polarization and Conflict*, Boulder, CO: Lynne Rienner Publishers, pp. 179-96.
- Germani, Gino (1978). *Authoritarianism, fascism, and national populism*. New Brunswick, NJ: Transaction Books.
- Hawkins, Eliza Tanner (2006). “Community media in Venezuela”, ponencia presentada en el XXVI Congreso de la Asociación de Estudios Latinoamericanos, San Juan, Puerto Rico, 15-18 marzo.
- Hawkins, Kirk A. “Measuring discourse using holistic grading, with special reference to populism” (manuscrito en revisión).
- _____ (2003). “Populism in Venezuela: The Rise of Chavismo”, en *Third World Quarterly*, 24, N. 6: 1137-1160.
- Hawkins, Kirk A. y David R. Hansen (2006). “Dependent civil society: The Círculos Bolivarianos in Venezuela”, en *Latin American Research Review*, Vol. 41, N. 1: 102-32.
- Harnecker, Marta (2002). *Understanding the Venezuelan Revolution: Hugo Chávez Talks to Marta Harnecker*. Traducido por Chesa Boudin. Nueva York: Monthly Review Press.

- Huntington, Samuel P. (1968). *Political Order in Changing Societies*. New Haven, CT: Yale University Press.
- Kitschelt, Herbert. (1995). *The Radical Right in Western Europe: A Comparative Analysis*. Ann Arbor: University of Michigan Press.
- Laclau, Ernesto (2005). *On Populist Reason*. Londres: Verso.
- Levitsky, Steven (2003). "Transforming Labor-Based Parties", en *Latin America: Argentine Peronism in Comparative Perspective*. Cambridge, UK: Cambridge University Press.
- Linz, Juan J. y Alfred Stepan (1996). *Problems of Democratic Transition and Consolidation: Southern Europe, South America, and Post-Communist Europe*. Baltimore, MD: Johns Hopkins University Press.
- López Maya, Margarita (2003). "Hugo Chávez Frías: His movement and his presidency", en Steve Ellner y Daniel Hellinger, eds., *Venezuelan Politics in the Chávez Era. Class, Polarization and Conflict*, Boulder, CO: Lynne Rienner Publishers, pp. 73-92.
- Mainwaring, Scott y Timothy R. Scully, eds. (1995). *Building democratic institutions. Party systems in Latin America*. Stanford, CA: Stanford University Press.
- McAdam, Doug, Sidney Tarrow y Charles Tilly (1997). "Toward an integrated perspective on social movements and revolution", en Mark Irving Lichbach and Alan S. Zuckerman, eds., *Comparative Politics: Rationality, Culture, and Structure*, Nueva York: Cambridge University Press, pp. 142-171.
- McCarthy, John D., y Mayer N. Zald (1997). "Resource mobilization and social movements: A partial theory", en *American Journal of Sociology*, N. 82: 1212-41.
- McGuire, James W. 1995. "Political parties and democracy in Argentina", en Scott Mainwaring y Timothy Scully, eds., *Building Democratic Institutions. Party Systems in Latin America*, Stanford, CA: Stanford University Press, pp. 200-46.
- McGuire, James W. (1997). *Peronism without Perón: Unions, Parties, and Democracy in Argentina*. Palo Alto, CA: Stanford University Press.
- Mudde, Cas (2004). "The populist *Zeitgeist*", en *Government and Opposition*, N. 39 (otoño): 541-563.
- O'Grady, Mary Anastasia (2003). "Why can't the CIA tell us more about Hugo's Plotting?", en *Wall Street Journal*, 14 de marzo, p. A11.
- Panbianco, Angelo (1988). *Political Parties: Organization and Power*. Traducido por Marc Silver. Nueva York: Cambridge University Press.
- Panizza, Francisco, ed. (2005). *Populism and the Mirror of Democracy*. Londres: Verso.
- Peñalosa, Pedro Pablo (2004). "Sanifa saca cuenta y arrebatá", en *Tal Cual*, agosto 4.
- Putnam, Robert D. (2000). *Bowling Alone. The Collapse and Revival of American Community*. Nueva York: Simon & Schuster.
- Randall, Vicky y Lars Svasand (2002). "Party institutionalization in new democracies", en *Party Politics*, Vol. 8, N. 1: 3-29.
- Roberts, Kenneth M. (2003). "Social correlates of party system demise and populist resurgence in Venezuela", en *Latin American Politics and Society*, Vol. 45, N. 3: 35-57.
- _____ (2006). "Populism, political conflict, and grassroots organization in Latin America", en *Comparative Politics*, Vol. 38, N. 2: 127-48.
- Roxborough, Ian (1984). "Unity and diversity in Latin American history", en *Journal of Latin American Studies*, Vol. 16, N. 1: 1-26.
- Sartori, Giovanni (1976). *Parties and Party Systems. A Framework for Analysis*. Vol. 1. Nueva York: Cambridge University Press.
- Schiller, Naomi (2006). "Catia sees you. Community television, clientelism, and everyday state making in the Chávez era", ponencia presentada en el XXVI Congreso de la Asociación de Estudios Latinoamericanos, San Juan, Puerto Rico, marzo 15-18.
- Selznick, Philip (1957). *Leadership in Administration: A Sociological Interpretation*. Evanston, IL: Row Peterson.
- Sjöö, Jenny (2006). "'For my president and for my country' The Círculos Bolivarianos. A minor field study from Venezuela", tesis de maestría, no publicada. Uppsala, Suecia: Uppsala University.
- Tarrow, Sidney (1994). *Power in Movement: Social Movements, Collective Action, and Politics*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Taggart, Paul (2000). *Populism*. Philadelphia: Open University Press.

VHeadline (2001). "VHeadline News Briefs". 18 de diciembre. En <http://www.vheadline.com/readnews.asp?id=9309>. Ingresado el 28 de septiembre del 2004.

Weyland, Kurt (2001). "Clarifying a Contested Concept. Populism in the study of Latin American Politics", en *Comparative Politics*: 1-22.

Weber, Max (1946). *From Max Weber. Essays in Sociology*. Traducido, editado y prologado por H. H. Gerth y C. Wright Mills. Nueva York: Oxford University Press.

Entrevistas

NB: Todas las entrevistas fueron realizadas personalmente por el autor de esta investigación; las transcripciones correspondientes se encuentran en su poder.

Carreño, Orlando, Coordinador Comandante de Círculos Bolivarianos MBR-200 (4-F) Estado de Miranda. 2004, 3 agosto, Guatire.

Maldonado, Ana, estudiante universitaria. 2005, 5 de mayo, Caracas /Provo, Utah.

Mendoza, Rubén, Coordinador Estatal de Círculos Bolivarianos MBR-200, Estado de Miranda. 2004, 21 de julio, Sabana Grande.

_____ Estado de Miranda. 2005, 3 de mayo, Caracas/Provo, Utah.

Silva, Irina, Promotora Estatal de Círculos Bolivarianos MBR-200, Estado de Carabobo. 2004, 19 de julio, Valencia.

Vivas, Jesús, Coordinador Estatal de Círculos Bolivarianos MBR-200, Estado de Aragua. 2004, 16 de julio, Maracay.

_____ Estado de Aragua. 2005, 3 de mayo, Maracay/Provo, Utah.

Sobre alquimistas e imaginadores. Populismo y nación

Julio Aibar Gaete*

Antes de plantear el objeto central de este artículo, es necesario dejar en claro que: (i) la propuesta que se presenta tiene un carácter provisional y ensayístico; (ii) a pesar de su estilo ensayístico, no es para nada novedosa; (iii) aunque no es novedosa, creo que apunta a un problema crucial, pero sistemáticamente soslayado en el debate actual sobre el populismo.

Vayamos sin más vueltas a la tesis central que guiará la exposición: propongo entender a los populismos como un síntoma, una problematización y/o una puesta en acto de la llamada "cuestión nacional".

Si la propuesta no es para nada novedosa, es porque reconoce como antecedente, entre otros, a una conocida publicación que data de 1981 de Emilio de Ípola y Juan Carlos Portantiero, denominada *Lo nacional popular y los populismos realmente existentes*. Considero que vale la pena retomar ese trabajo, para someterlo a una cuidadosa lectura que nos permita reformularlo y actualizarlo o, eventualmente, desecharlo. El interés por retomar las tesis principales de De Ípola y Portantiero no obedece en este caso al mandato reciclador, tan caro a los ecologistas, sino a la sospecha de que las mismas pueden ofrecer, hoy más que nunca, las claves para entender a los populismos, a pesar de la tan difundida y vociferada "crisis terminal" de la nación, de los nacionalismos y del Estado.

Inscribir al populismo en esta línea de análisis y considerar el carácter imaginado de la nación (Anderson, 2007), es situar al primero –más allá

* FLACSO-México. E-mail: julioaibar@flacso.edu.mx.

de la retórica anti-política que a veces asume— en el terreno estrictamente político, que encuentra sus antecedentes en Maquiavelo, Gramsci y Carl Schmitt. Aunque para evitar confusiones sea necesario aclarar que del reconocimiento de esos antecedentes no se deriva que todo populista asuma consciente y deliberadamente ese linaje, ni que todas las expresiones concretas del populismo se propongan la construcción o reconstrucción de una nación. Lo único que se está sugiriendo es que los populismos plantean la centralidad de la llamada “cuestión nacional”, como lo hicieron los mencionados pensadores.

En algunos casos, la cuestión nacional es efectivamente planteada y los cursos de acción se dirigen a resolverla, o al menos a activarla. En otros, no hay tal elaboración y los populismos simplemente hacen de catalizadores de esa problemática. Entre los primeros podemos ubicar al primer peronismo, al cardenismo, al varguismo, al chavismo y al kirchnerismo. Entre los segundos se puede mencionar a los denominados neopopulismos de los noventa, encarnados por Color de Mello y Fujimori, entre otros.

Nación, nacionalismo y populismo

A partir de una lectura gramsciana y de la revalorización y reconceptuación de las nociones de ‘popular’, ‘nación’ y ‘Estado’, De Ípola y Portantiero (1981) entienden que el primer peronismo (1945-1955) “constituyó una manera específica de asumir y procesar, social, política y culturalmente ‘lo nacional-popular’ en la historia de la sociedad argentina” (1981: 10). Sin adentrarnos por ahora en los que nuestros autores, en su “manera específica” de entender y procesar esa cuestión, denominan “rasgos positivos” y “limitaciones insuperables” del peronismo, propongo explorar brevemente el estado en el que se encuentra el debate en torno a la cuestión nacional, con el objeto de arribar a una definición más o menos compartida sobre ‘nación’. Esa definición contribuirá a entender por qué sugiero que los populismos son un síntoma, una problematización y/o una puesta en acto de la llamada “cuestión nacional”.

Ingrid Bolívar, siguiendo a Smith y Jaffrelot, propone clasificar a los estudios sobre la nación a partir de dos líneas fundamentales que dieron

lugar a dos grandes perspectivas: (i) la de los *primordialistas*, para los cuales la nación da cuenta “de un grupo social que se afirma como totalidad, con base en una serie de vinculaciones étnicas, raciales o históricas y sin conceder mayor preeminencia a su relación con el poder político predominante”; y (ii) la de los *modernistas* que la entienden como un “nuevo modelo de comunidad política en el que se redefinen los derechos, la historia, los fundamentos de la obligación política y el carácter del vínculo social” (Giner, 1996 y Guerra, 1995, citados por Bolívar, 2000: 10).

En esa segunda línea —actualmente dominante en la historia como disciplina académica—, se inscriben los estudios sistemáticos sobre la nación que se reiniciaron en el periodo de entreguerras y los que cobraron un nuevo impulso en el periodo abierto por la segunda posguerra. Trabajos señeros como los de Carlton Hayes, Otto Bauer y Hans Kohn se ubican en el primer momento, mientras que los de Eric Hobsbawm, Ernest Gellner y Benedict Anderson, corresponden al segundo.

El principio rector de los modernistas o del enfoque anti-genealógico —como prefiere llamarlo Palti—, es el “supuesto de la modernidad y el carácter de construcción mental de la nación” (Palti, 2006: 107). Anti-genealógico porque considera que “las naciones, al igual que los Estados, son una contingencia, no una necesidad universal” (Gellner, 1997: 13); moderna porque su nacimiento no se remonta más allá de “fines del siglo XVIII” (Anderson, 2007: 21); y construcción mental porque la nación “no sería más que una entidad ficticia, una construcción discursiva” (Palti, 2006: 107).

Dado el carácter construido de la nación, los historiadores pensaron que debían estudiar a los productores de esos constructos: los nacionalismos. Para Gellner, “el nacionalismo es un principio político que sostiene que debe haber congruencia entre la unidad nacional y la política”, mientras que la idea contingente de la nación implica que “dos hombres son de la misma nación si y sólo si se *reconocen* como pertenecientes a la misma nación”, agregando que la “simple categoría de individuos [...] llegan a ser de una misma nación si y cuando los miembros de la categoría se reconocen mutua y firmemente ciertos deberes y derechos en virtud de su común calidad de miembros. Es ese reconocimiento del prójimo como individuo de su clase lo que los convierte en nación [...]” (Gellner, 1997: 13, 20).

Anderson añade que la nación es un artefacto cultural de una clase en particular que requiere para su constitución de un cruce particular de fuerzas discretas pero, que una vez creadas, se volvieron ‘modulares’ (2007: 21). Es decir, pasaron a ser un modelo que fue aplicado a una variedad casi infinita de situaciones políticas, ideológicas y sociales.

A diferencia de Gellner, la nación es entendida por Anderson como “una comunidad políticamente imaginada como inherentemente limitada y soberana”. Imaginada porque en la mente de cada uno de los miembros de una nación, a pesar de no tener contacto directo entre ellos, vive la imagen de su comunión. Limitada porque sus fronteras son finitas y más o menos estables. Soberana porque todas las naciones sueñan con ser libres, siendo la garantía de esa libertad el Estado soberano. Finalmente comunidad, porque independientemente de las desigualdades que se puedan presentar a su interior, “la nación se concibe siempre con un compañerismo profundo, horizontal” (Anderson, 2007: 23, 25).

El problema que encuentra Anderson en la definición de nación propuesta por Gellner es que éste equipara –en su afán por demostrar las falsas pretensiones del nacionalismo–, invención con fabricación y falsedad, antes que con imaginación y creación (2007: 24).

Impregnados de un cierto racionalismo y motivados por un impulso de desenmascaramiento, la mayor parte de estos trabajos se propuso –con un considerable éxito académico– probar el carácter construido y artificial de las nociones de nación. La nación, concluyeron, tiene fecha de nacimiento más o menos precisa, que se remonta al nacimiento de la modernidad. También ubicaron con cierta precisión su lugar de alumbramiento: los países más desarrollados de la Europa Occidental. Con esto demostraron que la nación no es tan universal, antigua y natural como quieren hacernos creer sus defensores. Tampoco tiene una relación de inmanencia con ninguno de los elementos que sirvieron para justificarla: ni las lenguas, ni el lugar de nacimiento, ni tampoco las tradiciones la producen. Estos, en todo caso, son los insumos argumentativos utilizados o contruidos *ex post* por quienes pretenden legitimar su existencia.

Al ganar en juventud, la nación perdía sus raíces y con ellas su carácter natural, objetivo o necesario. Por ello los historiadores consideraron que era más adecuado ocuparse de los nacionalistas, esos románticos pres-

tidigitadores e imaginadores de mitos y leyendas, así como de sus fantásticas producciones: los nacionalismos. Ya que la nación sólo existe en la cabeza de los nacionalistas y vive en sus productos, la primera dejó de ser el objeto de estudio para ceder su lugar a los segundos. En pocas palabras: una vez que se ubicó la fecha y el lugar de nacimiento de la nación, se pudo rastrear a sus progenitores. Contando con estos datos, la esperanza de algunos historiadores y de otros apresurados y desprevenidos –que anunciaron y celebraron el nacimiento de la era pos-nacional (Bartra, 2007)–, era que nunca más la nación podría ser invocada como fuente inapelable de legitimidad política.

El golpe dado por la mirada ‘científica’, ‘objetiva’ y ‘libre de valores’ y su convergencia nada casual con una era que se creía el inicio del levantamiento o la eliminación de las fronteras, parecían asestarles un golpe de gracia a los defensores de ese ominoso particular, disfrazado de universal.

Sin embargo las cosas no fueron así, pues como advertía Anderson: “La realidad es evidente: el ‘fin de la era del nacionalismo’, anunciado durante tanto tiempo, no se encuentra ni remotamente a la vista. En efecto, la nacionalidad es el valor más universalmente legítimo en la vida política de nuestro tiempo” (2007: 19).

El desmembramiento y la descomposición de la Unión Soviética, con el consecuente reclamo de autonomía e independencia de las naciones que la comprendían; el surgimiento de las demandas de los autodenominados ‘pueblos originarios’ de Latinoamérica y, posteriormente, la revitalización de los populismos de esa misma región que, después de su corto noviazgo con el neoliberalismo, retomaron el discurso de la independencia nacional y el fortalecimiento estatal, vinieron a tirar por tierra las aspiraciones del neoiluminismo y de los ‘refutadores de leyendas’. Los hombres sensibles seguían vivos y sus fantásticas historias seguían cautivando a incautos.

Sin proponérselo, los historiadores no hicieron otra cosa que confirmar, una vez más, que la política no se nutre necesariamente de ‘verdades científicas’, sino que construye sus propios ‘régimenes de verdad’, los cuales, no siempre están enfrentados con los mitos y las leyendas. También venían, sin quererlo, a restituir el lugar que la imaginación tenía en la política. No es casual que una consigna levantada en el mayo francés rezara: “Basta de realidades, queremos promesas”.

Pero, ¿quiere decir esto que los políticos son unos ignorantes que se entregan sin saberlo a la mitología? Sin dudas, habrá casos en lo que eso sucede; pero ello no es necesariamente así. Doy un ejemplo desagradable pero ilustrativo:

Nosotros hemos creado nuestro mito. Nuestro mito es fe y pasión. No es necesario que sea una realidad. Es una realidad en el hecho de que es un estímulo, una esperanza, de que es fe y valor. ¡Nuestro mito es la nación, nuestro mito es la grandeza de la nación! Y es a este mito, a la grandeza, que queremos construir en realidad, que subordinamos todo (Mussolini, citado por Palti, 2006: 93).

Pero ni la razón cínica de Mussolini, ni la presencia perturbadora de ciertos nacionalismos nos debe llevar a desestimar los aportes de los historiadores mencionados. Efectivamente podemos concordar con ellos que la nación es una comunidad política imaginada, que la misma es una construcción contingente que implica el reconocimiento mutuo de derechos y obligaciones. Pero ese mismo reconocimiento es una buena razón para no renunciar tan rápidamente a la idea de nación y a lo que ella implica. Por el contrario, la nación es, probablemente, uno de los proyectos políticos más importantes que se planteó la modernidad, pero que también se extiende a nuestros tiempos. Proyecto que expresa una de las problemáticas que ha atravesado y atraviesa a todo el pensamiento político moderno en el que vive la siguiente tensión: el de la constitución simultánea de una comunidad política –que supone ciertos principios de igualdad– con el establecimiento de un orden por medio de un Estado que se reserva para sí la potestad del ejercicio de la soberanía –que en parte cuestiona el principio de igualdad–.

Asumir su contingencia, sin embargo, no tiene por qué llevarnos a postular la deseabilidad y conveniencia de la desaparición de la nación. Tampoco las nefastas experiencias de algunos nacionalismos de Europa occidental y los rebotes violentos de nuevas formas de racismo y segregación por ellos encarnados, ni los nacionalismos elitistas y retrógrados nos deben hacer olvidar que la nación fue, especialmente en Latinoamérica, la bandera que sintetizó las luchas progresistas de liberación nacional y de la vigencia de los derechos civiles, políticos y sociales. Pues no está de más recordar que una diferencia importante entre algunos nacionalismos de los países

centrales de Europa y los latinoamericanos, es que los primeros son herederos de un pasado de ambiciones imperialistas mientras los segundos lo son de las luchas de liberación de las colonias respecto de esos países centrales.

Reconocer su carácter construido o imaginado no implica desdeñar su potencia demarcatoria, pues,

... aunque sepamos que la categoría misma de *nación* pertenece a la lógica de las comunidades imaginadas de las que habla Benedict Anderson, o incluso de las *construcciones textuales* de los filósofos ‘post’, hace falta también, precisamente, un riguroso ejercicio de *imaginación* teórica, política y cultural para sortear la trampa de la ideología ‘globalizadora’, que junto con la idea de nación pretende barrer de la escena la *realidad* de una profunda y sangrienta *desigualdad* entre unas sociedades que están todas ellas, sí, inscritas e interrelacionadas en el sistema-mundo, pero que lo están *diferencialmente*, con sus particularidades concretas de opresores y oprimidos (Grüner, 2005: 186).

Al principio del artículo propuse entender a los populismos como un síntoma, una problematización y/o una puesta en acto de la llamada “cuestión nacional”. Con los elementos planteados en la indagación acerca de la conceptualización contemporánea de nación podemos llegar a la siguiente formulación:

Los populismos pueden ser entendidos como una expresión política que surge ahí donde las personas ya no reconocen mutuamente sus derechos y obligaciones en tanto miembros de una comunidad políticamente imaginada y en la que el ejercicio de la soberanía perdió legitimidad en tanto se fracturó el sentimiento de pertenencia. En algunos casos los mencionados populismos simplemente expresan ese estado, en otros encarnan proyectos políticos de reconfiguración imaginaria de la sociedad.

Esto no quiere decir que los populismos son meras emergencias reactivas ante un estado de cosas dado, expresando la pérdida de algo que naturalmente se tenía (la nación). La dimensión productiva e imaginativa de los populismos se manifiesta en su capacidad para elaborar y politizar ese sentimiento de desintegración y desmembramiento y reformularlo en términos de déficit o ausencia de nación. Esto es algo que sistemáticamente omiten los estudios contemporáneos críticos del populismo.

Contexto de emergencia de algunos populismos

La exploración de las condiciones de posibilidad de emergencia de los populismos nos puede ayudar a entender cuál es la problemática central que expresan y elaboran esas formas políticas y la potencia interpelatoria de sus discursos. Además, con ella podremos develar una operación ideológica asiduamente empleada en la actualidad, consistente en evaluar a esos fenómenos tomando como parámetro al modelo de la democracia liberal ideal —entendida frecuentemente en los términos de la poliarquía—, sin considerar seriamente la situación que regularmente se presenta al momento en que tales fenómenos cobran mayor fuerza. Quiero decir con ello que las perspectivas actuales más críticas al populismo frecuentemente ignoran esas condiciones de posibilidad que mencionamos anteriormente o directamente las inventan.

Para muestra basta un botón: en el artículo “Chávez. El mito de la comunidad total”, Nelly Arenas se empeña en demostrar que el polémico líder estaría haciendo un enorme esfuerzo para construir un mito que haga de Venezuela una “sociedad cerrada” y que el populismo, en tanto oferta política que “tiene un componente unificador insoslayable”, no sólo es una amenaza para la democracia, sino que incluso puede ser ubicado, en algunos casos, en un extremo al que llama “totalitario” (2007: 158). No encontramos, sin embargo, en el artículo más que escasos y telegráficos pasajes en los que alude a la situación previa al “régimen de Chávez”. Marcos Palacios (2001), en cambio, sí ofrece un panorama que nos puede ayudar a entender por qué la propuesta de Chávez tiene tanta acogida entre sus conciudadanos. Dice este autor: “En los últimos años es más frecuente escuchar palabras como petro-Estado y partidocracia para referirse a la crisis venezolana. Sin embargo, el vocablo partidocracia excluye tendencialmente una realidad típica del sistema venezolano: la creación y funcionamiento de un complejo de empresas públicas, institutos autónomos y otros entes estatales que abrieron, subrepticamente y sin la mediación de los partidos y el Congreso, la sobrerrepresentación de los grandes intereses corporativos privados dentro del Estado”, agregando que los “partidos del Punto Fijo buscaron convertirse en instrumento de la modernización, estabilidad y democracia electoral; de modernización y civilidad. A la postre,

sin embargo, el espacio político quedó monopolizado por los partidos y los partidos por un minúsculo grupo de líderes, los *cogollos* [...]; cundió la sensación que el país estaba gobernado por los partidos (la partidocracia) y no por el pueblo” (Levine y Crisp, citados por Palacios, 2001: 356).¹

Pero parece que el olvido de Arenas con respecto al contexto en el que surge el chavismo no es accidental, pues, cuando se refiere a otra de las experiencias populista de la región, dedica una atención similar a la hora de explorar su situación previa de emergencia.² En cuatro renglones y sin ofrecernos mayores detalles, la autora asevera que fue Perón quien “socavó las posibilidades democráticas en la Argentina de ese entonces” (2007: 156-157), insinuando que, de no ser por este “organicista” y “autoritario” líder personalista, la Argentina se habría encaminado hacia el establecimiento de una democracia liberal pluralista. Lamentablemente la autora no nos aclara a qué se refiere con “posibilidades democráticas”; si éstas eran estructurales, sistémicas u obedecían a una cultura política más o menos extendida en todo el país sudamericano. Suponemos que no considera que eran los conservadores, perpetradores del fraude patriótico, quienes la encarnaban. Tampoco los radicales alvearistas ni la izquierda stalinista, todos miembros de la Unión Democrática opositora a Perón.

Trataré de evitar esa sintomática omisión-distorsión y revisaré, a grandes rasgos, lo que sucedía antes de la llegada al gobierno de dos populistas considerados por muchos como casos ejemplares y prototípicos de esta expresión política. Me refiero al cardenismo y al peronismo.

1 Palacios también recoge mayores elementos de análisis: “El mandato representativo perdió los atributos de responsabilidad y transparencia. Los políticos profesionales respondían ante los dirigentes del partido y no ante los electores [...]. Entonces no debe sorprender que, en un sistema que establece la no obligatoriedad del voto, la abstención (el porcentaje de votantes en relación con el número de electores inscritos) aumentara de 7.58 por ciento en las elecciones presidenciales de 1958 hasta el 18.1 en las de 1988 y a 39.84 en 1993. Más aún, después de 1988 cayeron las tasas de inscripción, de suerte que, sobre una población en edad de votar calculada en 11.1 millones en 1993, dejó de inscribirse 10 por ciento. La abstención en las elecciones regionales fue aún mayor, promediando el 50 por ciento” (Palacios, 2001).

2 Siguiendo la línea de análisis propuesta por la autora nos surge la siguiente pregunta: ¿no serán estos olvidos sistemáticos de la historia la expresión de un mito muy arraigado en la academia que añora un “retorno a una Edad de Oro”, a esa “era dorada que se asocia con las glorias del pasado” de una época rebosante de “potencialidades democráticas”, en la que reinaba un liberalismo al que no se le puede reprochar “relaciones históricamente ambiguas con la democracia” y con agrupaciones políticas que no tenían la “necesidad de construir un enemigo externo”? (Cf. Arenas, 2007: 156, 158, 163).

Sabemos que la fuerza política que llevó a Cárdenas a la presidencia en 1934, llegó al poder 24 años antes por la vía revolucionaria nutrida de la energía que aportaron campesinos y obreros movilizados por la promesa de la implementación de profundos cambios que mejorarían sustantivamente su existencia. Sin embargo, más de dos décadas después del triunfo de los insurrectos, los sectores que realizaron el mayor sacrificio se encontraban en una situación muy distante de la que se les había prometido: los desencuentros entre los miembros de la élite gobernante estaban a la orden del día y el sector más corrupto y conservador de la misma ya venía planteando insistentemente que la revolución debía detener su curso e incluso volver sobre sus propios pasos para poder sacar al país del estancamiento. Sin embargo, “frente al coro de políticos que afirmaban que la Revolución había realizado ya su obra o peor aún, que había fracasado en su empresa” (Córdova, 1980: 25), las luchas de los trabajadores y los campesinos no sólo se incrementaban, sino que ganaban en virulencia.

Jesús Silva Herzog, caracterizaba la situación por la que atravesaba México en los siguientes términos:

Complicados, graves y difíciles son los problemas de la patria; problemas de producción y distribución, problemas de comunicaciones, raciales y de disfunción cultural. Nuestra producción agrícola en mucho de sus renglones no satisface las necesidades de nuestro consumo. Se usan métodos retrasados, no por causas de la reforma agraria como los ignorantes y perversos afirman, sino por una herencia secular de incapacidad. Algunos ejidos están mejor cultivados que la haciendas de los latifundistas imprevistos (*sic*). Muchos de estos señores viven todavía en el siglo XVIII, lo mismo en la acción que en el pensamiento. Su egoísmo llega a veces a la imbecilidad. La producción minera y petrolera de México, adelantada sobre el punto de vista técnico, está en manos de empresas extranjeras que exportan sus utilidades y aumentan así la capitalización de otras naciones, dejando solamente salarios de hambre e impuestos mezquinos [...]. Las industrias de transformación, con raras excepciones, son industrias que se han quedado con medio siglo de retraso tanto en la organización como en la técnica [...]. Además, estas industrias, pertenecen también al extranjero. Y lo mismo ocurre con el comercio grande. Impreparación (*sic*) y

tanto egoísmo en todas partes [...]. ¿Qué acaso estamos destinados a ser eternamente mendigos en nuestro propio territorio, a ser siempre, como lo hizo notar un escritor, mineros y petroleros hambrientos?

Se preguntaba indignado el economista revolucionario (Silva Herzog, citado por Córdova, 1980: 25-26).

Resumo ahora lo que De Ípola (1982) llama –a partir de una lectura del texto *Política e ideología en la teoría marxista* de Laclau (1978)–, las “condiciones de posibilidad” de la experiencia populista del primer gobierno peronista, en la Argentina anterior a la década del treinta: “La hegemonía oligárquica se expresaba, *a la vez*, en una unidad existente en el discurso ideológico dominante, en la presencia marginal de una ideología nacionalista antidemocrática y antiliberal y, en fin, en el reduccionismo clasista de las ideologías obreras”. Agrega luego el autor que durante

... los años treinta y comienzos de los cuarenta se operan transformaciones importantes en esos conjuntos ideológicos, transformaciones estrechamente relacionadas con aquellas que se verifican a nivel nacional e internacional: (i) crisis en el bloque de poder, sobre el fondo de la Gran Depresión que, abriendo paso al proceso de industrialización sustitutiva de importaciones, plantea antagonismos nuevos entre la oligarquía terrateniente y los incipientes sectores industriales; (ii) imposibilidad, debido a la depresión económica misma, de que la oligarquía tolere las políticas redistributivas de los gobiernos radicales, lo que lleva a la implementación de un régimen parlamentario fraudulento que excluye a las capas medias del acceso al poder político; (iii) escisiones en el Partido Radical: el sector oficial adhiere de hecho, aunque en posición subordinada, a la coalición conservadora en el poder; otro sector, minoritario, desarrolla posiciones nacionalistas democráticas y pone en tela de juicio al régimen liberal en su conjunto; (iv) emergencia, dentro del nacionalismo oligárquico, de corrientes industrialistas que, al tiempo que denuncian la corrupción del sistema conservador y su sometimiento al Imperio Británico, adoptan posturas antiimperialistas y buscan una solución alternativa de corte militar autoritario; (v) por último, crisis de las ideologías obreras mismas: la incorporación de un nuevo proletariado proveniente del interior del país a la vida industrial, unida al desarrollo económico que otorga a la clase obrera en su conjunto una presencia y un peso cada vez mayores, se expre-

san en el surgimiento de nuevas opciones ideológicas. El nuevo proletariado migrante es portador de una ideología 'popular democrática' espontánea, no basada en el reduccionismo clasista obrero tradicional, a la vez que, en el seno de la vieja clase obrera, la incompatibilidad entre democracia y liberalismo se torna del todo evidente.

De Ípola concluye que se “produce así un desmembramiento progresivo de los elementos constitutivos de los discursos ideológicos, en concomitancia con la declinación de la hegemonía oligárquica y la crisis de la ideología dominante...”.

Está claro que de las descripciones reseñadas podemos sin problemas inferir que, pese a las diferencias, en uno y otro caso se presentaban serios problemas de integración social, una pérdida progresiva de la capacidad de decisión y ejecución de los Estados, un acentuado desgaste de las ideologías que hasta entonces habían dominado y organizado el espectro político y, consecuentemente, un marcado distanciamiento de las élites con respecto a la población. Pero todo ese panorama no deja de ser un apretado inventario de las condiciones mínimas que constituirán los insumos de los que se nutrirá el discurso que después reconfigurará el campo político en uno y otro país.

Veamos ahora cómo esos insumos fueron elaborados y presentados por parte de dos líderes que después pasarán a ser considerados como los representantes más destacados de los llamados “populismos clásicos”.

La situación económica del país; los problemas existentes de uno a otro confín de la república; el abandono en que viven numerosos pueblos; la criminal apatía de muchas autoridades y su falta de interés por resolver los problemas fundamentales que planteó la revolución; la actitud de elementos que diciéndose revolucionarios sostienen un criterio conservador, la falta de comprensión de jefes militares que desconocen la finalidad social de nuestra revolución; los grandes intereses creados por individuos que actúan en la política nacional; las grandes concesiones sobre el subsuelo dadas en contra de los intereses del país; y por último, los centros de vicio explotados con autorización de funcionarios federales y locales...

Eran para el General Cárdenas motivos suficientes para que la empresa revolucionaria reorientara su rumbo hasta retomar el cauce del que jamás debió apartarse (Lázaro Cárdenas, citado por Arnaldo Córdova 1980: 40).

Dieciséis años más tarde, ocho mil kilómetros al sur, otro general, en la proclamación de su candidatura para presidente de la Argentina, por cadena nacional y ante una entusiasta multitud, sostenía que:

En la mente de quienes concibieron y gestaron la revolución del 4 de junio estaba fija la idea de la redención social de nuestra patria. Este movimiento inicial [...] fue una chispa que el 17 de octubre encendió la hoguera en la que han de crepitar hasta consumirse los restos de feudalismo que aún asoma por tierra americana.

Y luego agregaba: “... hemos venido a terminar con una moral social que permitía que los trabajadores tuviesen para comer sólo lo que se les diera por voluntad patronal y no por deber impuesto por la justicia distributiva...”. Pedía además a sus seguidores no contemplar sólo “lo que pasa en el ‘centro’ de la ciudad de Buenos Aires”, y no “considerar la realidad social del país como una simple prolongación de las calles centrales bien asfaltadas, iluminadas y civilizadas”, sino “considerar la vida triste y sin esperanza de nuestros hermanos de tierra adentro, en cuyos ojos he podido percibir el centelleo de esta esperanza de redención”, aseverando que “argentinos como nosotros, con las virtudes propias de nuestro pueblo, no es posible que puedan acompañar a quienes los han vendido y los llevan a rastras, a los que han sido sus verdugos y seguirán siéndolo el día de mañana”. Para terminar convocando a todos los “hermanos, con pensamiento criollo, sentimiento criollo y valor criollo”, a ser parte del proyecto que haría posible “una patria libre, que no admita regateos de su soberanía”, con “ciudadanos libres que no sólo lo sean políticamente sino que tampoco vivan esclavizados por el patrón” (Perón, 1998: 27-28).

Con las extensas citas precedentes no trato de insinuar que la historia puso a Cárdenas y Perón en una situación en la que no tuvieron otra elección, ni que el populismo era una necesidad y un destino para México y Argentina respectivamente. Tampoco la consideración de las condiciones de emergencia representa un retorno a un determinismo objetivista que

escapa completamente a su elaboración por parte de los sujetos que intervienen en esos procesos. De hecho, las propias descripciones que nos ofrecen tanto Cárdenas como Perón, tratan de mostrar que las mismas eran producto de la acción deliberada de grupos interesados, inscribiéndolas así en el campo estrictamente político.

El “abandono”, “la criminal apatía”, la “falta de interés”, “la actitud de elementos que sostienen un criterio conservador”, “la falta de comprensión” y la identificación de “grandes intereses creados” denunciados por Cárdenas, así como también la imputación de responsabilidades a “los verdugos” de los trabajadores que hace Perón, establecen una línea causal entre las acciones de las élites y la situación social y política en la que se encontraban México y Argentina. Establecer esa causalidad entre la acción deliberada de ciertos grupos, reconocer que esta acción obedece a planes concretos e identificar responsables, implica romper con la fatalidad, natural o necesaria, y este es el primer paso hacia la politización del “estado de cosas existente”.

Pero el proceso de politizar la situación que hacen los populistas, no sólo consiste en una desnaturalización o en una ruptura con la fatalidad de la misma y en la identificación de los responsables. Antes de ello podemos advertir que, en casi todas las expresiones populistas, se comienza con un diagnóstico que plantea un *desgarro interno*, que va mucho más allá de una anomalía temporal o un desajuste pasajero.

Decía Perón el primero de enero de 1946, en un acto de campaña realizado en la ciudad de Santa Fe:

He visto en el Norte, las provincias doloridas por el abandono de tantos años; la niñez, víctima de la miseria fisiológica y mucho más de la miseria social, y he pensado que todo cuanto se critica en mi campaña de justicia social se justifica viendo a un pobre miserable changuito de los altiplanos de Jujuy, hambriento, desnutrido y harapiento (Perón, 1998: 15).

Las pruebas del dolor estaban ahí, expuestas a la vista de todos; pero no todos podían percibirlas. Para hacerlo, en primer lugar, se debía reconocer que los abandonados y los sufrientes eran personas. Es decir, se debía partir de un plano de igualdad establecido desde la “emoción”, que lleva

a sentirse hermanos a todos los que se encontraban “confundido(s)” en ese “mar humano”. Sólo desde ese imperio de los sentidos, de los sentimientos y de las emociones, se podía fundar y *fundir* ese plano de igualdad, instancia que le estaba vedada a quienes no merecían otra cosa que “la condenación de su hipocresía, de su egoísmo, de su falta de sentido humano y de su afán lucrativo que van desangrando la vida de la nación” (Perón, 1998: 27, 34).

Pero ese plano de igualdad postulado, que por un lado hermanaba a Perón con los descamisados, y que por otro lo distinguía de las élites hipócritas y carentes de “sentido humano”, no sólo se sustentaba en una sensibilidad especial por parte de líder sudamericano hacia los desposeídos, sino que era una condición creada en buena medida por las propias élites, en tanto ellas eran responsables por haber desatado “una tempestad de odio” contra “los ‘descamisados’, que sólo piden ganarse la visa honradamente”. “Esa tempestad de odio –prosigue Perón– se vuelca contra nosotros, procurando enlodar nuestras acciones y nuestros más preciados ideales” (Perón, 1998: 30). Es decir, la hermandad dada por la empatía y la sensibilidad, se refuerza y complementa con otra hermandad que nace al reconocerse víctimas de un mismo agresor. Hermandades que se refuerzan y retroalimentan mutuamente y que, circularmente, profundizan las distancias con el enemigo.

Pero, antes de seguir podemos preguntarnos: ¿se trata con Perón de la pura creación de un resentimiento, que no tiene ninguna relación con lo que sucedía en la realidad argentina en esos momentos? ¿Es exagerado afirmar que los otros, en verdad, no reconocían personas en los “descamisados” y desposeídos? Sin necesidad de detallar las condiciones concretas de existencia de los sectores más desfavorecidos en la Argentina de los años treinta, el propio sentido común de una buena parte de la oposición peronista ya respondió a esas preguntas al nombrar como “aluvión zoológico” a los seguidores de Perón, constatando el diagnóstico del *desgarro interno*.

La denuncia de un *desgarro interno*, la imputación e identificación de sus responsables o causantes con la consiguiente desnaturalización del estado de cosas existente, en la que se produjo un daño que rompió con el sentimiento compartido de pertenencia a una comunidad política, hace

de ese trauma el hito inicial de un proceso de re-subjetivación que opera como el principio de reorganización de la sociedad perdida. Ese desgarramiento primordial no es un hecho o dato inicial, sino una producción que visibiliza lo evidente por medio de la dicotomización de la sociedad a través de su codificación en términos de amigos y enemigos. Amigos que se hermanan por medio de los sentidos y del sentimiento, pero también por la presencia de un agresor común.

Pero ese proceso de subjetivación y politización puede desplegarse sólo en tanto todos sus momentos pueden ser referidos a un plano que los contiene al mismo tiempo que los excede: la nación. Es a partir de ese invento moderno, que se puede denunciar la ausencia o violación de la igualdad, sustento del sentimiento de pertenencia a una comunidad. Es la invocación explícita o implícita a la nación –ausente en este caso–, la que permite la redefinición del espacio social dada por la irrupción de quienes fueron o se sienten despojados de su condición de miembros de la comunidad política. Así, los populismos no sólo redefinen el espacio social, entendido como comunidad política, sino que redefinen en cada momento la práctica política misma al plantearla como un profundo proceso de subjetivación que se opone a una concepción que la trata de circunscribir a la pura administración de las cosas.

Este proceso de subjetivación es reconocido y valorado por De Ípola y Portantiero en el caso del peronismo, en tanto esa expresión política habría constituido una experiencia inédita, en la que “quizá por primera vez en la historia argentina, una organización, un régimen y un jefe político se hacían cargo ‘seriamente’, por así decir, de la dimensión nacional-popular de los actores y movimiento sociales. Esto es: reconocían en sus derechos a las masas populares, les ofrecían canales efectivos de movilización y participación, le acordaban [...]. un protagonismo sin precedentes hasta entonces en la vida social y política del país”, dotando por primera vez de “un principio de identidad a la entidad pueblo” (1981: 10).

La producción populista de la comunidad política y lo nacional-popular

Cabe señalar, sin embargo, que aunque pareciera ser que los populistas, son quienes en la actualidad más se hacen cargo de la cuestión nacional, no son los únicos que en todos los tiempos asumieron esa cuestión. A lo largo de la historia hubo propuestas liberales, republicanas, oligárquicas y socialistas de construcción o reconfiguración nacional.

Tampoco la postulación del pueblo como sujeto central de esa reconstrucción es enteramente propia del populismo. Algunas iniciativas liberales se guiaban por el principio de que la nación era la forma de organización política natural de los pueblos, por lo que, cuando se podía reconocer la existencia de una nación, era porque existía un pueblo que la había constituido.

La que sí puede ser considerada una característica propia del populismo es la forma como entiende al pueblo y el modo en que concibe su relación con la nación.

Desde lo que ya es casi un lugar común de las críticas al populismo, se señala que una de sus características regulares es la de tener una concepción organicista de la sociedad y, por derivación, podemos agregar, del pueblo. Para De Ípola y Portantiero, esa característica, entre otras, hace que “ideológica y políticamente no hay(a) continuidad sino ruptura entre populismo y socialismo”. Para esos autores, “el populismo constituye al pueblo como sujeto sobre la base de premisas organicistas que lo reifican en el Estado y que niegan su despliegue pluralista, transformando en oposición frontal las diferencias que existen en su seno, escindiendo al campo popular en base a la distinción entre ‘amigo’ y ‘enemigo’” (1981: 3).

Nelly Arenas, asume que esa característica se presenta regularmente en los populismos y que la misma se manifiesta en el mito de la “sociedad Una” o “comunidad total”, lo cual hace que esa forma política haya mantenido históricamente relaciones ambiguas con la democracia (2007: 154-158).

Sin embargo, si estudiamos cuidadosamente a los populismos, podemos advertir que el sueño de la “sociedad Una”, no parece ser más que una manifestación que sirve para denunciar la exclusión de la comunidad de la que fue y es objeto una de sus partes o sectores importantes. En la prácti-

ca, los populistas no sólo producen una dicotomización inicial de lo social, sino que, en tanto la misma es una parte constitutiva de la identidad del pueblo, “el líder populista requiere para sobrevivir la amenaza permanente de un enemigo”, ya que si “el otro desaparece, la relación líder/pueblo corre el riesgo de desagregarse, en la medida en que la pareja es dependiente de la acechanza del enemigo”. Pero, ese enemigo no es un extraño absoluto, pues, en “los regímenes nacional-populares se impone el principio del tercero incluido: los que están afuera, también están adentro; el enemigo está entre nosotros”. Pero cabe aclarar, que el “populismo llega hasta aquí. Sólo hasta aquí...”, ya que “... el paso siguiente, la extirpación del miembro gangrenado, es la zancada propia del terror revolucionario y, más tarde, el zócalo ideal-represivo del totalitarismo [...]. Pero el populismo es un régimen de otro orden” (Martuccelli y Svampa, 2007: 216).

Además de esa ‘necesaria’ cohabitación permanente con el enemigo y de la cronificación del desgarramiento incurable que politiza al orden social, los populistas reconocen otra fisura inscrita al interior mismo del pueblo. Aunque fácilmente se puede constatar que los populismos han empleado metáforas orgánicas, estas jamás han tenido una connotación organicista en un sentido fuerte y estricto. El organicismo supone una sociedad plena, cerrada y de constitución autosuficiente. Los populistas en cambio inscriben al pueblo, en un doble registro que lo atraviesa y lo escinde desde el inicio. Razón por la cual ese pueblo, origen, fundamento, sujeto central y fin último de la nación, se encuentra en una constante redefinición.

Para los populistas el pueblo es, como ya se señaló, el sujeto fundante y destino último de toda nación; pero es también sólo una parte de esa nación: la parte desfavorecida que, en tanto tal, da cuenta de la ruptura de la comunidad política. Esa tensión o doble acepción es propia, según Agamben (2000), de toda noción de pueblo.

Por otro lado, en el discurso populista el pueblo aparece como lo eterno e inmutable, pero también como aquello efímero y precario. Lo que está permanentemente acechado, lo que debe todo el tiempo recrearse y hacer evidente su actualidad y potencia por medio de la movilización.

Finalmente, el pueblo es concebido como lo dado, como aquello que existe más allá de la política y los políticos, noción que convive con otra que hace del pueblo un sujeto al que es necesario construir y dotar de identidad.

Si el populismo se ubicara en uno de los polos de las dicotomías planteadas, estaría atentando contra su propio proyecto político y su lógica colapsaría. Si por ejemplo, asumiera que el pueblo es la nación, que es eterno e inmutable, su denuncia de desgarramiento interno no haría sentido, como tampoco tendría necesidad de un líder, ya que su lugar sería superfluo. Si se ubicara, por el contrario, en el otro polo de la dicotomía, postulando un pueblo –como lo hicieron recurrentemente las propuestas elitistas y aristocráticas– que sólo se reconoce en la precariedad, el daño y la incapacidad, se dificultaría su postulación como el origen, el núcleo fundante y el destino de la nación.

El populismo, como señala Laclau, construye el pueblo a partir de una *plebs* que reivindica ser un *populus* (2005: 149); agrego aquí, sin olvidar nunca que jamás deja de ser *plebs*. Como hiciera el Maquiavelo interpretado por Althusser (2004), debe denunciar los efectos diluyentes y corrosivos de la acción política de las élites irresponsables, al tiempo que postula la existencia de un pueblo dotado de virtudes y capacidades para construir una nación. En pocas palabras, el populismo en un mismo gesto plantea: no hay pueblo porque no lo dejaron ser; a la vez que sí hay pueblo, y por eso tratan de impedirle ser.

Es por eso –por ese estado de permanente oscilación y de imposibilidad de llegar a una síntesis–, que los populismos, para poder sostener la idea de pueblo precisan de la dicotomización y politización radical de lo social. Pero, es por eso mismo que, en la propuesta populista, la comunidad será siempre política –insisto, aunque asuma una retórica anti-política y organicista–; esto es: imaginada, construida, contingente, incompleta y precaria. Constitución que no sólo requiere de la acción política permanente, sino también de la presencia de una instancia que la encarne, la apoye, le permita desplegarse y perdurar. Esa instancia será para muchas expresiones concretas del populismo el Estado.

Obviamente esta forma de reconstrucción de la comunidad política es objeto de crítica, en tanto es una propuesta en la que habita la siguiente paradoja: la comunidad política imaginada por el populismo se sustenta en una confrontación frontal en base a la “distinción entre ‘amigo’ y ‘enemigo’” (De Ípola y Portantiero, 1981: 3), lo cual conduce a introducir nuevas fracturas ineliminables en su seno. Crítica que sin dudas es aten-

dible, pero que también plantea la pregunta: ¿hay otra forma de hacerlo? ¿Acaso un cierto liberalismo político contemporáneo, que tanto celebra la diversidad y la diferencia, no lo hace sólo en tanto esa diversidad y diferencia son inscritas en un orden institucional dado, considerando a quienes no se ajustan a sus dictados y procesos enemigos de la democracia?

Populismo, nación y representación

Concebido el populismo en estrecha relación con la cuestión nacional y considerando que ese planteo tiene lugar cuando la situación –en buena medida “imaginada”, elaborada y presentada por esos mismos populismos– entraña una ruptura de la sensación de pertenencia a una comunidad política, con la consecuente pérdida de legitimidad de los poderes establecidos, se entiende por qué esa expresión política mantiene, no siempre, pero sí frecuentemente, una relación particular con algunas instituciones de la democracia liberal. Si para los populistas los responsables de esa disolución de la comunidad son las élites, los partidos y con frecuencia el parlamento y la justicia, no se puede esperar de ellos otra cosa que el cuestionamiento y la crítica hacia esas instituciones. Crítica que lleva a muchos a considerar a los populistas como una amenaza para ese orden institucional y para la democracia toda, sin preguntarse siquiera si la misma tiene algún asidero en la realidad. Esa sola pregunta ayudaría a entender por qué los populismos tienen tanta potencia interpelatoria. También ayudaría a entender que las instituciones democráticas liberales tienen enormes límites para procesar la realidad social de países en los que muchos de sus habitantes ni siquiera pueden ser considerados ciudadanos, supuesto básico de la democracia liberal.

Pero el populismo, al cuestionar a las élites que ocupan los cargos destacados en la estructura institucional, están también cuestionando a todos los productos que estas instituciones generan: leyes, decisiones, sentencias. En otras palabras, socavan las bases de aquello que los institucionalistas tanto se empeñan en estabilizar y hacen evidente el carácter arbitrario y contingente del orden existente, como así también el lugar que las personas ocupan en la constitución de ese orden.

Por eso los populismos mantienen frecuentemente una relación ambigua, no con todas las instituciones democráticas liberales como señala Loeza (2007), sino con aquellas que sostienen al orden establecido en momentos específicos.

Esa ambigüedad se da porque, salvo en extrañas ocasiones, los populistas no impugnan a todas las instituciones liberales; de hecho participan de ellas al tiempo que las cuestionan y tratan de redefinirlas, poniéndolas al servicio de la reconfiguración de la comunidad política o en su defecto, haciendo de ellas un reflejo de esa comunidad.

Por eso lo populistas nunca fundan su autoridad, cuando ya están en el gobierno, exclusivamente en la legalidad institucional. Ocupan los puestos institucionales, pero su poder proviene también de otro lado, de la legitimidad que emana de un pueblo del que son parte y que ejerce su potencia política en otros ámbitos.

Decía Perón en el momento de jurar como presidente de Argentina ante la asamblea nacional:

El compromiso que acabo de contraer [...], se adentra en mi alma con el mismo ímpetu con que lo hiciera mi decisión irrevocable de abrazar la causa del pueblo. De ese pueblo que [...] sabe defender sus derechos y su honra arriesgándose en la azarosa jornada del 17 de octubre como ofreciendo el alto ejemplo de cultura cívica del 24 de febrero.

Calificando más adelante a su triunfo electoral como “un triunfo del pueblo argentino” (Perón, 1998: 57-58).

Doble fuente de legitimidad: la de la calle y la de las urnas. La de la lucha frontal y la de la competencia institucional. Por eso la elección de Perón como presidente no lo hace un simple representante del pueblo; él es una parte indisociable de ese pueblo, es el pueblo mismo en el gobierno, al mismo tiempo que no lo es. Doble proceso de igualación y distinción: lo que iguala es la sensibilidad, la condición compartida de ser víctimas de un mismo agresor y la pertenencia a un mismo proyecto político cuyo fin es la reconstrucción de la nación. Lo que distingue a ese pueblo con el líder es el papel que este último cumple en la constitución del primero. La tarea del pueblo en el gobierno es la reconstrucción de una

nación. Mandato que automáticamente coloca a sus ejecutores por arriba de los legisladores, quienes no son más que simples representantes de intereses particulares.

La hegemonía liberal procedimentalista ha llevado a crear un sentido común en el que sólo se reconocen como válidas ciertas y determinadas instituciones, inhabilitando otras. Los populistas en cambio, rara vez asumen como propio los ámbitos institucionales dados; desde el mandato primordial que asumen, exigen que el espacio de la representación sea redefinido. Aunque participan de esos espacios, los impugnan selectivamente y los multiplican: crean otras instituciones, redefinen las existentes y mantienen otras. Por eso, la acción política populista siempre implica una instancia de creación o imaginación.

Los populistas no entienden a las instituciones como lo hacen los procedimentalistas. Para ellos las instituciones son medios al servicio del fin supremo, que es la nación. Para los procedimentalistas, en cambio, las instituciones pasaron a ser el objeto último de la política. Si a los primeros se les puede reprochar un cierto desdén por los procedimientos –desdén que, vale la pena aclararlo, no es abandono–, a los últimos se les puede criticar por reducir la política al puro diseño y aplicación de las reglas, sin permitir siquiera la pregunta: ¿para que debe servir la política?

Esto no quiere decir que los populistas desconocen absolutamente las reglas, ya que las usan para ponerlas al servicio de fines distintos de aquellos para los que fueron creadas, llegando en algunos casos, a generar órdenes jurídicos nuevos.

Recuento final

A lo largo del artículo he tratado de demostrar que los populistas se hacen cargo de una de las empresas políticas más importantes de la modernidad: la denominada cuestión nacional. Siguiendo a Anderson, propuse entender a la nación como una comunidad imaginada. Esto es, postulada y construida políticamente.

Traté también de demostrar que en Latinoamérica, producto de la exclusión que sufren amplios sectores de su población, la idea y el senti-

miento de nación se ven recurrentemente lesionadas, situación ante la cual los populismos pueden representar una verdadera oportunidad.

Defendí la idea de que algunos populismos latinoamericanos no sólo no son reaccionarios –como muchos de los proyectos nacionalistas europeos–, sino que con su planteo realizan una profunda re-politización que comienza rompiendo con la naturalización del estado de cosas existente, para después aglutinar y dotar de identidad a los sectores perjudicados y finalmente reconfigurar el espacio de la política y el de la comunidad reconocida como tal.

Asumí que el modo en que el populismo reconfigura a la comunidad política puede entrar en contradicciones con la forma dominante en que se entiende a la democracia y a la política en la actualidad; pero considero también que ello no autoriza para ubicar al populismo por fuera de la democracia.

Centré mi análisis en dos casos de los denominados populismos clásicos que tuvieron lugar en la primera mitad del siglo pasado. Queda por indagar, después del fin de la guerra fría, si los populismos actuales siguen en la línea demarcada por Perón, Cárdenas y Vargas, en lo que se refiere a su planteo de lo nacional-popular.

Muchas de las críticas que se levantan contra los populismos actuales señalan su carácter arcaico y lo contraponen con una izquierda “moderna” (Bartra, 2007), supuestamente encarnada por el modelo socialdemócrata. Su arcaísmo se debe, supuestamente, a su reivindicación de la nación en una era a la que denominan “pos-nacional”. Nacionalismo que, de nuevo supuestamente, lleva al encerramiento de las propias fronteras, al aislamiento y a una irracional celebración del provincianismo. Sin embargo ahí está la realidad para desmentir a esas críticas: desde la llegada de los nuevos populismos de izquierda se han realizado avances sin precedentes en términos de integración regional, especialmente en materia energética, financiera y comunicacional. Avances que ni siquiera se soñaron en la era en que los fundamentalistas del libre mercado, el fin de las ideologías y de las fronteras nacionales gobernaban.

Referencias

- Agamben, Giorgio (2000). *Medios sin fin. Notas sobre la política*. España: Pre-textos.
- Aibar Gaete, Julio, ed. (2007). *Vox Populi. Populismo y democracia en Latinoamérica*. México: FLACSO.
- Althusser, Louis (2004). *Maquiavelo y nosotros*. Madrid: Akal.
- Anderson, Benedict (2007). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Arenas Nelly (2007). “Chávez. El mito de la comunidad total”, en *Perfiles Latinoamericanos*, FLACSO, México, N. 30, (junio–diciembre).
- Barbero, Martín, ed. (2002). *Imaginario de Nación. Pensar en medio de la tormenta*. Bogotá: Cuadernos de nación – Ministerio de Cultura de Colombia.
- Bartra, Roger (2007). *Fango sobre la democracia. Textos polémicos sobre la transición mexicana*. México: Temas de hoy.
- Bolívar, Ingrid, Germán Ferro Medina y Andrés Dávila Ladrón de Guevara, eds. (2002). *Nación y sociedad contemporánea*. Bogotá: Cuadernos de nación – Ministerio de Cultura de Colombia.
- Córdova, Arnaldo (1980). *La política de masas del cardenismo*. México: Era.
- De Ípola, Emilio y Juan Carlos Portantiero (1981). *Lo nacional popular y los populismos realmente existentes*. México: FLACSO.
- De Ípola, Emilio (1982). *Ideología y discurso populista*. México: Folios.
- Gellner, Ernest (1988). *Naciones y Nacionalismos*. Madrid: Alianza.
- Grüner, Eduardo (2005). *La cosa política o el acecho de lo real*. Buenos Aires: Paidós.
- Laclau, Ernesto (1978). *Política e ideología en la teoría marxista*. México: Siglo XXI.
- _____ (2005). *La razón populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Loaza, Soledad (2001). “La presencia populista en México”, en Harmet, Loaza y Prud’homme, eds., *Del populismo de los antiguos al populismo de los modernos*. México: Colegio de México.

- Martuccelli, Danilo y Maristella Svampa (2007). “Las asignaturas pendientes del modelo nacional-popular. El caso peruano”, en Gonzalo Jorge, ed., *Nación y nacionalismo en América Latina*. CLACSO-Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas.
- Novaro, Marcos (2000). *Representación y liderazgo en las democracias contemporáneas*. Rosario: Homo Sapiens.
- Palacios, Marcos (2001). “Presencia y ausencia de populismo: para un contrapunto colombo-venezolano”, en Harmet, Loaza y Prud’homme, eds., *Del populismo de los antiguos al populismo de los modernos*. México: Colegio de México.
- Palti, Elías (2002). *La nación como problema. Los historiadores y la “cuestión nacional”*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- _____ (2007). *El tiempo de la política*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Perón, Juan Domingo (1998). *Obras Completas*. Buenos Aires: Fundación Pro Universidad de la Producción y el Trabajo, Fundación Universidad a distancia Hernanderías.

**Populismos recientes
en Ecuador**

El Flautista de Hammelin. Liderazgo y populismo en la democracia ecuatoriana

Flavia Freidenberg*

Introducción

La participación de movimientos populistas a través de las elecciones ha sido una constante en la historia política ecuatoriana. Desde la década de 1930 ha habido grupos de esta tendencia que han competido en los comicios presidenciales obteniendo siempre más del 20 por ciento del apoyo ciudadano, lo que ha supuesto una presencia importante en el sistema de partidos del país andino.¹ Se suele sostener entonces que el populismo en Ecuador no es algo anómalo, extraño ni pasajero sino que forma parte de la cultura política de ciertos sectores del electorado, ya que la gente emplea esos movimientos como un canal de participación en el sistema político.

Este ha sido un contexto donde importantes sectores populares aprendieron a participar a través de redes organizadas para sostener liderazgos,

* Universidad de Salamanca. E-mail: flavia@usal.es.

1 En 1952 la coalición *ad hoc* entre el Frente Velasquista, CFP, ARNE y liberales independientes, que sustentó la candidatura de Velasco Ibarra, obtuvo el 41.09 por ciento de los votos válidos; en 1954 la candidatura de Guevara Moreno con CFP consiguió el 24.40 por ciento de los sufragios y la de José Ricardo Chiriboga Villagómez, postulada por FNV y ARNE y apoyada por los liberales, consiguió el 18.01 por ciento de los votos válidos; en 1960, Velasco Ibarra obtuvo el 48.78 por ciento de los votos y, en 1968, el 32.8 por ciento mientras que CFP, aliado a los liberales conseguía, con la candidatura de Andrés F. Córdoba, el 30.99 por ciento de los votos válidos en todo el distrito nacional (Mejía Acosta 1996: 34). En 1978, la candidatura de Roldós obtuvo en la primera vuelta el 27.7 por ciento de los sufragios, polarizándose los resultados a tal punto que en la segunda vuelta electoral la Fuerza del Cambio obtuvo el 68 por ciento.

entendiendo muchos de ellos que la democracia se hacía más en los espacios públicos (en la plaza) que a través de las instituciones representativas. La paradoja se da en que esa arrolladora capacidad electoral y de movilización no se correspondió con su gestión gubernamental. La limitada capacidad instrumental para ser gobierno se manifestó en las gestiones de José María Velasco Ibarra; también durante la participación de Concentración de Fuerzas Populares (CFP) en 1979, dando cuentas de las dificultades de mantenerse cohesionada una vez que accede al poder; y, claramente, en la experiencia presidencial de Abdalá Bucaram Ortiz durante los seis meses que duró su gobierno entre 1996 y 1997.

La relevancia política y social de estos movimientos populistas, estructurados en torno a líderes fuertes, ha hecho que sea uno de los temas de mayor interés, discusión teórica y riqueza argumentativa entre los estudiosos de la política ecuatoriana, quienes han tratado de explicarlo basándose en el análisis de las estructuras económico-sociales que le dieron origen (Cueva, 1988); en el modo en que funciona como un componente de ciertas ideologías, una peculiar forma de interpelación discursiva (Guerrero Burgos, 1994) o en su expresión como una manifestación de la cultura política de ciertos sectores sociales (De la Torre, 1994; 1998; Burbano de Lara, 1998).

El objetivo de este trabajo es explorar el populismo desde la perspectiva de cómo participa la gente y la manera en que se ejercen los liderazgos, el universo simbólico que une a los líderes con sus seguidores y los efectos que esa relación tiene sobre el funcionamiento de las instituciones democráticas en Ecuador. Este es un ejercicio de política comparada, tanto en términos diacrónicos, comparando experiencias en el tiempo, como en términos sincrónicos, analizando las semejanzas y diferencias entre diversos líderes políticos a los que se denomina populistas.

El capítulo se estructura en cuatro partes. Primero, se operacionalizan las categorías desde donde se va a abordar el estudio del populismo como un estilo de liderazgo. Segundo, se aplican esas categorías a tres liderazgos: el de Abdalá Bucaram Ortiz, el de Álvaro Noboa Pontón y el de Rafael Correa Delgado. Tercero, se comparan los casos analizados, destacando las semejanzas y diferencias entre ellos y, finalmente, se reflexiona sobre el desarrollo de este tipo de liderazgos y el modo en que afectan otras

dimensiones del sistema político ecuatoriano como la gobernabilidad, los vínculos de representación y el rendimiento de las instituciones democráticas.

El argumento principal es que las semejanzas en el estilo de liderazgo de Bucaram Ortiz, Noboa Pontón y Correa Delgado se encuentran en: (i) el modo directo y personalista en que se relacionan con sus seguidores, (ii) la tendencia a carecer de mecanismos de intermediación, de minimizar su existencia cuando están estructurados o de anteponer ese vínculo directo por encima de las organizaciones que han creado; (iii) la interpelación discursiva del individuo como parte de un colectivo –perdiendo su condición de individuo–, y en oposición al enemigo de turno del líder; junto a (iv) la exaltación del discurso anti-partidista; y (v) al uso de estrategias de movilización de tipo clientelar que le permiten mantener e incluso incrementar la base de apoyo del proyecto político que se defiende. Entre Bucaram y Correa además hay similitud en las dotes carismáticas, entendido esto en términos weberianos de un liderazgo excepcional, a diferencia de Noboa, que no cuenta con esta condición.

Estas semejanzas no ocultan las diferencias entre estos líderes populistas. Noboa y Correa representan modelos bastantes distintos de país, ya sea por su extracción social, sus posicionamientos ideológicos, la visión del papel de Ecuador en el escenario político, el tipo de relación con la clase política –aún cuando los dos son *outsiders*– y su visión respecto a la inserción del país en el ámbito económico internacional. En ese esquema, Noboa se presentó como una opción de derecha, que encarna los intereses de los empresarios y de sectores sociales oligárquicos de Guayaquil, contrarios a la hegemonía socialcristiana y roldosista (Freidenberg y Alcántara, 2001) mientras que Correa se benefició del discurso de la revuelta forajida y de la protesta ciudadana contra un sistema de partidos en crisis, dando cuenta de las magras capacidades de adaptabilidad de los partidos frente a los desafíos de la representación ciudadana.

Si bien las tres opciones actúan como actores anti-partidistas, existen diferencias respecto al papel que el Partido Roldosista Ecuatoriano ha tenido en la articulación del liderazgo de Bucaram con los líderes locales (Freidenberg, 2003); elemento que no es visible en el PRIAN o en Movimiento País. Finalmente, la base social a quienes se apela discursivamen-

te varía de un liderazgo a otro. En el caso de Correa, el pueblo son los ciudadanos y el enemigo los partidos y la institucionalidad vigente, mientras que para Bucaram y Noboa el pueblo son sectores pobres, marginados, a quienes puede movilizar a través de redes clientelares, aún cuando sus apoyos no provengan sólo de esos sectores marginales sino también de aquellos otros que dicen combatir: la oligarquía.

El populismo como un estilo de liderazgo

Desde múltiples ámbitos se ha empleado el término populismo cuando la realidad que se quiere conocer es imprecisa o cuando no se sabe muy bien qué es lo que se quiere describir. Cuando una política, un movimiento, un liderazgo o un gobierno se escapan de lo que se espera de la política tradicional, entonces se consideran anomalías que se suelen denominar “populistas”. A pesar de la variedad de perspectivas existentes, este trabajo se centra en la comprensión del populismo como un estilo de liderazgo, es decir, según sean los tipos de comportamientos ejecutados por los líderes con la finalidad de ejercer influencia (Reddin, 1980:26).² El “estilo de liderazgo populista” se caracteriza por la relación directa, personalista y paternalista entre líder-seguidor, en la que el líder no reconoce mediaciones organizativas o institucionales, habla en nombre del pueblo y potencia discursivamente la oposición de éste con “los otros”; donde los seguidores están convencidos de las cualidades extraordinarias del líder y creen que gracias a ellas y/o al intercambio clientelar conseguirán mejorar su situación personal o la de su entorno (Freidenberg, 2007).

Desde este enfoque, no importa tanto el tipo de políticas que el líder lleve a la práctica, el contexto en el que surja o el modelo de desarrollo que promueva; que sea populista o no depende de la manera en que se

2 Tres son los atributos que integran el concepto de liderazgo y que permiten diferenciar a distintos tipos de liderazgos entre sí: (i) la presencia de un líder (sus características personales); (ii) los seguidores (la manera en que perciben ese liderazgo, sus expectativas, motivaciones, recursos y demandas); y (iii) la situación contextual en la que se da esa relación. Para que haya un líder debe haber gente que se deje liderar, por lo que, sin seguidores, no hay líder. El rasgo distintivo del tipo político de personalidad común a todos los líderes es la acentuada demanda de valores de deferencia, sobre todo de poder y de respeto y, en menor medida, de rectitud y de afecto.

relaciona con sus seguidores, de los mecanismos de interpelación discursiva que emplea para acercarse a ellos y del modo en que esos seguidores entablan, procesan, aprueban y legitiman ese mensaje y la relación en su conjunto. Empleando la taxonomía de Hermann (1986), este estilo de liderazgo populista se daría al combinar al líder *flautista de Hammelin* con el *líder vendedor*, para denotar el sentido clientelar de la relación que se da con los seguidores.³

La manera en que los individuos perciban al líder, las evaluaciones que realicen producto de esa percepción y el modo en que procesen lo que él significa para cambiar la situación en la que viven, resulta fundamental para comprender las decisiones que esos individuos asuman. Aún cuando existen limitaciones a la perspectiva de la elección racional (Peters, 2003), ya que los individuos no siempre conocen todas las opciones al momento de decidir, pueden tener información confusa o errónea e incluso pueden preferir opciones que le son más perjudiciales que beneficiosas para sus intereses a corto o largo plazo, es muy importante incluir en el análisis de los procesos políticos esta perspectiva.

El vínculo entre líder y seguidor puede basarse tanto en una fuerte identificación emotiva o puede ser resultado de las evaluaciones que estos realizan y le hacen elegirle como mejor opción de representación política y de sus intereses específicos. La manera en que los seguidores perciban al líder y a la relación que mantienen con él, en tanto que supone la maximización de sus beneficios individuales y/o colectivos (ya sean objetivos o subjetivos), resulta clave para comprender las razones que les motivan a apoyarle. Por ello, este trabajo explora tanto el modo en que el líder ejerce el liderazgo como la manera en que ese liderazgo es percibido por los seguidores.

Las características de los liderazgos se exploran a partir de una serie de dimensiones de análisis: (i) el *locus* de liderazgo propiamente dicho (manera en que se manifiesta la relación); (ii) las expectativas y creencias de

3 Hermann (1986) propuso diferenciar: (a) *líder flautista de Hammelin*, estilo de liderazgo centrado en el líder, sus cualidades personales, su seducción, su carisma; (b) *líder vendedor*, según el cual el estilo de liderazgo hace foco en la relación entre el líder y los seguidores. El líder detecta los deseos, expectativas y necesidades de los seguidores y les hace ofertas acordes a ellos; (c) *líder marioneta*, que pone énfasis en los seguidores: el líder no es más que un instrumento del grupo; y (d) *líder bombero*, que surge en un contexto de crisis y aparece cuando hay un problema para solucionarla (apagar el fuego) y luego desaparecer.

los individuos que forman la base social de apoyo; (iii) las estrategias desarrolladas por el líder y su grupo para movilizar a los seguidores; y, finalmente, (iv) las apelaciones discursivas y el contenido de los mensajes empleados por el líder.

Populismo: Resumen de dimensiones e indicadores		
Dimensión	Preguntas a responder	Indicadores y valores
Contexto en el que surge el liderazgo	¿Hay crisis que fomenta su emergencia? ¿Cuál es el tipo de crisis? ¿Accede al poder a través de métodos democráticos?	Crisis económica internacional/nacional. Crisis social. Modo en que llega al poder: elecciones competitivas, semi-competitivas, golpe de Estado, <i>dedazo</i> .
Las características del líder y el vínculo líder-seguidor	¿Cómo es el estilo de liderazgo? ¿Existe intermediación organizada?	Paternalista. Personalista. Carismático. Diferentes grado de carisma. Existe partido, sindicato u otras organizaciones.
Estrategias de movilización empleadas por el líder	¿Cómo se moviliza a los seguidores? ¿Qué recursos se emplean para motivar la movilización de los seguidores?	Distribución de incentivos simbólicos vs. selectivos (materiales). Clientelismo.
Expectativas y creencias de la base social de apoyo	¿Quiénes son los seguidores? ¿Cómo son, qué intereses tienen?	Grupos (o clases) que apoyan al líder. Intereses que defienden. Tipo de movilización: espontánea (de abajo hacia arriba) o inducida (de arriba hacia abajo). Actores que movilizan: partido, Estado, sindicatos.
Apelaciones y contenido discursivo del líder	¿A quién apela en el discurso? ¿Quién es el pueblo? ¿Quiénes y cómo son los seguidores en el discurso? ¿Quiénes son los enemigos? ¿Cómo se los caracteriza? ¿Hasta qué punto el discurso desarrollado es coherente con la acción política?	Al "pueblo", a los "sectores oligárquicos", a los "ciudadanos", a los "individuos". Referente colectivo vs. referente individual.
Fuente: adaptado de Freidenberg (2007).		

Los liderazgos populistas en el Ecuador contemporáneo

• Abdalá Bucaram Ortiz, el líder de los pobres

La elección de 1996 hizo Presidente de la República a Abdalá Bucaram Ortiz,⁴ cuñado de Jaime Roldós Aguilera, primer presidente del retorno a la democracia (1979-1981) y sobrino de uno de los patriarcas de Guayaquil de CFP en las décadas de 1960-70, Assad Bucaram Elmahlím.⁵ El Partido Roldosista Ecuatoriano ganó con un amplio margen al candidato del Partido Social Cristiano, Jaime Nebot Saadi, tras dos intentos fallidos en 1988 y en 1992. Los comicios confrontaron a dos políticos costeños, que representaban valores, grupos sociales y culturales e intereses económicos diversos, sostenidos sobre aceitadas redes clientelares.

El Partido Roldosista Ecuatoriano se había creado el 5 de febrero de 1982 en una reunión realizada en la casa de Modesto Torres Alvarado en la ciudad de Guayaquil por un grupo de 47 amigos, la mayor parte de ellos guayaquileños, bajo el liderazgo de Abdalá Bucaram. Los allí reunidos eran en su mayoría amigos personales de la época del colegio, vecinos de la casa paterna y miembros del CFP con vinculación con los Roldós

- 4 Nació en Guayaquil el 4 de febrero de 1952 en una numerosa familia constituida por sus padres Rina Ortiz y Jacobo Bucaram, ambateño de descendencia libanesa, siendo el octavo entre doce hermanos: Betty, Linda, Isabel, Jacobo, Rina, Elsa, Gustavo, Santiago, Adolfo y Virginia. Está casado con María Rosa Pulley Vergara, con la que tiene cuatro hijos: Jacobo Abdalá, Linda, Dalo y Michael. Estudió la primaria y la secundaria en el Colegio Cristóbal Colón, donde compartía las aulas con Alfredo Adum y Roberto Isaías. Luego se graduó en Derecho en la Universidad Estatal de Guayaquil, obteniendo una Maestría en Educación Física en Wannsee-Berlín (Alemania Occidental) en 1972. Aunque casi no ha ejercido su profesión de abogado, aseguraba en 1996 que dirigía una oficina con 20 profesionales del Derecho en Guayaquil. Fue profesor del Colegio San José de La Salle, en la Escuela Superior Naval, y en la Infantería de Marina.
- 5 Había sido elegido diputado suplente por CFP en 1956, diputado provincial en 1958 y en 1962 triunfó en los comicios como alcalde de Guayaquil con el 43 por ciento de los votos emitidos. Su figura fue creciendo gracias a su administración municipal y a la persecución que de él hizo la Junta Militar que le destituyó del gobierno municipal, llegando a ser elegido como primer diputado por Guayas a la asamblea constituyente en 1966, que a su vez le designó como vicepresidente. En 1967 resultó elegido por segunda vez alcalde de Guayaquil y en 1970 prefecto de Guayas, con más del 50 por ciento de los votos emitidos. El enfrentamiento con el quinto velasquismo proyectó su imagen a nivel nacional, convirtiéndolo en el seguro triunfador de los comicios presidenciales que se realizarían en 1972, pero que no llegaron a concretarse debido al golpe de Estado militar producido ese mismo año, entre otras razones, para impedir el acceso al poder de Assad Bucaram (Hurtado, 1977; 1999: 228).

Aguilera. Su presencia en la reunión permitió legitimar la figura de Bucaram Ortiz como líder de la organización política, posición que no había podido desempeñar en el CFP ni en Pueblo, Cambio y Democracia, agrupación creada por Roldós Aguilera en su salida de CFP. Los elementos aglutinadores en torno a los cuales se reunió a este heterogéneo grupo fue la figura de Bucaram Ortiz, el mito de Roldós Aguilera, la imagen de herederos de la tendencia populista y un conjunto de representaciones programáticas y simbólicas respecto a “cómo era” la realidad política.

En esa reunión comenzó a plasmarse el llamado “pacto originario” en el que los participantes se comprometieron a defender una serie de principios y metas que pasaron a formar parte del escenario simbólico programático de la organización. Si bien teóricamente es muy difícil asociar ese momento a un hecho concreto, la reunión fue el punto de partida de la estructuración organizativa del partido, sentando las bases de legitimación ideológica y política, las que luego dieron sustento a la identidad partidista, elaborada por el líder, quien definió las metas ideológicas, construyó los mitos políticos y eligió los valores clave que permitieron delinear aquello que une a los miembros de un grupo y los diferencia de los que no son miembros de él.

El escenario simbólico programático construido a partir de ese momento pasó a estar conformado por diversos elementos, entre los que destaca la construcción de un mito en torno a las figuras de Jaime Roldós Aguilera y Marta Bucaram de Roldós, quienes se convirtieron en el centro del universo identitario de la nueva agrupación. Roldós había llegado a la Presidencia de la República (1978-1979) como candidato del CFP por decisión de Assad Bucaram quien, aunque aparecía como el referente indiscutible para ganar la presidencia, no cumplía con una antigua disposición de las Fuerzas Armadas que sostenía que su comandante debía ser hijo de ecuatoriano.⁶ Si bien cuando se delineó la candidatura el lema era “¡Roldós a la presidencia, Bucaram al poder!”, entre las dos vueltas electorales el distanciamiento fue inevitable.⁷ Bucaram se convirtió en el

6 Si bien no había ninguna disposición que impidiera su presentación, la apelación por parte de los militares de esta antigua norma hacía que si Bucaram ganaba la elección no iba a poder ejercer el cargo, debido a que el presidente es el comandante de las Fuerzas Armadas. Esta situación condujo a que CFP replanteara su estrategia electoral y cambiara de candidato.

principal opositor desde la presidencia de la Cámara Nacional de Representantes, liderando al propio CFP,⁸ lo que llevó al gobierno a pactar con los tradicionales enemigos del CFP, liberales y conservadores, e iniciar una fuerte pugna de poderes que prácticamente inmovilizó al país entre agosto de 1979 y mayo de 1980.⁹

En este contexto de enfrentamiento, Roldós impulsó la creación de un movimiento para salirse del CFP, *Pueblo, Cambio y Democracia*. Pero el 24 de mayo de 1981 el escenario político ecuatoriano volvió a cambiar tras el accidente aéreo del Presidente Roldós, su esposa Marta y algunos miembros de la comitiva presidencial. Meses después también fallecía *Don Buca* con lo que quedaba vacía de líder más no de contenido ni de electorado una importante tendencia política. De este modo, Bucaram Ortiz, uno de los más entusiastas militantes de la Fuerza del Cambio, canalizó el apoyo que tenían su cuñado y su tío en una nueva fuerza política.

7 Los comicios fueron separados entre sí por un violento e inusual período de siete meses con la amenaza latente de un golpe de Estado, tras la renuncia del presidente del Tribunal Supremo Electoral, Rafael Arízaga Vega, quien instó a las Fuerzas Armadas por cadena nacional de radio y televisión a la anulación de las elecciones por supuesto fraude electoral (Hurtado, 1977; 1999: 336). Esto fue lo que retrasó la realización de la segunda vuelta electoral y provocó que en esa ocasión (y por única vez) se realizaran las elecciones legislativas en el mismo momento que la segunda vuelta presidencial (abril de 1979). En ese período se produjeron una serie de acontecimientos violentos que incluyeron “dinamitazos”, bombazos y el asesinato de Abdón Calderón Muñoz (Estupiñán de Burbano, 1991; 1996: 326).

8 Bucaram se había presentado entonces en la lista de diputados nacionales por el CFP y consiguió un importante apoyo electoral, al punto de conformar el bloque de legisladores más numeroso en 1979 (30 diputados) y se convirtió en presidente de la entonces Cámara Nacional de Representantes (Congreso Nacional).

9 Los proyectos generados en la cámara eran vetados por el presidente y, a su vez, los enviados por el ejecutivo eran archivados en la cámara de representantes. Luego de una tregua de unos meses, el Presidente de la República amenazó con convocar a un plebiscito para que los ciudadanos se pronunciasen respecto a disolver el Congreso y llamar a elecciones en noventa días; pero una junta de notables, preocupada por la supervivencia del régimen democrático, intercedió y consiguió evitar el plebiscito. Hubo que esperar a las elecciones legislativas primero, y a las seccionales luego, para ver a Bucaram reducido en su fuerza política, toda vez que en ambas sufrió reveses electorales.

Formamos el Partido Roldosista Ecuatoriano porque el CFP ya no respondía a ese gran movimiento popular y social que lo identificó como una organización y que sigue identificando ahora al PRE como una organización predominantemente populista [...]. Hubo en su momento un intento de utilización de CFP por gobiernos oligárquicos, de tal manera que inclusive el ingeniero León Febres Cordero, un enemigo tradicional, un contumaz delincuente político, el cacique de las grandes oligarquías nacionales, utilizó para su triunfo al partido. Entonces, ya dejó de ser un partido con capacidad de respuesta en el Ecuador [...]. Además, había que modernizar un poco el ideario de CFP porque era importantísimo reconocer el talento ideológico de Jaime Roldós Aguilera. Creíamos que el pensamiento de Roldós enriquecía aún mucho más a esta fuerza que era CFP..¹⁰

A pesar de las dificultades de los primeros momentos para acaparar la representación del ideario y de las propuestas de Roldós,¹¹ Bucaram Ortiz consiguió adueñarse de la figura y explotar lo que significaba en términos político-programáticos así como también en apoyo electoral. A partir de una serie de relatos comenzó a configurar una “visión de los hechos” que combinaba de diversas maneras lo real con lo simbólico.¹² Con ello consiguió ocupar un espacio ideológico y de competición que estaba disponible, aglutinando en torno de sí a sectores identificados con la figura de Roldós, Bucaram y el velasquismo. Tomó las posturas de centroizquierda, la posición nacionalista en política exterior, el discurso antiimperialista, la propuesta de no intervención internacional, y las incorporó al discurso del nuevo movimiento político.

10 Declaraciones de Abdalá Bucaram Ortiz en una entrevista personal con la autora realizada en Ciudad de Panamá el 16 de agosto de 2000.

11 En el informe de enero de 1983 el TSE negó la autorización al PRE de incluir los rostros de Jaime Roldós y Marta Bucaram de Roldós en la simbología del partido, pero en octubre de 1983 el TSE, acogiendo un informe del vocal José Julio Benítez Astudillo, permitió al PRE la reforma estatutaria que posibilitaba el empleo de esa simbología. La negativa se fundaba en que no podían ser parte o todo de un símbolo de un partido elementos sobre los cuales podían reclamarse derechos particulares de cualquier naturaleza. En: Cf. *El Universo*, “El PRE y sus símbolos”, 5 de octubre de 1983.

12 El mito político es un elemento clave de la dimensión simbólica de la política. Son relatos estructurados simbólicamente, y por lo tanto con un sentido sobredeterminado, vinculados no en modo analítico sino emotivo con determinadas situaciones de hecho y destinadas a instituir formas privilegiadas de acción, cuya ‘verdad’ el relato mítico mismo funda.

El Partido Roldosista Ecuatoriano considera que en los recordados héroes, Doctor Jaime Roldós Aguilera y Abogada Martha Bucaram de Roldós, se encuentran plenamente identificadas las más caras aspiraciones y las más gloriosas tradiciones de nuestra historia. Considerados como la personificación viviente del hombre y la mujer ecuatorianos, desarrollamos sus conceptos ideológicos para que la luz de sus ideas alumbrara permanentemente el camino de esperanza de un pueblo, que no mereció la tragedia en que perecieron sus líderes, pero que se levanta vigoroso buscando en esa luz viviente acabar con la marginación social, la dependencia y la miseria de las clases populares..¹³

Procuramos perennizar ante la historia la ideología del más grande demócrata que ha dado la historia, Doctor Jaime Roldós Aguilera. Perennizando esta Doctrina Roldosista, el pueblo gozará de una auténtica política nacionalista que no sufra de injerencia de doctrinas extrañas y lesivas a nuestra soberanía..¹⁴

Resolvimos defender los principios ideológicos universales que en la época defendía el compañero Jaime Roldós en política nacional e internacional. Principios básicos como la autodeterminación de los pueblos, el principio de no intervención, el condenar las políticas expansionistas militares, políticas y económicas de los imperios (básicamente el imperio americano en nuestro país y los imperios mundiales del Grupo de los Ocho)..¹⁵

Dos meses después de la reunión en la casa de Torres Alvarado, en el primer encuentro del Movimiento Roldosista en el Hotel Ramada en Guayaquil (24 de abril de 1982), se fijó como tarea fundamental del partido “ descubrir y hacer sancionar a los culpables de la muerte de Jaime Roldós Aguilera y Marta Bucaram Ortiz”,¹⁶ siendo ésta la meta central hasta el exilio de Bucaram en 1997, cuando el mito pasó tam-

13 Declaración de Principios de MPRE - Surgimiento del Partido Roldosista Ecuatoriano (1982: 12).

14 En Estatutos del MPRE (1982, art. 3, p. 42).

15 Declaraciones de Abdalá Bucaram Ortiz en una entrevista personal con la autora realizada en Ciudad de Panamá el 16 de agosto de 2000.

16 Publicado en *El Universo*, 25 de abril de 1982.

bién a estar integrado por la necesidad de regreso del director supremo y esa necesidad de convirtió en el objetivo básico de acción política de la organización.¹⁷

Estas estrategias dan cuenta de la formación de un “partido de creación carismática”¹⁸, que se diferencian de los demás porque hay un líder que realiza él solo (y no en colaboración con otros) las operaciones cruciales en la fundación de una organización: la elaboración de sus fines ideológicos, la selección de las bases sociales, pasando a convertirse en el único intérprete de la doctrina, su símbolo viviente y el único artífice posible de la realización del futuro (Panebianco, 1990: 115). El PRE fue creado por un líder en sus inicios con escasa visibilidad ante la opinión pública y mínima capacidad de movilización social propia, pero que con el desarrollo evolutivo de la organización, fue adquiriendo y manifestando los rasgos del liderazgo de corte carismático. Abdalá Bucaram Ortiz es un líder que construye su liderazgo a partir del desarrollo del partido; no hay registros de su liderazgo anterior a la creación del PRE.¹⁹

Las características del líder y el vínculo líder-seguidor

El modo en que se relacionan el líder y los seguidores en el roldosismo se ha caracterizado por un fuerte personalismo y por la identificación de los

17 Bucaram Ortiz ha estado exiliado en tres oportunidades, todas ellas en Panamá (dos directamente tras sus gestiones de gobierno y una por acusaciones de malversación de fondos durante el desempeño de su cargo como alcalde de Guayaquil). Ha tenido en su haber más de 56 causas penales relacionadas con diversas cuestiones como el tráfico de drogas y el enriquecimiento ilícito pero hasta el momento ha sido sobreesido de las causas que se le han imputado.

18 La presencia de un líder de corte carismático en los momentos originarios conduce a la creación de un *partido carismático*, caracterizado porque su fundación se debe a la única acción del líder y porque se configura como un “puro instrumento de expresión política de éste” (Panebianco, 1990: 267), en el que las operaciones cruciales de fundación de la organización son realizadas por él solo. Atendiendo a lo señalado, la categoría de Panebianco debería ser redefinida como *partidos de creación carismática*, ya que el carisma es una particularidad del liderazgo y sólo a través de él se transmite a la organización.

19 A pesar de que haya desempeñado otros cargos públicos antes de 1983 como el de intendente de policía de Guayas (1979 a 1980), que fuera elegido consejero provincial de Guayas por la Democracia Popular (1981) y hasta se desempeñara como asesor de la Inspectoría General de la Nación en 1981.

seguidores con el poder carismático de Abdalá Bucaram, expresando una nueva religión secular y proporcionando, al mismo tiempo, un instrumento de control social sobre los seguidores. Los sectores populares produjeron en Bucaram aquello que habían soñado ser, lo que le sucedía a éste también le ocurría al pueblo, siendo la única persona capaz de resolver los problemas de la gente debido a sus cualidades extraordinarias.

Su liderazgo (más que la defensa de posturas programáticas claras) ha sido el principal recurso del *constructo originario* de la cosmovisión roldosista. Muchos activistas del partido se han descrito más como *abdalacistas* que como *roldosistas* y la organización partidista se ha convertido en un instrumento sin autonomía, a disposición de la voluntad de su director supremo (Freidenberg, 2003). Bucaram se ha presentado como un hombre del pueblo, al que glorifica destacando sus cualidades populares en su manera de comer, vestir y ser, a pesar de vivir en un piso en Panamá valorado en más de un millón de dólares. Pero como lo que importa es lo simbólico, los oprimidos y los pobres han visto en Abdalá a su genuino representante. En este sentido, sus orígenes humildes, su pertenencia a una clase social baja, su esfuerzo por superarse y su exitoso ascenso social han sido utilizados como recursos comunicativos para generar movilización.

El pueblo quiere ver a Abdalá, porque para ellos Abdalá es un espectáculo, es un chou (*show*), yo que sé. Ellos ríen, lloran, sus pasiones las descubren en Abdalá cuando está en una tarima. En estos términos sí creo que soy el grito de agonía, como dicen, del populismo ecuatoriano, pero ahí está Abdalá, ahí está el espectáculo, ahí está lo que quieren, pero ahí está. [...] Yo creo ser el pueblo, yo creo ser el indio, el cholo, el negro. Yo los conozco; yo me compenetro con ellos...²⁰

El estilo de liderazgo de Bucaram se ajusta al modo de ejercer el liderazgo de la tradición populista desarrollada en Ecuador por Velasco Ibarra, García Moreno y Bucaram Elmahlm, y que él aprendió en su ejercicio político previo; así como también la creencia en la fuerza del voto como fuente de legitimidad y la importancia de la incorporación de los sectores marginales a la

20 Publicadas en *El País*, “Bucaram: Soy el grito de agonía del populismo”, Madrid, 8 de febrero de 1988.

vida política (su apelación al pueblo); la simbiosis entre movimiento político y liderazgo y la relación férrea de lealtad-sumisión entre líder y seguidores junto a la experiencia en cuanto al modo de hacer el trabajo electoral, en particular, en las características de la relación líder-intermediario-morador.

Estrategias de movilización empleadas por el líder

La movilización electoral se asienta en una red de intermediarios barriales, vinculados a caciques locales, que controlan la distribución de recursos e incentivos de participación en determinados espacios territoriales (fundamentalmente en las provincias de la Costa ecuatoriana). Esas estrategias de movilización habían sido aprendidas por los miembros de la organización en otras agrupaciones políticas así como también de observar el modo en que el CFP había estructurado su trabajo electoral en los barrios de Guayaquil desde la década de 1950 (Menéndez Carrión, 1986: 324). Bucaram Ortiz se había desempeñado como puntero de barrio en la época de Roldós y, hasta el propio *Don Buca*, había sido intermediario barrial del CFP antes de ser alcalde.²¹

En este sentido, las estrategias de movilización de apoyos están condicionadas por el elector que se pretende que sea el receptor de las mismas. Con los moradores se debía desarrollar un determinado tipo de actividades diferentes a las que se podrían dar con otros segmentos sociales. Tanto Abdalá, como sus hermanos y los viejos dirigentes del CFP que se habían sumado al PRE, sabían que para conseguir el triunfo electoral y sobrevivir como partido, era crucial cooptar las redes sociales y/o políticas preexistentes en las barriadas del suburbio guayaquileño (Isla Trinitaria, la Febres Cordero). Lo habían aprendido en sus experiencias anteriores en

21 “Bucaram es consciente, por lo tanto, de la importancia de trabajar con un grupo de intermediarios, cuyas actividades de contacto con la base debían ser seguidas muy de cerca por él mismo y cuya lealtad necesitaba asegurar tanto como fuera posible [...]. Tal como Guevara había hecho en el pasado, Bucaram trabaja políticamente con lo que encuentra en el contexto local en el que actúa. Así, evita superimponer estructuras de enlace político artificiales en las barriadas de la ciudad. Trabaja a través de redes sociales y/o políticas preexistentes a nivel barrial, vinculando a los dirigentes [...] claves al partido y a sí mismo directamente. Los enlaces resultantes entre moradores y partido se efectúan con ‘facilidad’ reforzando las estructuras informales de intermediación que encuentra y haciéndolas políticas...” (Menéndez Carrión, 1986: 324).

las campañas del CFP y estaban convencidos de la necesidad de no crear redes superficiales sino de la necesidad de cooptar las existentes.

Los dirigentes roldosistas sabían que los intermediadores barriales actúan como vínculo de conexión entre los caciques locales, los grupos de activistas, los votantes y el director supremo. Si bien en la estructura de papeles del Partido Roldosista Ecuatoriano (observada en el estatuto del MPRE de 1982) no aparecen mencionados, toda vez que son los comandos parroquiales las estructuras que controlan la relación directa con los ciudadanos y los encargados de ejecutar localmente la estrategias de movilización de apoyos a nivel comunicacional del partido; en la práctica, los activistas son los que tienen a su cargo la organización de las actividades para movilizar apoyos y los que fomentan el mantenimiento del vínculo entre el líder carismático y el elector.

El trabajo que nosotros hacemos en época de campaña electoral son unos grandes mítines, llamamos a todita la gente. Yo por ejemplo cuando he hecho para que lo vayan a inaugurar. Yo he hecho mi castillo, los *disheis* [personas que ponen música en los actos], se ha llamado a todita la gente ahí parada, oyéndolo; llamamos al presidente que va a hablar ahí. Y entonces ellos me han apoyado. Yo tengo hasta las fotos que nos han tomado. Visitamos casas, los traemos a la sede central, hacemos mítines, propaganda, pegamos los afiches, hacemos la cara de mi duro [la cara de Bucaram Ortiz], lo dibujamos en las paredes, ahí ponemos el nombre del cantón, por ejemplo, Paján, Yaguachi, Esmeraldas, que todas esas partes. Por la Sierra, por todos esos lados, nosotros andamos. Yo no sólo hago campaña aquí. Los de la comisión de propaganda y la mayoría salimos para todos lados. A todos, nosotros *le pegamos* para el trabajo [significa que hacen que trabajen]. Así nos amanecemos, cuando hay que amanecemos. [...] La central sigue funcionando por el jefe. Yo trabajo. Sigo trabajando. Que tengo que estar viniendo aquí al partido. Estoy trabajando y soy fundadora del partido. Salgo de mi trabajo en PACIFICTEL y *rummm* me vengo para aquí. Hay que mantener la sede central viva, por Abdalá...²²

22 Declaraciones de una jefa de sector del Guasmo Sur del Partido Roldosista Ecuatoriano en una entrevista realizada por la autora en Guayaquil el 8 de septiembre de 2000 en la sede nacional del partido.

Bucaram heredó del cefepismo guevarista la importancia de desarrollar una estructura fuerte –aunque muchas veces no necesariamente constituida por mecanismos formales– que vinculara a los diversos aparatos partidistas. Aún cuando no se está pensando en la estructura organizada de carácter permanente de partidos modernos de masas de corte europeo ni tampoco de la estructura rígida característica de la experiencia guevarista de la década de 1940; el hecho de tener prácticas populistas, centradas en el líder, no significa la ausencia de dirigentes nacionales, provinciales y locales que tienen su propia estructura y recursos de poder en los feudos que controlan y que, aunque muchas veces son elegidos por criterios poco democráticos y fundados en relaciones de parentesco, de amistad y/o oportunismo político, cuentan con sus propias estrategias de movilización de apoyos electorales.

La coyuntura política del momento en que se creó el partido acompañó favorablemente su expansión organizativa. Nueve meses después de reunirse por primera vez en la casa de Torres Alvarado, la agrupación se encontraba inmersa plenamente en la campaña electoral para los comicios generales de 1984. Por lo tanto, la primera campaña se desarrolló de manera simultánea a los intentos del partido por organizarse internamente, presionado por las disposiciones del TSE que le llevaron a expandirse territorialmente y a celebrar alianzas estratégicas artificiales en detrimento de compromisos más ideológicos. Al mismo tiempo que se hacía campaña, se iba creando la infraestructura de la organización, especialmente en el suburbano guayaquileño donde Abdalá, Elsa Bucaram y Roberto Dunn Barreiro aprovechaban para posesionar directivas e inaugurar comités mientras se hacía campaña.²³ Esto se sostiene además en una explicación que el propio Bucaram dio sobre el tema ese año: “La conformación de comités barriales es la demostración patente del trabajo espontáneo y voluntario de los dirigentes y simpatizan-

23 *El Universo*, “PRE intensifica campaña”, 24 de agosto de 1983. En la revisión periodística de la época se encontró que entre el 24 de agosto y el 23 de octubre de 1983 se abrieron más de 50 subcomités sólo en el suburbio de Guayaquil, lo que se presenta como un indicador de la importancia para los dirigentes de la expansión de la infraestructura así como también es una muestra del tipo de estrategia (ofensiva) empleada por los roldosistas para movilizar apoyos en esos primeros años.

tes del partido ya que de esta forma expresan su respaldo popular a la agrupación...”²⁴

La llegada al gobierno nacional en 1996 dio comienzo a una nueva etapa en el desarrollo organizativo del partido, ya que el acceso al poder supuso también una fuente de recursos, incentivos selectivos materiales y de estatus, para premiar a los dirigentes y los seguidores que habían trabajado durante las épocas anteriores. Con el triunfo, se dio una afiliación masiva al partido, en particular, para ser beneficiarios de las ofertas de campaña como el programa de vivienda. La estructura organizativa se vio fortalecida entonces por el acceso a las instituciones nacionales y el control de nuevos recursos. En tanto, la ausencia de Abdalá tras sus exilios minimizó la capacidad organizativa y de movilización de los caciques locales y de la estructura organizativa, provocando la salida de muchos de sus dirigentes.²⁵

Expectativas y creencias de la base social de apoyo

El conjunto de creencias, estilos, habilidades, repertorios y hábitos que acompañan a las estrategias de movilización, a los intercambios clientelares y al propio vínculo entre líder-seguidor –explicándolos, justificándolos, clarificándolos y legitimándolos– son fundamentales para comprender la relación entre Bucaram y sus seguidores. Si no, no se entendería que en un mismo barrio, en circunstancias similares, entre grupos de moradores con características económicas y sociales parecidas, haya algunos de ellos que no quieran tener ninguna vinculación con un líder y sí con otro, como ocurría en el suburbio de Guayaquil y otras ciudades ecuatorianas.²⁶

24 *El Universo*, “Abdalá y Dunn asistirán a mítines en Guayaquil” 1 de octubre de 1983.

25 Según uno de sus dirigentes más importantes, Alfredo Adum: “Creo que la gente se acostumbró a un líder que era Bucaram, y en el momento que no estuvo no hubo quién coja la bandera para ejercer el liderazgo [...]. Las desafiliaciones no han sido provocadas por divergencias con Abdalá Bucaram sino por peleas domésticas de espacio político, o por liberarse de la disciplina partidista. Además, en los tiempos en que Adolfo Bucaram, hermano de Abdalá, asumió el liderazgo, estuvimos mal dirigidos, con todos los méritos de Adolfo Bucaram no tenía los mismos recursos de Abdalá”. Publicado en *El Comercio*, “El PRE va por sus figuras históricas” (s.d.).

26 Expresiones del tipo “... yo no quiero saber nada con Bucaram pero no me toques a mi León [Febres Cordero]. Él sí que hizo obras. Él me pavimentó la calle. Él es todo un señor...” (Entrevista 50 en Freidenberg, 2003).

La base de apoyo social roldosista ha sido de carácter pluri-clasista, integrada por los sectores más pobres del *guasmo* guayaquileño, de las ciudades medias costeñas y de migrantes que votaban en la Sierra pero que trabajaban en la Costa así como también por los “nuevos ricos”, élites emergentes –por ejemplo, comerciantes descendientes de libaneses– que se habían enriquecido en negocios no muy claros, incluso, del contrabando, que no les suponía el ingreso a las redes de poder social y político existentes en Guayaquil. Estos empresarios se sentían excluidos del sistema económico y del poder político real, por lo que intentan acceder a él a través de una alianza (al menos discursiva) con los sectores populares.

Además, en la coalición dominante roldosista había algunos intelectuales ex-marxistas que se incorporaron al movimiento, profesionales liberales y políticos locales que fueron desplazados de otros partidos y encontraban en los roldosistas un espacio alternativo desde donde disputar el poder político. Esas élites percibían cierta incongruencia de estatus respecto a la situación en que creían tener que encontrarse, y eso incidía en su acción política.

¿A quién representa el PRE? A los pobres, a los descamisados. Donde hay necesidad, está el Partido Roldosista, donde hay dosis de racismo, combatimos el racismo; vemos al ser humano como un ser humano que tiene que predicar con el sudor de su frente; que comulguen con nosotros aquellos seres que busquen una comunión espiritual entre el pueblo y Jaime Roldós Aguilera. Si ahí están estos grupos clientelares, que no sé como les llaman, si ahí está el *lumpen*, las cocineras, las prostitutas, los marineros, los carpinteros, los albañiles, en buena hora. Si ahí está una clase media liberal, de pensamiento liberal, en buena hora. Si están los profesionales liberales, en buena hora. Yo no me preocupo en realidad quién está en el Partido Roldosista. Me gustaría que esté Febres Cordero para mejorarlo como persona, para reformarlo, para hacerlo un hombre, ¿no?²⁷

El liderazgo no es sólo una cuestión de competencia sino de lealtades y en cierto sentido son lealtades relacionales, las que no se basan en obligaciones legales o ideológicas pero que garantizan el acceso a ciertos

27 Declaraciones de Abdalá Bucaram a la autora en una entrevista realizada en Ciudad de Panamá en agosto de 2000.

recursos. La lealtad es fruto de la creencia de esos seguidores en las cualidades del liderazgo, precisamente, en la creencia de que el líder tiene un don especial, superior al de todos los demás. Bucaram Ortiz es “Dios”, “un amigo que sabe escuchar los problemas de uno”, “un líder a quien seguir”, “un hermano a quien respetar”, “el miembro más inteligente de la agrupación”, “el presidente de los pobres y los humildes”, “el loco que ama”, el “abogado”, “alguien que comprende el sufrimiento del pueblo”; el “Director Supremo”, el “Presidente” o, simplemente, “el líder”.

Abdalá es una persona muy buena, una persona [de la] que dicen que es guaso, que él es loco. De loco, él no tiene nada. Él tiene el cerebro más bueno que los que dicen que son locos porque si él fuera loco él no cantaría. Él es un gran abogado y los hace pedazos a todos. Y él sólo se defiende. Ellos convocan el uno, el otro, para ponerlo por el suelo a él y vea ahorita como está el país. Por cuestiones de ellos que son unos malos dirigentes, son rateros. Ellos roban para ellos, nunca para el pobre. El abogado Abdalá toda una vida él ha bogado para la gente pobre. Y por eso es que él es querido, él es querido. Y si aquí le ganan los votos es porque estos de la 6 [se refiere a la lista del PSC] son los dueños de los tribunales, donde ellos hacen y deshacen. Ellos hacen, nos roban. Ellos hacen y deshacen, ellos [son] dueños de todas las mesas. Dueños de los tribunales. Ellos son los grandes señores. [...] Yo a mi partido lo adoro. En las buenas y en las malas. No solamente cuando el partido está arriba. No, en las buenas y en las malas [...]. El corazón me pide que yo sea roldosista y seguiré siendo hasta cuando el señor me tenga. ¿Por qué? Porque es un partido que a todo humilde, toditos, toditos, por el trato con el presidente... a todos él nos ha ayudado a trabajar. Nos ha dado trabajo. Por eso es que la gente viene al partido [...].²⁸

La creencia en los atributos especiales del líder impide a los seguidores hacer críticas incluso a sus posiciones autoritarias y moralistas. Por lo tanto, el nivel de disenso es prácticamente nulo y la democracia interna entendida como la capacidad de los seguidores de participar en el proce-

28 Declaraciones de jefa de sector del Guasmo Sur en una entrevista realizada por la autora en Guayaquil, el 8 de septiembre del 2000, en la sede nacional del Partido Roldosista Ecuatoriano.

so de toma de decisiones de manera efectiva a través de propuestas, debates y críticas suele llegar a ser una utopía. Nadie pone en discusión el poder del que ejerce el liderazgo y, normalmente, los conflictos no lo rozan. Y no se pone en discusión, precisamente, por la creencia de que el líder tiene cualidades extraordinarias que lo colocan en un nivel superior respecto a los demás miembros de la organización.

La militancia y la vida privada se confunden en un mismo universo simbólico. Más que parte de un partido político se es miembro de una familia, la *familia roldosista*.²⁹ Este componente de los liderazgos de corte carismático es muy importante, ya que da a los participantes la posibilidad de *crear en algo*. Los militantes roldosistas suelen sostener que tienen una vinculación directa con Abdalá Bucaram Ortiz, de mayor o menor nivel de confianza y, por tanto, manifiestan rutinariamente su lealtad. Y que están en el partido gracias a lo que Abdalá ha hecho por ellos.

Soy del PRE y no de otro partido, porque los otros partidos me van a utilizar. Después de que me utilizan trabajando, me dan una patada y te vas. Aquí no. Cuando el partido ha ganado, ellos le dan el trabajo a uno. Véame yo ahorita. Yo trabajo por Abdalá en PACIFICTEL. Así es. Por eso que no podemos olvidar nuestra casa (...).³⁰

[Pregunta: ¿Con qué se siente identificado: con Bucaram Ortiz, con los pensamientos del partido o con el partido como organización política?] Bueno, más me identifico con él. Honestamente, con él...

[Pregunta: Si él se fuera del partido, ¿usted que haría?] [...] Yo creo que el partido es de él. Si él no estuviera, no habría partido, primero. Y segundo, si Bucaram se fuera del partido es como si se muriera él, una mitad de él. No, él no se iría nunca...³¹

29 En diversas entrevistas realizadas por la autora se hizo notar esta idea, ver Entrevistas 25, 38, 43, 44 y 47 en Freidenberg (2003).

30 Declaraciones de una jefa de sector del Guasmo Sur del Partido Roldosista Ecuatoriano en una entrevista realizada por la autora en Guayaquil el 8 de septiembre de 2000 en la sede nacional del partido.

31 Entrevista a un cacique local de una provincia costeña, también diputado provincial del PRE en agosto de 2000.

Cuando a mí me dicen: bueno, pero ¿por qué tú estás en el PRE, en ese partido que es del pueblo, que es popular? Tú eres una persona muy capaz, ¿por qué estás ahí? Porque nos sentimos identificados con él. Por eso muchos oligarcas se sienten identificados con Bucaram, porque muchas veces dice la verdad, que no la dicen otras personas...³²

Estrategias discursivas

A través de los discursos, el liderazgo representa una ideología, valores, posturas morales, que se convierten en modelos, estandartes o símbolos de amenaza o del mal (Edelman, 1988: 2). Bucaram Ortiz es parte de este juego de intercambio de símbolos con sus seguidores –y también con aquellos que no forman parte de la organización partidista–. Con Bucaram no se cuestiona la división entre élites y pueblo sino que se reafirma buscando una nueva clase dirigente (De la Torre, 1994: 63). Se distancia de las élites identificándose con el pueblo en su lenguaje, en sus gustos, etiquetas y expresión popular.

Su estilo discursivo tiene algunos rasgos característicos del discurso populista clásico. Las constantes apelaciones a la dicotomía pueblo-oligarquía, la construcción de la política como una relación amigo-enemigo, la personalización del mensaje, la lucha contra el orden establecido, la inclusión de propuestas de corte clientelar y la exaltación del líder como un ser superior. Sus mensajes emplean un lenguaje emotivo, chabacano y popular: apela al amor, con frases mesiánicas y religiosas –“será como una lucha entre diablo e hijo de Cristo”; “Diosito es roldosista y al subir el petróleo ayudó a este gobierno a pagar la deuda externa”–; con un mensaje sencillo, poco complicado, algunas veces en tono amenazante, con cierto corte moralista y trasgresor.

Sus ofertas se han caracterizado por ser efectistas. Desde la primera campaña electoral en 1984, Bucaram Ortiz prometió de todo bajo el lema “no es cosa de locos”: programas de trabajo para dar vivienda popular, rellenar el suburbio, pavimentar las áreas marginales, dotarlas de agua potable, mercados, escuelas, lugares de recreación, un banco de zapatos y

32 Entrevista a un cacique local de una provincia costeña, también diputado provincial del PRE en agosto de 2000.

acceso a teléfonos para todo el pueblo. En 1992 volvió a emplear recursos discursivos que apelaban a la utilidad del voto y a la consideración de beneficios en términos clientelares (como por ejemplo la frase “¿qué te han dado los otros políticos?”).

... un día soñé con la Virgen que me dijo ya eres libre, regresa junto a mi pueblo y sálvalos de la miseria. Te unirás a los perseguidos y firmarás una patria libre, vencerás a un no creyente, porque el mismo diablo lo viste de bueno [...]. Yo tengo derecho a ser presidente porque me he preparado, estudiado, pagué la conscripción política, he cometido errores como todo ser humano pero jamás maté a nadie o trafiqué con drogas: nunca he ingerido alcohol ni he fumado cigarrillos por respeto a mis hijos... Voy a moralizar al país para que nunca más haya licitaciones para el bolsillo de los gobernantes.

Tú me das tu voto yo te doy una escuela; tú me das tu voto y yo te doy libertad; tú me das tu voto yo te doy salud; tú me das tu voto yo te doy comprensión [eslogan de campaña].

El actual gobierno les prometió pan, techo y empleo; y yo, como soy del pueblo, les voy a dar jama, caleta y camello.³³

En sus campañas electorales de 1988, 1992 y 1996 Bucaram usó la televisión para potenciar el antagonismo entre el pueblo, cuya voluntad decía representar, y la oligarquía que debía ser destruida. El pueblo era entendido como la encarnación de la auténtica nación-buena, justa y moral y definido por lo que no es. Con esta visión dicotómica de la realidad, Bucaram simplificó el escenario político, enseñando a sus seguidores quiénes eran los buenos y quiénes los malos.

La oligarquía es el gobierno de pocos en perjuicio de muchos. Se identifica en los sectores bancarios, en los sectores financieros, en los sectores eclesiásticos, en los sectores políticos. Porque uno de los grandes males del

33 Declaraciones de Bucaram publicado en *El País*, “Bucaram afirma que la elección presidencial es la lucha entre un hijo de Dios y uno del diablo”, Madrid, 7 de mayo de 1988. NB: jama = comida; caleta = techo; camello = empleo.

Ecuador es que la oligarquía política es la nueva oligarquía económica del Ecuador. Y obviamente, respetando a la Iglesia y respetando a las Fuerzas Armadas, es indiscutible que ha habido un matrimonio indisoluble en el último siglo entre la oligarquía, las Fuerzas Armadas y la Iglesia. Es una lástima que el empresariado económico del Ecuador pueda estar bajo la tutela de una oligarquía política. Porque no hay nada más hermoso que empresarios independientes, que hagan plata, que trabajen y que entiendan lo que es el capital y el trabajo. Pero cuando hay el monopolio y la concentración de la riqueza y la utilización de las leyes en beneficio de unos pocos y en perjuicio de muchos es donde surgen los Abdalá Bucaram.³⁴

Resulta importante también el modo en que los otros candidatos han presentado al líder populista. En la mayoría de los casos, la oligarquía ha estado representada en la figura de los patricios guayaquileños y en la élite ecuatoriana, para quienes Bucaram es el “repugnante otro”, “la encarnación de la barbarie, la falta de cultura y civilización de los marginales” (De la Torre, 1998). Durante la campaña de 1996, Nebot prometía la civilización y el progreso frente a la “barbarie” de los sectores suburbanos personificados en Bucaram. Esta representación maniquea de la realidad política sintetizó la estrategia socialcristiana de atemorizar al electorado con la amenaza de la “irracionalidad” y el “barbarismo” de los populistas construyéndolo como el último obstáculo para el progreso y la modernización del Ecuador.

Si bien han sido insistentes las apelaciones a la liberación nacional en el discurso del roldosismo, estando presente incluso en los Estatutos partidistas y la Declaración de Principios, una vez en el poder esa postura no tuvo mucho que ver con su Programa de Gobierno. Bucaram pretendió impulsar políticas de libre mercado, privatización del sector público, convertibilidad de la moneda, flexibilización laboral, apertura de los sectores energéticos al capital privado, inversión extranjera, transformación del sistema de seguridad social e implementación de una rigurosa política tributaria.

34 Declaraciones de Abdalá Bucaram a la autora en una entrevista realizada en Ciudad de Panamá en agosto de 2000.

El poco tiempo de su mandato (menos de seis meses) no permitió ver hasta qué punto Bucaram impulsaría realmente las políticas que había prometido en sus discursos, propias del populismo clásico o seguiría los pasos de presidentes vecinos de hacer en el gobierno todo lo contrario a lo que se había prometido en campaña. Bucaram ejerció el poder en esos meses con un fuerte sentido patrimonialista del cargo, con un conjunto de nombramientos oportunistas, basados en el nepotismo y con un sentido clientelar del Estado. Como ya había ocurrido con el velasquismo, aún cuando el contenido del discurso era de carácter *inclusivista*, estas intenciones no llegaron a plasmarse en políticas de larga duración que hicieran que el mensaje dejara de ser tal y transformara a los sectores marginados en ciudadanos de pleno derecho. Precisamente esto es lo que muestra un carácter más simbólico, expresivo, discursivo del roldosismo, que institucional y estatal.

• Álvaro Noboa Pontón, el regreso del mesías

Álvaro Noboa Pontón³⁵ inició su carrera política de la mano de Abdalá Bucaram Ortiz, cuando aceptó integrar el frente económico del gobierno roldosista junto a los principales empresarios y banqueros, poniendo en marcha políticas aperturistas y de corte neoliberal. En 1998 Bucaram apoyó que Noboa se presentara como candidato del PRE a la Presidencia de la República, consiguiendo pasar a la segunda vuelta electoral y perdiendo por un mínimo margen frente a Jamil Mahuad, de la Democracia Popular. Aprovechando ese apoyo ciudadano, Noboa decidió formar una organización a su medida: el Partido Renovador Institucional Acción Nacional (PRIAN), el que aprobó sus estatutos el 9 de abril de 2002 y desde el cual desarrolló una fuerte estrategia expansiva en los siguientes años.

35 Nació en Guayaquil el 21 de noviembre de 1950, en el seno de una de las familias más acomodadas. Hijo de Luis Noboa Naranjo e Isabel Pontón Ávila. Realizó sus estudios primarios en el Colegio La Salle de Guayaquil y secundarios en el Instituto Le Rosey de Suiza. Se graduó de abogado en la Universidad de Guayaquil, realizando además estudios superiores de administración en el American Management Association de Nueva York (Estados Unidos). Está casado con Anabella Azín y tiene cuatro hijos: Daniel, John Sebastián, Santiago y Carla.

En las elecciones de 2002 fue nuevamente finalista pero esta vez aprovechó el trabajo organizativo que había realizado desde el PRIAN, cooptando élites locales de otros partidos (fundamentalmente del PSC y del PRE) y presentó candidatos al Congreso, lo que a su vez le facilitó la estructuración de su fuerza política y el ejercicio de la oposición legislativa al gobierno de Lucio Gutiérrez. En el 2006 pasó a la segunda vuelta junto a Rafael Correa y, aunque perdió la presidencia, obtuvo el mayor bloque legislativo (28 diputados) y se constituyó en la primera fuerza política del país, que rápidamente quedaría mermada debido a la polémica destitución de los 57 legisladores en febrero de 2007 por orden de Tribunal Supremo Electoral. Sus principales cuadros (Gloria Gallardo, Sylka Sánchez, Freddy Bravo), que encabezaban la oposición al Presidente Correa, quedaron fuera del Congreso, junto a los partidos tradicionales, minando la visibilidad pública del partido.

A diferencia de otros líderes populistas ecuatorianos, Noboa es claramente mediático. Aún cuando se ha convertido en un referente de la oposición política partidista en los últimos años, él no ha desempeñado nunca un cargo de representación popular, no ha impulsado ni tenido que defender la implementación de determinadas políticas públicas ni ha ejercido la oposición desde el marco de una institución. Salvo desde el Congreso, cuando su partido tuvo el primer bloque de oposición en 2006-7; y desde la Asamblea Constituyente, en 2007-8). Lo que se conoce de él es la imagen que se ha querido construir y que a partir de un acceso privilegiado a los medios de comunicación de masas (cadenas nacionales) se ha podido difundir.

Características del líder y vínculo líder-seguidor

El liderazgo de Noboa no puede ser considerado como el de un populista clásico. Su principal diferencia está en la dosis de carisma que ejerce en la relación con sus seguidores. Es un hombre que carece de cualidades excepcionales, de capacidad de oratoria y de carisma. Por ello, ha pretendido comprar ese carisma a través de su millonaria maquinaria política que da incentivos selectivos a cualquier potencial seguidor, sobre la base del compadrazgo y el asistencialismo individual. Su concepción de lo pú-

blico mezcla la lógica empresarial, con un fuerte clientelismo caritativo (entrega de camisetas, sillas de ruedas, *kits* médicos, dinero en efectivo a través de los llamados microcréditos personales). Por tanto, el vínculo líder-seguidor se sostiene por la distribución de incentivos, a través de sus fundaciones y su imperio económico. Se proyecta como la persona que puede solucionarlo todo (la salud, educación, la generación de riqueza), buscando emular su éxito en los negocios con la eficiencia en la gestión de gobierno.

En este sentido, el PRIAN ha funcionado como una extensión del liderazgo, sin convertirse en un espacio de intermediación hacia los militantes y los sectores que le apoyan, lo que hace que la organización sea poco institucionalizada y cuente con bajos niveles de autonomía organizativa. Los dirigentes y candidatos son los directivos de las empresas; la sede del partido en Guayaquil es la oficina de Industrial Molinera (propiedad de Noboa) y los recursos se trasladan sin restricción al partido. Por tanto, no hay diferencias ni límites entre lo público y lo privado, entre el ámbito del partido y el de la empresa.³⁶

El carácter anti-partidista de Noboa se basa en la ausencia de trayectoria político-institucional pero también por su enfrentamiento a la élite *patricia* guayaquileña, por lo que la existencia del PRIAN no puede ser entendida como una organización de integración de masas sino como la de un partido de empresario, con una fuerte estrategia de tipo *catch-all* (atrápalo todo), buscando maximizar los apoyos sin fuertes compromisos programáticos ni alianzas estratégicas con otros grupos sociales.

Estrategias de movilización empleadas por el líder

La movilización electoral se asienta en una densa red de intermediarios barriales, vinculados a caciques locales, que controlan la distribución de recursos e incentivos de participación, del mismo modo que se estructuró en su momento el PRE o el CFP. La estrategia de cooptación de diri-

36 El PRIAN ha funcionado como una empresa familiar y patrimonial, donde los dirigentes y candidatos son los directivos de sus negocios (Sylka Sánchez, Vicente Taiano, Wilson Sánchez) o su familia (Anabella Azín es su esposa, Antonio Noboa Ycaza su primo, María Elena Pontón su prima), por mencionar algunos.

gentes barriales que había desarrollado el PRE durante sus primeros años se trasladó al PRIAN, convencidos una vez más que sin el control de esas redes de vinculación social preexistentes sería muy difícil movilizar apoyos electorales en esos escenarios locales.

Los resultados de las elecciones del 2002 dieron cuenta del modo en que el PRIAN fue ganando el control de esas redes al PSC y al PRE, lo que también se refleja en la capacidad de los dirigentes de Noboa de acceder a espacios electorales que de otra manera hubiera sido muy complejo hacerlo.³⁷ Para cuando se dio la elección de 2006, el PRIAN ya contaba con una accitada maquinaria de intermediarios locales fundamentalmente en Guayaquil, así como también con una red de candidatos y dirigentes medios, elegidos a través de un mecanismo de selección de personal (como el empleado en sus empresas), que se encargaron de autofinanciar sus campañas electorales y dotaron al partido de una estructura territorial en todo el país.³⁸

Tres elementos diferenciaron la manera en que el PRIAN hizo campaña electoral en 2006 en relación con las anteriores elecciones (Recalde, 2007:24): (i) la aceptación de participar en debates con otros candidatos (como en el organizado por la CNN durante la primera vuelta); (ii) la participación en pseudo-acontecimientos en TV (entrevistas) durante la segunda vuelta con la intención de discutir sus propuestas y atacar a Correa; y (iii) su intención de formar alianzas de cara a la segunda vuelta, a diferencia del proceso de 2002 donde rechazó el apoyo de otros partidos (Quintero, 2005: 24).

El éxito del PRIAN en los distritos de mayor concentración de electores económicamente marginados dio cuenta del nivel de penetración que tuvo la estrategia clientelar y alertó sobre la posible transferencia de dirigentes barriales de los partidos tradicionales hacia el PRIAN; dándose en esta oportunidad la “mediatización del clientelismo” (Freidenberg,

37 El candidato jugó al fútbol y al voleibol con los vecinos de los sectores donde es muy difícil entrar sin la autorización del dirigente/intermediario local y de los que controlan ese espacio local.

38 Noboa publicitó a través de anuncios en los periódicos su campaña para reclutar candidatos a diputados, alcaldes y concejales. Las personas debían enviar sus carpetas con los datos personales, manifestando su interés por presentar su candidatura, y una empresa ‘independiente’ al partido, supervisada por algunos dirigentes nacionales del PRIAN como Vicente Taiano, se encargaba del proceso de selección de candidatos.

2008).³⁹ El trabajo electoral de Noboa combinó dos estilos de campañas bastante diferentes entre sí. Por una parte cierta “americanización” en las herramientas usadas para movilizar el voto a través de los medios de comunicación de masas y, por otra, la agresiva campaña clientelar.⁴⁰

Los envidiosos no quieren que regale sillas de rueda a los pobres, que no dé de comer, que no dé medicinas a los ecuatorianos. ¿Qué quieren? Ellos lo único que quieren es darle bala y palos”. “Mi misión es sacarlos de la pobreza y convertirlos en personas de clase media que tengan vivienda, educación, empleo y salud como la tienen en España, Estados Unidos, Chile e Italia.”⁴¹

La infraestructura local del PRIAN se basa por tanto casi completamente en las redes de clientelismo o de patronazgo. Los jefes locales cuentan con seguidores, con los que tienen vínculos de familia, de negocios o deporte. En los bastiones electorales costeños, dichas redes personales son muy importantes para el éxito electoral: consiguen votos, dinero, influencia sobre los medios de comunicación, contactos con las élites locales y, lo más importante, grupos de seguidores que pueden llevar a cabo la movilización electoral cada vez que el “mesías” sale de recorrido.

Expectativas y creencias de la base social de apoyo

Del mismo modo que otros populismos, los electores ven a Noboa como una especie de héroe salvador, como un mesías que viene a redimir los males del pasado y como un instrumento que va finalmente a dar respuesta a sus demandas básicas insatisfechas. La percepción de los seguidores está carga-

39 La tarea electoral se desarrolló fundamentalmente con campañas de salud, educación, empleo y la distribución de recursos a través de la Fundación Cruzada Nueva Humanidad, que con fondos propios y de sus empresas, usurpa el lugar que le corresponde al Estado en la satisfacción de las demandas básicas de los ciudadanos más desprotegidos. Según la página web (www.alvaronoboa.com) durante 2005, la Fundación había realizado 270 visitas a la mayoría de las provincias ecuatorianas, atendiendo a 135.000 pacientes.

40 El candidato entregó microcréditos personales (de 1000 dólares), ordenadores, materiales para la construcción, camisetas y comida (banano, arroz, fideos, conservas) a pobladores de los sectores populares o trabajadores de sus empresas (El Café, Chocolates Noboa, Interamericana de Tejidos o Banco del Litoral) y sillas de ruedas (una por local que se visitaba).

41 Publicado en *El Comercio*, 23 de agosto de 2006 y 13 de noviembre de 2006.

da de ese misticismo que rodea a los líderes con fuertes dosis de carisma, aún cuando Noboa cuente más con un liderazgo carismático de situación que con el de contenido weberiano. En esa percepción, la idea del empresario exitoso que puede resolver todos los problemas ha calado hondo en el electorado marginado ecuatoriano, aún cuando hasta el momento no ha demostrado institucionalmente sus capacidades y habilidades de gestión: “Sálvenos Abogado Álvaro Noboa de esta gran crisis por la que está atravesando el país, los pobres y la clase media ecuatoriana que se ha empobrecido. Sálvenos Abogado Álvaro Noboa, sea nuestro presidente”.⁴²

Estrategias discursivas

Bajo el lema: “Adelante, Ecuador adelante”, el estilo discursivo de Noboa no resulta tan elaborado como el de Correa o Bucaram. Aún cuando se presentan elementos de diferenciación en clave pueblo-oligarquía, el hecho de que él forme parte de ese sector social hace difícil la asociación entre discurso y acción política. El discurso autoritario, mesiánico y despectivo de Noboa contra sus adversarios políticos ha sido una constante en cada campaña electoral. En su intento por ganar la elección de 2006 trató de asustar a los votantes asegurando que su rival iba a ser un títere de Chávez, lo calificó de “peligro comunista” y de “terrorista”, intentando que el presidente venezolano se introdujera en la campaña electoral y esto polarizara aún más el electorado.

Sus mensajes celestiales dan cuenta de un populismo religioso y mesiánico. Por ejemplo, en la presentación de su candidatura en el Auditorio de la Democracia del TSE el 15 de agosto de 2006 dijo: “Como héroe de Dios, con la Biblia en la mano, estoy diciéndoles cobardes los voy a vencer”. Se posiciona como un mensajero de Dios, como un salvador, sobre la base de un discurso religioso, asentado en la idea de ser “como Cristo, todo lo que quiero es servir... para que los pobres puedan tener casa, asistencia social, salud, educación, empleos”.⁴³

42 Comunicado publicado por seguidores del PRIAN semanas antes de la definición de las candidaturas presidenciales. Publicado en *El Universo*, en agosto de 2006.

43 *El Comercio*, 16 de agosto de 2006.

Somos un partido liberal que tiene un gran sentimiento de justicia social. La esencia de nuestra propuesta son las ideas liberales, que se respeten los derechos de los trabajadores, que se dejen los marcos necesarios para que haya una reactivación económica... En lugar de la ideología socialista que propugna que todos sean pobres, proponemos que los pobres pasen a ser como la clase media de Chile... La educación debe ser orientada al área que tiene que ver con la producción [...]. Nuestra Constitución debe velar porque haya libertad de prensa, de producción, libre mercado, libertad de culto... Todos debemos recibir una educación religiosa, pero respetando las creencias...⁴⁴

Su lenguaje concreto enfrenta las ofertas abstractas de los otros candidatos, sobre la base de una ideología de contenido liberal (salvo en la relación Estado-Iglesia, donde el propio candidato parece estar más comprometido a una fusión de ambos que a su separación). Hace promesas de provisión de servicios estatales (agua potable y calles pavimentadas, apertura de escuelas, construcción de casas) y en la resolución de los problemas de los sectores marginados en los barrios más populares de Guayaquil (la Febres Cordero, Isla Trinitaria, Flor de Bastión o Lomas de la Florida, entre otros). En este sentido, reeditó el famoso “pan, techo y empleo”, como una manera de atraer a un electorado pobre, que alcanzaba al 60 por ciento de la población en el 2006 y que continúa siendo uno de los problemas centrales del país.

• Rafael Correa, el ‘primer ciudadano’ de la Revolución Ciudadana

El triunfo de Rafael Correa Delgado⁴⁵ en la elección presidencial de 2006 tuvo como antecedente la derrota de los partidos políticos en los comicios presidenciales de 2002, cuando se impuso en la segunda vuelta un *outsider*

⁴⁴ Publicado en *El Comercio*, 9 de julio de 2007.

⁴⁵ Nació en Guayaquil el 6 de abril de 1963, en un hogar de clase media. Realizó sus estudios primarios y secundarios en el colegio católico San José-La Salle. Estudió Economía en la Universidad Católica Santiago de Guayaquil, con estudios de postgrado en Estados Unidos y Bélgica. Docente Universitario de la San Francisco y consultor del Banco Interamericano de Desarrollo. Se desempeñó como ministro de economía durante el gobierno de Alfredo Palacio (2005) durante unos pocos meses.

der de la política, el Coronel Lucio Gutiérrez, liderando el Partido Sociedad Patriótica, en alianza con el Movimiento Unidad Plurinacional Pachakutik-Nuevo País (MUPP-NP) y el Movimiento Popular Democrático (MPD). Esa fue la primera elección en la que los partidos dominantes, o agrupaciones derivadas de ellos, perdieron el control de la Presidencia de la República. Este hecho supuso un cambio fundamental en la evolución del sistema de partidos y en el modo en que los partidos tradicionales se enfrentaron al nuevo escenario político.

En las elecciones del 15 de octubre de 2006 compitieron 13 candidaturas que cubrían todo el arco ideológico, político y regional, siendo el multimillonario bananero y líder del PRIAN, Álvaro Noboa (con el 26.83 por ciento de los votos) y Rafael Correa de Alianza PAIS (Patria Altiva I Soberana; con el 22.84 por ciento) las dos opciones más votadas. Ambos compitieron en la segunda vuelta, realizada el 26 de noviembre, en la que Correa fue electo por el 56.67 por ciento de los votos, luego de una intensa campaña negativa, de haber moderado su discurso mediático al mostrarse como un ciudadano más de clase media, reiterar su compromiso con la dolarización e incluir a su familia en la campaña, dando cuenta de su devoción como católico practicante.

Cuatro fueron los claros ganadores de las elecciones de ese año: (i) Rafael Correa, que consiguió la presidencia, articulando a su favor el voto del cambio, identificado fundamentalmente con la necesidad de acabar con la manera en que los partidos tradicionales gestionaban la política; (ii) el PRIAN, que se fortaleció en el escenario legislativo; (iii) el Partido Sociedad Patriótica (PSP), que ganó el segundo bloque y se convirtió en las primeras semanas en un partido bisagra, con capacidad de articulación y negociación legislativa; y, finalmente, (iv) el *sentimiento anti-partidista*, que fue empleado como una estrategia para desacreditar al Congreso y a la clase política tradicional.⁴⁶

A diferencia del populismo religioso y mesiánico de Noboa, Rafael Correa articuló su liderazgo en el enfrentamiento directo con la clase política (“partidocracia”) y en las posturas del movimiento forajido de abril de

⁴⁶ El hecho de que tres de los binomios más votados fueran fuerzas nuevas, que Correa reivindicara la destitución del Congreso y que el voto nulo impulsado por éste ganara al menos en catorce provincias, da cuenta de la crisis de representación del sistema de partidos de ese momento.

2005. El economista había sido ministro de economía del gobierno de Alfredo Palacio durante cuatro meses, tras la caída del Coronel Gutiérrez del gobierno. Radio La Luna, que se convirtió en la “vocera de los forajidos”, concedió ciertos espacios a Correa, quien criticó la política económica neoliberal sustentada por Gutiérrez y se pronunció por su destitución.

El “que se vayan todos” fue entonces un importante eje movilizador de aquellos que pedían un cambio radical del sistema político ecuatoriano, al punto que ha sido el pilar del discurso de campaña y propuesta del plan de gobierno de Correa y Lenin Moreno, su candidato a vicepresidente, y del movimiento independiente que articularon bajo el nombre de “Patria Altiva i Soberana” (PAIS). El 15 de enero de 2007 Correa asumió el gobierno y puso en marcha su promesa de celebrar una consulta popular que legitimara la propuesta de convocar a una asamblea constituyente. Entre enero y abril se dieron fuertes enfrentamientos entre los poderes del Estado respecto a cuál debía ser el papel del presidente en la convocatoria de la consulta y cuál el contenido del texto del estatuto que reglamentaría esa elección.

Si bien en ese período hubo varios sucesos que violaron el Estado de derecho y el respeto a la institucionalidad democrática y, más de una vez el ejecutivo quedó como mediador entre un TSE y un Congreso cada vez menos dialogantes, la ciudadanía apoyó masivamente la manera de resolver los conflictos del Presidente Correa, dando contenido a su democracia plebiscitaria. El uso del Tribunal Supremo Electoral de un texto de estatuto que no era el aprobado por el Congreso (sino el enviado por el presidente); el intento de sustitución del presidente del TSE por el congreso sin previo juicio político; la posterior destitución de 57 diputados del TSE; la formación de una nueva mayoría (llamada irónicamente de los “manteles”), integrada por los suplentes de los diputados destituidos que se posesionaron en contra de sus partidos, han sido algunos ejemplos en este sentido. Todo ello, junto al desconocimiento al Tribunal Constitucional (TC) en relación con su postura sobre la inconstitucionalidad de la medida tomada por el TSE respecto al congreso, que llevó al cese de funciones de los mismos y al nombramiento de un nuevo TC afín al gobierno, dio cuenta de la capacidad de generar gobernabilidad por parte del gobierno ecuatoriano.

La consulta del 15 de abril legitimó nuevamente a Correa. El 82 por ciento de los votantes respondió que estaba de acuerdo con que se convocara la asamblea para elaborar una nueva constitución y aprobó el estatuto elaborado por el gobierno y refrendado por el TSE. Con este apoyo masivo y una altísima participación (el 71.4 por ciento de los 9 millones de electores), la tesis de cambio radical recibió una contundente victoria, un jugoso regalo para los primeros cien días de la gobernante Alianza PAIS. El 30 de septiembre de 2007 los ecuatorianos nuevamente apoyaron al Presidente Correa para que diseñara una nueva Constitución.⁴⁷ De los 130 asambleístas que se debían elegir, 80 fueron para el gobierno y sus socios, lo que dio vía libre a la Revolución Ciudadana y puso en marcha el proyecto de transformación del país.

Características del líder y vínculo líder-seguidor

Rafael Correa articuló su liderazgo sobre la base de su ambiciosa revolución ciudadana, bajo la protección del bolivarianismo chavista, su cercanía a la doctrina social de la Iglesia y su posición de *outsider* radical. Como los otros liderazgos, tiende a reafirmar la existencia de un vínculo directo con los ciudadanos, sin reconocer intermediación alguna ni hacer realidad los esfuerzos de fortalecimiento de un partido que canalice esa relación. Su estrategia de no presentar listas de diputados al congreso lo colocó en el margen diferente a los “mismos de siempre”, aún cuando algunos de los dirigentes que le acompañaron en la campaña y que luego han asumido puestos en su gobierno cuentan con sendas trayectorias políticas.⁴⁸

47 La “Madre de todas las Batallas” es la manera en que el Presidente Rafael Correa definió la elección para integrar la asamblea constituyente: “Ahorita lo más importante es ganar la asamblea. Es la madre de todas las batallas. Depende de ustedes” <http://www.eluniverso.com/2007/06/17/0001/>.

48 Entre estos dirigentes y candidatos con trayectoria se encuentran: Trajano Andrade (Manabí), ex diputado de la ID y subsecretario de educación de Rodrigo Borja; Virgilio Hernández (Pichincha), subsecretario de gobierno de Lucio Gutiérrez; Gustavo Larrea (Pichincha), subsecretario de gobierno de Abdalá Bucaram; Aminta Buenaño, funcionaria del Municipio de Guayaquil o Raúl Patiño, ex diputado socialista y ex ministro de bienestar social del gobierno de Gustavo Noboa.

Su candidatura supuso la postulación de una persona sin pasado, sin partido, sin experiencia política previa sobre la cual comparar, que encarnó el cambio frente al inmovilismo. Desde el inicio de su accionar político, Correa se enfrentó a dos desafíos: (i) el dilema del *outsider*, que cuenta con un discurso anti-partido que es un instrumento para ganar elecciones pero un peligro para conseguir gobernabilidad; y (ii) el de la necesidad de terminar su mandato de cuatro años, en un escenario polarizado, inestable y con fuertes movilizaciones que procuran un cambio radical, siendo un presidente con apoyo minoritario en el congreso. La cuestión de la representación política y los atisbos de bonapartismo que han aparecido en el primer año de gobierno también pueden llegar a traer problemas para la calidad de la democracia, aún cuando los ciudadanos estén convencidos de que su acción política en todo caso cambiará una democracia dominada por la partidocracia (lo que la hará más democrática).

¡Dale Correa, Rafael! ¡Dale correa, Rafael! La patria vuelve, el Congreso es decadente y la partidocracia es dictadura, con los políticos de siempre. El poder es ciudadano, te lo dice tu hermano. Por la constituyente, el pueblo ecuatoriano. ¡Dale Correa! ¡Dale correa! A esos que se creen dueños del Ecuador, nos robaron el futuro y nos botaron el país. ¡Dale Correa! ¡Dale correa! ¡Dale Correa, Rafael! ¡Dale correa, Rafael! La patria vuelve, lista 35. Voto ciudadano. ¡Nosotros somos PAIS!⁴⁹

La personalización del liderazgo se refuerza con la implementación de una democracia plebiscitaria, buscando siempre el apoyo por fuera de las instituciones democráticas y llamando a la gente a la calle para que legitime su proyecto político. La consulta popular y la votación para la Asamblea Constituyente dieron cuenta de ese plebiscito sobre su liderazgo más que sobre sus obras, toda vez que durante el primer año de gobierno se limitó a impulsar la reforma política. Correa personalizó el éxito, pues era su cara la que empapelaba todo el país, quien hacía campaña junto a los asambleístas y quien además amenazó con renunciar a

49 Texto de los *singles* difundidos en diversas emisoras radiales durante la campaña electoral de 2006.

la presidencia si sus partidarios no conseguían una mayoría suficiente para redactar la nueva Constitución.⁵⁰

Estrategias de movilización empleadas por el líder

La estructura que moviliza el apoyo a Rafael Correa ha ido experimentando desde sus orígenes diversas transformaciones. Originalmente, el grupo estaba integrado por movimientos y grupos sociales como Iniciativa Ciudadana, Movimiento PAIS, Acción Democrática Nacional (ADN), liderado por Manuela Gallegos; Jubileo 2002, dirigido por Ricardo Patiño, y Movimiento Alfarista Bolivariano, así como también contaba con la presencia de intelectuales de izquierda (como Alberto Acosta), dirigentes de movimientos de derechos humanos (Gustavo Larrea) y múltiples movimientos provinciales. Todos ellos constituyeron Alianza PAÍS en septiembre de 2005 en torno al liderazgo de Correa y comenzaron a plantear el lanzamiento de su candidatura presidencial.

Una vez en el gobierno, Alianza PAÍS comenzó a expandir su red e integró a nuevos actores sociales y políticos, como Alternativa Democrática, el proyecto en el que se ha comprometido gente de Ruptura de los 25, Foro Urbano y Polo Democrático, entre otros colectivos que cuestionan al sistema partidista ecuatoriano y que originalmente se estructuraron como una vía alternativa a los partidos tradicionales. En este sentido, para las elecciones a la Asamblea Constituyente, la fórmula gobiernista se articuló en torno a Acuerdo PAIS, integrado por Alianza PAIS, Nuevo País y Alternativa Democrática.

El trabajo organizativo que se ha ido articulando tiene que ver con la constitución de redes de movilización con el fin de no depender de otros grupos sociales. En este sentido se fueron creando comités familiares: cada uno con 10 miembros, con la idea de conseguir organizar 50.000 comités en el país durante el año 2007, emulando a los Círculos Bolivarianos

50 La constante inauguración de obras públicas, los programas de radio del Presidente de los sábados, la cobertura de actos de gobierno en clave electoral o la distribución de subsidios sociales (Bono de Desarrollo Humano), gracias a los altos precios del petróleo, fueron una práctica cotidiana de la campaña del gobierno.

que Chávez organizó en Venezuela. En el seno de Alianza PAÍS, entre tanto, la organización cuenta con dos estructuras: un buró político en el que están su líder y sus colaboradores más allegados;⁵¹ y la que realiza el trabajo de base mediante comités, un sistema en el que un coordinador maneja barrios y manzanas, que ha dado resultados electorales en países como Cuba y Venezuela. En Guayas, por ejemplo, coordinadores parroquiales y cantonales de la provincia señalan que en las reuniones en las sedes del movimiento la gente habla de los problemas del barrio: falta de calles, de alcantarillado o de trabajo estable.

Expectativas y creencias de la base social de apoyo

La base de movilización social se asienta en el movimiento forajido y en las expectativas de cambio que se depositan en el liderazgo correísta, que es de carácter poli-clasista, ya que se asienta tanto en los sectores de la clase media serrana, a diferencia de los otros dos líderes populistas; en sectores de clase alta así como también en los bastiones de los sectores marginados de ambas regiones. La capacidad de articulación multisectorial de Correa se debe tanto a su habilidad para recoger el sentimiento de cambio político así como también a la negativa de muchos ciudadanos de votar por Noboa.

Y porque los ciudadanos y las ciudadanas del Ecuador ya no soportan más esta situación, porque el país no es capaz de resistir más, hay que hacer una revolución ciudadana, hecha por y para los ecuatorianos. Sólo la Asamblea Constituyente devolverá la dignidad al Ecuador y entregará como siempre le correspondió, el poder a las manos del pueblo (...). Pero esa revolución depende de la fortaleza y voluntad real de cambiar el país en que vivimos y para ello necesitamos el apoyo de todos y todas.⁵²

Esa capacidad de generar una coalición bastante heterogénea en torno a una clase media desencantada, estudiantes e intelectuales urbanos, partidos de izquierda, algunos sectores indígenas y movimientos sociales, tanto de la Costa como de la Sierra, fue muy exitosa. Su propuesta fue vista

51 Entre los que destacan Raúl y Ricardo Patiño, Fander Falconí, Vinicio Alvarado, Manuela Gallegos, Alberto Acosta, Gustavo Larrea, entre otros.

52 Publicado en *Diario Hoy*, 13 de noviembre de 2006.

como la oportunidad de generar nuevas condiciones para la participación y la representación política en Ecuador. La diferencia con otros movimientos de base indígena está en que a pesar de que Correa maneja la agenda de este sector, no cuenta con líderes indígenas en su gobierno ni lleva su liderazgo desde el poder.

Estrategias discursivas

Su propuesta fue articulada en torno a dos elementos discursivos: (i) la configuración de los partidos (y la partidocracia) como su “otro” antagónico; y (ii) la propuesta de una reforma política a través de la asamblea constituyente. Esto fue claro durante la primera vuelta electoral de 2006, cuando empleó toda clase de descalificativos para los partidos tradicionales y fundamentó su propuesta anti-sistema, basado en la idea de eliminar la corrupción a golpe de “correazos”, convocar a una consulta popular que autorizara la Asamblea Constituyente, y realizar la reforma política y los cambios que esperaban los ecuatorianos.

Nadie ha hablado de disolver el Congreso, sino de formar una Asamblea Constituyente. Lo que vamos a hacer es convocar a una consulta popular, en uso de las atribuciones que la constitución confiere al presidente, para que el pueblo se pronuncie. ¿Se puede esperar algo más democrático? No se trata de disolver ni de pedirle permiso al congreso, sino de acatar la voluntad del pueblo. La reforma política es prioritaria, porque mientras sigamos con ciertas mafias dominándonos, será muy difícil sacar el país adelante. La reactivación económica es lo segundo, pero está vinculada a la reforma política, porque las mafias están en todos lados y si no las combatimos tampoco habrá crecimiento.⁵³

Aún cuando para la segunda vuelta electoral, moderó su discurso, introdujo un mensaje más emocional y afectivo, buscó mostrarse como un ciudadano más de clase media, Correa continuó empleando descalificaciones e insultos con relación a los partidos tradicionales. Se dio cuenta además

53 Declaraciones de Alberto Acosta. Publicado en *Diario Hoy*, “Oficialismo ratifica su propuesta de disolver el Congreso”, publicado el 30 de septiembre de 2007, en: http://www.hoy.com.ec/NoticiaNue.asp?row_id=278514#27.

que era necesario aterrizar las ofertas de campaña, ya que mientras Noboa ofrecía cuestiones concretas (vivienda y empleo), él hablaba de valores y reforma política. En este sentido, se reforzó la propuesta de vivienda (con el Bono PAIS); se insistió en el mantenimiento de la dolarización sin dejar de señalar sus críticas (Noboa había acusado a Correa de que iba a abandonarla); se incluyó a la familia en los *spots* y en los actos como una manera de dulcificar la imagen del candidato y se dejó ver en la iglesia como un católico practicante (para contrarrestar la imagen de comunista de la que le había tildado Noboa).

Desarrolló una fuerte campaña negativa con la intención de potenciar los elementos menos favorables de Noboa (que no paga impuestos, que explota a los trabajadores, que “le gusta más la plata que la patria”, que contrata a niños para sus empresas, que paga salarios injustos, entre otros); moderó su lenguaje (abandonando el cinturón que generaba connotaciones machistas y violentas) y contrarrestó el contenido de las ofertas de la campaña: si Noboa ofrecía dar 300.000 viviendas, Correa impulsó su plan “Socio País” (un programa de medidas para solucionar el problema habitacional, duplicando el bono de la vivienda), el Bono del Desarrollo Humano, entre otras ofertas.

Una vez en la presidencia, continuó con su discurso moralista, centrado en el papel del pueblo como agente del cambio social (denominados en sus apelaciones como ciudadanos) frente a la oligarquía corrupta, que reivindica la meritocracia como requisito de idoneidad y capacidad moral y, fundamentalmente, con un fuerte carácter confrontacional. La tendencia a potenciar discursivamente el conflicto se ha puesto de manifiesto en diferentes momentos del ejercicio de su gobierno, del mismo modo que lo hiciera Bucaram durante sus seis meses de gestión. “A ciertos alcaldes de cantones que se creen los dueños del país y ciudadanos malcriados les digo que ahora Ecuador tiene un Presidente”.⁵⁴ “A la mafia de la seis, ya los tenemos derrotados, están asustados, capos y jefes de la partidocracia”.⁵⁵

⁵⁴ Declaraciones de Rafael Correa, publicadas en *El Comercio* (s.d.).

⁵⁵ Declaraciones de Rafael Correa durante la campaña electoral de 2006, publicadas en *Prensa Latina*, “Candidatos presidenciales cierran campaña en Ecuador”, 10 de octubre de 2006; declaraciones de Rafael Correa durante la campaña, publicadas en *El Universo*, “Quedan dos días de proselitismo”, 10 de octubre de 2006.

Una de las cuestiones claves en los discursos de Correa es la necesidad de enfrentarse a alguien. En ese sentido, los ataques a los medios de comunicación han sido claves, llegando a acusarles de estar vinculados a intereses bancarios y grupos de poder económico, señalando a muchos de ellos de manera directa (TC, Teleamazonas, Gamavisión, entre otros).⁵⁶ Este tipo de acusaciones la ha realizado a pesar de haber obtenido un apoyo marcado de la mayoría de medios de comunicación durante su campaña presidencial.

Siguiendo lo realizado por Chávez, Correa integró a su discurso el concepto de socialismo del siglo XXI frente a la política neoliberal. Según las palabras de Correa este modelo “está llegando a su fin... el nuevo día ha comenzado, de patrias más justas, soberanas y dignas”.⁵⁷ Bajo estos principios, prometió la revolución socialista, renegociar la deuda externa, fortalecer la Comunidad Andina de Naciones, rechazar la presencia norteamericana en la Base de Manta y la firma del Tratado de Libre Comercio (TLC), como base de sus políticas anti-imperialistas, lo que dio cuenta de las coincidencias ideológicas con Chávez y Morales.

Somos esos representantes de esa corriente que arrasa en la región. Y en esto, gracias a Dios, no estamos solos. Ahí hay gobiernos soberanos, dignos, con visión histórica en ese espíritu bolivariano [en referencia a los gobiernos de Argentina, Uruguay, Brasil, Bolivia y Venezuela]. Con ellos (los mandatarios izquierdistas de la región) trataremos de construir esa verdadera identidad latinoamericana, no como el Norte quiere construir un gran mercado, sino construir una gran nación.⁵⁸

⁵⁶ El 10 de mayo de 2007, Correa presentó una denuncia por injurias contra Francisco Vivanco Riofrío, presidente del directorio del periódico La Hora (un diario matutino de mediana circulación), luego de acusar al mandatario de incitar al uso de la violencia; el 19 de mayo de 2007, durante uno de sus programas radiales sabatinos y tras ser repetidamente increpado, Correa ordenó que policías con vestimenta de civil expulsen al editor de opinión de diario El Universo, Emilio Palacio, a quien él mismo había invitado al evento.

⁵⁷ Publicado en *El Mercurio*, Cuenca, 15 de enero de 2007.

⁵⁸ Declaraciones de Rafael Correa publicadas en *La Jornada* (México), “El nacionalista Rafael Correa, favorito en Ecuador”, 6 de octubre de 2006.

En su discurso también retoma el legado de la movilización indígena, apropiándose de los contenidos de sus demandas y articulándolas como parte de su base social de apoyo, aún cuando el discurso indigenista no ha formado parte “exclusiva” del contenido de propuestas programáticas del correísmo.

Será el gobierno de los indígenas. Como un milagro se han derrumbado los gobiernos serviles, las democracias de plastilina, el modelo neoliberal [...]. Ha empezado a surgir esa América Latina altiva, digna, soberana, justa y socialista del siglo XXI... América Latina seguirá cambiando, porque lo que vivimos no es una época de cambios, es un cambio de época [...]. La noche neoliberal está llegando a su fin...⁵⁹

En la práctica, a pesar del discurso moralista y de su fuerte campaña anticorrupción, miembros del gobierno –muy cercanos a Correa– se han visto involucrados en algunos asuntos poco claros, como el de los “Pativideos”. En mayo de 2007, un video grabado en secreto ordenado por Ricardo Patiño, en ese momento ministro de economía de Correa, fue hecho público por un ex asesor del ministro, Quinto Pazmiño. En el video, Patiño habla con representantes de aseguradoras bursátiles internacionales de los Bonos Globales 2030, conectados con la deuda externa del Ecuador, expresando que se podría “asustar al mercado” ante una propuesta de especulación bursátil para obtener amplios beneficios económicos por parte de los representantes de las empresas aseguradoras.

Ello parecía estar relacionado con la actitud tomada por su ministerio en febrero de 2007, cuando después de dos días de haber declarado que no pagaría los cupones de los bonos, de desdijo y anunció el pago. Durante el intervalo, el valor de los bonos cayó considerablemente y según señaló la prensa, bancos venezolanos se beneficiaron ampliamente con esa decisión del ministerio. El 12 de julio de 2007 la mayoría del congreso (con 66 votos) censuró al Ministro Patiño, por cuatro delitos: peculado, asociación ilícita, pacto colusorio, traición a la patria. No obstante, el Presidente Correa lo ratió en el cargo; posteriormente, fue nombrado Ministro del Litoral y en 2008, Coordinador de la Política, Seguridad Interna y Externa.

59 Declaraciones en “Aquí no va mandar ni Bush ni Chávez, sólo los ecuatorianos”, *El País*, 29 de noviembre de 2006.

Los liderazgos populistas ecuatorianos en perspectiva comparada: semejanzas y diferencias

Los liderazgos analizados se caracterizan por el empleo de un tipo de retórica y un estilo de movilización que apela a lo popular. Esta retórica y este estilo de movilización se sustentan en una particular cultura política que es lo que permite el nexo entre el líder populista y los seguidores. La manera de apelar al pueblo, el tipo de vínculo que establecen, la ausencia de intermediación organizada, el modo de incorporar a los sectores que movilizan y la personalización del liderazgo son elementos de identificación común entre las diferentes manifestaciones populistas ecuatorianas.

Aún cuando Bucaram, Noboa o Correa dan diverso contenido a ese estilo de liderazgo (a la manera de ejercer el populismo) basan todos ellos el ejercicio del poder en un liderazgo de corte personalista, directo, que genera una ecléctica relación –no mediada o de débil institucionalidad– con los seguidores, que desarrolla una fuerte interrelación líder-seguidor sobre la base de la redención simbólica del excluido y desestima el modo en que funcionan las instituciones de una democracia representativa.

La ausencia de institucionalización en los procesos y organizaciones que sustentan los liderazgos, dando cuenta de una alta personalización de los discursos y de la acción política, es una característica de Bucaram, Noboa o Correa. A ninguno de ellos se le ocurre que pueda existir una estructura política o una instancia que pueda mediar entre él y ese cuerpo amorfo en que se convierte a la sociedad. Y esa tendencia movimentista presente en las tres manifestaciones tiene raíces velasquistas.⁶⁰ Ahora bien, aún cuando en los tres casos existe cierto desprecio hacia las formas organizativas, Noboa hace uso de sus redes clientelares como fuente de movilización a través de la estructura del PRIAN, mientras Correa se apoya en los movimientos sociales y en un conjunto de seguidores que articulan y construyen redes con recursos del Estado. En el caso de Bucaram, la estructura organizativa del PRE en la articulación de sus relaciones con

60 Más que un partido, el velasquismo fue un movimiento electoral constituido para cada contienda presidencial pero disuelto una vez pasada la campaña electoral. El mismo Velasco se oponía a que el movimiento se convirtiera en partido. En un discurso señaló que: “Hay, pues, que for-

los caciques locales y las redes de intermediarios barriales ha sido muy importante durante la década de 1990. Es decir, que en esta dimensión, en principio común, existen diferencias.

Los tres líderes han estructurado sus movimientos y/o partidos sobre la base de la cooptación de las redes sociales y políticas preexistentes en los escenarios marginados que buscan movilizar, fundamentalmente, en las barriadas del suburbano guayaquileño. La conquista de esas redes supuso el crecimiento electoral del PRE, del PRIAN e incluso de Alianza PAIS, a través del trabajo que Ricardo y Raúl Patiño han desarrollado durante 2005 y 2006, de cara a estructurar las bases de apoyo de su movimiento político y del uso del Estado como impulsor en la creación de comités familiares. Los dirigentes de los tres movimientos sabían que el trabajo electoral para ser exitoso debía asentarse en las redes ya existentes y no en la imposición de unas nuevas.

Los tres líderes minan con su forma de actuar la institucionalidad democrática vigente. En el primer año de gobierno, Correa atacó las instituciones socavando los márgenes de acción de los otros poderes (como el legislativo y el judicial), desinstitucionalizando al sistema de partidos y a otras organizaciones de mediación social y fortaleciendo el vínculo directo entre líder-seguidor. Esta misma cuestión se dejó ver en los seis meses de gobierno de Bucaram, donde el patrimonialismo y el nepotismo fueron el modo en que el roldosismo ejerció el poder y se vislumbra en el modo en que Noboa se relaciona con sus seguidores.

Correa y Noboa, a diferencia de Bucaram, carecen de trayectoria política. Noboa se presentó tres veces a la elección presidencial y sólo ha desempeñado el cargo de presidente de la Junta Monetaria (equivalente al directorio del Banco Central) en el gobierno de Bucaram, mucho antes de crear el PRIAN. Correa, por su parte, sólo contaba con sus meses como ministro de economía, que fue su primera experiencia en la administración

mar no-partidos porque el mundo no está hecho para partidos. Hay que formar movimientos. Los partidos son instituciones anquilosadas de la etapa burguesa que ya pasó. La hora actual de este siglo es la vehemente explosión de los reclamos de las muchedumbres, de los reclamos populares, de los reclamos nacionales. Hay que formar grupos, movimientos que penetren muy adentro de esta nueva hora en que los pueblos y las naciones se expresan y quieren fortalecerse [...]” (*El Comercio*, 23 de marzo de 1963, citado por Hurtado, 1977: 223).

pública. En este sentido, el carácter de *outsider* de estos dos liderazgos se manifiesta claramente, a diferencia del caso de Bucaram, donde existía un partido de creación carismática que sostiene la red de relaciones internas.

En el campo de lo político, resalta al escaso apego a los valores democráticos de estos liderazgos o, si se quiere, la vocación autoritaria y moralista que manifiestan tener tanto Bucaram, Noboa o Correa. En diversos discursos políticos, en actos de campaña y de gobierno se han dejado percibir rasgos y símbolos poco tolerantes e irrespetuosos del adversario político. El uso del discurso chabacano, despreciativo y escasamente plural es un rasgo común de los tres líderes populistas. Aún cuando Correa, Bucaram y Noboa hablan en nombre del pueblo, el que aparece con virtudes morales puras y simples, Noboa lo hace desde dentro del sistema de partidos y su crítica es más anti-*establishment*, hacia los grupos de poder guayaquileños que no le reconocen como un referente, que contra el sistema de partidos. En el caso de Correa, el pueblo son los ciudadanos mientras que para Noboa el pueblo son los sectores marginados y excluidos, aunque también son los sectores más ricos del país, esa oligarquía a la que incluye en sus discursos.

Finalmente, Correa y Noboa se diferencian entre sí por su extracción social, sus posicionamientos ideológicos, en la dosis de carisma que emplean para ejercer su poder, su visión del papel de Ecuador en el escenario político, el modo en que interactúan con sus dirigentes partidistas y el tipo de inserción que el país debe tener en el ámbito económico internacional. Suponen dos modelos de país que no terminan de presentar mecanismos de interacción y de consenso, sino que se vinculan entre sí por la confrontación y el conflicto.

Liderazgos populistas en perspectiva comparada			
	Bucaram	Noboa	Correa
Origen	Civil partidista (PRE)	Civil partidista (PRIAN)	Civil (Movimiento PAIS)
Período de gobierno	1996-1997	-	2006-
Condiciones en la que emerge	Crisis económica. Desencanto y rechazo élites tradicionales.	Crisis económica. Desencanto y rechazo élites tradicionales.	Crisis económica. Desencanto y rechazo élites tradicionales.
Sistema de partidos en que emerge	Multipartidista	Multipartidista	Multipartidista
Crisis legitimidad	No	Sí	Sí
Crisis gobernabilidad	Sí	Sí	Sí
Estilo de liderazgo	Carismático (weberiano) personalista. Nepotismo	Carismático de situación personalista. Nepotismo	Carismático (weberiano) personalista.
Control partido	Sí	Sí	Relación de sumisión de los diversos movimientos hacia el líder
Partido gobierno mayoría en las Cámaras	No	-	No presentó candidatos a diputados. Mayoría en la asamblea.
Disciplina legisladores	Alta	Alta	No tenía legisladores en el período 2006-2007. Alta (de los asambleístas hacia el líder del movimiento).
Ubicación ideológica	Centro-izquierda	Centro-Derecha	Izquierda
Base social de apoyo	Policlasista	Policlasista	Policlasista
Clase baja	Sí	Sí	Sí
Clase media	Sí (intelectuales)	Sí (Costa)	Sí (intelectuales)
Clase alta	Sí (libaneses)	Sí (Costa)	Sí (Sierra + Costa)
Sector informal	Sí (Costa)	-	-
Sector rural	Sí (Costa)	-	-
	Político	Empresario	Académico

Tipo de movilización política	Anti-establishment. Ataque a las élites. Clientelismo.	Anti-establishment. Ataque a las élites. Clientelismo.	Anti-establishment. Ataque a las élites. Clientelismo.
Contenido propuestas políticas	Liberación nacional (en declaración principios). Neoliberal. Convertibilidad (no puso en marcha).	Neoliberal. Aperturista.	Anti Neoliberal. Proteccionista. Nacionalista. Socialista.
Reformas pro-mercado	Sí (no llegó a implementar).	Sí	¿?
Relación con medios Alianza estratégica Tensión-conflicto Sumisión medios	Sí	Sí	Sí
Relación con las instituciones democráticas	Anti-institucionalista. Irrespeto a las instituciones.	Reforma política.	Anti-institucionalista. Reforma política. Revolución ciudadana. Asamblea constituyente.
Salida	Golpe de Estado + Autoexilio	-	-
Fuente: Elaboración propia.			

A modo de conclusión:

Populismo y democracia, o esa relación confusa y contradictoria

La relación entre populismo y democracia es tortuosa y contradictoria. Por una parte, se sostiene que el populismo ha atentado contra la democracia mientras que, por otra, se destaca la capacidad de cambio de las reglas y del sistema político en su conjunto que estos movimientos y/o liderazgos tienen, ampliando la participación y extendiendo los derechos de los ciudadanos. Si bien puede ser cierto que la conducción de un líder populista en un sistema democrático puede llevar a una mayor ampliación de las estructuras y las prácticas democráticas, también lo es que puede conducir a una dictadura personalista o a un régimen que limita los derechos políticos de esos mismos ciudadanos.

Es más, los líderes populistas no siempre han buscado fortalecer la democracia; es decir, el régimen político según el cual los gobernantes son elegidos a través de mecanismos competitivos por los ciudadanos y son considerados responsables por sus acciones en la esfera pública, en el marco del respeto de los derechos políticos básicos y la existencia de una serie de garantías mínimas. Por el contrario, muchas veces, esos mismos líderes han sido responsables de los enfrentamientos entre poderes del Estado, de la violación de los derechos políticos básicos, de la concentración del poder, la informalización de la política o incluso de que un régimen democrático se transformara en una dictadura. La fuerte polarización y confrontación maniquea que acompaña a los populismos supone el riesgo de resolverse con la ruptura de la democracia.

Uno de los mayores problemas del populismo es su fuerte dosis de personalismo. Un individuo se cree y es construido como la encarnación de los valores del pueblo y, en nombre de éste, conduce la acción política, violentando con su acción el funcionamiento de las instituciones que regulan la convivencia democrática (la separación de los poderes, los mecanismos de control y regulación política). Incluso esas instituciones son vistas por el líder como impedimentos para que la voluntad popular encarnada en su figura se expresen. Por esto los líderes populistas se sienten prisioneros de la institucionalidad y continuamente la rompen, como ha sido el caso de Bucaram o Correa.

Si bien la gente participa, se confunde deliberación con la aclamación plebiscitaria al líder. En ese sentido, aunque son momentos de cambio institucional, no siempre esos cambios suponen un mayor respeto a la separación de poderes, a los partidos políticos o a los mecanismos de *accountability* (rendición de cuentas). La desconfianza de los populistas en las instituciones lleva a un debilitamiento del pluralismo político o al diseño de instituciones a la medida de sus líderes, aún cuando su participación está condicionada al libre ejercicio de esa competencia democrática para poder ejercer su liderazgo. Si no existiera ese pluralismo posiblemente no accedería a un cargo ni tendría posibilidades de competir.

El populista defiende el derecho a ejercer el voto en un amplio marco de respeto de libertades. Si los sectores marginales no pudieran votar, tampoco tendría posibilidades de ganar una elección y emerger como movi-

miento político que busca representar al “pueblo” en su lucha con quienes creen que les oprimen. El líder populista exige entonces el pleno respeto de las libertades de expresión y de asociación y el equitativo acceso a los medios de comunicación, ya que sin estos no tendría plataforma de lanzamiento ni espacio desde donde arengar a las masas. Lo que no queda muy claro es hasta qué punto el líder populista respeta que los que le hacen oposición ejerzan esos derechos, una vez que él está en el poder, algo que se ha podido ver en los casos de Bucaram o Correa.

Para el populista, las elecciones desintegran la unidad del pueblo al fragmentar la voluntad colectiva en votos individuales. El pueblo es idealizado y adquiere dimensiones infinitas. El individuo se funde en el pueblo, desconociendo cualquier mecanismo de control de sus actuaciones, o empleándolo como un mecanismo plebiscitario de renovación de la relación con sus seguidores. La idea de democracia, que los líderes populistas defienden, privilegia la calle frente a las instituciones; los discursos centrados en la redención del pueblo; los actos masivos que permiten escenificar el ritual discursivo frente a la discusión programática. Es una política que se da en el plano simbólico y que no cree en la idea de representación liberal.

El populismo ecuatoriano, como otros, es anti-individualista, colectivista y antiliberal en términos políticos, aunque haya conseguido incorporar a los individuos (o ha generado la idea de que los ha incorporado) a través del respeto de derechos concretos o de mitos y símbolos que mejoran su credibilidad en el sistema. Divide a la sociedad a través de su distinción maniquea entre sectores populares y oligárquicos (Bucaram) o entre política tradicional y nueva política (Correa), bajo un discurso de confrontación social. Es por ello que la consolidación de un liderazgo populista suele agravar la crisis de representación que le dio origen, ya que dificulta que los ciudadanos puedan castigar y premiar a los políticos en función de los resultados de su gestión o de su comportamiento como oposición, lo que constituye la base del funcionamiento de un régimen democrático.

Referencias

- Burbano de Lara, Felipe., ed. (1998). *El fantasma del populismo. Aproximación a un tema (siempre) actual*. Caracas: Nueva Sociedad.
- _____ comp. (2003). *Democracia, gobernabilidad y cultura política*. Quito: FLACSO.
- Conaghan, Catherine. “Políticos versus partidos: discordia y desunión en el sistema de partidos ecuatoriano”, en Mainwaring, Scott y Timothy Scully, *La construcción de las instituciones democráticas*. Santiago: CIEPLAN, pp. 355-447.
- Cueva, Agustín (1988). *El proceso de dominación política en el Ecuador*. Quito, Sudamericana (edición consultada: 1998).
- De la Torre, Carlos (1994). “Los significados ambiguos de los populismos latinoamericanos”, en Álvarez Junco, J. y R. González Leandri, eds., *El populismo en España y América Latina*. Madrid: Catriel.
- _____ (1998). “Populismo, cultura política y vida cotidiana en Ecuador”, en Burbano de Lara, ed., *El fantasma del populismo. Aproximación a un tema (siempre) actual*. Caracas: Nueva Sociedad.
- Edelman, Murray (1964). *Constructing the Political Spectacle*, Chicago: The Chicago University Press (edición consultada: 1988).
- Estupiñán de Burbano, Patricia (1991). “Tránsito hacia la democracia”, en Enrique Ayala Mora, ed., *Nueva historia del Ecuador*. Vol. 11, Época Republicana V. Quito: Corporación Editora Nacional.
- Freidenberg, Flavia (2003). *Jama, Caleta y Camello. Las estrategias de Abdalá Bucaram y el PRE para ganar elecciones*. Quito: Corporación Editora Nacional.
- _____ (2007). *La tentación populista. Una vía al poder en América Latina*. Madrid: Síntesis.
- _____ (2008). *El sueño frustrado de la gobernabilidad: instituciones, actores y política informal en Ecuador*. Barcelona: Documento CIDOB.
- _____ (2008). “Correazos, cholocracia, populismo religioso e ingobernabilidad en Ecuador”, en Olivier Dabène, ed., *L'Amérique Latine aux urnes*. Paris: Presses de Sciences Po.
- Freidenberg, Flavia y Manuel Alcántara. “Cuestión regional y política en Ecuador: partidos de vocación nacional y apoyo regional (1978-

- 1998)”, en *América Latina Hoy*, 27 (abril 2001): 123-152.
- Guerrero Burgos, Rafael (1994). *Regionalismo y democracia social en los orígenes del 'CFP'*. Quito: Centro Andino de Acción Popular.
- Hermann, Margareth (1986). “The ingredients of leadership”, en *Political Psychology. Contemporary problems and issues*. San Francisco: Jossey-Bass.
- Hurtado, Osvaldo (1977). *El poder político en el Ecuador*. Quito: Pontificia Universidad Católica del Ecuador (edición consultada: Planeta-Lettraviva, Quito, 1999).
- Mejía Acosta, Andrés (2002). *Gobernabilidad democrática*. Quito: Fundación Konrad Adenauer.
- Menéndez Carrión, Amparo (1986). *La conquista del voto*. Quito: Corporación Editora Nacional.
- Pachano, Simón (2007). *La trama de Penélope. Procesos políticos e instituciones en Ecuador*. Quito: FLACSO.
- Panbianco, Angelo (1990). *Modelos de partidos*. Madrid: Alianza.
- Peters, Guy (2003). *El nuevo institucionalismo. Teoría institucional en Ciencia Política*. Barcelona: Gedisa.
- Quintero, Rafael (2005). *Electores contra partidos en un sistema político de mandos*. Quito: Abya-Yala.
- Recalde, Paulina (2007). “Elecciones presidenciales 2006: una aproximación a los actores del proceso”, en *Íconos*, N. 27 (enero): 15-25.
- Reddin, W. (1980). *Efectividad gerencial*. México: Diana.

Bucaram en Panamá.

Las secuelas del populismo en Ecuador

Catherine M. Conaghan*

Ya voy a llegar a Ecuador y usted verá nuevamente millones de personas en las calles. La política es así. Velasco Ibarra caía, volvía y barría. Así que usted tenga la certeza que cuando yo regrese... usted verá a medio millón de negros con machete en mano, pidiendo que Bucaram vuelva al poder de la república.

Abdalá Bucaram, Panamá, 6 de agosto de 2004¹

La historia del populismo en América Latina está marcada por la presencia y la ausencia, el exilio y el retorno. Tanto historiadores como científicos sociales consideran que cuando los líderes populistas alcanzan el poder dejan, al mismo tiempo, una huella favorable y problemática para la democracia (Coniff, 1982). Pero las narrativas del populismo no están confinadas al ejercicio del poder: el ascenso y la caída de los líderes populistas tienen consecuencias duraderas para la política posterior. Desde el confort de Madrid, Juan Domingo Perón invierte dos décadas planeando su retorno a la Argentina. Partiendo de México en la década de los veinte, Víctor Raúl Haya de la Torre termina la fase clandestina de su carrera como líder de la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA) con un 'exilio interno' en la embajada colombiana de Lima, que dura cinco

* Queen's University. Ponencia presentada en el *Congreso Latinoamericano y Caribeño de Ciencias Sociales*, FLACSO-Quito, Ecuador, 31 de Octubre del 2007. E-mail: conaghan@queensu.ca. Traducido por Juan Guijarro.

1 Cf. Odysea, 2005: 128.

años. Viajando a través de Cuba, Costa Rica y Puerto Rico, Rómulo Betancourt observa en Venezuela cómo su partido, Acción Democrática (AD), logra sobrevivir la dictadura militar de Pérez Jiménez en la década de los cincuenta. Errando entre Bogotá, Buenos Aires y Santiago, José María Velasco Ibarra se convierte en el *Gran Ausente*: un líder siempre dispuesto, luego de ser expulsado de la presidencia en cuatro ocasiones, para regresar a la patria una vez más. En época más reciente, el ex-presidente peruano Alan García replica el periplo de Haya de la Torre cuando huye, convertido en fugitivo político, hacia Bogotá y después París, luego del auto-golpe de Fujimori en 1992. Entonces, el anhelo del retorno se expresó en el nuevo eslogan del APRA, “Alan Vuelve”; cumplido por fin en el 2006, cuando un García mayor y más discreto alcanza de nuevo la presidencia del Perú.

La historia del populismo incita a líderes exiliados y a sus partidarios a imaginar y planificar el retorno al poder. Conscientes de ello, también sus oponentes traman planes contra la posible redención. Pero en ocasiones, mantener a los héroes populistas lejos del país no ha sido suficiente: en Argentina, luego de la caída de Perón en 1955, la reacción de la élite fue proscribir al Partido Peronista; también los miembros de APRA en Perú y de AD en Venezuela fueron forzados a la clandestinidad. En los tres casos, la supresión de los partidos populistas ha tenido importantes repercusiones para el desarrollo institucional e ideológico de los propios movimientos. Más aún: esta estrategia ha tenido consecuencias para todo el desarrollo político nacional.

En la historia contemporánea del Ecuador, Abdalá Bucaram es quien hereda de Velasco Ibarra la identidad de *Gran Ausente*. Fundador del Partido Roldosista Ecuatoriano (PRE), Bucaram aprendió los ritmos del exilio y del retorno aún antes de su elección para presidente en 1996. Ya en 1985, Bucaram había fugado a Panamá para escapar de los juicios por difamación presentados en su contra por el entonces presidente, León Febres Cordero, junto con las Fuerzas Armadas. Amnistiado por el Congreso, el líder populista regresa para postularse a las elecciones presidenciales de 1988; pero tiene que fugar de nuevo tras su derrota, cuando se ordena su prisión preventiva, acusado de malversación de fondos públicos en su anterior gestión como consejero municipal de

Guayaquil. Luego, la corte provincial del Guayas desestimó las acusaciones, y Bucaram pudo regresar en 1990.²

Pero el líder populista tuvo que esperar hasta julio de 1996 para ganar la segunda vuelta de las elecciones presidenciales, victoria que conmociona todo el *establishment* político nacional. Extravagante y controvertido, el gobierno de Bucaram será breve. Muy temprano, en febrero de 1997, el nuevo presidente se encuentra inmerso en escándalos de corrupción y tiene que enfrentar el descontento general con su gobierno. Expulsado finalmente por el Congreso, Bucaram fuga de nuevo a Panamá para evitar sanciones en su contra. Pero el líder jamás abandonará la esperanza en el retorno; desde entonces, el PRE actuará con este objetivo, buscando alianzas tras los oscuros bastidores de un congreso que siempre se encuentra dividido. La búsqueda dará fruto en el 2005, cuando una nueva crisis política conduce al Presidente Lucio Gutiérrez a un acuerdo con los legisladores del PRE para exculpar a Bucaram y permitir su regreso. Pero el retorno del líder no será celebrado: en Quito, una multitud toma las calles para protestar contra los pactos políticos del gobierno. Al final, también Lucio Gutiérrez es forzado a abandonar su cargo en abril del 2005. Una vez más, Bucaram huye a Panamá. En la actualidad, aún se espera que regrese, para enfrentar los cargos de corrupción que siguen vigentes en su contra.

Desde su elección presidencial en 1996 hasta su más reciente re-ediación como posible candidato en el 2005, Abdalá Bucaram ha sido motivo de crítica y crisis en el sistema político ecuatoriano. Su presencia y su ausencia han configurado los rasgos profundos de la política nacional. Teniendo en mente las anteriores experiencias del populismo en la historia de América Latina, sostengo que una evaluación adecuada del impacto de Bucaram en las políticas del Ecuador no se limita sólo a observar *qué* hizo durante su gobierno y *cómo* estas acciones afectaron el desarrollo democrático —por ejemplo, los casos de nepotismo y otros supuestos episodios de corrupción, las prácticas clientelares en el PRE, etc.—.

2 Para una nota biográfica de Bucaram, véase Fundación CIDOB, “Abdalá Bucaram Ortiz”, http://www.cidob.org/es/documentacion/biografias_lideres_politicos/america_del_sur/ecuador/abdala_bucaram_ortiz.

Considero necesario también analizar las reacciones que el líder populista, aún alejado del poder, provoca en otras élites políticas. A pesar de su exilio, Bucaram sigue siendo preocupación constante para el *establishment*.³

En esta ponencia se examinan los dilemas que Bucaram genera, aún lejos del poder. Se analiza cómo, a partir de 1997, las élites políticas y las instituciones lucharon a brazo partido contra el inminente ‘problema’ que significó Bucaram. A partir de este análisis, se subraya uno de los obstáculos más grandes para el desarrollo político del Ecuador: la aplicación instrumental del constitucionalismo y la legalidad por parte de la clase política. En suma, esta investigación refleja las particularidades del populismo en la práctica de Bucaram y el PRE, y también cómo esta trayectoria se desvía de otras experiencias históricas del populismo en América Latina. Porque, mientras otros líderes y partidos populistas experimentan el ‘exilio’ como un interludio transformativo, Bucaram y el PRE se sustraen a la idea de cambio. La conducta del líder populista ecuatoriano y sus compañeros de élite política en este período nos invita a la reflexión sobre el aprendizaje político: por qué y cómo se aprende en ciertos contextos históricos y en otros, no.

Rumbo a Panamá. Improvisando la salida

Bucaram es forzado a abandonar la presidencia en febrero de 1997, cuando la oposición de la élite converge con el amplio descontento público (Cornejo, 1997; Báez, 1997). Elegido sobre una inequívoca plataforma populista en julio de 1996, Bucaram se vuelve peligroso para muchos de sus propios partidarios cuando se inclina por políticas neoliberales a partir de diciembre del mismo año. Además del descontento por la política económica, están los casos de nepotismo y corrupción, que debilitaron la administración pública. Pero el desorden del gobierno no era la única

3 En su mayoría, los análisis sobre Bucaram se han concentrado en su ascenso al poder, su discurso y la organización del PRE. Entre los trabajos más notables, se encuentran: De la Torre, 2000; Freidenberg, 2003. Para una visión de conjunto del desarrollo del populismo en el Ecuador, véase Ibarra, 2004: 127-177.

fuente de malestar: como muchos analistas han notado, el estilo provocativo y la conducta personal de Bucaram también fueron factores implícitos en el movimiento opositor. Sobre todo en Quito, donde Bucaram llega a ser visto como “el Otro Repugnante” –un bárbaro vulgar, infame (De la Torre, 2000: 98-108; Burbano de Lara, 2007)–. Entre los mayores escándalos del líder populista, se cuenta su lanzamiento como cantante, cuando graba el disco *El Loco que ama*, y se presenta en varios conciertos acompañado de voluptuosas modelos.

Aunque cada vez pareciera más absurdo, Bucaram era entonces el presidente electo. Alejarlo del poder requería estrategias creativas por parte de las élites, como la disposición para dinamizar y re-interpretar el marco jurídico sobre el proceso para la remoción del presidente. Tras el controvertido auto-golpe de Fujimori en 1992, estaba claro que para apartar a Bucaram sería necesario un proceso que pudiera justificarse como constitucional ante la comunidad internacional; esto es, que pudiera contar con la aprobación de la Organización de Estados Americanos (OEA) y el gobierno de los Estados Unidos. El golpe militar no era, por tanto, una opción legítima.

Para enero de 1997, los legisladores y otros líderes políticos discutían los posibles escenarios que permitieran la remoción legal de Bucaram. César Verduga, que pronto será ministro de gobierno, insinúa una nueva convocatoria para la elección presidencial, posibilidad no admitida por la constitución; esta opción no prospera. Sin una mayoría definida como anti-gobierno en el Congreso, el proceso de destitución previsto por la constitución no se pudo aplicar, porque requería de dos tercios de los votos. Y, a pesar del creciente clamor popular contra el presidente, los treinta y cuatro miembros de la camarilla del PRE permanecieron fieles a su líder (Pérez Liñán, 2007).

Las condiciones para que los legisladores anti-gobierno pudieran realizar el siguiente movimiento contra Bucaram se presentan en febrero de 1997, con las movilizaciones coordinadas por organizaciones populares. Como el proceso de destitución ‘normal’ se encuentra bloqueado por la necesidad de alcanzar los dos tercios de los votos, se busca una brecha entre las normas: así se descubre el artículo 100 en la Constitución, según el cual un presidente puede ser removido de su cargo por “incapacidad

mental”, opción para la cual no se especificaba la necesidad de tantos votos. El presidente del Congreso, Fabián Alarcón, que había sido electo con apoyo del PRE, convoca una sesión extraordinaria de la legislatura el 6 de febrero, para plantear la cuestión. En esta reunión, Franklin Verduga, legislador del Partido Social Cristiano, propone remover a Bucaram e instalar a Alarcón como nuevo presidente. El debate continúa sin que jamás se presente evidencia médica que confirme la condición mental del presidente; sin embargo, al final de la sesión, la propuesta de remoción por incapacidad mental es aprobada con cuarenta y cuatro votos de los ochenta y dos miembros del Congreso.

Bucaram, desafiante, desconoce la decisión; en tanto, la Vicepresidenta Rosalía Arteaga reclama de inmediato su derecho a la sucesión. Pero sin ningún partidario, y tras ser asociada con el recién destituido, Arteaga encuentra poco apoyo político. Para hacer el panorama aún más confuso, se presenta un fallo técnico: por un error en la publicación oficial, la constitución no definía con precisión quién debía suceder al primer mandatario en caso de ausencia definitiva.

Con tres contendientes por la presidencia, la crisis se resuelve mediante un compromiso entre las élites, en el cual las Fuerzas Armadas cumplen una función principal. Rodeado por la masa furiosa que se reúne frente al palacio presidencial, Bucaram tiene que huir a Guayaquil el 11 de febrero. En una negociación agónica, Rosalía Arteaga es persuadida para ceder la presidencia a Fabián Alarcón, luego del fugaz ejercicio oficial que la coloca en los libros de historia como la primera presidenta del Ecuador. El Congreso confirma este trato con un nuevo voto.

La solución de la crisis producida por el gobierno de Bucaram resalta la elasticidad de las instituciones y la disposición de las élites políticas para pensar y actuar fuera de los límites normativos vigentes. Como Leonardo Avritzer explica, el desarrollo político de América Latina ha estado marcado por la tradición, tanto de las élites como de las masas, de instrumentalizar las instituciones (Avritzer, 2002). La destitución de Bucaram se fundamenta en una interpretación cuestionable del texto constitucional: este hecho sirve como testimonio de tradición instrumental en Ecuador, aún luego de casi dos décadas de gobierno constitucional desde 1979. Luego de la victoria presidencial de Jamil Mahuad en 1998, un legislador

de la Democracia Popular (DP) se preguntaba si la destitución de Bucaram no habría sentado un desafortunado precedente anti-democrático.⁴ El pronóstico se cumplió. En el 2000, el Presidente Mahuad tuvo un destino similar, así como luego el Presidente Gutiérrez en el 2005. Los gobernantes electos fueron expulsados de su cargo cuando las políticas callejeras dieron al congreso y a los militares razón suficiente para ello.

De la limpieza del cuerpo político a las políticas del hábito

Los días que siguieron a la derrota de Bucaram fueron testigos de una efusión de demandas por la renovación y el fortalecimiento de la democracia. El tema de la anti-corrupción se convirtió en centro de la agenda pública: el Presidente Alarcón prometió investigar los crímenes del *bucaramato*.

La reforma política se estimó como prioridad. Las élites políticas, conscientes del oscuro trasfondo legal de la destitución de Bucaram, buscaron legitimidad *post facto* para el gobierno interino con la propuesta de convocar una nueva Asamblea Constituyente. Apropiándose de la iniciativa, Alarcón incluyó una pregunta con la intención de asegurar su lugar en la presidencia. El 25 de mayo de 1997, los ciudadanos fueron llamados a una consulta popular para juzgar los eventos pasados y confirmar reformas políticas para el futuro. En la primera pregunta, el 76 por ciento de los votos aprobó la destitución de Bucaram; en la segunda, el 68 por ciento apoyó la presidencia interina de Alarcón; la tercera, que proponía la convocatoria a una Asamblea Constituyente, obtuvo el 65 por ciento de respaldo (Rivera Molina, 2006: 150).

Parecía entonces que la destitución de Bucaram abría las puertas para un proceso de reforma política más amplio. Sin duda, las organizaciones populares que se tomaron las calles contra Bucaram creyeron que la asamblea constituyente podría convertirse en un mecanismo para cambiar las reglas del juego político estableciendo nuevos derechos, lejos de la influencia de los partidos políticos tradicionales y de las inestables políticas económicas. Sin embargo, el dominio electoral de los partidos tradiciona-

⁴ “La caída de Abdalá Bucaram volvió al tapete”, *Hoy*, septiembre 2, 1998.

les restringió los impulsos de reforma en el período post-Bucaram. De los setenta miembros elegidos en septiembre de 1997 para la nueva asamblea constituyente, treinta y nueve conformaron la alianza de centro-derecha entre el Partido Social-Cristiano (PSC) y la Democracia Popular (DP). Aunque se incorporan algunas demandas indígenas sostenidas por el Partido Pachakutik y otros grupos de la izquierda, la constitución de 1998 no funciona como coyuntura crítica que altere, en sus fundamentos, la estructura del Estado y los modos establecidos para hacer política.⁵

El movimiento reformista estaba restringido por la composición partidista tradicional de la asamblea. Sin embargo, la mayoría coincidió en decretar dos medidas contra el bucaramato. Porque, a pesar de haber perdido sus líderes y la base de su voto, el PRE había obtenido siete asambleístas, igualando el número de Pachakutik y superando a partidos de larga trayectoria, como a la Izquierda Democrática (ID), el Movimiento Popular Democrático (MPD) y el Partido Socialista (PS). Los analistas se preocuparon de que Bucaram continuara posicionado, convirtiéndose en virtual candidato presidencial en caso de regresar a Ecuador. Por supuesto, una prohibición total del PRE tampoco era una opción aceptable en el marco democrático.

En enero de 1998, Bucaram anuncia por adelantado su candidatura presidencial durante una reunión del PRE en Panamá.⁶ Aunque pocos creían entonces que esta opción fuera factible, el PRE parecía decidido a intervenir con fuerza en las próximas elecciones del Congreso, espacio adecuado como potencial escenario para la re-aparición de Bucaram en el 2002, considerando que su partido pudiera antes acordar la amnistía necesaria. Temiendo esta posibilidad, la Asamblea Constituyente debate, de manera expresa, cómo prohibir esta candidatura.

Se enciende entonces la discusión para incluir a Bucaram en materia constitucional. En su primer examen de la cuestión, la asamblea vota para prohibir la candidatura presidencial de todo aquel que hubiera sido convicto de un crimen sancionado con prisión, o también en el caso de que tuviera en su contra cargos que hubieran alcanzado la fase plenaria del juicio. Esta medida suprimió una medida anterior, decretada por el Con-

greso apenas Bucaram fue destituido: en esa disposición se prohibía específicamente la candidatura de todo aquel que fuera removido del cargo por incapacidad física o mental. El presidente de la asamblea, Osvaldo Hurtado, defendió la nueva formulación, arguyendo que la anterior equivalía a legislar con dedicatoria —esto es, que la ley se formule expresamente para un individuo, práctica que recordaba los días de la dictadura: como cuando en 1978 los militares prohibieron, con intención explícita, la postulación presidencial de candidatos naturalizados—. Era evidente que entonces se trataba de evitar la presidencia del líder populista Assad Bucaram. Eludir la apariencia de una práctica semejante fue la constante preocupación de Hurtado.

No obstante, el juego de lenguaje prendió la llama: los líderes del PSC, de manera categórica e irrevocable, argumentaron que era necesario un lenguaje más restringido para proscribir a Bucaram de modo seguro. Añadiendo leña al fuego, Bucaram y el PRE saludaron la reforma, apuntando que al líder no se le había demostrado delito alguno, y tampoco los juicios en su contra alcanzaban aún la fase plenaria. Antes bien, el PRE compuso un argumento que habría de convertirse en defensa recurrente para la lucha contra sus adversarios: como las nuevas leyes no pueden tener carácter retroactivo, su aplicación en el caso de Bucaram es y será siempre ilegal.⁷

Motivos políticos se encontraban implícitos en la violenta insistencia del PSC por concentrar el lenguaje en la figura del líder roldosista. El PRE había sido el más poderoso rival del PSC en la región de la Costa: el ex-Presidente León Febres Cordero, líder social-cristiano, trabajó con ahínco como alcalde de Guayaquil para arrebatar la ciudad del control de los roldosistas (Burbano de Lara, 2007). También el MPD, partido de izquierda, apoya al PSC en su demanda de un lenguaje específico. Desde Quito, el Alcalde Jamil Mahuad, a pesar de ser compañero de Osvaldo Hurtado en la DP, junta su voz al coro de críticas contra la reticencia lingüística: la “pureza química” de las sutilezas constitucionales era insignificante en comparación con la imperiosa necesidad de mantener lejos del poder al clan de los Bucaram.

5 Para un análisis profundo del proceso de la asamblea, véase Andrade, 2004; Hurtado, 1998.

6 “Abdalá se proclama candidato”, *Hoy*, enero 10, 1998.

7 “PRE organiza campaña”, *Hoy*, enero 15, 1998.a

Esta reacción contraria mueve a la asamblea a reconsiderar su posición. En una nueva formulación, propuesta por Julio César Trujillo, miembro de Pachakutik, se añade una prevención contra la candidatura para cargos públicos de todo aquel que hubiera enfrentado cargos criminales relacionados con malversación de fondos públicos y hubiera rehuido el proceso correspondiente. Trujillo argumenta que esta previsión estaba dirigida no contra los actos específicos de Bucaram, sino hacia el objetivo general de atacar toda corrupción. Aún así, en el documento final de la nueva Constitución apareció el artículo 101 con la formulación defendida por Hurtado.⁸

Con todo, una nueva barrera contra Bucaram se introdujo en el artículo 121, que elimina los estatutos de limitación temporal para juzgar crímenes cometidos por funcionarios públicos, tales como fraude, soborno o malversación de fondos. De tal suerte, los acusados nunca más podrían evitar el juicio huyendo del país por un período determinado, porque los cargos presentados por crímenes públicos (como peculado, cohecho, concusión, enriquecimiento ilícito) permanecían legalmente pendientes.

Aunque las prohibiciones legales fueron suficientes para impedir que Bucaram figure en la papeleta presidencial de 1998, el líder siguió proyectando su sombra en las políticas electorales de Ecuador. Desde Panamá, Bucaram dirige al PRE con la mira en las votaciones para el Congreso. Luego, en un gesto que contrarió a muchos partidarios, Bucaram impide la candidatura presidencial de Marco Proaño Maya, miembro de larga trayectoria en el PRE, y en cambio organiza el apoyo para la candidatura presidencial de su millonario socio, Álvaro Noboa. El líder populista permanece siempre en el trasfondo de las elecciones: ofrece entrevistas y aparece en la propaganda electoral del PRE, denunciando, en cada ocasión, como golpistas a las élites de los partidos tradicionales, y buscando reconfigurar su identidad como defensor de los pobres.⁹

Cuando se obtienen resultados de la primera vuelta, la promesa del regreso de Bucaram parece, de pronto, menos descabellada: con el 28.4

8 "Constituyente cerró camino a Bucaram", *Hoy*, febrero 21, 1998.

9 "Abdalá recorre en camioneta", *Hoy*, mayo 25, 1998. Para una discusión profunda de la campaña electoral de 1998, véase Sánchez-Parga, 1999: 381-458.

por ciento de votos, Álvaro Noboa pasa a la segunda vuelta, en que enfrentará a Jamil Mahuad, candidato presidencial de la DP. En las elecciones para el congreso, el PRE demuestra su fuerza en los bastiones tradicionales de la Costa. Los costeños, duramente golpeados por los efectos de la corriente de *El Niño*, apoyan de nuevo las propuestas populistas: en la provincia de Esmeraldas, el PRE alcanza tres diputados de cuatro posibles; en Manabí, seis de ocho; en Los Ríos, cinco de cinco.¹⁰ Con veinticuatro diputados en total, el PRE se convierte en la tercera fuerza política del país, apenas detrás del PSC: es la ocasión en que más diputados roldosistas integran un Congreso Nacional (Freidenberg y Alcántara, 2001: 192).

Con Noboa rondando el palacio presidencial, y los diputados del PRE estratégicamente posicionados en el Congreso, las principales corrientes de oposición se reúnen en torno a Mahuad: el PSC, la ID y el movimiento Nuevo País, de Freddy Ehlers, apoyan al candidato de la DP. Apenas basta: en la elección más cerrada de la historia moderna del Ecuador, Mahuad alcanzará el 51 por ciento de los votos, frente al 48 por ciento de su adversario. Luego de conocer los resultados, Noboa, como antes hiciera Bucaram, denuncia un fraude electoral.¹¹

A pesar de la derrota de Noboa, Bucaram emergió de las elecciones de 1998 como líder de una fuerza política considerable. En lugar de repudiar al presidente destituido y al PRE, un gran segmento del electorado apoyó al líder populista y respaldó su máquina política. La expulsión de Bucaram no había cambiado la dinámica esencial del sistema de partidos: el populismo basado en la Costa sobrevivió a la caída. Si los partidos de las principales corrientes opositoras (PSC, ID, DP) habían intentado purgar el sistema político de las impurezas de Bucaram, la limpieza había fallado.

Bucaram y el PRE tenían todo a su favor con el restablecimiento de los viejos hábitos políticos. El tejemaneje en el Congreso fue la principal estrategia del PRE para conseguir el regreso de su líder. A fines de junio, los diputados roldosistas ya estaban redactando el proyecto de ley para

10 "En busca de otra amnistía", *Hoy*, junio 27, 1998.

11 "Bucaram denuncia fraude asqueroso", *Hoy*, julio 14, 1998.

garantizar la amnistía de Bucaram. El proyecto fue rechazado; pero Fernando Rosero, jefe de la bancada del PRE, confirma entonces que la amnistía seguirá siendo la prioridad número uno del partido.¹²

Bucaram en la corte, la clase política a juicio

Como las elecciones de 1997 y 1998 demostraron, ni la opinión pública ni la competencia electoral pusieron barreras para el retorno de Bucaram a la política. Aunque es despreciado en Quito, los costeños opinan diferente y dan suficientes votos como para mantener al PRE en una posición significativa del escenario político. Lo único que impidió el regreso de Bucaram fueron las nuevas restricciones de la constitución del '98; pero se trataba de decisiones que dependía del sistema jurídico. Si los cargos en su contra llegaran a anularse, el regreso de Bucaram era seguro.

El líder populista había fugado a Panamá en un vuelo privado el 11 de febrero de 1997. Hasta aquel día, no hubo orden de detención en su contra; tampoco el gobierno intentó evitar la huida. Pero era inminente que las investigaciones oficiales pronto empezarían, y que el líder, su familia y socios políticos enfrentarían cargos criminales. Para mediados de febrero, el Presidente Alarcón anuncia la creación de una comisión especial para investigar casos de corrupción; a fines de mes, César Verduga, ministro de gobierno, revela evidencia sobre la malversación de fondos públicos por parte de Bucaram, y se compromete a una campaña internacional dirigida a denunciar la «orquesta de corrupción». El 26 de febrero, el gobierno de Alarcón establece la Comisión Anti-Corrupción, integrada por miembros notables de la sociedad civil, con la misión de investigar el gobierno de Bucaram, y también vigilar al nuevo gobierno interino. También la Comisión de Fiscalización del Congreso, dirigida por el Diputado Napoleón Saltos Galarza, prepara su propia investigación del *bucaramato*.

Los investigadores pronto se vieron enredados en una trama de argumentos que iban desde lo más trivial hasta rozar los límites del espectáculo. Entre tantos, uno de los más sonados fue la deuda astronómica que

12 "Bloque progresista rechaza a Bucaram", *Hoy*, junio 30, 1998.

Bucaram y su séquito dejaron pendiente en el Hotel Colón, luego de una breve pero lujosa estadía; otro motivo de sospecha fueron las contradicciones entre las ganancias y el pago de impuestos que el líder populista reportara.¹³ En fin, las investigaciones se concentraron principalmente en tres casos que involucraban directamente a Bucaram: (i) la malversación de fondos especiales de la presidencia, no sujetos a control público, conocidos como "gastos reservados"; (ii) la actividad criminal en las aduanas ecuatorianas; y (iii) las irregularidades en contratos firmados por el gobierno, en especial el de las mochilas escolares que se entregaron a los estudiantes de escuelas públicas.

La primera acción legal empezó con el caso sobre los gastos reservados. Para la investigación, el Contralor Benjamín Terán tuvo que pedir al Congreso que levantara la prohibición para acceder a la información sobre estos gastos. Atendiendo las demandas públicas de rendición de cuentas, el congreso decidió abrir la caja de Pandora: junto con los vicios del ejecutivo, se revelaron los nudos que ataban a varios diputados en una serie de estafas en que se habían gastado los fondos secretos. Se destituyó a diecisiete diputados por estar involucrados en la "Red Peñaranda", una intriga para apropiarse de dinero destinado a la compra de productos para escuelas públicas.

En 1998, el propio gobierno interino es acusado de corrupción. El ministro de gobierno fuga para evitar los cargos de malversación de fondos; y el Presidente Alarcón se encuentra bajo sospecha de haber aumentado los sueldos de los diputados durante su gobierno. En tanto, los casos contra Bucaram siguen su curso: el 7 de marzo de 1997, Carlos Solórzano, presidente de la Suprema Corte de Justicia, había ordenado la apertura de una investigación judicial para uno de los casos de gastos reservados, en que se acusaba a Bucaram junto con el ex-secretario general de la administración, Miguel Salem, y el ex-director financiero de la presidencia, Óscar Céleri, de firmar cheques disponiendo de los fondos reservados en la cuenta del Banco Central por un monto estimado en 2.9 millones de dólares, pocos días antes de la huida. Para cuando Solórzano emite

13 Comisión Anticorrupción-Ecuador, *Informe de Actividades II* (periodo agosto 1 de 1997 a julio 31 de 1998, pp. 17-18).

la orden de captura, el imputado ya se encuentra en Panamá, tramitando su situación de exiliado político. Los últimos días de abril de 1997, el presidente de Panamá, Ernesto Pérez Balladares, acoge la solicitud de Bucaram. En los reportes de prensa se especula que la decisión es resultado de la preferencia que los negocios panameños habrían recibido en las aduanas ecuatorianas durante el gobierno de Bucaram.¹⁴

El 28 de julio de 1998, Héctor Romero Parducci, el siguiente presidente de la Corte Suprema, dio un nuevo paso con la orden de juicio, que ahora incluía a un nuevo acusado: Enrique Villón, ex-tesorero de la presidencia, extraditado desde Perú. Con esta orden de juicio se alcanzaba el estadio plenario, por lo cual se hacía efectiva la prohibición constitucional para el regreso de Bucaram. Pero, de acuerdo con las leyes ecuatorianas, Bucaram no podía ser juzgado *in absentia*; de modo que el caso permaneció abierto.

Luego se conocerían las cuentas, junto con informes proporcionados por la Inteligencia Militar y la Cámara de Comercio, que mostraban la corrupción en las oficinas de aduanas en el puerto de Guayaquil durante el bucaramato.¹⁵ Meses antes de la caída, las empresas ecuatorianas junto con las corporaciones multinacionales de Estados Unidos elevaron sus reclamos porque las coimas y sobornos se habían convertido en la regla de las aduanas, controladas por una mafia oficial. De hecho, la crisis en las aduanas fue el motivo para que el embajador estadounidense, Leslie Alexander, denunciara a Bucaram a principios de 1997; señal de que los EE.UU. aprueban la posterior movilización de grupos populares contra el gobierno.

14 “Bucaram recibió el asilo político”, *Hoy*, abril 29, 1997. Luego de dejar el cargo en 1999, Pérez Balladares fue involucrado en cargos de corrupción. Se le retiró la visa para entrar a Estados Unidos por su supuesta implicación en la venta ilegal de pasaportes para inmigrantes chinos que buscaban llegar a ese mismo país. Pérez también fue juzgado por otros cargos de corrupción en Panamá, pero al final es absuelto por la Corte Suprema. Esta decisión fue recibida con escepticismo, porque muchos de los jueces habían sido designados por el propio Pérez Balladares.

15 Para una descripción detallada de las prácticas de corrupción desde la perspectiva de la comisión investigadora del Congreso, véase Napoleón Saltos Galarza, *Ética y Corrupción: Estudio de casos* http://www.respondanet.com/spanish/anti_corrupcion/informes/etica_y_corrupcion_saltos_galarza.htm (consultado en abril 1, 2005). También véase Comisión Anticorrupción – Ecuador, *Informe de Actividades II*, pp. 19-23.

Las prácticas de corrupción tuvieron muchas formas: en ocasiones, las aduanas subvaloraban las importaciones, eximían a los importadores de impuestos y recibían un pago a cambio; otras veces, los contenedores para el embarco simplemente “desaparecían” y nunca pagaban impuestos; sino, eran los mismos oficiales de aduanas quienes eliminaban los impuestos, y exigían un pago especial. La investigación del congreso estimó que la evasión de impuestos pudo alcanzar hasta 61 millones de dólares (Saltos Galarza, 2001: 131).

Pero no se encontró evidencia de un vínculo directo de Bucaram con los casos de corrupción sino hasta que Alejandro Muñoz decidió hablar. Mejor conocido como ‘Pepudo Alejo’, el testigo había sido desde 1979 guardaespaldas de Bucaram, y pertenecía a su círculo íntimo. Arrestado en marzo de 1997, Muñoz testifica, bajo juramento, en contra de Bucaram y sus compinches en el caso de las aduanas. El testigo identifica a Carlos Hidalgo, nombrado por el líder roldosista subsecretario de aduanas, como uno de los líderes de las operaciones ilegales; también se encuentran implicados varios parientes de Bucaram: su hermano Gustavo, su yerno Alfredo Pulley y su hijo Jacobo, de quien corría la voz que había celebrado su primer millón de dólares en un club nocturno de Guayaquil.¹⁶ Para aumentar el escándalo, Muñoz confirma que, en su último día en el palacio presidencial, Bucaram en persona se había llevado dinero efectivo. Este testimonio se suma a la evidencia de los otros casos de gastos reservados.

Junto con su yerno y los oficiales de aduanas, Bucaram fue acusado de fraude (concusión) y se expidieron las correspondientes órdenes de arresto. Sin embargo, la falta de evidencia en documentación debilitó al proceso; a fin de cuentas, el testimonio oral de Muñoz tampoco pesó demasiado. En junio del 2001, la división penal inferior de la Corte Suprema dictó un sobreseimiento provisional para todos los casos, incluido Muñoz, en vista de la insuficiente evidencia.¹⁷ Esta decisión dejaba la posibilidad de reabrir el caso si se encontrara nueva evidencia.

16 La historia de Jacobo provocó furor público, pero nunca se confirmó; sin embargo, se convirtió en parte del saber popular sobre el bucaramato. El hijo de Bucaram nunca fue acusado por crímenes en las aduanas. Para un reporte de la unidad de investigación, véase “La criatura”, en *Hoy*, abril 6, 2007.

17 “Bucaram sobreseído en el caso aduanas”, *El Universo*, junio 28, 2001.

Poco menos de un año después, el asunto tomó un giro macabro: el 15 de agosto del 2002, el cadáver de Muñoz fue encontrado en una zanja del cementerio del cantón El Triunfo, en la provincia del Guayas, amordazado, atado de pies y manos, con heridas de bala en la cabeza y espalda. Luego de la investigación policial, no se produjeron arrestos. Fue imposible descubrir si se trataba de una venganza por su testimonio; pero todos recordaban, desde marzo de 1997, la confidencia de Muñoz: “Si algo me pasa a mí o a los míos, si hay un atentado contra mi vida, contra mis niños o mi mujer, los únicos responsables serán quienes encabezan la lista de canallas que todos conocemos: Abdalá Bucaram, Carlos Hidalgo... Adolfo Pulley y otros”.¹⁸

Esto significó el fin del caso de las aduanas; pero aún estaban pendientes los casos por gastos reservados. Sobretudo, la acusación de peculado que Bucaram enfrentaba junto con Sandra Correa, su ministra de educación, por el caso de las mochilas escolares. La investigación demostró que Correa, sin convocar el concurso correspondiente para el contrato público, había comprado mochilas y otros útiles escolares a una empresa colombiana cuyos costos excedían en mucho los precios del mercado. La investigación de este caso empieza en marzo del '97, y continúa su marcha en el sistema jurídico. El 6 de agosto del '98, el presidente de la Corte Suprema, Héctor Romero Parducci, ordenó la fase plenaria del juicio. Su decisión fue confirmada el 10 de agosto del 2001, cuando los jueces de la división penal rechazaron las apelaciones de Correa y Bucaram, que requerían la anulación del caso por varios motivos legales. Pero con Bucaram instalado cómodamente en Panamá, y Sandra Correa asilada en Chile, la corte no pudo tomar la decisión final de emitir sentencias de prisión en el caso.¹⁹

En las batallas legales, Bucaram contó con la enérgica defensa de un partidario incondicional del PRE, su abogado Héctor Solórzano, quien empleó todos los recursos para minar los casos. Con la Constitución de

18 “Alejo comienza a hablar”, *Hoy*, marzo 25, 1997.

19 El domingo 11 de junio del 2006, la policía detuvo a Sandra Correa en un restaurante chino de Quito, luego de recibir una llamada anónima; en enero, la ex-ministra fue condenada a tres años de prisión por el delito de peculado, pena que se encuentra cumpliendo en la actualidad (N. del E.).

1998 bajo el brazo, argumentó que todos los procesos judiciales en contra de su defendido eran nulos, puesto que Bucaram no había sido destituido de la presidencia con un procedimiento legal. Más aún, Solórzano afirmó que la reestructuración de la Corte Suprema luego de la caída de Bucaram era inconstitucional, y una evidente violación de los principios sostenidos en la consulta popular de mayo de 1997; por tanto, las decisiones del presidente de esta Corte eran inválidas. El abogado de Bucaram se quejó siempre de que a su defendido la justicia le fuera negada.

A principios del 2001, la defensa de Bucaram obtuvo un amparo que anulaba la orden de detención en su contra. Sin embargo, el fallo provenía de Miguel Cahuasquí, juez de una corte seccional en Pichincha; la Corte Suprema anuló de inmediato el fallo, por cuestiones de jurisdicción. Cahuasquí fue despedido y acusado de soborno. El Juez Galo Pico Mantilla, reafirmó la orden de detención contra Bucaram.²⁰ Luego, otro juez seccional en Esmeraldas falló un nuevo amparo a favor de Bucaram, y Pico se vio obligado a reafirmar la orden de detención una vez más.²¹

La agresiva táctica de defensa de Bucaram iba de la mano con una estrategia política que apuntaba a desacreditar, en cada ocasión, el sistema jurídico. Así, cuando la Corte confirmó el fallo de Romero Parducci sobre el caso de la mochila escolar, Bucaram rechazó esta decisión como un “chantaje político”, reflejo del control del PSC sobre la Corte. El argumento de la politización de la justicia no carecía de fundamento: en el 2003, la propia Corte Suprema se quejó de la injerencia política de los partidos en el sistema jurídico; sobretudo por el líder del PSC, León Febres Cordero, conocido por sus encuentros con varios de los jueces.

En el 2004, no se había llegado a ninguna solución: mientras Bucaram permaneciera en Panamá, los casos se encontraban en el limbo. En tanto, el PRE continuaba buscando un remedio legislativo para las penas legales de Bucaram: la amnistía o la reestructuración del sistema jurídico que permitiera, de alguna manera, anular los casos. Pero a medida que se alargaba la espera, Bucaram perdía su rol protagónico en el “espectáculo de la corrupción”: dos nuevos ex-presidentes, Jamil Mahuad y Gustavo Noboa,

20 “CSJ ratificó prisión para ex presidente Bucaram”, *El Universo*, septiembre 1, 2001.

21 “Pico anuló fallos por amparos”, *Hoy*, junio 9, 2004.

también enfrentaron cargos por malos manejos públicos. Como su predecesor, ambos huyeron del país para evitar juicios que consideraban “persecuciones políticas”. Noboa incluso llegó a decir que los cargos en su contra eran ejemplo de “corrupción judicial y judicialización de la política”, haciéndose eco de la posición que Bucaram había sostenido antes (Noboa Bejarano, 2005).

Luego de su destitución, Bucaram se convierte en un caso para la justicia; pero, en un sentido más amplio, también la clase política ecuatoriana es llamada a juicio: porque todos se vuelven sospechosos de corrupción. Muchos políticos reconocidos fueron barridos por la ola anticorrupción: unos, como los legisladores involucrados en el escándalo de la Red Peñaranda, perdieron su posición; otros, como el ex-Presidente Fabián Alarcón, fueron enredados en procesos judiciales, y estuvieron en prisión. Y, aunque algunos evitan las sanciones jurídicas, pierden campo en el juicio de la opinión pública. Porque el sistema jurídico, sometido a la voluntad de Febres Cordero y el PSC, pierde tanta legitimidad como el Congreso y los partidos políticos.

A pesar de la euforia con que fue creada luego de la caída de Bucaram, la Comisión de Control Cívico de la Corrupción (CCCC) se encontró con obstáculos que iban desde la falta de recursos financieros hasta la intimidación de los testigos, e incluso la resistencia en el interior del propio gobierno. La CCCC, reconocida formalmente por la Constitución del '98, tuvo una condición legal limitada: una vez que los casos se encuentran en manos de los abogados, podían demorarse hasta languidecer y ser olvidados.²² La CCCC no pudo sostener la demanda de rendición de cuentas por el oscurantismo del propio sistema jurídico.

En lugar de aprovechar la caída de Bucaram para la reforma política y la renovación de la democracia, las élites hicieron poco por cambiar los fundamentos del sistema y las normas de conducta política. La aplicación instrumental de las instituciones, que permitió la destitución de Bucaram, iba a convertirse en el prólogo de una nueva novela: el retorno.

22 Entrevista con Simón Espinosa, miembro fundador de la Comisión Anti-Corrupción, Quito, octubre 13, 2006; entrevista con Pedro Votruba, ex-director ejecutivo de la CCCC, Quito, octubre 25, 2006.

Políticas del retorno

El tiempo pasa, y la ausencia del líder empieza a debilitar al PRE. Mantener al partido intacto era difícil; otros aspirantes intentaron ocupar el lugar de Bucaram en la Costa. Álvaro Noboa organiza y financia su propia máquina electoral, el PRIAN: en las elecciones del 2002 obtiene algunos diputados, pero pierde de nuevo la segunda vuelta presidencial contra Lucio Gutiérrez, otro populista. Para estas elecciones, el PRE había lanzado de candidato para presidente al hermano de Bucaram, Jacobo, quien obtuvo el 11 por ciento de los votos en la primera vuelta. Pero el porcentaje de votación que obtuvo el PRE para las elecciones legislativas se redujo, y apenas se alcanzaron 15 diputados roldosistas. Sin embargo, el PRE se mantuvo como la tercera fuerza política en el Congreso del 2002.²³

Aunque la influencia del PRE había declinado, la composición fragmentaria del Congreso del 2002 presentaba un escenario ideal para planear la estrategia del retorno de Bucaram (Pachano, 2007: 133-171). Como casi todos los presidentes desde la transición democrática del '79, el Presidente Gutiérrez enfrentó los problemas de un gobierno dividido en circunstancias cada vez más peligrosas: sus dos antecesores habían sido destituidos con la bendición de la mayoría legislativa, que omitió la letra por el espíritu en la Constitución. Sin un apoyo en el Congreso, el Presidente Gutiérrez tuvo que apostar por alianzas inestables: primero, hacia la izquierda, con Pachakutik; luego, hacia la derecha, con el PSC, aún controlado por Febres Cordero. Pero cuando esta última alianza se rompió y los rumores sobre un posible juicio de destitución crecieron, Gutiérrez hizo lo que todos temían: se comprometió con el PRE para proteger su gobierno. A principios de septiembre del 2004, Gutiérrez se entrevista con Bucaram en un hotel de Panamá: discuten los términos para el retorno. Una posibilidad era presentar una comisión judicial que revisara el amparo de la corte seccional, que había sido anulado por la

23 PSC era el partido hegemónico con 25 diputados, y la ID lo seguía, con 16 diputados, aunque 3 de ellos pertenecían a alianzas con otros partidos. Así, el PRE insistía en ser considerado como el segundo partido más importante en el congreso. Para un informe, véase *CIA World Factbook 2004*.

Corte Suprema.²⁴ Con un fallo a favor, el líder roldosista podría retornar sin ser arrestado: Bucaram apremia a Gutiérrez para que “constitucionalice el Ecuador”, puesto que el sistema jurídico habría sido reestructurado de manera ilegal luego de su caída en 1997.²⁵ Esta conversación pone de manifiesto que aun el acusado consideraba necesaria una intervención judicial; sin una purga de los jueces influidos por el PSC, la amenaza en su contra persistía.

El encuentro entre Gutiérrez y Bucaram fue el preludio de la tormenta. Para aumentar la polémica sobre la posibilidad de destituir al presidente, Febres Cordero sugiere que la comisión judicial propuesta sería un motivo en contra de Gutiérrez, porque quebranta la separación entre el poder ejecutivo y el judicial. Por su parte, Pachakutik, MPD y el Partido Socialista argumentaron, de modo similar, que Gutiérrez había violado las normas constitucionales al entrevistarse con Bucaram.

Con fuerte presión de los legisladores, y se sospecha que también con sobornos, Gutiérrez pudo aún evitar su caída hasta noviembre del 2004.²⁶ Pero el PRE pronto quiso cobrar el apoyo que brindara para evitar la destitución, con la purga de los miembros del sistema jurídico. A fines de noviembre, los diputados roldosistas se alían con el PRIAN y otros partidos para remover a los titulares del Tribunal Constitucional (TC), y del Tribunal Supremo Electoral (TSE). El apoyo del PRIAN es luego recompensado con la presidencia del TSE. Algunas semanas después, con varias disputas entre el PRE y el PRIAN, la nueva mayoría pro-gobiernista vota para la remoción de los jueces de la Corte Suprema, y pone miembros de su elección. Entre los nuevos designados se encuentran: Guillermo “Pichi” Castro, conocido desde la niñez con Bucaram, y abogado personal suyo; y Carlos Poz, que también había sido abogado del líder roldosista.²⁷ Este fue un nuevo golpe para el débil orden constitucional del Ecuador: ignorando cualquier procedimiento establecido para los nombramientos judiciales, la mayoría del PRE-PRIAN pone y dispone sin medir las consecuencias.

24 “Lucio ordenará retorno”, *Hoy*, septiembre 9, 2004.

25 “Agitación política por el encuentro en Panamá”, *Hoy*, septiembre 2, 2004.

26 “La mujer del maletín vira las conciencias”, *Hoy*, noviembre 11, 2004.

27 “Abdalá recibe su regalo navideño”, *Hoy*, diciembre 10, 2004.

Desde Panamá, Bucaram agradece por el “regalo de Navidad”. Y mejor aún sería el año nuevo: porque en enero del 2005, el diputado roldosista Omar Quintana, que fuera funcionario en el gobierno de Bucaram, logra conseguir los votos suficientes para ser elegido presidente del congreso. Quintana tenía su propia historia de vida, que incluía una estadía de cuatro años en una clínica, mientras esperaba un juicio por fraude.²⁸

Este ‘regalo’ fue un castigo para la clase política del Ecuador, y la pesadilla para el público políticamente sensible en Quito. Bucaram había sido arrojado de la capital en 1997, perseguido por el grito enardecido: “¡Que se vaya!”. Pero la nueva alianza de Gutiérrez daba la bienvenida a varios roldosistas al palacio presidencial: entre otros, al hijo de Bucaram, Jacobo. Para el PSC, perder influencia en el sistema jurídico fue una dura derrota, así como el escenario de un congreso controlado por los adversarios y un TSE contrario. Con las elecciones que se acercan para el 2006, la formación de lo que la prensa llamara el “triumvirato” Gutiérrez-Noboa-Bucaram se convierte en un problema inminente para la clase política.

La lucha de Gutiérrez por la supervivencia y la búsqueda incansable de Bucaram por el retorno crearon una nueva tormenta, que terminó en otra ‘irregular’ destitución presidencial. Las acciones contra la Corte Suprema y la conciencia de que el orden constitucional había sido roto provocaron una crisis que tardaría varios meses en alcanzar su punto álgido. En enero y febrero del 2005, tanto la oposición de los partidos como de los ciudadanos empieza a movilizarse: el alcalde de Guayaquil, Jaime Nebot, como nuevo líder del PSC encabeza la llamada “marcha blanca”, que reúne a 150.000 personas en contra de Gutiérrez y la nueva Corte Suprema. Sigue una demostración masiva en Quito, donde varios líderes políticos se unen con la CONAIE, la organización Participación Ciudadana y otros grupos: juntos condenan a Gutiérrez como un dictador. A mediados de marzo, reconociendo la crisis constitucional creciente, la ONU envía a su reportero especial, Leandro Despouy, para vigilar la independencia de jueces y leyes; el investigador llega justo cuando cuatro mil empleados judiciales declaran la huelga en protesta contra la nueva Corte Suprema.

28 “Omar Quintana, el confiable”, *Hoy*, enero 7, 2005.

En tanto, los miembros del ‘triumvirato’ se distancian, y cambian de posiciones para enfrentar la crisis. Gutiérrez se retracta y ofrece dejar la anterior corte en su lugar, proponiendo una consulta popular para reformar el sistema jurídico. Por supuesto, cualquier reforma habría amenazado el poder recién adquirido por el PRE y el PRIAN. Más aún, el compromiso entre los tres, en especial el apoyo para candidatura presidencial de Álvaro Noboa en el 2006, también se debilitó con la perspectiva de que un reciente converso al PRE, Jimmy Jairala, popular presentador de noticias en la TV, pudiera considerar también una candidatura presidencial.²⁹ Cuando marzo termina, Noboa abandona el barco y llama a Gutiérrez a la resignación. Los legisladores del PRIAN votan con la oposición en contra del candidato enviado por Gutiérrez para procurador general del Estado.

Para el PRE, el deterioro de la situación política amenaza su estrategia, cuidadosamente apoyada en la ‘legalidad’. El controvertido presidente de la Corte Suprema, Guillermo Castro, introduce un nuevo factor de desequilibrio con un fallo que anula los dos casos pendientes contra Bucaram: para esto, se apoya en el argumento antes sostenido por Solórzano. Castro también invoca la Constitución del ‘98, en la que se consideraba que el presidente debía ser llamado a juicio político por el congreso, y removido de su cargo antes de presentar los cargos criminales; además, el contralor general era quien debía presentar al congreso el informe sobre los motivos por los que el presidente sería juzgado. Como ninguno de estos procedimientos fue observado durante la destitución, los subsiguientes cargos contra Bucaram no tenían ninguna validez. Castro emitió este fallo el último día de marzo del 2005.³⁰

El clamor popular contra la decisión de Castro fue inmediato. La “Asamblea de Quito”, organización *ad hoc* encabezada por el Alcalde Paco Moncayo, llamó a los ciudadanos a izar las banderas hasta media asta en señal de protesta. El enojo de los quiteños pronto se convierte en ira, cuando el prometido retorno se cumple el 2 de abril; antes, en febrero, Bucaram había advertido a sus seguidores que no presionaran por un

29 “Alvarito quiere la Fiscalía”, *Hoy*, marzo 23, 2005.

30 Presidencia de la Corte Suprema de Justicia, “Providencia en el juicio penal No. 10-97, seguido contra Abdalá y otros”, marzo 31, 2005. Fotocopia.

regreso inmediato, porque esto podría “causar un golpe de Estado y la caída del Presidente Lucio Gutiérrez y del orden existente”.³¹ Pero, aún consciente del peligro, el líder roldosista decide arriesgarse.

Por la televisión, en vivo y en directo, los espectadores vieron la llegada espectacular de Bucaram a Guayaquil. El *show* empieza con su descenso en helicóptero, y luego la presentación en un escenario en el corazón de la ciudad. Celoso de las formas, el líder populista cumple su papel al pie de la letra: se burla de los enemigos de la “oligarquía”, y se refiere a León Febres Cordero, adversario de toda la vida, como un “viejo marihuanero que echa humo”. Para delicia de sus compinches y horror de los opositores, Bucaram confirma que, ahora sí, está “más loco que nunca”, y promete que será candidato para la presidencia (De la Torre, 2005: 101-108).

No se van a contar aquí las semanas de protesta que siguieron al retorno de Bucaram. Quito fue el epicentro de una amplia movilización popular, en que se encontraron varias organizaciones y que, al final, acabó con el régimen de Gutiérrez. Buscando sofocar las protestas, Gutiérrez ya había sacado a la “Pichi-Corte”, añadiendo un nuevo trazo de ilegalidad al gran fresco de la historia del Ecuador. Pero era demasiado tarde: las confrontaciones entre los manifestantes y la policía sacuden la capital, hasta que Gutiérrez se da por vencido y huye del palacio presidencial el 20 de abril de 2005. Con el caos reinante, el Vicepresidente Alfredo Palacios se posesiona como nuevo presidente. Mientras tanto, Bucaram había desaparecido, siguiendo de nuevo el camino del exilio hacia Panamá.

El 7 de febrero del 2006, el nuevo presidente de la Corte Suprema, Jaime Velasco, reinstala los cargos criminales contra Bucaram en los casos por gastos reservados, argumentando que su antecesor no tenía la potestad para anular los fallos anteriores hechos por la división penal de la Corte. El primer día de marzo del 2006, el mismo razonamiento se aplica para el caso de las mochilas escolares. Bucaram es, una vez más, prófugo de la justicia ecuatoriana.

31 “Bucaram pide a coidearios no acelerar regreso”, *Hoy*, febrero 6, 2005.

El legado permanente del populismo

El acecho de Bucaram al cuerpo político del Ecuador había durado por más de tres décadas. Como los fantasmas que afirmó haber visto en el palacio presidencial, Bucaram se convirtió en un alma en pena, una “presencia ausente” y una “ausencia presente”, como observa José Sánchez-Parga (1999: 429).

Pero, al contrario de otros líderes populistas, Bucaram no se volvió más sobrio ni más cauto durante su ausencia. El exilio no provocó la maduración, la búsqueda espiritual o incluso el arrepentimiento que tuvieron otros líderes. Por ejemplo, cuando Alan García regresa al Perú, luego de ocho años en París, se encuentra preparado para reconocer sus errores como presidente y demostrar su propia evolución ideológica. Como Haya de la Torre y Betancourt, García cambió durante los años lejos del poder; ahora que lo busca de nuevo, opta por el pragmatismo de proyectar un “Nuevo Alan”.

En cambio, Bucaram no experimenta un cambio durante su exilio: hay poca evidencia de “aprendizaje político” a partir de su caída en 1997 (McCoy, 2000). Bucaram apenas cumple su rol tal como está escrito en el libreto: víctima de la oligarquía, encarnación del hombre común, salvador de los pobres. En el 2004, cuando alguien le pregunta sobre la posibilidad de cambiar de estilo (Odysea, 2005: 130), Bucaram, sin dudar, responde:

Bueno, yo me veo guapo. Estoy bonito, soy sabido, me gusta la salsa, me gusta la buena comida y creo que soy un hombre con suerte... Yo no voy a cambiar nunca, yo no voy a seguir el patrón del mentiroso, del falso, del hombre que intenta con buenos modales tratar de demostrar una inteligencia que no tiene. Yo quiero recordarle que la calentura no está en las sábanas...

El estancamiento intelectual de Bucaram, y su persistente ‘caudillismo’ convirtieron al PRE en una organización inmóvil. Los partidarios roldosistas hicieron religiosamente el viaje a Panamá para pedir instrucciones cada vez que debían tomar una decisión; ningún líder nuevo, ni nuevas

ideas se permitieron, para no reducir la influencia de Bucaram; tampoco las nuevas circunstancias políticas generaron cambios ni desarrollo en la organización.

A diferencia de APRA o la AD, el PRE jamás fue prohibido de participar en la contienda electoral; frente a la represión, tanto APRA como AD crearon una infraestructura institucional y formaron cuadros clandestinos de nuevos líderes (Nugent, 2006: 202-228). Ambos partidos construyeron entonces su edad heroica, y modelaron sus instituciones en esta época. A la inversa, y a pesar de ser atacado por muchas élites del Ecuador, el PRE se quedó corto frente al casi mítico pasado inventado por APRA y AD; y los roldosistas tampoco pudieron avanzar hacia la institucionalización del partido. En lugar de aquello, el PRE creció sin obstáculos como una máquina clientelar en la alcaldía de Bucaram en Guayaquil durante los ‘80. El manejo desastroso de la ciudad por parte del líder roldosista, y luego de su hermana Elsa en el período iniciado en 1988, vincularon desde el principio al PRE con los problemas de corrupción.

La forma de populismo de Bucaram —con la carga de connotaciones culturales provocativas, lastrado por su temprano vínculo con la corrupción, preso en el personalismo— permanece osificada aún después de los traumáticos acontecimientos de 1997 (Freidenberg y Levitsky, 2006: 192-195). El PRE mantuvo su condición como objeto de sospecha y ansiedad, concentrando emociones que iban desde el desprecio hasta el horror de partidos tradicionales como el PSC, la DP y la ID. Cuando el miedo por el retorno de Bucaram se hacía más intenso, en septiembre del 2004, Felipe Burbano escribía:

Y lo sabemos bien: una excesiva exposición al PRE es un factor de inestabilidad para cualquier gobierno. Bucaram une a la oposición y despierta sentimientos civilizadores en las otras fuerzas políticas. Todo argumento se vuelve legítimo cuando se trata de luchar contra la ‘barbarie’ roldosista. El populismo es una suerte de pecado capital de la política ecuatoriana, una de sus paradojas más grandes: su capacidad para seducir al pueblo es tan intensa como la profunda aversión que despierta en sus rivales políticos.³²

32 Felipe Burbano de Lara, “Gutiérrez, a la tarima”, *Hoy*, septiembre 14, 2007.

Como Burbano anota, el carácter profundo de la reacción de la élite frente a Bucaram se encuentra en la voluntad de considerar cualquier 'arreglo rápido' que fuera necesario para cumplir con el propósito más alto de detener al 'bárbaro' en las puertas. Por supuesto, la práctica de instrumentalizar las instituciones no se aplicó de manera exclusiva en este caso: es el mismo Bucaram quien antes había ensayado su propia variación del tema cuando, como presidente, transformó la administración pública en un feudo de parientes y compinches. De hecho, es cuando se percibe la degradación de las instituciones formales, y se reconoce la caída del propio Estado en prácticas predatorias, cuando surgen los oponentes que lucharán por destituir a Bucaram. Pero en medio del frenesí por curar este mal, la improvisación legal y las escenas de compromisos políticos tras bastidores se convirtieron en el orden del día. En lugar de buscar una reforma, una renovación y el antídoto contra el roldosismo luego de la crisis de 1997, los partidos tradicionales rápidamente se reubicaron, y regresaron a los malos hábitos políticos. Gutiérrez, víctima de estos vicios, optó por el instrumentalismo, y sacrificó su presidencia por el anhelo de Bucaram de un glorioso retorno.

Bucaram perdió porque estaba ciego; pero muchos de sus rivales tampoco pudieron curar las heridas que había provocado. Las instituciones democráticas y el orden constitucional del Ecuador fueron las primeras víctimas en la lucha entre el populismo persistente y toda una clase de políticos obstinados en no aprender de sus propios errores.

Referencias

- Andrade, Pablo A. (2004). "Negociando el cambio: fuerzas sociales y políticas en la Asamblea Constituyente Ecuatoriana de 1998", en Santiago Andrade Ubidia, Julio César Trujillo y Roberto Viciano Pastor, eds., *La Estructura Constitucional del Estado Ecuatoriano*, Quito: Universidad Andina Simón Bolívar, 2004, pp. 25-62.
- Avritzer, Leonardo (2002). *Democracy and the Public Space in Latin America*. Princeton: Princeton University Press.

- Báez, René, ed. (1997). *¿Y Ahora Qué? Una contribución al análisis histórico-político del país*. Quito: Eskeletra Editorial.
- Burbano de Lara, Felipe (2007). "Las élites quiteñas y la caída de Bucaram. Discurso, Identidad y Representaciones", FLACSO-Quito, agosto 2007. Fotocopia.
- Burbano de Lara, Felipe (2007). "La política guayaquileña de CFP a Febres Cordero", Trabajo elaborado para el doctorado Procesos Políticos Contemporáneos, Universidad de Salamanca, agosto 2007. Fotocopia.
- Coniff, Michael L., ed. (1982). *Latin American Populism in Comparative Perspective*. Albuquerque: University of New Mexico Press.
- Cornejo Menacho, Diego, ed. (1997). *¿Que se vaya! Crónica del Bucaramato*. Quito: Edimpres.
- De la Torre, Carlos (2000). *The Populist Seduction in Latin America: The Ecuadorian Experience*. Athens: Ohio University Research Center in International Studies.
- _____ (2005). "El regreso de Bucaram", en *Íconos*, 23 (septiembre): 101-108.
- Freidenberg, Flavia (2003). *Jama, caleta y camello: Las estrategias de Abdalá Bucaram para ganar las elecciones*. Quito: Corporación Editora Nacional.
- Freidenberg, Flavio, y Manuel Alcántara Sáez (2001). *Los dueños del poder. Los partidos políticos en Ecuador (1978-2000)*. Quito: FLACSO.
- Freidenberg, Flavia y Steven Levitsky (2006). "Informal Institutions and Party Organization in Latin America", en Gretchen Helmke y Steven Levitsky, eds., *Informal Institutions and Democracy: Lessons from Latin America*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, pp. 192-195.
- Hurtado, Osvaldo (1998). *Una Constitución para el Futuro*. Quito: FESO.
- Ibarra, Hernán (2004). "El populismo en la política ecuatoriana contemporánea", en *Releer los populismos*. Quito: Centro Andino de Acción Popular, pp. 127-177.
- McCoy, Jennifer, ed. (2000). *Political Learning and Redemocratization in Latin America: Do Political Leaders Learn from Political Crises?* Miami: North-South Center Press of the University of Miami Press.

- Noboa Bejarano, Gustavo (2005). *Corrupción judicial y judicialización de la política*. Guayaquil: Artes Gráficas Senefelder.
- Nugent, David (2006). "Haya de la Torre and APRA", en Samuel Bunk y Ben Fallow, eds., *Heroes and Hero Cults in Latin America*. Austin: University of Texas Press, pp. 202-228.
- Odysea Producciones Culturales (2005). *25 Años de Democracia en Ecuador (1979-2004)*. Quito: El Conejo, 2005.
- Pachano, Simón (2007). *La trama de Penélope. Procesos políticos e instituciones en el Ecuador*. Quito: FLACSO.
- Pérez-Liñan, Aníbal (2007). *Presidential Impeachment and the New Political Instability in Latin America*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Rivera Molina, Ramiro (2006). *Reforma Política. Más dudas que certezas*. Quito: Fundación Konrad Adenauer.
- Saltos Galarza, Napoleón (2001) *Ética y Corrupción. Estudio de casos*. Casals & Associates – Banco Mundial.
- Sánchez-Parga, José (1999). "La campaña electoral: Ecuador 1998", en Frank Priess y Fernando Tuesta Soldevilla, eds., *Campañas electorales y medios de comunicación en América Latina*. Buenos Aires: CIEDLA, pp. 381-458.

El populismo intermitente de Lucio Gutiérrez

César Montúfar*

Rafael Quintero, en un excelente análisis del triunfo y del electorado que puso a Lucio Gutiérrez en la presidencia del Ecuador, propone que el candidato de Sociedad Patriótica ganó las elecciones en un contexto de ruptura anímica del electorado respecto del sistema de representación en el país. El triunfo de Gutiérrez pudo así significar un momento de recuperación de la confianza en el sistema político por parte de actores sistemáticamente discriminados y no incluidos en el mismo por cuestiones socioeconómicas, culturales o étnicas. La presencia electoral de Lucio Gutiérrez habría tenido, por tanto, la capacidad de generar cambios en las identidades electorales en casi todas las regiones del Ecuador. Ello solo fue posible en un escenario electoral caracterizado por un inusual fraccionamiento y dispersión de fuerzas políticas, en el cual se profundizaron tendencias pre-existentes contrarias a los partidos políticos dominantes hasta entonces en el escenario político (Quintero, 2005a: 224, 228).

Pero el triunfo de Lucio Gutiérrez, tal como anota este autor, no estuvo asociado a un solo elemento. El Coronel obtuvo en primera vuelta 20.64 por ciento de los votos. Le siguió Álvaro Noboa con 17.39 por ciento. De acuerdo a una estimación de Quintero, Gutiérrez pudo haber recibido un 12 por ciento de los votos como endoso de los partidos miembros de su alianza, 6 por ciento de Pachakutik y 6 por ciento del Movi-

* Universidad Andina Simón Bolívar. Este texto hace parte de un trabajo de investigación mayor que el autor desarrolla sobre el proyecto político de Lucio Gutiérrez. El autor agradece los valiosos comentarios y sugerencias de Carlos de la Torre. E-mail: montufar@uasb.edu.ec.

miento Popular Democrático, MPD. El restante 8 ó 9 por ciento lo alcanzó de lo que Quintero denomina una “base social movilizada”, grupo de votantes que buscaba una alternativa de cambio y que plegó al candidato de Sociedad Patriótica. Esta “base social movilizada” constituyó un fenómeno peculiar en el evento electoral de 2002. Apareció de un crecimiento de 6.7 por ciento del padrón electoral para ese año y, en segunda vuelta, de una reducción del ausentismo y los votos nulos y blancos. En suma, la tesis de Quintero es que el triunfo de Gutiérrez debe explicarse por un incremento de la movilización electoral expresada en el aumento de votos positivos por parte de hombres y mujeres de sectores rurales, campesinos medios y pobres. El autor menciona un crecimiento del electorado activo de, aproximadamente, medio millón de electores, hecho decisivo para el resultado de las elecciones de 2002.

Esta situación fue potenciada por varios elementos, a saber: la amplitud de la alianza electoral triunfadora, la misma que recogió una convergencia efectiva de partidos y movimientos de izquierda como Pachakutik y MPD; una estrategia de movilización de un electorado fragmentado; y el apoyo de organizaciones indígenas y de una base social conformada por actores afectados por la crisis. Todo ello, habría permitido la migración de adhesiones de centro y de izquierda hacia el candidato de PSP, a través de una estrategia de movilización territorial y de concertaciones corporativo-territoriales (Quintero, 2005a: 224). Quintero concluye que todos estos aspectos hacen pensar que las elecciones de 2002 representaron un momento de movilización electoral de sectores sociales anteriormente poco movilizados. Aquello contrasta, sin embargo, con los resultados legislativos del mismo evento electoral que, en cambio, demostraron una relativa vitalidad del sistema de partidos. Así, en el Congreso instalado en el 2003 los partidos se colocaron en una posición mayoritaria de resguardo, mientras que la Presidencia de la República se dirimió en una contienda entre opciones ajenas al sistema partidario, Lucio Gutiérrez versus Álvaro Noboa (Quintero, 2005a: 250-251).

Empero, no sería posible comprender el triunfo de Gutiérrez si éste hubiera terciado en segunda vuelta con un candidato diferente a Álvaro Noboa, candidato también *outsider*, pero con niveles de rechazo y desconfianza muy altos. Otro contendor, con mayor vinculación o de las filas de

los partidos, probablemente hubiera propiciado una corriente de apoyo distinta a la del aspirante de PSP y en ese escenario Gutiérrez difícilmente hubiera sido elegido. Por ello, su triunfo electoral mucho tuvo que ver con una situación anómala en la primera vuelta electoral, relacionada a la flagrante violación de los límites de gasto electoral por parte de Noboa quien, por ese mecanismo ilegal, se coló en la segunda vuelta, remontando en la última semana y media desde el quinto al segundo puesto por sobre varios candidatos partidarios. Ante ello, se abrió en la segunda vuelta una oportunidad inédita para que Gutiérrez se ubicara en un espacio ambiguo como la “opción viable” tanto para sectores poco movilizados, extraños o marginalizados del sistema político, como para quienes lo vieron como posible representante del *status quo*, mal menor frente a Noboa. Esta ambigüedad fue la clave de su éxito electoral y, también, una de las razones de su fracaso y fugacidad como gobernante. Contradictorio desde el inicio, el triunfo de Lucio Gutiérrez sólo fue posible en un contexto electoral que le exigió conciliar tendencias divergentes; representar a sectores marginalizados del escenario políticos y a aquellos que pretendían defender el *status quo* de Noboa.

Marcada quizá por esta circunstancia, la estrategia política gutierrista, tanto de candidato como de presidente, y la propia imagen y discurso del personaje presenta como una de sus características definitorias su capacidad de adecuarse al contexto y conciliar tendencias opuestas y una enorme flexibilidad para mutar y transformarse. Gutiérrez ha mostrado ser un experto en la utilización del camuflaje para adaptarse a las necesidades políticas y discursivas de cada momento. Así, a lo largo de su ascenso y caída, Lucio Gutiérrez no ha sido uno sino varios personajes con varios discursos. Uno de ellos fue el Gutiérrez golpista, el héroe o líder militar; otro, el “ingeniero presidente”, representante del orden constituido; otro, el perseguido, el prófugo; otro el reo de la justicia. Si revisamos el itinerario de sus múltiples transformaciones encontramos una fase bien marcada como candidato presidencial, fase en que se presentó como héroe y caudillo militar y que culmina con su triunfo electoral en primera vuelta; otra fase que se inicia con la campaña electoral de segunda vuelta en que el héroe militar se transforma en “ingeniero presidente”; y otra tercera, que ocurre luego de las elecciones seccionales de 2004, cuando emprende

su proyecto autoritario de concentración de poder hasta su caída, en que Gutiérrez retoma con fuerza estrategias de movilización política basadas en la polarización oligarquía *versus* pueblo y adopta la auto-definición de “dictócrata”.² Hay, empero, una constante en toda su estrategia política: la ejecución selectiva de repertorios discursivos y de convocatoria a la movilización popular que provienen de una tradición populista. Por ello, bien cabría definir a Lucio Gutiérrez como populista o, más precisamente, como un populista selectivo e intermitente.

El populismo intermitente de Lucio Gutiérrez

La literatura sobre el populismo en el Ecuador y en América Latina da cuenta de un casi interminable debate sobre cómo entenderlo, en donde poner los énfasis, cuál es el rasgo determinante para considerar un proceso o un liderazgo como populista. En este corto ensayo no vamos a reeditar el debate sobre el populismo sino entenderlo desde una definición escueta y mínima, la de una estrategia electoral (Weyland, 2004) o estilo político (Freidenberg, 2007).³ Siguiendo a Kurt Weyland, comprendemos al populismo como una estrategia política utilizada por “líderes personalistas que buscan ejercitar el poder del gobierno basados en el apoyo directo, no mediado ni institucionalizado, de un gran número de seguidores que están principalmente desorganizados” (Weyland, 2004: 36). De acuerdo a esta definición, el caso Gutiérrez cae claramente dentro de esta definición en varios momentos clave de su estrategia política. El momento inicial, cuando irrumpe en la vida pública del Ecuador, liderando el golpe de Estado contra Mahuad, hasta el triunfo de la primera vuelta elec-

toral; y, en el momento final de su gobierno, cuando auto declarado “dictócrata”, ejecuta una campaña de movilización social desde el Estado con el objetivo de sostenerse en el poder y poner en marcha un proyecto autoritario. En el intermedio, Gutiérrez puso en práctica una estrategia que en vez de ser populista buscó asentarse en grupos de poder organizados, partidos políticos tradicionales y corporaciones. Un punto de discrepancia con la definición de Weyland es que el apoyo electoral y político a Gutiérrez, si bien suficiente para hacerlo llegar al poder, nunca tuvo los ribetes mayoritarios del nivel que generaron otros liderazgos populistas o neopopulistas contemporáneos. Para Weyland, la categorización de populismo requiere un aspecto cuantitativo en el sentido de concitar apoyos realmente masivos, a saber, “el populismo emerge cuando los líderes personalistas basan su gobierno en la masa, que es en su mayoría un apoyo institucionalizado de gran número de gente” (Weyland, 2004: 42-43). Al respecto, podríamos afirmar que la estrategia gutierrista buscó basarse en adhesiones masivas y mayoritarias pero sin que nunca las lograra plenamente. Gutiérrez jamás fue abrumadoramente popular, ni siquiera en los primeros meses de gobierno.

La definición que propone Flavia Freidenberg para entender el fenómeno populista es igualmente aplicable al gutierrismo. Freidenberg define el populismo como “un estilo de liderazgo, caracterizado por la relación directa, carismática, personalista y paternalista entre líder-seguidor, que no reconoce mediaciones organizativas e institucionales, que habla a nombre del pueblo y potencia la oposición de éste a los ‘los otros’, donde los seguidores están convencidos de las cualidades extraordinarias del líder y creen que gracias a ellas, y a los métodos redistributivos y/o al intercambio clientelar que tienen con el líder (tanto material como simbólico), conseguirán mejorar su situación personal o la de su entorno” (Freidenberg, 2007: 25). Si bien está por fuera del alcance de este texto averiguar las expectativas de los seguidores de Lucio Gutiérrez, conocer las percepciones sociales sobre sus cualidades extraordinarias o los beneficios que recibieron de él, sí podemos decir que el gutierrismo, en el período estudiado, se desarrolló como un estilo de liderazgo que privilegió una relación directa con sus partidarios, sin mediaciones ni formas organizativas estables, y basó su discurso en apelaciones al pueblo, como entidad opues-

2 Autodefinition acuñada por el mismo Gutiérrez, quien al justificar las medidas inconstitucionales que adoptó a partir de noviembre de 2004 se calificó de “dictócrata”: a saber, dictador para los ricos, poderosos y corruptos, y demócrata para el pueblo.

3 Si bien adoptamos el enfoque de estos dos autores, que consideramos útil para el propósito de analizar el itinerario político de un personaje como Gutiérrez en su vía de ascenso y caída del poder, concordamos con Carlos de la Torre en que una perspectiva instrumental del fenómeno del populismo, reduciéndolo a una estrategia o estilo político, presenta la limitación de que no explica las razones por las cuales la gente común apoya a los líderes populistas. Esta dimensión analítica del populismo rebasa las expectativas interpretativas de este trabajo. Ver De la Torre, 2004: 56-58.

ta a la oligarquía, los deudores de la banca y los partidos políticos corruptos. Su estilo de liderazgo, de igual manera, generó desde el gobierno la proliferación de intercambios clientelares con distintos sectores, si bien, desde el punto de vista de su política económica optó por medidas de corte neoliberal. Así, desde la perspectiva señalada por Freidenberg, y como demostraremos en lo que sigue, el estilo político de Lucio Gutiérrez se enmarca adecuadamente en los parámetros del populismo.

De héroe militar a candidato presidencial

Para iniciar un análisis del populismo de Lucio Gutiérrez, habría que reconstruir las diferentes estrategias que lo llevaron a la presidencia, desde su irrupción a la vida pública hasta su triunfo en la primera vuelta electoral. Hasta ese momento, la estrategia de Lucio Gutiérrez fue muy efectiva en seducir a una “base social movilizada” de votantes campesinos, pobres y medios; circunstancia a la que también aportaron otros socios de su alianza electoral. En todo caso, el éxito electoral de Gutiérrez, y en ello el texto de Quintero nos es muy útil, se debió a su capacidad de movilizar electoralmente a actores relegados de las estructuras políticas tradicionales, fundamentalmente de los sectores rurales. Desde esa perspectiva, la imagen y el discurso gutierrista mutaron desde el héroe militar, dispuesto a entregarlo todo y arriesgar su carrera, hasta el candidato a la presidencia con un vestuario y simbología de militar – luchador campesino.

La historia comienza con su participación en el golpe militar-indígena que derrocó a Jamil Mahuad en enero de 2000. El mismo Lucio Gutiérrez, en un artículo que expone “sus razones” para haber participado en el golpe, declara que las “Fuerzas Armadas únicamente se justifican en la medida que defienden al pueblo y a la nación” (Gutiérrez, 2001: 153). En el contexto de la crisis política y económica que provocó el gobierno de Mahuad, aquello significaba interpretar la principio constitucional de que la soberanía radica en el pueblo como la obligación de la institución militar de acudir al llamado del mismo y unirse a su decisión de revocar el mandato al gobernante que había traicionado “los intereses del pueblo que los eligió”. Gutiérrez va más allá y plantea que en esa co-

yuntura los militares o se unían al pueblo que reclamaba justamente en contra de la corrupción del gobierno o lo reprimían. Ante ello, su opción solo podía ser la primera... así prosigue el Coronel:

Las Fuerzas Armadas jamás pueden continuar, como en décadas pasadas, al servicio de la oligarquía corrupta o como un grupo armado civil y vasallo de intereses protervos. Las Fuerzas Armadas deben estar siempre al lado del pueblo, sensibles a sus aspiraciones, porque ¿de qué sirve tener Fuerzas Armadas con la credibilidad como tienen las nuestras, de qué sirve tener soldados si en base a una supuesta constitucionalidad que los gobernantes violan sistemáticamente debemos no hacer nada o cruzarnos de brazos viendo cómo el país se destruye? Si no actuábamos, al menos yo, me hubiera sentido inmoral, me hubiera sentido innecesario y hubiera terminado saliendo de la institución militar (Gutiérrez, 2001: 161).

En este párrafo, Gutiérrez establece una visión que fusiona de manera orgánica las aspiraciones del pueblo con la razón de ser de las Fuerzas Armadas y el papel de los soldados útiles y morales, como él, más allá de cualquier “supuesta constitucionalidad” o de los “intereses protervos” de la “oligarquía corrupta”. Para Gutiérrez, la base de la acción institucional de las Fuerzas Armadas debía supeditarse a las aspiraciones del pueblo en cuanto lucha contra la corrupción, lucha por la soberanía nacional y autodeterminación de los pueblos y, aún más, la construcción de una “Nueva República, liberada por una segunda y definitiva ocasión...” (Gutiérrez, 2001: 161-162).

En su posición, Gutiérrez no expresa una diferenciación entre pueblo y soldados a partir de un mismo proyecto histórico de redención: independencia y soberanía nacional, en contra de la oligarquía corrupta e intereses extranjeros contrarios a la nación. Se destaca una misión moral trascendente y articulada a los fines de la patria. En una carta dirigida por él al diario *El Comercio*, Gutiérrez explica este punto:

Habrà gente que no entienda cómo pudimos inmolarse nuestra profesión en un sistema de vida materializado, superficial, pero es muy simple, los principios, los ideales, el amor y la lealtad a la patria, los practicamos todos los días, siempre estamos listos a actuar, para entregar no solo nues-

tras carreras sino la vida por el país. La patria está por encima de nuestros hijos y padres, por sobre el ejército. Ahí se explica mi participación y la de los ejemplares oficiales de mandos medios y operativos que participaron (Hernández *et al.*, 2000: 254).

Ideales trascendentes de patriotismo y moralidad superiores colocan a los soldados junto al pueblo, permitiéndoles llegar a los más grandes sacrificios por la patria: dar la vida, actuar, incluso, por encima de sus propias familias y del ejército. He ahí, el Gutiérrez perfilándose como soldado héroe en “una cruzada cívica a nivel nacional, tratando de concienciar a la ciudadanía a que dejemos de ser espectadores inmóviles viendo por detrás de la ventana cómo se saquea sistemáticamente a nuestra nación” (Gutiérrez, 2001: 161).

Pero, ¿quiénes eran, en esta fase de la naciente vida política de Lucio Gutiérrez, aquellos saqueadores? Los políticos y los banqueros corruptos. Todo el arsenal discursivo en contra de la corrupción que ensayó Gutiérrez, en el golpe y luego del mismo, se articuló alrededor del ataque a los políticos tradicionales y los banqueros. En ellos radicaba el problema del país. En este momento, nuestro personaje no ensayó ataques a las elites económicas o a otros grupos de poder. Los “traidores” del pueblo ecuatoriano sólo se identificaban con esos dos sectores. Al respecto, es importante señalar que el discurso político del, para entonces, ex-coronel provenía de concepciones asociadas con la Doctrina de Seguridad Nacional. El programa que inspiró la sublevación protagonizada por los coroneles del 21 de enero de 2000 tenía componentes de una visión que conectaba a las Fuerzas Armadas con movimientos populares. De ahí vino la alianza con la CONAIE y la participación, directa e indirecta, de oficiales retirados que inspiraron a los jóvenes coroneles insubordinados y que realizaron los enlaces entre ellos y los indígenas (Hernández *et al.*, 2000: 83).

De hecho, el proyecto político de los militares conjurados en el golpe de Estado iba dirigido al establecimiento de un programa de gobierno alternativo comprometido con la defensa del patrimonio nacional y los recursos naturales; la modernización de las industrias estratégicas, como la petrolera, eléctrica y de telecomunicaciones; la oposición a las privati-

zaciones de empresas públicas; la recuperación de los depósitos congelados mediante la confiscación de bienes de los banqueros; el combate a la corrupción; y la destitución del Congreso y Corte Suprema de Justicia, entre otros puntos (Hernández *et al.*, 2000: 84-85). Este programa, fraguado por los coroneles insurrectos antes del golpe tuvo como antecedente un estudio titulado *Hacia un nuevo Ecuador*, preparado por el Coronel Fausto Cobo, otro líder castrense del derrocamiento de Mahuad, quien como miembro del Comité de Geopolítica de la Academia de Guerra, elaboró dicho documento. En el mismo, luego de una revisión del contexto geopolítico y de crisis interna del Ecuador, y en vista de que la integración nacional se encontraba supuestamente en peligro, el autor sostiene que las Fuerzas Armadas eran la única institución en capacidad de actuar como “elemento integrador de la unidad nacional..., factor de equilibrio en las relaciones sociales; elemento de coacción social legítima...; garante confiable de la realización de una auténtica democracia”, entre otras potencialidades. Ante ello, el documento continúa, los militares ecuatorianos debían estar conscientes que “la misión constitucional de las Fuerzas Armadas, permite, en un amplio espectro, el desarrollo de éstas y otras actividades prioritarias... en beneficio de la seguridad y desarrollo del país” (Hernández *et al.*, 2000: 275-276). Para Hernán Ibarra, el acercamiento de las Fuerzas Armadas y el movimiento indígena no ocurrió solo en la coyuntura previa al golpe de Estado contra Mahuad, sino que se originó a partir de los programas de acción cívica y programas de desarrollo que los militares iniciaron en sectores campesinos luego del levantamiento indígena de 1990. Lo importante es que este contacto militar-indígena se produjo en un contexto de declive de las políticas públicas de intervención en el agro. A partir de esta relación se fue fraguando un intenso intercambio que motivó la alianza que posibilitó el golpe de Estado del 21 de enero de 2000 (Ibarra, 2002: 28-29).

En suma, la marca de la supuestamente superada Doctrina de Seguridad Nacional estuvo vigente en el proyecto e ideales de los militares golpistas del año 2000. Según esta visión, inequívocamente, todos los objetivos nacionales se encontraban fusionados al concepto de seguridad del Estado, por lo cual los militares ecuatorianos no podían escapar a la obligación de actuar de manera directa o indirecta cuando consideren que se

encuentra en peligro la seguridad del Estado y la unidad de la nación. En esta coyuntura, varios hechos preocupaban hondamente a los militares involucrados en el golpe. Los procesos de consulta hacia las autonomías que tuvieron lugar a finales de los noventa y la firma del acuerdo de paz con el Perú, hecho trascendente del gobierno de Mahuad representaban, en su visión, serias amenazas para la integración nacional.

Entre el 21 enero de 2000 y el 20 de octubre de 2002, fecha en que ganó la primera vuelta presidencial, Lucio Gutiérrez pasó por la prisión militar; recibió, junto a otros protagonistas del golpe, una amnistía del congreso; organizó el Partido Sociedad Patriótica 21 de Enero (PSP) a nivel nacional; desarrolló un intenso trabajo proselitista con miras a lograr la participación de su partido en todo el país. Un aspecto importante fue la organización del PSP, que surgió y funcionó como su maquinaria proselitista en el proceso electoral. Este movimiento contó con una militancia cuyo núcleo central se concentró en ex militares y sus familias, incluida la del propio Lucio Gutiérrez, a partir del cual se fueron articulando activistas en el nivel nacional. Analistas consideran a PSP como un partido militar cuya estructura jerárquica reprodujo, con enorme eficiencia, varios aspectos de la vida y disciplina castrense. De manera congruente, el PSP presentó un ideario nacionalista tradicional que se remitía a la ideología oficial de las Fuerzas Armadas, la misma que, en los últimos años, había colocado la noción de pueblo como parte central de su núcleo discursivo; giro también registrado en la concepción del nuevo partido (Ibarra, 2002: 28).

Ya como candidato presidencial, durante la primera vuelta, Gutiérrez puso en práctica una clara estrategia o estilo populista. Su propuesta electoral explotó su condición de ex-militar y golpista para generar la imagen de un héroe político, dispuesto a sacrificarse por sus ideales y a luchar contra la corrupción. La construcción de una especie de epopeya alrededor del golpe de Estado contra Mahuad, el uso del traje safari de ex-militar y la auto-proclamación constante de que no tenía compromisos políticos y que era un candidato de “manos limpias” delinearón un mensaje de transformación y ruptura con el pasado (Pazmiño, 2005b: 29-30). En esa línea, el candidato basó su estrategia de comunicación en el recuerdo del “sacrificio”, la cárcel, la lucha contra un gobierno “corrupto” que ter-

minó su carrera militar, presentándolo casi como un mártir de la lucha contra la corrupción (Pazmiño, 2005a: 126). Como lo refiere el estudio de Catalina Ayala, por ejemplo, en un *spot* televisivo de la primera vuelta, Gutiérrez aparece diciendo a los votantes:

El 21 de enero del 2000, sacrifiqué mi carrera militar, estuve seis meses preso por luchar contra los salvatajes y los congelamientos bancarios... Pueblo ecuatoriano, levántate y lucha contra la corrupción. Pueblo ecuatoriano, levántate y lucha contra los mismos de siempre (Pazmiño, 2005a: 126).

Adicionalmente, Gutiérrez quiso reeditar la memoria y el imaginario del golpe, colocándose como un caudillo militar junto al sector indígena y de izquierda con una agenda de cambio. Gutiérrez se mostró con su atuendo militar pero enfatizando la simbología y los colores del movimiento indígena —la bandera arco iris y la *huipala*, o el machete y el sombrero de paja toquilla de los campesinos montubios de la Costa—. El candidato forjó una imagen visual que lo asociaba con los grupos que quería movilizar; grupos desvinculados o marginalizados por el poder, pero en permanente conjunción simbólica con la identidad de caudillo militar. El pueblo pobre y excluido junto al soldado. Es más, el pueblo pobre y excluido, liderado por el soldado desprendido, mártir, sacrificado y patriota, cuya lucha se resumía en construir un país sin corrupción. Todos los aspectos simbólicos en el juego de la carrera presidencial se sintonizaban con los elementos anotados de la Doctrina de Seguridad Nacional y la ligazón que, al interior de dicha doctrina, se asigna a los militares en sus vínculos profundos con el pueblo.

En esa línea, durante esta primera etapa la estrategia discursiva de Gutiérrez hizo referencia explícita al aspecto identitario, de clase y racial. Lucio Gutiérrez fue elegido presidente sin adscribir ni intentar la representación del sector social blanco mestizo de élite ecuatoriana. El lugar de enunciación del candidato fue el de las clases medias, mestizas y cholos. A pesar de que Gutiérrez no explotó un mensaje anti-elitista, ni de lucha u oposición de clases, el candidato del PSP hizo uso de símbolos y rasgos culturales y estéticos de los sectores medios bajos. Buscó, de esta manera, construir un nicho político cultural distinto e inédito en la política ecuatoriana

reciente. Este nicho se diferenció claramente del nicho político de los sectores marginales urbanos, o de aquel de los sectores indígenas serranos con quienes, a través de Pachakutik, había consolidado una alianza electoral. De igual forma, el nicho político cultural del gutierrismo tampoco se adscribió dentro de los cánones identitarios de una clase media ilustrada o tecnocrática, o, peor, apeló a referentes aceptados por los sectores social y económicamente altos. Por el contrario, Lucio Gutiérrez proyectó una imagen e identidad política original en la política ecuatoriana desde los cholos, desde los montubios y pequeños propietarios campesinos, desde los colonos amazónicos, los burócratas medios y bajos, los militares de mediana y baja graduación. Desde su posición de ex-militar, el candidato representó el ascenso del luchador sin dinero o influencia, del héroe militar, del campesino, del montubio, del colono hacia el pináculo del poder. Durante la primera vuelta electoral, en muchas ocasiones Lucio Gutiérrez se mostró como la fusión entre el soldado de camuflaje y el campesino montubio que, machete en mano y sombrero de paja toquilla, luchaba por la patria, la familia, una vida mejor... En esta imagen existía, obviamente, una referencia visual al imaginario de la lucha de las montoneras alfaristas, justamente empujadas por pequeños campesinos y montubios de la Costa. No tanto un intento de asimilar la imagen del nuevo héroe al Viejo Luchador, Eloy Alfaro, cuanto una evocación a que el nuevo héroe era parte de un imaginario de lucha que venía desde las montoneras alfaristas.

De acuerdo a Felipe Burbano, Lucio Gutiérrez logró de esta manera aparecer como un sujeto político inédito y convertirse en el eje del proceso político ecuatoriano. Su éxito radicó, entonces, en articular discursivamente tres elementos: lo étnico, lo popular y lo militar (Burbano, 2003: 7). Lo étnico, a través de la vinculación del movimiento indígena; lo popular, dada la constante apelación al pueblo en contraposición a los políticos tradicionales y a los banqueros corruptos; y lo militar, siempre presente en la encarnación de Gutiérrez mismo como el soldado dispuesto a los mayores sacrificios por el pueblo. Desarrollando la apreciación de Burbano, pensaría que estos tres elementos, más que mostrarse y funcionar separados, interactuaron unos con otros en la creación de una nueva identidad política en el Ecuador, que se forjó con el ascenso de Lucio Gutiérrez al poder. En esta identidad, delimitada claramente por caracterís-

ticas étnicas y culturales precisas, el soldado, el campesino, el pequeño propietario, el montubio y el colono se convertían por primera vez en la historia política reciente del país en actores y conductores de un proceso político nacional. Hasta aquí, la estrategia populista del Lucio Gutiérrez representó un camino de incorporación política y enunciación discursiva incluyente desde la posición de sectores excluidos del escenario político; aquella “base social movilizada” que pugnaba por encontrar canales efectivos de representación. Sin embargo, con el triunfo de Gutiérrez en la primera vuelta electoral se cierra este capítulo. Un nuevo personaje habría de nacer, no bien concluían los festejos de sus partidarios porque por primera vez en la historia democrática del Ecuador un candidato amazónico entraba seriamente a disputar la presidencia.

De ingeniero presidente a “dictócrata”

... sí, soy un dictócrata, porque para la oligarquía soy un dictador y para el pueblo un demócrata.
Presidente Lucio Gutiérrez⁴

Para la segunda vuelta, Lucio Gutiérrez dio un giro radical a su discurso buscando aparecer como una figura confiable para el establecimiento. El héroe y caudillo militar que emergió el 21 de enero del 2000 y que se mantuvo y consolidó en la primera parte de la carrera presidencial mutó hacia una nueva identidad política, otro Lucio Gutiérrez: el ingeniero presidente.⁵ Esta transformación se desprende claramente de un análisis y

4 En 13 de febrero de 2005, en su discurso por el día del Oriente ecuatoriano, pronunciado en el Puyo, Lucio Gutiérrez se autocalificó de “dictócrata” como respuesta a las críticas de la oposición por la ruptura de la constitución y el proceso de concentración de poderes. Cf. www.ecuadorinmediato.com.ec, 13 de febrero de 2005.

5 Lucio Gutiérrez, además de sus estudios militares, posee los títulos de ingeniero civil, licenciado en administración, por la Escuela Politécnica del Ejército (ESPE) de Quito. Igualmente, tiene una licenciatura por la Escuela de Educación Física del Ejército en Río de Janeiro; obtuvo un diplomado en relaciones internacionales y defensa continental en el Inter-American Defense College (IADC) de Washington DC; un diplomado en seguridad nacional por el Instituto Nacional de Guerra de las Fuerzas Armadas del Ecuador; y un diplomado en ciencias militares por la Academia de Guerra del Ejército de Quito.

comparación del discurso gutierrista entre la primera y segunda vueltas. En la segunda vuelta electoral, y en la perspectiva de ubicarse en un andarivel de menor radicalidad, el candidato de PSP buscó desvincularse de la imagen de un militar golpista, adoptó el terno y la corbata y su discurso se centró en proyectar una perspectiva de concertación con acercamientos a múltiples sectores de la sociedad, incluidos empresarios, representantes de la Iglesia y de movimientos sociales y políticos. Gutiérrez se convirtió, entonces, en “un presidente de todos” (Pazmiño, 2005b: 30-31). Para el día de su posesión, el coronel pasó a ser el Ingeniero Gutiérrez, consumando así su pretendida transición de caudillo militar a estadista democrático, al punto que en su discurso de posesión describió los hechos del 21 de enero, alejándolos de cualquier imagen de golpe de Estado militar, con el eufemismo de “aguerrido acto plebiscitario” (Congreso Nacional, 2002: 16). El adjetivo ‘plebiscitario’, obviamente, otorgaba a los sucesos referidos un halo democrático, muy distinto al que podría evocar la iconografía del héroe militar, en traje de campaña, y con machete en mano.

Fue con ese nuevo ropaje que el ingeniero-presidente Lucio Gutiérrez inició su gobierno. Aquello lo llevó a archivar las estrategias de movilización y estilo populistas que lo habían conducido a ganar la primera vuelta, emprendiendo, en cambio, una nueva estrategia de negociación y concertación con diversos partidos y agrupaciones políticas y grupos y sectores de poder interno y externo. Lucio Gutiérrez, el golpista y caudillo militar, se planteó así hacer un gobierno para los actores del orden establecido. No es el espacio para analizar detenidamente lo que sucedió en su primer año y medio de gobierno, cuando Lucio Gutiérrez en unos casos desactivó y, en otros, morigeró sus repertorios populistas. Basta decir que esta estrategia fracasó, obligando a Gutiérrez a retomar el andarivel populista en el que había nacido a la vida política. La lucha por obtener tajadas de poder de parte de los grupos con los cuales el gobierno se alió, explícita e implícitamente, devoraron la estrategia no populista del ingeniero presidente y lo colocaron varias veces al borde de la destitución. Al final, el Presidente decidió recurrir nuevamente a los mismos repertorios que lo llevaron a ganar la presidencia, pero esta vez para conservarla. Esta fase la expresó en una nueva mutación: de ingeniero presidente a “dictócrata”. En este momento, la estrategia populista de Gutiérrez, lejos

de representar una vía de democratización en el sentido de abrir espacios de participación para grupos excluidos o de incorporar nuevas identidades políticas al escenario nacional, se convirtió en un proyecto autoritario y de concentración inconstitucional del poder.

¿A qué se debió este nuevo giro y en qué contexto se produjo? ¿En qué circunstancias Lucio Gutiérrez retomó sus estrategias populistas, ya no para acceder al poder sino para intentar mantenerse en él? El asunto comenzó con el resultado de las elecciones seccionales de octubre de 2004, en las cuales se produjo el triunfo del PSC en la Costa y de la ID en la Sierra en las mayores ciudades y provincias del país, si bien partidos con el propio PSP, el PRIAN y el PRE obtuvieron triunfos en algunos municipios y consejos provinciales de menor población (Quintero, 2005b: 64-69). En estas circunstancias, para sacar mayor provecho a su triunfo, a partir de noviembre de 2004, el PSC y la ID, con el respaldo de Pachakutik, arremetieron en contra del ‘derrotado’ Gutiérrez con la intención clara de llamarlo a juicio político en el Congreso y destituirlo. Febres Cordero planteó el juicio político a Gutiérrez un día después de los comicios y Rodrigo Borja, al día siguiente.⁶ Los partidos de oposición cerraron inmediatamente sus tenazas sobre Carondelet. El argumento fue la evidente violación por parte del gobierno contra la ley de control del gasto electoral por haber utilizado, de forma abierta, recursos públicos para beneficiar a los candidatos de su partido.⁷ Según lo estableció la organización Participación Ciudadana, a pesar de tratarse de elecciones seccionales, fue el gobierno nacional la entidad que mayor gasto publicitario en televisión y radio tuvo antes y durante la campaña electoral.⁸ En este perí-

6 León Febres Cordero alertó a Gutiérrez que si no cambia le ocurrirá lo que les pasó a Bucaram y Mahuad. Advertió que el pueblo se cansa, pierde la paciencia y que el 21 de enero podría convertirse en un búmeran. Dijo, además, que él no tiene agallas “ni fuerza testicular”. Ver “León Febres Cordero alerta al presidente Gutiérrez”, *El Comercio*, 18 de octubre de 2004, en www.elcomercio.com Un día más tarde, Rodrigo Borja también se manifestó a favor de instaurar un juicio político al presidente Gutiérrez y destituirlo. Dijo también que el desgobierno y la desorganización del régimen están llevando al país al hundimiento. Afirmó que “cualquier hijo de vecino” llega a ser ministro y asesor. Ver “Borja plantea un juicio político para Gutiérrez”, *El Comercio*, 19 de octubre de 2004, www.elcomercio.com.

7 Ver el documental “2004: El Presidente en la campaña”, *Corporación Participación Ciudadana*, Ecuador, 2005.

8 Corporación Participación Ciudadana, “Monitoreo del gasto electoral” en *Observación ciudadana electoral. Elecciones 2004*. Quito, Participación Ciudadana, 2004, p. 113.

odo, las apariciones presidenciales y los mismos productos publicitarios gubernamentales intentaban vincular la acción del gobierno con las posibilidades de trabajo de los candidatos de PSP y sus aliados. Inclusive, se produjeron varias declaraciones del Presidente en que directamente llamó a los votantes a apoyar a “sus candidatos” porque de esa manera “llegarían obras a las provincias”.⁹ A partir de estas violaciones legales, los partidos de oposición armaron el caso para iniciar un juicio político en su contra y así provocar su salida del poder.

¿Qué hizo Gutiérrez para evitar su destitución? En primer lugar, el gobierno emprendió en una campaña abierta de “convencimiento” y “compra” de diputados de todos los partidos con el afán de evitar la suma de los votos necesarios para enjuiciarlo (57 de 100) y, a partir de aquello, articuló una nueva mayoría en el Congreso, autodenominada como Bloque Progresista, conformada por el PRE, el PRIAN y diputados independientes de varios partidos. Es difícil conocer en forma total el inventario de puntos en negociación que permitieron la reversión del juicio político y constitución de la nueva mayoría pero quedó claro que la base del apoyo del PRE a Gutiérrez, no en la coyuntura, sino desde el inicio de su campaña presidencial, estuvo en la reestructuración de la Corte Suprema de Justicia para lograr la anulación de los juicios pendientes en contra de su líder, Abdalá Bucaram. Sin rubores ni ocultamiento, varios diputados del PRE manifestaron a los medios de comunicación que “serán leales a la democracia pero a cambio debe darse el retorno del ex mandatario Abdalá Bucaram, hasta fines de diciembre... Hemos llegado a acuerdos con el Presidente para armar una nueva mayoría, pero si el Presidente no cumple con el regreso de Bucaram será problema del gobierno, de pronto el PRE tomará una actitud diferente”.¹⁰ Además de ello, el apoyo al gobierno permitió al PRE obtener importantes espacios de poder en el TC y el TSE.

El PRIAN, partido del multimillonario y dos veces candidato presidencial Álvaro Noboa, en cambio, buscó acrecentar su influencia en la autoridad electoral con miras a las próximas elecciones nacionales y provinciales. Junto a ello, trascendió a los medios de comunicación que Noboa recibió por parte del Servicio de Rentas Internas ventajas en temas tributarios para sus empresas.¹¹ El caso de los diputados independientes se resolvió con mayores espacios de poder burocrático y recursos para sus clientelas provinciales. Además, la oposición denunció que varios legisladores recibieron dinero contante y sonante para plegarse al gobierno. Se presentó, incluso, una burda secuencia fotográfica en la que un diputado, que pasó del bloque opositor al gobiernista, aparece recibiendo billetes en las afueras del Congreso.¹²

La estrategia gubernamental fue momentáneamente efectiva. A través de estas acciones, Gutiérrez no solo evitó el enjuiciamiento del Congreso, sino que, con su nueva mayoría, arremetió contra sus opositores. El ataque consistió en la toma inconstitucional de organismos clave del Estado ecuatoriano. Con sendas resoluciones, evidentemente violatorias del texto constitucional, entre el 26 de noviembre y el 8 de diciembre de 2004, el Congreso de mayoría gubernamental cesó a los actuantes magistrados y vocales del Tribunal Constitucional, Tribunal Supremo Electoral y Corte Suprema de Justicia, reestructurando estos organismos con miembros del PRE, el PRIAN, MPD y cuotas de personajes relacionados a diputados independientes.¹³ Gutiérrez intuyó que si no destruía las bases del poder institucionalizado de la oposición en dichos organismos, ante la fragilidad de su mayoría legislativa, éstos lograrían rehacer en el Congreso una nueva mayoría de oposición y amenazar nuevamente la estabilidad del gobierno. Su apuesta fue rehacer las bases del poder político, cohesionar por ese medio a su alianza legislativa y desde allí apun-

9 Corporación Participación Ciudadana, Video Documental “El Presidente en la campaña”. Quito, Participación Ciudadana, documental 22:05, 2005.

10 Declaraciones de la diputada del PRE María Augusta Rivas, *El Universo* (2004) “El PRE y PRIAN ponen condiciones para juicio a Gutiérrez”, *El Universo*, 28 de octubre, www.eluniverso.com/política.

11 *El Comercio* (2004) “El PRIAN apoya a Gutiérrez por tres factores”, 3 de noviembre, www.elcomercio.com.

12 *El Universo* (2004) “LFC: Tsenkuch era el tesorero que iba a repartir dinero entre los diputados”, 14 de diciembre, www.eluniverso.com/política.

13 Para un análisis completo y fundamentado de las irregularidades que se cometieron en la reestructuración de estos organismos ver Comisión de Derechos Humanos de la ONU, 61 Período de Sesiones, “Informe del Relator Especial sobre la Independencia de los Magistrados y Abogados”, Leandro Despuy, 29 de marzo de 2005.

tar a la destrucción completa del poder de los grupos opositores; en especial, del PSC y de la ID. De seguro, no era la primera vez que en el Ecuador se producía una violación constitucional, ni que actores políticos controlaban instituciones que, en un Estado de derecho, debieran permanecer alejadas de cualquier influencia partidaria. Lo novedoso e inédito fue la ejecución de un proceso arrollador y vertiginoso de violaciones constitucionales tendentes a eliminar temporal o definitivamente el principio democrático de división de poderes y a concentrar todos los poderes públicos en manos de una sola facción política, la misma que, además, controlaba el ejecutivo y el legislativo. Aquello era lo nuevo y lo que, desde noviembre de 2004, situó al sistema político ecuatoriano por fuera del ordenamiento constitucional.

Este asalto institucional conducente al proceso de re-institucionalización autoritaria señalado se sustentó en diversos dispositivos estratégicos populistas. Estas estrategias se desplegaron en tres líneas interrelacionadas: (i) apelación anti-oligárquica; (ii) búsqueda de mecanismos plebiscitarios de legitimación; y (iii) convocatoria a la movilización social sobre la base de políticas clientelares. Como se describirá en adelante, cada una de estas líneas de acción populista fracasó, tornándose irreversible el curso de la destitución presidencial.

Respecto a la primera, Gutiérrez intentó justificar sus acciones como una lucha en contra de la oligarquía, representada por la llamada “partidocracia”. Es interesante anotar que el discurso anti-oligárquico había estado ausente del discurso gutierrista no sólo en su momento no populista sino, incluso, en su momento populista anterior. Lucio Gutiérrez se había levantado y había luchado en contra de los políticos y banqueros “corruptos” pero ni siquiera en la segunda vuelta electoral en que compitió en contra del multimillonario Álvaro Noboa, atacó a la “oligarquía”. En cambio, en el contexto de desarticular su destitución y contra-ataque, el discurso anti-oligárquico se tornó central, sobre todo en la primera parte de la crisis. Así, a inicios de diciembre, es decir, apenas reestructurados la CSJ, el TC y el TSE, Gutiérrez interpretaba lo ocurrido de este modo: “el cambio positivo y la lucha contra la oligarquía corrupta que mantuvo secuestrada a los organismos del Estado y que nuevamente con piel de oveja, cuando todos sabemos que son lobos feroces, intentan

desinformar a la opinión pública”.¹⁴ Una vez superado este primer momento, el discurso anti-oligárquico de Gutiérrez se morigeró e, incluso, ya hacia el final, intentó sin éxito tender puentes aquellos “lobos feroces” como el PSC y llegar a acuerdos que permitan una salida a la crisis y aseguren su permanencia en el poder.

Núcleo de esta estrategia anti-oligárquica constituyó la polarización con Febres Cordero y, por extensión, con todos los grupos políticos y sociales que estaban en su contra, incluida la Izquierda Democrática:

Febres Cordero representa la antítesis de un nuevo país, Febres Cordero, de alguna manera, representa toda esta historia negativa en la que un grupo de la oligarquía ecuatoriana hacía y deshacía en el país, dictaba leyes, preparaba constituciones a su medida. Son los causantes de la sucretización de la deuda para favorecer siempre a ese grupo oligárquico que se enriqueció a costa del dolor del pueblo. La Agencia de Garantía de Depósitos fue aprobada por el PSC de Guayaquil y por el de Quito... [que] es la Izquierda Democrática, donde también hay una cúpula oligárquica que siempre ha defendido los intereses de esa oligarquía corrupta.¹⁵

Entre los ataques que utilizó Gutiérrez, se insistió en un juicio de coactiva existente en contra de un hermano de Febres Cordero. Incluso, muchas veces afirmó que los intentos de desestabilizar su gobierno obedecían al hecho de que quería cobrar deudas pendientes de la crisis bancaria de 1999.¹⁶ Adicionalmente, llamó a Febres Cordero ex-dueño del país, lo acusó de haberse beneficiado de contratos petroleros, de adeudar al Estado USD 110 millones y de organizar su destitución para no pagar.¹⁷ “El país entero debe conocer que los grupos económicos ligados al Partido Social Cristiano y al dirigente León Febres Cordero se han resistido a cu-

14 “Mandatario teme una desestabilización del país”, *El Universo*, 11 de diciembre de 2004, www.eluniverso.com.

15 Entrevista del Presidente Lucio Gutiérrez con Martín Pallares, editor político, “Gutiérrez no piensa conceder una tregua”, *El Comercio*, 29 de noviembre de 2004, www.elcomercio.com.

16 “Gutiérrez sostiene que no lo dejan gobernar”, *El Universo*, 28 de octubre de 2004, www.eluniverso.com/política.

17 “Gutiérrez dice que el grupo de LFC debe \$110 millones”, *El Universo*, 4 de noviembre de 2004, eluniverso.com/política.

brir sus obligaciones económicas. Por esta razón hoy arman un tinglado político con la finalidad de enjuiciar al jefe del Estado con la esperanza de que un posible nuevo gobierno deje sin efecto el cobro de esas deudas pendientes”.¹⁸ Es más, Gutiérrez, definió la lucha contra Febres Cordero como la huella histórica que quería dejar con su gobierno: “Fui electo para cuatros años. Yo quiero dejar huella tras mi paso por la presidencia y la huella es cobrar la deuda a Febres Cordero y a sus familiares y a todos los deudores que se han enriquecido a base del dolor del pueblo ecuatoriano”.¹⁹

Gutiérrez vinculó directamente la reestructuración de la Corte Suprema de Justicia y el Tribunal Constitucional con la necesidad de eliminar la influencia personal de Febres Cordero y de los socialcristianos sobre esos organismos. Aquello equivalía más o menos como a “rescatar al Estado de los hilos de poder de León Febres Cordero que, hasta hace poco, lo tenía acorralado y asustado”.²⁰ En ese sentido, Gutiérrez se refirió a que la decisión de cambiar por una decisión parlamentaria la composición de dichos organismos “no nació solo de la mayoría institucional que ahora tiene el Congreso. Esa decisión nació del pueblo mismo que estaba cansado de ver cómo un partido y su líder Febres Cordero controlaban ambos tribunales”.²¹ Adicionalmente, amenazó al ex primer mandatario con la creación de una comisión de la verdad, para que investigue y lo acuse por las violaciones a los derechos humanos y actos de corrupción cometidas durante su gobierno (1984-1988). Vale decir que la misma línea discursiva fue seguida por sus colaboradores y bloque parlamentario. El objetivo era desvirtuar toda oposición al régimen presentándola como expresión disfrazada de los mismos intereses socialcristianos. Gilmar Gutiérrez, su hermano y jefe de bloque de PSP en el Congreso, por ejemplo, declaró que “la presentación del juicio es una

18 “Gutiérrez se prepara para la arremetida de Febres Cordero”, *El Comercio*, 2 de noviembre de 2004, www.elcomercio.com.

19 “Nunca nos aliamos con Febres Cordero”, *El Comercio*, 5 de noviembre de 2004, www.elcomercio.com.

20 Entrevista del Presidente Lucio Gutiérrez con Martín Pallares, editor político, “Gutiérrez no piensa conceder una tregua”, *El Comercio*, 29 de noviembre de 2004, www.elcomercio.com.

21 “Gutiérrez y LFC retoman guerra verbal”, *El Universo*, 4 de noviembre, www.eluniverso.com/política.

retaliación contra el Presidente, quien dispuso el cobro a los deudores; donde Pachakutik y la ID se han convertido en defensores de los intereses de los socialcristianos”.²²

Es probable que la arremetida anti-oligárquica y anti-partidos del gobierno hubiera logrado calar y ser exitosa si Gutiérrez no hubiera llegado al poder e, incluso, gobernado con el apoyo de varios de ellos, en especial, el Partido Social Cristiano del propio Febres Cordero. A Gutiérrez le faltó credibilidad para convencer, como habría logrado si su separación con los partidos hubiera sido tajante y real. En ello, quizá, se encuentre la razón por la cual la retórica anti-oligárquica y anti-política del gobierno no tuvo la credibilidad que a su tiempo lograron Fujimori, Hugo Chávez o el mismo Rafael Correa pocos años después. Los apoyos partidarios que Gutiérrez fraguó desde la campaña de segunda vuelta y que se concretizaron en su gestión de gobierno, nublaron una nítida enunciación anti-clase política o anti-‘oligarquía corrupta’. Además, se podría también argumentar que un distanciamiento absoluto y tajante respecto de la llamada “partidocracia” no era tampoco posible en el escenario electoral en que Lucio Gutiérrez ganó la presidencia y le tocó gobernar. A diferencia de otros países y de la siguiente campaña presidencial ecuatoriana, el poder de los partidos era aún considerable y las opciones anti-políticas puras tenían una cabida limitada.

En segundo lugar, la estrategia populista de Lucio Gutiérrez apeló al uso de mecanismos plebiscitarios para legitimar el nuevo esquema de poder que planificó institucionalizar. Desde el inicio de la crisis, cuando se reestructuró la Corte Suprema de Justicia, TSE y TC, Gutiérrez planteó que dichos cambios eran provisionales y que únicamente buscaban desarticular las redes de poder del PSC y la ID. Según Gutiérrez, la segunda fase de la reforma política debía pasar por una nueva conformación de dichos organismos a partir de una consulta popular que debía decidir la elección de sus magistrados y vocales de manera totalmente distinta, borrándose la “injerencia de los partidos en la labor de la función judicial y el Tribunal Constitucional”.²³ El argumento del gobierno era que sólo el

22 “SP arma su defensa al Presidente”, *El Universo*, 29 de octubre de 2004, www.eluniverso.com/política.

23 Presidente Gutiérrez ratificó que habrá una consulta popular en el 2005”, *El Universo*, 11 de diciembre de 2004, www.eluniverso.com.

pueblo directamente podía aprobar una reforma política que lo beneficiara sin ser aprovechado por “determinados sectores del país, que lo único que lograron fue desprestigiar las cortes y los tribunales, poniendo el peligro la seguridad del Estado”.²⁴

En esa dirección, aún antes de la re-estructuración de las cortes de justicia, constitucional y del TSE, voceros del gobierno, primero, y el mismo Presidente después, realizaron fuertes advertencias al legislativo en el sentido de que, si no daba paso al proyecto gubernamental de reformar la Constitución, se consideraría la opción de disolver el congreso y convocar a una consulta popular que se pronuncie sobre la instalación de una asamblea constituyente. Incluso, a mediados de noviembre de 2004, Jaime Damerval, ministro de gobierno, dijo en el programa de televisión *Cero Tolerancia*, que las posibilidades de que el Congreso tramite las reformas constitucionales o que éstas puedan ser aprobadas a través de una consulta popular autorizada por el mismo no eran muchas debido a los intereses políticos que se afectarían. Ante ello, anunció una tercera opción: la disolución del Congreso y la convocatoria de una consulta popular para preguntar al pueblo sobre la conformación de una asamblea constituyente con el fin de que reforme o dicte una nueva Constitución. La agenda de reforma debía incluir propuestas como la reducción del número de diputados, la reorganización del ejecutivo, mediante la división de funciones entre el jefe de Estado y el jefe de gobierno, y la re-estructuración de la Corte Suprema de Justicia.²⁵ Varias semanas después, una vez que ya habían ocurrido los sucesos de las cortes, Lucio Gutiérrez ratificó esta opción y afirmó que la reforma también debía incluir la re-elección presidencial inmediata y la potestad del presidente de disolver el Congreso por una ocasión en su período. El Presidente insistió, igualmente que la reforma debía contemplar la disminución del número de diputados.²⁶

A finales de enero de 2005, Gutiérrez envió al Congreso para su aprobación un proyecto de consulta popular con el “propósito de llevar adelan-

te la despolitización y despartidización de las cortes de justicia y los organismos de control” (Presidencia de la República, 2005: 1-2). Su objetivo era convertir al pueblo en las urnas en el dirimente de la crisis política y transformarlo en protagonista directo de los nuevos organismos a conformar. Esto último se desprende del sentido que el gobierno intentó imprimir a su propuesta de reforma constitucional, en la cual, resalta su orientación corporativista. A saber, Gutiérrez planteó la designación de colegios electorales, conformados por representantes de la sociedad civil, encargados del nombramiento de los magistrados de la CSJ y de la denominada nueva Corte Constitucional, así como también de los vocales de la llamada Corte Electoral Nacional. Así lo indica la proveniencia de los representantes sociales que nombraría a los principales de dichos organismos que, según la propuesta gubernamental, provendrían de instancias de la sociedad civil tales como la federación de abogados, trabajadores judiciales, centrales sindicales, cámaras de la producción, movimientos étnicos, organizaciones de derechos humanos, maestros, jubilados, transportistas, entre otros. Cada uno de estos sectores designaría a sus representantes a los colegios electorales respectivos y, además, tendría la potestad de presentar candidatos para las distintas dignidades. Además de ello, la propuesta de Gutiérrez contemplaba modificar el mecanismo de designación del contralor general del Estado aumentando la influencia del ejecutivo en dicho nombramiento y, en la misma línea, incrementaba la potestad presidencial como colegislador al permitirle presentar proyectos de ley con el carácter de urgente, en cualquier campo, y no solo en el área económica, de acuerdo lo establece la constitución de 1998 (Presidencia de la República, 2005: 1-2).

El proyecto de re-institucionalización que Gutiérrez tenía en mente buscaba, en verdad, remover a los partidos políticos del control de instituciones clave del Estado pero a costa de corporativizar su conformación. En el nuevo esquema, la posibilidad de cooptación de distintos sectores sociales y económicos por parte del ejecutivo sería mucho mayor, lo cual, obviamente, establecía un marco de control estatal duradero desde la Presidencia de la República. Así, este proyecto gubernamental se asentaba en la generación de una estructura de poder basada en una relación directa del presidente con sectores sociales y económicos decisivos, los mismos que, bajo un esquema corporativo, compartirían espacios de

24 “Ledesma: La mejor reforma política es la que decide el pueblo”, *El Universo*, 13 de diciembre de 2004, www.eluniverso.com.

25 “El congreso puede ser cerrado, dice Damerval”, *El Comercio*, 11 de noviembre, de 2004 www.elcomercio.com.

26 La reforma incluye la reelección de Gutiérrez”, *El Comercio*, 2 de diciembre de 2004, www.elcomercio.com.

poder y decisión dentro del Estado. En fin, un régimen corporativo que buscaba hacer de lado a instancias de intermediación como los partidos políticos y crear una nueva base política y social de poder en que el ejecutivo y sus aliados se enlacen mediante mecanismos directos.

La idea de reestructurar la CSJ, el TC y el TSE, a través de una consulta y por medio de otros mecanismos de selección no fue del gusto de los aliados del gobierno. Tanto el PRIAN como el PRE manifestaron su desacuerdo y dilataron el tratamiento del proyecto gubernamental en el Congreso. En unos casos presionaron directamente al gobierno y, en otros, amagaron con pasar a la oposición y dar sus votos para reiniciar el proceso de juicio político contra Gutiérrez. El punto era que el PRIAN no estaba dispuesto a arriesgar el espacio que había ganado en la Corte de Justicia y en los tribunales electorales. Ante ello, intentó aliarse con sectores de la oposición para alcanzar la fiscalía. Por su lado, el PRE se negó a poner en riesgo la posibilidad de que los juicios en contra de su líder máximo se anularan y éste pudiera regresar. Así, la iniciativa de que el proyecto gutierrista se consolidara utilizando al pueblo como dirimente del conflicto se desvaneció por acción de sus mismos aliados, los mismos que obstaculizaron cualquier intento de despojarlos del poder que habían alcanzado en el pacto original con el gobierno de noviembre de 2004. En suma, la estrategia plebiscitaria quedó atrapada en las redes de sus aliados y no pudo ejecutarse. Lucio Gutiérrez no tuvo la oportunidad de re-legitimar su proyecto enfrentando a la oposición en las urnas e institucionalizando relaciones directas con la sociedad.

La tercera línea en que operó la estrategia populista de Lucio Gutiérrez consistió en provocar la movilización de amplios sectores de la población en apoyo a su proyecto sobre la base de intercambios clientelares. Esta estrategia, que fue una constante de mediana intensidad a lo largo del gobierno, se activó con fuerza apenas surgió la amenaza de juicio político en contra del Presidente. Para ello, Gutiérrez intentó acercar su gobierno al pueblo a través de la realización de “gabinetes itinerantes” en todas las provincias del país, los mismos que no pudieron cumplirse a cabalidad por el agravamiento de la crisis política.²⁷ Base de la movilización fue el

27 “Mandatario, con nueva estrategia de promoción”, *El Universo*, 26 de diciembre de 2004, www.eluniverso.com.

Ministerio de Bienestar Social, cuyo ministro, Antonio Vargas, ex-presidente de la CONAIE y compañero de Gutiérrez en el triunvirato civil-militar del 21 de enero, propició una serie de actividades de orden proelitista vinculadas a los programas sociales de su cartera. Tan pronto como finales de octubre de 2004, el subsecretario de Bienestar Social, Bolívar González, anunció que dicho ministerio canalizaría miles de pedidos de todas partes del país para que se organice una gran movilización a Quito ante la amenaza de juicio contra el gobierno. Según González, “están listos cien mil indígenas para venir a Quito, cien mil para Guayaquil” para salir a las calles y apoyar al gobierno.²⁸

En esta línea, parte importante de la estrategia del gobierno fue penetrar y dividir a las organizaciones populares. En tal virtud, el Ministerio de Bienestar Social trabajó en organizaciones barriales, de jubilados, organizaciones receptoras de los programas sociales del gobierno, organizaciones campesinas, de transportistas, niños minadores de basura y también organizaciones de emigrantes ecuatorianos. Un instrumento utilizado fue el bono de desarrollo humano, subsidio directo a la población por debajo de la línea de pobreza, el mismo que fue elevado a inicios del gobierno y luego buscó mejorarse a través del establecimiento de una tarjeta electrónica para hacer más eficiente su entrega. De igual forma, aprovechando de las fechas navideñas, el presidente emprendió numerosos recorridos por el país para entregar directamente juguetes a niños y participar de agasajos navideños, en los que, de paso, pedía el apoyo a “sus esfuerzos por despolitizar a la justicia del país”²⁹, porque él, Lucio Gutiérrez, estaba “enseñando a gobernar a los oligarcas más recalcitrantes del país” al no haber adoptado los tradicionales paquetazos, es decir, las medidas de ajuste económico que ejecutaron gobiernos anteriores.³⁰ Por otra parte, el gobierno apostó a la creación de “asambleas populares” controladas por militantes de PSP que hicieran frente a las “asambleas

28 “Bienestar Social organiza marchas a favor del régimen”, *El Universo*, 29 de octubre, www.eluniverso.com.

29 “Gutiérrez entregó ayer más juguetes”, *El Universo*, 26 de diciembre de 2004, www.eluniverso.com.

30 “Gutiérrez promociona reforma en Tungurahua”, *El Universo*, 25 de diciembre de 2004, www.eluniverso.com.

oligárquicas” de Quito, Guayaquil y Cuenca, las mismas que aglutinaron diversos actores de la oposición.³¹

Un aspecto central fue su política de división del movimiento indígena. La FEINE (Federación de Indígenas Evangélicos) apoyó abiertamente al gobierno desde el inicio hasta el fin de la crisis y organizó varias movilizaciones de indígenas de adhesión a la re-estructuración de las cortes y otras acciones del gobierno. La más importante fue la que organizó a mediados de enero en Quito, de más de 3000 indígenas, en la que se abogó a favor de la consulta popular planteada por el gobierno y se pidió archivar el enjuiciamiento de su principal líder por haber demandado la disolución del Congreso.³² Las movilizaciones de la FEINE se enfilaron en contra de los diputados de la oposición, amenazando con iniciar procesos de revocatoria del mandato, a favor del Ministro Antonio Vargas, cuando el congreso opositor le inició un juicio político y lo censuró. Igualmente importante fue la movilización que la FEINE organizó días antes de la caída de Gutiérrez cuando llevó a Quito indígenas de diferentes provincias de la Sierra central con el objetivo de defender al gobierno y “respaldar las institucionalidad”. Un punto a destacar fue la utilización de elementos religiosos dentro de las comunidades indígenas con influencia de la FEINE, especialmente, a través del brazo político de la organización, el movimiento Amauta Yuyay. Al respecto pudo detectarse el activismo de pastores evangélicos que no solo predicaron en favor del gobierno sino que, además, sirvieron de puente para la transferencia de recursos hacia las comunidades y se convirtieron en intermediarios de redes clientelares.³³

La postura de los indígenas evangélicos generó una clara ruptura dentro de los indígenas y restó legitimidad a la oposición declarada por la histórica CONAIE (Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador) a la que el gobierno amenazó con desestructurar mediante la

31 “El Gobierno también tiene su asamblea” *El Comercio*, 7 de abril de 2005, www.elcomercio.com.

32 “Una marea indígena da aliento al Gobierno”, *El Comercio*, 17 de enero de 2005, www.elcomercio.com.

33 “El Gobierno saca provecho de la fe de los indígenas”, *El Comercio*, 6 de diciembre de 2004, www.elcomercio.com.

creación de una organización paralela.³⁴ Al mismo tiempo, Gutiérrez no dejó jamás de visitar comunidades indígenas de todo el país. En estas visitas acostumbraba a entregar regalos como herramientas para la agricultura, computadoras, balones; colocar primeras piedras, ofrecer obras y pronunciar discursos en que marcaba la diferencia entre el pueblo indígena y la oligarquía, como aquel que reseñó el diario *El Universo*, en una visita a la comunidad de Ilumán, en Imbabura, a finales de diciembre de 2004, en que el Presidente se expresó de esta forma: “Aquí se respira aire de pueblo, transparencia, aquí no está la oligarquía, aquí está el pueblo que tiene sus manos llenas de callos por el trabajo honrado, productivo, no la oligarquía que tiene las manos llenas de callos por contar billetes robados al pueblo ecuatoriano y que ahora este gobierno les va a cobrar”.³⁵

Finalmente, para contener las protestas ciudadanas, la estrategia del gobierno no fue reprimir de manera convencional, a través de piquetes policiales, sino generar contra-movilizaciones de ciudadanos favorables al gobierno, los mismos que replicaban las acciones de los grupos opositores y protagonizaban acciones violentas. A través de este mecanismo el gobierno buscó impedir que sus opositores se tomen la calle, mantener bajo control el terreno de la protesta y proyectar la imagen de que contaba con apoyo popular. Por ejemplo, el día de la gran marcha convocada en Quito por los opositores al régimen, el 16 de febrero de 2005, el gobierno organizó una multitudinaria contra-manifestación. Con apoyo gubernamental, Gutiérrez trasladó a Quito, a cuenta del erario público, a miles de partidarios suyos desde todo el país. Así, el día de la marcha de la oposición, miles de partidarios del gobierno llenaron también la calles del centro histórico de Quito, ocultando el nivel de rechazo ciudadano a las medidas inconstitucionales del régimen y presentando al mundo la imagen de un país dividido y polarizado con gente que lo apoyaba y lo rechazaba. Simbólicamente, el gobierno hizo todo lo que pudo para impedir ser visto como un régimen impopular, aislado del pueblo, incapaz de generar movilización y apoyos de las multitudes. Al respecto, Carlos de la Torre

34 “El presidente tiene en mente crear una CONAIE paralela”, *El Comercio*, 15 de marzo de 2005, www.elcomercio.com.

35 “Presidente estuvo ayer con comunas indígenas”, *El Universo*, 22 de diciembre de 2004, www.eluniverso.com.

(2006: 32) ha mencionado la vigencia en el Ecuador de una visión populista de la democracia, que se puede apreciar claramente en esta estrategia de defensa del régimen, según el cual, la ocupación del pueblo de los espacios públicos constituye un elemento fundamental de legitimación política, en contraste con otras visiones como aquella proveniente de la visión normativa de la democracia liberal y del Estado de derecho.

Con el mismo objetivo, el PRE, uno de los aliados principales del gobierno creó el grupo autodenominado Cero Corrupción, el mismo que adoptó el ropaje de un grupo ciudadano de apoyo a las acciones de Gutiérrez pero que no era más que una fuerza de choque. Este grupo protegió y dio una cobertura de apoyo social a la Corte Suprema de Justicia *de facto*. La forma de operación de Cero Corrupción consistió precisamente en disputar el espacio de la protesta, la calle al frente del edificio de la Corte Suprema, a los grupos ciudadanos que llevaron a cabo una “campana de pitos” para llamar la atención de la ciudadanía respecto a la gravedad de las violaciones constitucionales y el proceso de concentración de poderes en marcha. Cero Corrupción, durante toda la campaña, se situó en el lugar de la protesta para evitar que los opositores a la Corte *de facto* usurparan un espacio público. Se produjo, entonces, una lucha por ganarse el lugar de la protesta, como si allí radicara el éxito o fracaso de la movilización. Cero Corrupción degeneró el mes y medio que estuvo en las calles de Quito. Poco a poco, ante el escaso éxito y desprestigio de sus acciones, esta fuerza de choque se desbandó, lo cual fue el preámbulo de que los grupos opositores al gobierno finalmente se “tomaran la calle” y estuvieran en condiciones de generar movilizaciones callejeras de enormes proporciones. Sólo en ese momento se desarticuló la estrategia populista de movilización de masas del gobierno y se abrió el espacio para que, desde la calle, actores movilizados en su contra propiciaran su caída.

Durante los meses de la crisis, el gobierno aumentó considerablemente sus niveles de apoyo y popularidad. Su discurso anti-oligárquico y anti-político, acompañado por una consistente política clientelar, sobre todo a nivel de los gobiernos seccionales, tuvo un éxito relativo en cuanto a acrecentar los niveles de aprobación del régimen, especialmente en provincias pequeñas. Según datos de la encuestadora Informe Confidencial, la imagen del presidente Gutiérrez bajó a niveles de popularidad de 18 por cien-

to en Quito y 12 por ciento en Guayaquil, el 2 de octubre de 2004. Luego de ello, en medio de la crisis, la popularidad presidencial experimentó un repunte significativo a 34 por ciento en Quito y 29 por ciento en Guayaquil, el 12 de febrero de 2005. Cuatro días antes de su caída, es decir, el 16 de abril, Gutiérrez mantenía una popularidad de 24 por ciento en Quito y 38 por ciento en Guayaquil. En suma, la ruptura constitucional, apuntalada por estrategias populistas, permitió al Gobierno movilizar a su favor a sectores ciudadanos o, más bien, politizarlos en contra de las estructuras partidarias. Gutiérrez encontró que estrategias claramente populistas podían ayudarlo no sólo a revertir la pérdida de apoyo popular que había experimentado sino incluso a cambiar la correlación de fuerzas con los partidos de oposición. Descubrió que existía una gran proporción de ciudadanos movilizables por medio de estos repertorios y que si continuaba por esa vía lograría, además de sobrevivir, atacar y hasta destruir a las fuerzas del *status quo* que buscaban derrocarlo. A medida en que la crisis se desenvolvió a partir de noviembre, el discurso gutierrista se centró en una especie de mandato, cuya misión consistía en: “destruir a la oligarquía corrupta”; colocar al “pueblo” como actor dirimente de la crisis; movilizar a su favor a los sectores que lo apoyaban, o “morir en el intento”.

El fracaso de cada una de estas estrategias populistas cerró la puerta de supervivencia política de Lucio Gutiérrez, precipitándose su derrocamiento. El regreso de Abdalá Bucaram, luego de ocho años de exilio, contribuyó a incrementar significativamente el descontento ciudadano, principalmente en la ciudad de Quito. Era evidente que la politización completa de la justicia y un casi total descalabro de la institucionalidad dejaban sin piso la oferta gutierrista de ofrecer un real proyecto de transformación ajeno a la oligarquía y la “partidocracia”. Asediado por una multitudinaria protesta callejera, Gutiérrez perdió el apoyo de los militares y de sus principales aliados y el 21 de abril de 2005 huyó del poder, cerrando el primer capítulo de una aventura que, paradójicamente, cinco años antes, se había iniciado con otro golpe de Estado. Gutiérrez fue derrocado en su misma ley. A partir de su derrocamiento, sin embargo, un nuevo Lucio Gutiérrez comenzó a renacer. Pero esa es otra historia.

Reflexiones finales

La experiencia del gutierrismo es un caso que podríamos denominar de “populismo intermitente”. Lucio Gutiérrez utilizó estrategias del repertorio populista, según su conveniencia, en diferentes momentos de su vertiginoso ascenso y caída. Resulta interesante su capacidad para adecuarse a las circunstancias, cambiar de ropaje, re-inventarse constantemente. Su experiencia ilustra cómo ciertos dispositivos y repertorios populistas pueden prenderse y apagarse; cómo un mismo gobernante puede pasar de ser un caudillo con lenguaje populista que amenaza con re-fundar el orden político a actuar como defensor de lo establecido para luego, nuevamente, adaptarse a una estrategia basada en la lucha contra la oligarquía y la “partidocracia”. Esta flexibilidad, más que demostrar inconsistencias políticas o debilidades de carácter del personaje en cuestión, muestran que el fenómeno del populismo bien puede interpretarse como la puesta en práctica de un conjunto de estrategias dirigidas a captar, acrecentar o conservar el poder. A lo largo de su carrera política, Lucio Gutiérrez ha sido muy hábil en el arte de la mutación y transformación de su identidad política; en activar y desactivar discursos y prácticas populistas. Tenemos al Gutiérrez golpista, héroe y caudillo militar; al candidato soldado-campesino; al “ingeniero presidente”; al dictócrata; al perseguido y víctima de los conspiradores; al preso, “pagando una condena injusta”. Con cada uno de estos trajes, Gutiérrez ejecutó una estrategia populista distinta. Vestido de diferente manera, pudo adecuar su discurso y práctica a las necesidades del contexto. Las estrategias populistas le sirvieron para construirse como un revolucionario, defensor de las causas del pueblo, o para intentar la institucionalización de un régimen autoritario. El ascenso y caída de Lucio Gutiérrez es una clara expresión de la versatilidad de las estrategias y el estilo populista. Los diversos populismos operan según sus contextos políticos diferentes y desde allí pueden potenciar procesos de inclusión política y democratización o generar procesos de institucionalización autoritaria.

El caso Gutiérrez, igualmente, ilustra la eficiencia de las estrategias populistas en circunstancias de acceso al poder y su fracaso en contextos de supervivencia política. Para Lucio Gutiérrez fue mucho más efectivo ser populista para ganar la presidencia que para mantener el poder cuan-

do se encontraba asediado por la oposición. El hecho de que durante el ejercicio de su gestión de gobierno, Gutiérrez hubiera suspendido parcialmente o morigerado su discurso y acciones populistas explica, de alguna manera, su deterioro político y posterior caída. En fin, el populismo intermitente de Lucio Gutiérrez da cuenta de cómo las estrategias populistas pueden ser mucho más efectivas cuando se las emplea de forma ofensiva que cuando se las ejecuta a la defensiva para conservar el poder. Si bien esta perspectiva minimalista del populismo no permite una mirada a las razones profundas de la gente que se siente representada por estas opciones políticas, permite en cambio observarlo en sus diferentes manifestaciones estratégicas y tácticas, las mismas que varían de acuerdo al contexto político y a los objetivos de poder de quienes las ejecutan.

Referencias

- Comisión de Derechos Humanos de la ONU, (205) 61 Período de Sesiones, “Informe del Relator Especial Leandro Despuy sobre la Independencia de los Magistrados y Abogados”, 29 de marzo.
- Congreso Nacional del Ecuador (2002). “Mensaje a la Nación del Excelentísimo Señor Lucio Gutiérrez Borbúa, Presidente Constitucional de la República”, Sesión solemne matutina, Acta 24-04, 15 de enero.
- Corporación Participación Ciudadana (2004). “Monitoreo del gasto electoral” en *Observación ciudadana electoral. Elecciones 2004*. Participación Ciudadana, Quito.
- _____ (2005). “2004: El Presidente en la campaña”, Participación Ciudadana, Serie de video documentales, Quito.
- De la Torre, Carlos (2004). “Un balance crítico a los debates sobre el nuevo populismo”, en Kurt Weyland, *et. al.*, *Releer los populismos*. Quito: CAAP.
- _____ (2006) *Populismo, democracia, protestas y crisis recurrentes en Ecuador*. Río de Janeiro: Fundación Konrad Adenauer.
- Diario El Comercio: www.elcomercio.com.
- Diario El Universo: www.eluniverso.com/política.

- Freidenberg, Flavia (2007). *La tentación populista. Una vía al poder en América Latina*. Madrid: Síntesis.
- Gutiérrez, Lucio (2001). “Visión perspectiva de la construcción del 21 de enero y sus efectos posteriores”, en José Peralta F., *La rebelión del arco iris*. Txalaparta.
- José Hernández, et al. (2000). *21 de enero. La vorágine que acabó con Mahuad*. Quito: El Comercio.
- Ibarra, Hernán (2002). “El triunfo del coronel Gutiérrez y la alianza militar indígena”, en *Ecuador Debate*, N. 57 (diciembre).
- Pazmiño, Catalina (2005a). *Espectáculo y publicidad política. Análisis de las elecciones 2002 en el Ecuador*. Tesis de grado, Universidad Central del Ecuador, Facultad de Comunicación Social, Quito.
- _____ (2005b). “La frágil legitimidad del príncipe democrático”, en *Íconos*, N. 23, (septiembre).
- Presidencia de la República del Ecuador (2005). “10 preguntas para la consulta popular”, 21 de enero, www.presidencia.gov.ec.
- Quintero, Rafael (2005a). *Electores contra partidos*. Quito: ABYA-YALA – ILDIS.
- _____ (2005b). “La elección de los gobiernos provinciales en 2003”, en *Revista Tendencia*, N. 2, Quito, (marzo).
- Weyland, Kurt (2004). “Clarificando un concepto cuestionado: El populismo en el estudio de la política latinoamericana”, en Kurt Weyland, et. al, *Releer los populismos*. Quito: CAAP.

Colaboradores

De la Torre, Carlos. Ph. D. en sociología de la New School for Social Research. Es coordinador del programa de estudios políticos de FLACSO-Ecuador. Ha publicado extensamente sobre populismo latinoamericano. Entre sus obras destacan *Populist Seduction in Latin America*. Athens: Ohio University Press, 2000.

Peruzzotti, Enrique. Ph. D. en sociología de la New School for Social Research. Es profesor en el Departamento de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la Universidad Torcuato di Tella y Residencial Fellow del Centro de Sociedad Civil del LSE. Entre sus publicaciones destaca su libro co-editado con Catalina Smulovitz, *Enforcing the Rule of Law: Social Accountability in the New Latin American Democracies*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 2006.

Roberts, Kenneth. Profesor de Gobierno en la Universidad de Cornell. Es autor de *Deepening Democracy? The Modern Left and Social Movements in Chile and Peru*, California: Stanford University Press, 1998. Su libro *Political Parties in Latin America's Neoliberal Era*, será publicado por Cambridge University Press.

Panizza, Francisco. Profesor en el Departamento de Gobierno de la London School of Economics and Political Science. Ha publicado extensamente sobre populismo y democracia en América Latina. Es editor del libro *Populism and the Mirror of Democracy*. Londres: Verso, 2005.

Aibar, Julio. Profesor de la FLACSO-México. Ha publicado sobre populismo y discurso político. Es editor de *Vox Populi. Populismo y democracia en Latinoamérica*. México: FLACSO, 2007.

Hawkins, Kirk. Doctor en Ciencia Política por la Universidad de Duke y profesor de Ciencia Política en la Brigham Young University. Ha publicado extensamente sobre el populismo venezolano.

Freidenberg, Flavia. Profesora del Área de Ciencia Política y Administración de la Universidad de Salamanca y Subdirectora del Instituto de Iberoamérica de la misma universidad. Entre sus publicaciones sobre el populismo destacan: *Jama, caleta y camello. Las estrategias de Abdalá Bucaram y el PRE para ganar las elecciones*. Quito: CEN, 2003; y *La Tentación Populista. Una vía al poder en América Latina*. Madrid: Síntesis, 2007.

Conaghan, Catherine. Profesora en el Departamento de Estudios Políticos en la Queen's University. Ha publicado extensamente sobre élites, neoliberalismo y la esfera pública en los países andinos. Entre sus libros destacan: *Restructuring Domination: Industrialists and the State in Ecuador*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 1988; *Fujimori's Peru. Deception in the Public Sphere*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 2005.

Montúfar, César. Ph. D. en Ciencia Política de la New School for Social Research. Es profesor en el área de Estudios Sociales y Globales de la Universidad Andina Simón Bolívar. Entre sus publicaciones destacan: *La reconstrucción neoliberal: Febres Cordero o la estatización del neoliberalismo en Ecuador, 1984-88*. Quito: Abya-Yala, 2000; y también *Hacia una teoría de la asistencia internacional para el desarrollo: un análisis desde la retórica*. Quito: Corporación Editora Nacional, 2002.

Este Libro se terminó de
imprimir en octubre de 2008
en la imprenta Crearimagen.
Quito, Ecuador